# JOHN STEINBECK

Con fotografías de

**Robert Capa**

Justo después de que el Telón de Acero cayera sobre Europa del Este, el ganador del Pulitzer John Steinbeck y el famoso fotógrafo de guerra Robert Capa se aventuraron en la Unión Soviética con el fin de escribir un reportaje para el New York Herald Tribune. Esta oportunidad única llevó a los famosos viajeros no solo a Moscú y Stalingrado, sino también por los campos de Ucrania y el Cáucaso. El campo y las ciudades seguían arrasados por la guerra y el transporte por carreteras y raíles devastados resultaba difícil. Todas las familias habían sufrido las consecuencias del conflicto, y su vida cotidiana se veía negativamente afectada por los largos años de ocupación y lucha. Pero el voluntarioso pueblo soviético se estaba reconstruyendo, y en medio de la penuria acogieron en sus casas y en sus vidas a los periodistas occidentales. Este no es un libro sobre ideología política. La elegante escritura de Steinbeck y las brillantes fotografías de Capa captan el espíritu de un pueblo que trabaja heroicamente por reconstruir su patria y aún así, logra sacar un poco de tiempo para divertirse. *Diario de Rusia* nos ofrece un retrato inolvidable de los primeros años de posguerra y constituye una crónica excepcional y un documento histórico único.

John Steinbeck

# Diario de Rusia

**ePub r1.0**
**Titivillus** 25.05.16

Título original: *A Russian Journal*
John Steinbeck, 1948
Traducción: María Pérez Martín
Ilustraciones: Robert Capa
Prólogo: Scott Simkins & Brian Railsback

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

# Presentación[1]

## SCOTT SIMKINS & Brian Railsback

Publicada en 1948, la guía de viajes que hicieron en colaboración John Steinbeck y el fotógrafo Robert Capa, a menudo irónicamente humorística, describe la «vida privada de las gentes rusas» en la Unión Soviética los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Steinbeck manifiesta en el libro una aparente insatisfacción con el periodismo contemporáneo, así como curiosidad por la Europa de posguerra y un deseo de informar sobre la URSS. «Las noticias se han vuelto una especie de opiniones de expertos —escribe—. Un hombre sentado a una mesa en Washington o Nueva York lee los teletipos y los modifica para adecuarlos a su propio patrón mental y firma». En poco tiempo quiso comenzar a informar de primera mano; profundizando en la línea que ya había iniciado en un campamento de inmigrantes de California mientras investigaba para *Los Vagabundos de la Cosecha [The Harvest Gypsies*] o como hiciera en la correspondencia de guerra que acababa de finalizar (que posteriormente se compiló en el libro *Hubo una vez una guerra [Once There Was a War]*).

Como hizo en sus demás reportajes, trató de evitar también aquí la política y otros grandes temas, tópicos de la prensa oficial por aquel entonces. Bajo los auspicios del *New York Herald Tribune*, Steinbeck y Capa se embarcaron en un viaje de cuarenta días, de finales de julio a mediados de septiembre de 1947, en el que viajaron a Moscú, Kiev y Stalingrado, pero sobre todo a zonas rurales, visitando las áreas de Georgia y Ukrania. Como escribe Steinbeck, deseaban «evitar la política… hablar con, y entender a, los granjeros rusos, a la gente trabajadora, a la gente del mercado, ver cómo viven y tratar de hablarle de ello a nuestra gente para que se pueda llegar a alcanzar un entendimiento mutuo». Confiando en técnicas novelísticas y haciendo uso de la narración, la anécdota y el diálogo, Steinbeck ve cómo toma forma el proyecto, su lucha con el excedente de aeroplanos de guerra y burocracia, su impaciencia en Moscú, sus intérpretes y sus visitas a ciudades y granjas. Para mostrar el creciente miedo hacía la propaganda sin rostro rusa en los Estados Unidos de posguerra, Steinbeck registra sus encuentros con individuos rusos, ucranianos y georgianos concretos. Por ejemplo, el conductor que les llevó por las tierras de cultivo ucranianas «había sido durante la Guerra piloto y conductor de tanques», observa Steinbeck. «Tenía un gran don: podía dormirse a cualquier hora y durante el tiempo que fuese». Mamuchka, la mujer de la granja, que preparaba una fiesta en honor a sus visitantes, tenía un gran retrato de su hijo en la pared y, como recuerda Steinbeck, solo lo menciona en una ocasión de este modo: «Licenciado en bioquímica en 1940, movilizado en 1941, asesinado en 1941».

Steinbeck le dedica gran parte del espacio a la narrativa, describiendo los modos de vida y condiciones del ruso ordinario. En breves descripciones, da noticia de la reconstrucción de posguerra, la enorme tristeza por los asesinados en la Guerra, el orgullo soviético de derrotar al fascismo, así como del baile, la bebida, la cosecha, las obras escolares, los combates de lucha y el trabajo fabril. Steinbeck trata de ayudar a sus lectores estadounidenses para que descubran la posibilidad de un «entendimiento mutuo» con sus pares rusos. Da noticia de la ubicuidad de la

imagen de Josef Stalin: «Nada en la Unión Soviética escapa a la mirada de escayola y bronce del ojo de Stalin». Da noticia del enorme daño de guerra en Kiev y de que los prisioneros alemanes de guerra eran forzados a ayudar en la limpieza y reconstrucción, los invasores conquistados, a los que los ucranianos ni miran. «Miran a través de esos prisioneros —escribe Steinbeck— y sobre ellos, sin verles».

La década de 1930 había sentado el precedente para este tipo de periodismo colaborativo, particularmente con el trabajo de James Agee y Walter Evans en *Let Us Now Praise Famous Men* y el de Erskine Caldwell y Margaret Bourke, *White en You Have Seen Their Faces*. El mismo Steinbeck experimenta con este tipo de colaboración en sus viajes por los campamentos de inmigrantes con el fotógrafo Horace Bristol y en su cobertura del entrenamiento de los pilotos de bombarderos con el fotógrafo John Swope para el libro *¡Bombas Fuera*[2]*!* A diferencia de estos serios proyectos de calidad, *Diario de Rusia* está penetrado por el humor de Capa y Steinbeck y su tono es más cercano a *Viajes con Charley En Busca de América [Travels with Charley: in Search of America]*. Por ejemplo, cuando narran el retraso en Moscú a la espera del permiso para viajar y tomar fotografías, Steinbeck registra también los detalles de la habitación de hotel, con su abigarrado cuarto de baño y raquítica bañera. «Era una vieja bañera —escribe—, probablemente pre-revolucionaria, y el esmalte estaba desgastado por el fondo, dejando una superficie como de papel de lija. Capa, que es una criatura delicada, descubrió que empezaba a sangrar después de bañarse, y decidió hacerlo en adelante con los calzones puestos». El mismo Capa escribe un capítulo del libro, «Una queja legítima», en la que señala que está viajando con varios steinbecks. El de la mañana era tímido, en su mayor parte callado, e incapaz de ayudar con tareas simples como pedir el desayuno. Entonces Steinbeck comienza con las preguntas matutinas: «Es obvio que ha pasado sus tres horas de hambruna inventándose esta tortura, que va desde los hábitos a la mesa de los antiguos griegos a la vida sexual de los peces». Capa se enfrenta a los prolongados silencios en el camino durante el día; pero, al llegar la noche, emerge el Steinbeck social, gregario y se queda allí hasta alrededor de las tres de la mañana, cuando se mete en la cama «agarrando con firmeza un pequeño volumen de poesía de hace doscientos años… su cara está completamente relajada, su boca abierta, y el hombre de voz callada, ronca sin restricción ni inhibición».

Como indica el humor, Steinbeck abandona la perspectiva objetiva de su trabajo de los años treinta. La perspectiva de Steinbeck en *Diario de Rusia* es claramente subjetiva y, a este respecto, tiene más que ver con Tom Wolfe y el resto de periodistas de las décadas de los sesenta y setenta. Un periodismo así no solo permite a Steinbeck comentar directamente lo que ve de una manera que no puede en su ficción, sino que le permite relatar los efectos que su propia presencia como observador foráneo y celebridad estadounidense tiene en lo que, y en quienes, observa. Steinbeck registra con voz personal la reacción de la gente hacia él y Capa, y viceversa. En efecto, él y Capa se vuelven personajes de la guía de viaje. Esto se hace especialmente evidente en las descripciones de los encuentros ocasionales que Steinbeck tiene con periodistas, poetas y críticos literarios, los cuales le interrogan sobre sus opiniones de los autores rusos, los poetas estadounidenses y la política exterior de su país.

Cuando *Diario de Rusia* apareció, en la primavera de 1948, las reseñas fueron diversas. Mientras algunos artículos alababan los esfuerzos de Steinbeck y las fotos de Capa, otros

encontraban el libro falto de agudeza y un poco autoindulgente. «No me he tomado la molestia de contar las líneas, pero mi sensación es que se dedica más espacio a las ingestas de licor y comida de Steinbeck y a las bromitas de Capa que a aspecto alguno de la vida soviética», declara Louis Fischer para el *Saturday Review*. En la conclusión del libro, Steinbeck predice este tipo de reacción: «Sabemos que este relato no satisfará ni a la izquierda eclesial ni a la derecha reaccionaria. La primera dirá que es anti-ruso, y la segunda dirá que es pro-ruso. Seguramente será superficial, pero ¿de qué otra forma podría ser?». Lo que apunta Steinbeck en su conclusión es un buen resumen para gran parte de su obra: Steinbeck trasciende la política y reconoce que un hombre solo, o dos, no pueden contener todo lo que es verdadero.

Para seguir leyendo:

Benson, Jackson J. *The True Adventures of John Steinbeck, Writer*. Nueva York: Viking, 1984.

McElrath, Joseph R., Jr., Jesse S. Crisler, and Susan Shillinglaw, eds. *John Steinbeck, The Contemporary Reviews*. Nueva York: Cambridge University Press, 1996.

Railsback, Brian. «Style and Image: John Steinbeck and Photography». En *John Steinbeck: A Centennial Tribute*. Ed. Syed Mashkoor Ali. Jaipur, India: Surabhi Publications, 2004.

# Diario de Rusia

## John Steinbeck

Con fotografías de
**Robert Capa**

# Nota a la Traducción

La intención de Steinbeck cuando se propuso escribir este «reportaje», que deja bien clara en el primer capítulo, se refleja en un inglés puro, sencillo, que quiere mostrar la absoluta ausencia de prejuicios, la mirada desnuda y la buena voluntad del autor. Steinbeck prescinde del estilo y crea uno nuevo que casi es la ausencia de este; cuenta todo lo que ve, bueno y malo, y lo hace como si descubriera cada imagen, como si cada suceso fuera nuevo para él; de ahí, por ejemplo, el continuo recurso a la yuxtaposición de oraciones o de sustantivos mediante la conjunción copulativa, que hemos trasladado al español tal cual aparece en el original. También hemos querido respetar en la traducción el uso de «americano» y «América» en lugar de «estadounidense» y «Estados Unidos», y de «ruso» y «Rusia» en lugar de «soviético» y «Unión Soviética», tal como es frecuente en la escritura norteamericana.

# Capítulo I

Será necesario decir en primer lugar cómo empezaron esta historia y este viaje, y cuál era su intención. A finales de marzo, yo, y el pronombre está utilizado por acuerdo especial con John Gunther, estaba sentado en el bar del Hotel Bedford en la calle 40 Este. Una obra de teatro que había escrito se había derretido y se había escurrido entre mis dedos. Estaba sentado en un taburete de la barra, preguntándome qué iba a hacer después. En ese momento entró en el bar Robert Capa; parecía un poco desconsolado. Un proyecto que había estado alimentando durante muchos meses al final se había esfumado. Su libro había pasado a imprenta y se encontraba sin nada que hacer. Willy, el camarero, que siempre se muestra compasivo, nos sugirió una *Suissesse*, una bebida que él hace mejor que nadie en el mundo. Estábamos deprimidos, no tanto por las noticias como por su manejo. Porque las noticias ya no son noticias, al menos esa parte de ellas que requiere la mayor parte de nuestra atención. Las noticias se han convertido en un asunto de pericia. Un hombre sentado a una mesa en Washington o Nueva York lee los teletipos y los recoloca para que se ajusten a su propio esquema mental y a su firma. Lo que a menudo leemos como noticias no son en absoluto noticias, sino la opinión de uno de entre media docena de expertos respecto de lo que significan las noticias.

Willy puso las dos *Suissesses* de color verde pálido frente a nosotros y empezamos a hablar sobre lo que quedaba en el mundo que un hombre honesto y liberal pudiera hacer. Todos los días en los periódicos había miles de palabras sobre Rusia. Lo que Stalin pensaba, los planes del Soviet Supremo, la disposición de las tropas, los experimentos con armas atómicas y misiles teledirigidos; y todo eso por gente que no había estado allí y cuyas fuentes no eran irreprochables. Y se nos ocurrió que había algunas cosas que nadie escribía sobre Rusia, y que eran las que más nos interesaban a nosotros. ¿Cómo se viste la gente de allí? ¿Qué sirven para cenar? ¿Hacen fiestas? ¿Qué comida hay? ¿Cómo hacen el amor y cómo mueren? ¿De qué hablan? ¿Bailan, y cantan, y juegan? ¿Van los niños al colegio? Nos pareció que estaría bien averiguar esas cosas, fotografiarlas y escribir sobre ellas. La política rusa es importante, al igual que la nuestra, pero allí debe de haber otra gran parte, al igual que aquí. Debe de haber una vida privada de la gente rusa, sobre la cual no podemos leer porque nadie ha escrito sobre ella y nadie la ha fotografiado.

Willy mezcló otra *Suissesse* y coincidió con nosotros en que a él también podrían interesarle esas cosas, y en que ese era el tipo de historias que le gustaría leer. Y de esa manera decidimos intentarlo: hacer un simple trabajo de reportaje apoyado por fotografías. Trabajaríamos juntos. Evitaríamos la política y los temas más amplios. Nos mantendríamos lejos del Kremlin, de los soldados y de los planes militares. Queríamos llegar a la gente rusa, si podíamos. Debo admitir que no sabíamos si podríamos o no, y cuando se lo contábamos a nuestros amigos, ellos estaban seguros de que no podríamos.

Hicimos nuestros planes de la siguiente forma: si podíamos hacerlo, estaría bien y sería una buena historia. Y si no, también tendríamos una historia, la historia de no ser capaces de hacerlo. Con esto en mente llamamos a George Cornish del *Herald Tribune*, comimos con él y le contamos nuestro proyecto. Estuvo de acuerdo en que sería algo bueno y se ofreció a ayudarnos de alguna manera.

Juntos decidimos muchas cosas: no debíamos ir con resentimientos y debíamos intentar no ser ni críticos ni favorables. Intentaríamos hacer un relato honesto, escribir lo que viéramos y oyéramos sin

opinar, sin sacar conclusiones sobre cosas acerca de las que no sabíamos lo suficiente, y sin enfadarnos por los retrasos de la burocracia. Sabíamos que habría muchas cosas que no entenderíamos, muchas cosas que no nos gustarían, muchas cosas que nos harían sentir incómodos. Esto siempre sucede en los países extranjeros. Y decidimos que si había críticas sobre alguna cosa se harían después de verla, nunca antes.

A su debido tiempo se envió a Moscú nuestra solicitud de visado y en un plazo razonable llegó la mía. Me acerqué al consulado ruso en Nueva York, y el cónsul general dijo: «Estamos de acuerdo en que esto es bueno que se haga, pero ¿por qué tiene que llevarse a un fotógrafo? Tenemos muchos fotógrafos en la Unión Soviética».

Y yo contesté: «Pero no tienen ningún Capa. Si esto se hace, debe hacerse como un todo, como una colaboración».

Había cierta reticencia en dejar que entrase un fotógrafo en la Unión Soviética, y ninguna en dejarme a mí, y nos pareció extraño, porque la censura puede controlar una película, pero no puede controlar la mente del observador. Aquí debemos explicar algo cuya verdad descubrimos a lo largo de todo nuestro viaje. La cámara es una de las armas modernas más aterradoras, en particular para la gente que ha estado en la guerra, que ha sido bombardeada una y otra vez, porque detrás de cada pasada de los bombarderos hay invariablemente un fotógrafo. Tras las ciudades o los pueblos o las fábricas en ruinas aparece la cartografía aérea, o el espionaje fotográfico, normalmente con una cámara. Por tanto la cámara es un instrumento temido, y de un hombre con una cámara se sospecha, y se le observa por donde quiera que va. Y si no se creen esto, intenten llevar su Brownie n.º 4 a cualquier parte cercana a Oak Ridge o al Canal de Panamá o a cualquiera de nuestras zonas experimentales. Hoy en día, en las mentes de la mayoría de la gente, la cámara es la precursora de la destrucción; es sospechosa, y con mucha razón.

Durante muchos años ningún americano había cubierto la Unión Soviética con su cámara, así que Capa se procuró el mejor de los equipos fotográficos, y lo duplicó por si algo se perdía. Cogió la Contax y la Rolleiflex que había usado durante la Guerra, por supuesto, pero también cogió otras de más. Cogió tantas de más, y tanta película, y tantas lámparas, que su cargo por exceso de peso en la línea aérea transcontinental fue de unos trescientos dólares.

En el momento que se supo que íbamos a la Unión Soviética fuimos bombardeados de consejos, reprobaciones y advertencias, todo sea dicho, por parte de personas que nunca habían estado allí.

Una anciana nos dijo con tono de pavor: «¿Por qué? ¡Desaparecerán! ¡Desaparecerán en cuanto crucen la frontera!».

Y nosotros respondimos, por el bien de la información fidedigna: «¿Conoce a alguien que haya desaparecido?».

Respondió: «No. No conozco a nadie personalmente, pero ha desaparecido mucha gente».

Y nosotros dijimos: «Muy bien podría ser cierto, no lo sabemos; pero ¿puede darnos el nombre de alguien que haya desaparecido? ¿Conoce a alguien que conozca a alguien que haya desaparecido?».

Y ella replicó: «Han desaparecido miles».

Y un hombre de cejas cómplices y mirada socarrona, en realidad el mismo hombre que dos años antes había proporcionado todos los planes de batalla para la invasión de Normandía en el Stork

Club, nos dijo: «Bueno, deben tener muy buenas relaciones con el Kremlin; si no, no les dejarían entrar. Deben haberles comprado».

Nosotros dijimos: «No; a menos que no lo sepamos, no nos han comprado. Solo nos gustaría hacer un buen trabajo de reportaje».

Levantó la mirada y nos miró entrecerrando los ojos. Y él cree en lo que cree, y el hombre que dos años atrás conocía las intenciones de Eisenhower conocía ahora las de Stalin.

Un anciano caballero asintió con la cabeza hacia nosotros y nos dijo: «Les torturarán, eso es lo que harán; les llevarán a una prisión oscura y les torturarán. Les retorcerán los brazos y les dejarán morir de hambre hasta que estén dispuestos a decir cualquier cosa que ellos quieran que digan».

Preguntamos: «¿Por qué? ¿Para qué? ¿A qué propósito podría servir?».

El dijo: «Se lo hacen a todo el mundo. Verán, estuve leyendo un libro el otro día…».

Un hombre de negocios de importancia considerable nos dijo: «¿Así que van a Moscú? Cojan unas cuantas bombas y suéltenlas encima de esos rojos hijos de puta».

Estábamos asfixiados por los consejos. Nos dijeron qué comida llevar, si no nos queríamos morir de inanición; qué líneas de comunicación dejar abiertas; métodos secretos de sacar nuestro material, etc. Y lo más difícil de explicar era que únicamente queríamos informar sobre cómo eran los rusos, y qué ropa vestían, y cómo actuaban, y de qué hablaban los granjeros, y qué estaban haciendo para reconstruir las zonas destruidas de su país. Esta era la cosa más difícil de explicar del mundo. Descubrimos que miles de personas sufren de moscovitis aguda: estado que permite la creencia en cualquier absurdo y el desprecio total de los hechos. Por supuesto, con el tiempo descubrimos que los rusos sufrían de washingtonitis, la misma enfermedad. Descubrimos que al igual que nosotros ponemos cuernos y rabo a los rusos, los rusos nos ponen cuernos y rabo a nosotros.

Un taxista dijo: «Esos rusos se bañan juntos, hombres y mujeres, sin ropa».

«¿Ah, sí?»

Dijo: «Por supuesto que sí. Y eso es inmoral».

Cuando le interrogamos, descubrimos que había estado leyendo un relato sobre las saunas finlandesas. Pero estaba bastante disgustado con los rusos por ello.

Tras escuchar toda esta información llegamos a la conclusión de que el mundo de *Sir* John Mandeville en absoluto había desaparecido, que seguía habiendo hombres de dos cabezas y serpientes voladoras. Y efectivamente, mientras estuvimos fuera aparecieron los platillos volantes, lo que no ayuda a invalidar nuestra teoría. Y ahora nos parece que la tendencia más peligrosa en el mundo es el deseo de creer un rumor más que el de precisar cualquier dato.

Fuimos a la Unión Soviética con el mejor equipamiento de rumores que se ha reunido jamás en un lugar. Y en este punto insistimos en una cosa: si nos hacemos eco de algún rumor, lo llamaremos rumor.

Tomamos una última *Suissesse* con Willy en el bar del Bedford. Willy se había convertido en compañero a tiempo completo de nuestro proyecto y mientras tanto sus *Suissesses* se hacían cada vez mejores. Nos dio consejos, algunos de los mejores consejos que nadie nos había dado. A Willy le habría gustado venir con nosotros. Y habría estado bien que hubiera venido. Nos hizo una *Suissesse* gigantesca, él también se tomó una, y al fin estábamos listos para irnos.

Willy dijo: «Tras la barra aprendes a escuchar mucho y a no hablar demasiado».

Pensamos un montón en Willy y sus *Suissesses* en los meses siguientes.

Así fue como empezó. Capa volvió con unos cuatro mil negativos y yo con varios cientos de páginas con notas. Nos hemos preguntado cómo escribir sobre este viaje y, tras hablarlo mucho, hemos decidido hacerlo tal y como sucedió, día a día, experiencia a experiencia, escena a escena, sin compartimentar. Escribiremos lo que vimos y oímos. Sé que esto va en contra de gran parte del periodismo moderno, pero por esa misma razón puede que sea un alivio.

Esto es exactamente lo que nos sucedió. No es la Historia rusa; es simplemente una historia rusa.

# Capítulo II

Desde Estocolmo telegrafiamos a Joseph Newman, jefe de la oficina del *Herald Tribune* en Moscú, con la hora estimada de nuestra llegada, y nos pusimos cómodos, contentos porque tendríamos un coche esperándonos y una habitación de hotel para recibirnos. Nuestra ruta discurría de Estocolmo a Helsinki, a Leningrado, y hasta Moscú. Tendríamos que coger un avión ruso en Helsinki, ya que ninguna línea aérea extranjera entraba en la Unión Soviética. El avión sueco, lustroso, inmaculado y brillante, nos llevó a través del Báltico y, subiendo el golfo de Finlandia, hasta Helsinki. Una azafata sueca muy guapa nos dio unas cositas suecas muy agradables para comer.

Tras un vuelo suave y cómodo aterrizamos en el nuevo aeropuerto de Helsinki, de edificios recién acabados y grandiosos. Y allí, en el restaurante, nos sentamos a esperar la llegada del avión ruso. Después de unas dos horas, el avión ruso, un viejo C-47, llegó, volando muy bajo. Llevaba todavía su pintura de guerra marrón. Golpeó el suelo, su rueda de cola estalló y avanzó por la pista brincando como un saltamontes. Fue el único accidente que vimos en nuestro viaje pero, en el momento en que sucedió, hizo poco por despertar nuestra confianza. Y su pintura marrón arañada, llena de cicatrices, además de su aspecto general de descuido, no quedaba bien al lado de los aviones brillantes de las líneas aéreas finlandesas y suecas.

Fue dando tumbos y tropezones hasta su marca, y de él salió borboteando un grupo de compradores de pieles americanos recién llegados de las subastas en Rusia. Un grupo abatido y silencioso, que afirmaba que el avión había volado a no más de cien metros durante todo el trayecto desde Moscú. Uno de los tripulantes rusos bajó, dio una patada a la rueda de cola pinchada y se acercó despreocupadamente a la terminal del aeropuerto. Y pronto se nos dijo que no despegaríamos esa tarde. Tendríamos que ir a Helsinki a pasar la noche.

Capa reunió los diez bultos de su equipaje y cloqueó alrededor de ellos como una gallina con sus polluelos. Los escoltó hasta un cuarto con llave. Advirtió una y otra vez a los funcionarios del aeropuerto que debían montar guardia delante de ellos. Y no estuvo satisfecho ni un solo momento mientras estuvo lejos de sus bultos. Aunque es desenfadado y alegre por naturaleza, Capa se convierte en un tirano angustiado cuando se trata de sus cámaras.

Helsinki nos pareció una ciudad triste y desangelada, que no había sido bombardeada salvajemente pero que sí había recibido muchos balazos. Sus hoteles eran lóbregos, sus restaurantes bastante silenciosos y en su plaza una banda tocaba una música poco alegre. En las calles, los soldados parecían niños, tan jóvenes, y pálidos, y rústicos. Nuestra impresión era la de un lugar sin vida, un lugar de escasos disfrutes. Parecía que, después de dos guerras y seis años de luchas y batallas, Helsinki no podía volver a ponerse en marcha. No sabemos si todo esto es cierto en lo que respecta a la economía, pero esa es la impresión que da.

En la ciudad nos encontramos con Atwood y Hill, el equipo del *Herald Tribune* que estaba haciendo un estudio social y económico de los países que se hallaban tras el llamado Telón de Acero. Vivían juntos en una habitación de hotel, rodeados de informes y panfletos y encuestas y fotografías, y tenían una solitaria botella de *whisky* escocés que habían estado reservando para alguna celebración inimaginable. Resultó que nosotros éramos esa celebración, y el *whisky* no duró mucho. Capa jugó una partida un poco triste y poco provechosa de *gin rummy*, y nos fuimos a dormir.

Por la mañana, a las diez, estábamos en el aeropuerto otra vez. Habían cambiado la rueda de cola del avión ruso, pero todavía estaban trabajando en el motor número dos.

Durante los dos meses siguientes volamos mucho en aviones de transporte rusos, y hay varias similitudes entre todos ellos, de modo que este avión bien podría describirse como representativo de todos ellos. Todos eran C-47, con pintura marrón de guerra, restos de un préstamo. Había aviones de transporte más nuevos en los campos, una especie de C-47 ruso con tren de aterrizaje de tres ruedas, pero en esos nosotros no viajamos. Los C-47 están un poco abandonados en lo que respecta a tapicería y alfombrado, pero sus motores se mantienen a punto y los pilotos parecen ser bastante buenos. Llevan una tripulación más numerosa que nuestros aviones, pero ya que no accedimos a la cabina de control no sabemos qué hacían. Cuando se abría la puerta, parecía que allí había seis o siete personas todo el tiempo, entre ellas una azafata. Tampoco sabemos qué hacía la azafata. Parecía no tener relación con los pasajeros. El avión no lleva comida para los pasajeros, pero estos lo compensan llevando grandes cantidades de vitualla por su cuenta.

Las válvulas de ventilación de los aviones estaban invariablemente estropeadas, de modo que no entraba aire fresco. Y si el olor de la comida y de los vómitos esporádicos inundaban el avión, no se podía hacer nada. Nos dijeron que esos viejos aviones americanos se usarían hasta que fueran reemplazados por los aviones rusos más nuevos.

Hay costumbres que parecen un poco extrañas para los estadounidenses habituados a nuestras compañías aéreas. No hay cinturones de seguridad. Se prohíbe fumar en vuelo pero, una vez el avión aterriza, la gente enciende sus cigarrillos. No hay vuelos nocturnos, y si tu avión no puede llegar al destino antes de la puesta de sol, se queda en tierra y espera hasta la mañana siguiente. Excepto con tiempo de tormenta, los aviones vuelan a mucha menor altitud que los nuestros. Y esto es relativamente seguro porque la mayor parte de Rusia es completamente plana. Los aviones encuentran un campo para hacer un aterrizaje forzoso casi en cualquier parte.

La forma de cargar los aviones rusos también nos pareció peculiar. Una vez que los pasajeros están sentados, el equipaje se apila en el pasillo.

Supongo que lo que más nos preocupó aquel primer día fue la apariencia del avión. Era un viejo monstruo arañado y con mala pinta. Pero sus motores estaban en condiciones maravillosas y lo pilotaban magníficamente, así que en realidad no había nada por lo que nos tuviéramos que preocupar. Y supongo que el metal brillante de nuestros aviones no hace que vuelen mejor. Una vez conocí a un hombre cuya esposa aseguraba que su coche iba mejor cuando estaba recién lavado, y a lo mejor nosotros sentimos eso mismo con muchas cosas. El principio fundamental de un avión es que se mantenga en el aire y que llegue a su destino. Y los rusos parecen ser tan buenos en esto como cualquiera.

No había demasiados pasajeros en el vuelo a Moscú. Un simpático diplomático islandés con su mujer y su hijo, un correo de la Embajada francesa con su cartera, y cuatro hombres silenciosos y sin identificar que no abrieron la boca. No sabemos quiénes eran.

Ahora Capa estaba fuera de su elemento, porque Capa habla todos los idiomas menos el ruso. Habla cada idioma con el acento que corresponde a otro. Habla español con acento húngaro, francés con acento español, alemán con acento francés, e inglés con un acento que nunca ha sido identificado. Pero no habla ruso. Después de un mes aprendió algunas palabras de ruso, con un acento que en

general se podía considerar uzbeco.

A las once en punto despegamos y volamos hacia Leningrado. Una vez en el aire, las cicatrices de la larga Guerra eran evidentes en la tierra: las trincheras y los socavones de los obuses, que ya empezaban a cubrirse de hierba. Y a medida que nos acercábamos a Leningrado, las cicatrices se hacían más profundas, las trincheras más frecuentes. Las granjas quemadas de paredes negras aún en pie poblaban el paisaje. Algunas zonas donde habían tenido lugar las batallas más duras estaban llenas de picaduras y costras, como la cara de la luna. Y cerca de Leningrado se hallaba la mayor destrucción. Las trincheras y los puestos defensivos y los nidos de ametralladoras eran bien visibles.

Por el camino sentimos intranquilidad acerca de la aduana que tendríamos que atravesar en Leningrado. Con los trece bultos de nuestro equipaje, con nuestras cien lámparas *de flash*, y con cientos de carretes de película, con la enorme cantidad de cámaras y la maraña de cables para *el flash*, pensamos que tardarían varios días en cumplir con nosotros. También pensamos que nos impondrían un fuerte recargo por todo este equipo nuevo.

Al fin volamos sobre Leningrado. Las afueras estaban derruidas, pero la parte interior de la ciudad no parecía demasiado dañada. El avión se posó suavemente sobre la pista de hierba del aeropuerto y se dirigió hacia su lugar. El aeropuerto no tenía edificios, salvo los de mantenimiento. Dos jóvenes soldados con grandes fusiles y brillantes bayonetas vinieron y se detuvieron junto a nuestro avión. Entonces los funcionarios de aduanas subieron a bordo. El jefe era un hombrecito sonriente y educado con una brillante sonrisa de dientes de acero. Sabía una única palabra en inglés: «Sí». Y nosotros sabíamos una única palabra de ruso: «Da». De modo que cuando él decía sí, nosotros respondíamos *da*, y volvíamos al principio. Revisaron nuestros pasaportes y nuestro dinero, y después vino el problema de nuestro equipaje. Tenía que abrirse en el pasillo del avión. No podía sacarse fuera de él. El hombre de aduanas era muy cortés, y muy amable, y extremadamente concienzudo. Abrimos cada una de las maletas y revisamos todo. Pero su proceder nos iba dejando claro que no buscaba nada en particular, solo sentía curiosidad. Volteó nuestro brillante equipo y lo acarició con cariño. Levantó cada rollo de película, pero no hizo nada ni preguntó nada. Solo parecía estar interesado en las cosas extranjeras. Y también parecía tener tiempo casi ilimitado. Al final nos dio las gracias, o al menos pensamos que eso es lo que hizo.

Entonces surgió un nuevo problema: el sellado de nuestros papeles. Del bolsillo de su casaca sacó un pequeño paquete envuelto en periódico y de él extrajo un tampón. Pero eso era todo lo que tenía, no tenía almohadilla de tinta. Sin embargo, al parecer nunca había tenido almohadilla, porque su técnica era de cuidadoso diseño. De otro bolsillo de su casaca sacó un lápiz; tras chupar el tampón de caucho, frotó el lápiz contra el caucho y lo probó en nuestros papeles. No pasó absolutamente nada. El tampón de caucho ni siquiera hizo una sugerencia de estampación. Para ayudarle, sacamos nuestras plumas goteando y mojamos nuestros dedos con la tinta y frotamos su tampón de caucho con ellos. Y al fin tuvimos una bonita impronta. Envolvió su tampón en su periódico y volvió a meterlo en el bolsillo, nos dio un caluroso apretón de manos y bajó del avión. Volvimos a hacer nuestras maletas y las apilamos en uno de los asientos.

Entonces un camión reculó hasta la puerta abierta del avión, un camión cargado con ciento cincuenta microscopios nuevos en sus cajas. Una chica estibadora subió a bordo; la chica más fuerte que yo había visto nunca, delgada y fibrosa, con un ancho rostro báltico. Subió los pesados fardos

hasta la cabina del piloto. Y cuando estuvieron apilados por completo, amontonó los microscopios en el pasillo. Llevaba zapatillas de lona y un mono azul y un pañuelo en la cabeza, y sus brazos estaban repletos de músculos hinchados. Y ella, como el hombre de aduanas, tenía brillantes dientes de acero inoxidable, que hacían que la boca humana se pareciera mucho a una pieza de maquinaria.

Creo que habíamos esperado algo desagradable; de todas formas, todas las aduanas son desagradables, una peculiar violación de la intimidad. Y quizá habíamos creído a medias a los que nos habían ofrecido sus consejos y que nunca habían estado allí, y esperábamos que se nos insultase o maltratase de alguna manera. Pero eso no sucedió.

Por fin, el avión cargado de equipaje se elevó en el aire de nuevo e inició su camino hacia Moscú sobre la llanura infinita, un paisaje de bosques y tierras de labranza recortadas, de pequeños pueblos sin pintar y balas de paja de un amarillo brillante. El avión voló bastante bajo hasta que una nube descendió y tuvimos que alzarnos por encima de ella. Y comenzó a diluviar sobre las ventanillas del avión.

Nuestra azafata era una muchacha grande, rubia, de pechos generosos y apariencia maternal, cuya tarea parecía consistir únicamente en llevar botellas de *seltz* rosa por encima de la pila de microscopios a los hombres de la cabina del piloto. En una ocasión les llevó un pan negro.

Estábamos empezando a morirnos de hambre, porque no habíamos desayunado, y no parecía que hubiera posibilidad de que comiéramos de nuevo. Si hubiéramos podido hablar, le habríamos suplicado una rebanada de pan. Ni siquiera podíamos hacer eso.

Hacia las cuatro bajamos a través de la nube de lluvia y a nuestra izquierda vimos la extendidísima y gigantesca ciudad de Moscú, y el río Moscova que la atravesaba. El mismo aeropuerto era enorme, una parte asfaltada y otra con largas pistas de hierba. Había literalmente cientos de aviones desperdigados, viejos C-47 y muchos de los nuevos aviones rusos con su tren delantero de tres ruedas y su brillante acabado de aluminio.

Mientras rodábamos hacia el nuevo edificio del aeropuerto, grande e impresionante, miramos por la ventanilla en busca de una cara que nos resultase familiar, alguien que pudiera estar esperándonos. Estaba lloviendo. Salimos del avión y reunimos nuestro equipaje bajo la lluvia, y nos cayó encima una gran sensación de soledad. Allí no había nadie para recogernos. No había ni una cara familiar. No podíamos hacer ni una pregunta. No teníamos dinero ruso. No sabíamos dónde ir.

Desde Helsinki habíamos telegrafiado a Joe Newman para decirle que llegaríamos un día más tarde. Pero no había ningún Joe Newman. No había nadie para nosotros. Unos porteadores muy fornidos llevaron nuestro equipaje a la entrada del aeropuerto y aguardaron expectantes a que les pagásemos, y nosotros no podíamos pagarles. Pasaban autobuses, y nos dimos cuenta de que ni siquiera podíamos leer los destinos, y además iban tan llenos de gente en el interior, y de ellos colgaba tanta gente en el exterior que nosotros y nuestros trece bultos no habríamos podido entrar. Y los porteadores, unos porteadores muy fornidos, esperaban su dinero. Teníamos hambre, y estábamos mojados, y asustados, y nos sentíamos completamente abandonados.

Justo entonces el correo de la Embajada francesa salió con su cartera, y nos prestó dinero para pagar a los porteadores, y puso nuestro equipaje en el coche que había venido a recogerle. Era un hombre muy agradable. Habíamos estado al borde del suicidio y él nos salvó. Y en el caso de que llegue a leer esto, nos gustaría darle las gracias de nuevo. Nos llevó hasta el Hotel Metropole, donde

se suponía que se alojaba Joe Newman.

No sé por qué los aeropuertos están tan lejos de las ciudades a las que supuestamente dan servicio, pero lo están, y Moscú no es una excepción. El aeropuerto está a kilómetros y kilómetros de la ciudad, y la carretera atraviesa bosques de pinos, granjas, y huertos interminables de patatas y repollos. Había carreteras llenas de baches y carreteras suaves. El correo francés lo había previsto todo. Había enviado a su chófer a por un pequeño almuerzo, así que de camino a Moscú comimos *piroschki*, y pequeñas albóndigas y jamón. Y para cuando llegamos al Hotel Metropole nos sentíamos mucho mejor.

El Hotel Metropole era un hotel más bien grande, con escalinatas de mármol y alfombras rojas, y un gran ascensor dorado que funcionaba a veces. Y detrás del mostrador había una mujer que hablaba inglés. Preguntamos por nuestras habitaciones, y ella nunca había oído hablar de nosotros. No teníamos habitaciones.

En ese momento Alexander Kendrick, del *Chicago Sun*, y su mujer nos rescataron. Preguntamos: «¿Dónde está Joe Newman?».

«¡Ah, Joe! No anda por aquí desde hace una semana. Está en Leningrado, en la subasta de pieles».

No había recibido nuestro telegrama, no había nada preparado, y no teníamos habitaciones. Y era ridículo que intentásemos conseguir habitaciones sin preparativos. Habíamos dado por hecho que Joe se pondría en contacto con cualquier agencia rusa que fuese responsable de ello. Pero ya que no lo había hecho, y no había recibido el telegrama, los rusos tampoco sabían que veníamos. Pero los Kendrick nos llevaron a su habitación y nos alimentaron con salmón ahumado y vodka, y nos dieron la bienvenida.

Un rato después no nos sentíamos ni solos ni perdidos. Decidimos mudarnos a la habitación de Joe Newman para castigarle. Usamos sus toallas, y su jabón, y su papel higiénico. Nos bebimos su *whisky*. Dormimos en su sofá y en su cama. Pensamos que eso era lo mínimo que él podía hacer por nosotros, para compensarnos por haberse portado tan mal. Sosteníamos que el hecho de que no supiese que veníamos no era excusa para él, y tenía que ser castigado. Y por eso nos bebimos sus dos botellas de *whisky* escocés. Debemos admitir que en aquel momento no sabíamos el tremendo crimen que era eso. Hay una considerable falta de honradez y bastantes artimañas entre los periodistas americanos en Moscú, pero nunca han llegado al nivel al que entonces lo llevamos nosotros. Un hombre no se bebe el *whisky* de otro.

# Capítulo III

Todavía no sabíamos cuál era nuestra situación. De hecho, no estábamos del todo seguros de cómo habíamos llegado hasta allí, quién nos había invitado. Pero los corresponsales americanos en Moscú acudieron, y nos ayudaron, y nos cogieron de la mano: Gilmore, y Stevens, y Kendrick, y el resto, todos hombres buenos y comprensivos. Nos llevaron a cenar a un restaurante comercial en el Hotel Metropole. Y descubrimos que hay dos tipos de restaurantes en Moscú: el restaurante de racionamiento, donde se usan los cupones de racionamiento y el precio es bastante bajo; y el restaurante comercial, donde el precio es fantásticamente elevado para, básicamente, la misma comida.

El restaurante comercial del Metropole es magnífico. En el centro de la sala hay una gran fuente. El techo está a unos tres pisos de altura. Hay una pista de baile y un espacio elevado para la orquesta. Los funcionarios rusos y sus esposas y los civiles con mayor nivel de ingresos bailan alrededor de la fuente con gran decoro.

Casualmente la orquesta tocaba el peor *jazz* americano al volumen más alto que nosotros habíamos oído nunca. El batería, un evidente pero distante estudioso de Krupa, se enfervorizaba y hacía malabares con sus baquetas. El clarinetista había estado escuchando discos de Benny Goodman, de modo que aquí y allá se podía oír algo vagamente parecido a un trío de Goodman. A uno de los pianistas le encantaba el *boogi-woogie*, que tocaba con bastante habilidad y gran entusiasmo.

La cena consistió en cuatrocientos gramos de vodka, un cuenco grande de caviar negro, sopa de repollo, filete y patatas fritas, queso y dos botellas de vino. Y costó unos ciento diez dólares para cinco personas, al cambio de la Embajada de doce rublos el dólar. Además tardaron en servirla cerca de dos horas y media, algo que nos sorprendió un poco, pero que descubrimos que era característico de todos los restaurantes rusos. Y más tarde también descubrimos por qué tardaban tanto.

Dado que todo en la Unión Soviética, toda transacción, se hace bajo el Estado, o bajo monopolios concedidos por el Estado, el sistema de contabilidad es enorme. De este modo, cuando toma nota, el camarero lo escribe muy cuidadosamente en un libro. Pero después no va a pedir la comida. Va al contable, que anota otra entrada acerca de la comida que ha sido pedida y emite un recibo que va a la cocina. Allí se anota otra entrada, y se solicita la comida. Cuando al fin se expide la comida, también se emite un recibo con la entrada de la comida, que se entrega al camarero. Pero este no lleva la comida a la mesa. Lleva su recibo al contable, que anota otra entrada en la que dice que la comida que fue solicitada ha sido expedida y da otro recibo al camarero, que entonces vuelve a la cocina y lleva la comida a la mesa, anotando en su libro que la comida que fue solicitada, registrada y emitida, ya está por fin en la mesa. Esta contabilidad lleva mucho tiempo. De hecho, mucho más que cualquier cosa que se haga con la comida. Y no hace ningún bien impacientarse por conseguir la comida, porque no hay nada en el mundo que se pueda hacer. El proceso es invariable.

Mientras tanto, la orquesta aullaba «Roll out the barrel» y «In the mood», y un tenor se acercó al micrófono, que no necesitaba, ya que su voz bastaba para la sala, y cantó «Old man river» y algunos de los temas más conocidos de Sinatra, como «Old black magic» y «I'm in the mood for love» en

ruso.

Mientras esperábamos, los corresponsales rusos nos previnieron sobre lo que podíamos esperar y sobre cómo conducirnos. Y tuvimos mucha suerte de que ellos estuvieran allí para decírnoslo. Señalaron que sería deseable que no nos acreditásemos en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Subrayaron las reglas que se aplicaban a los hombres que tenían tal acreditación, entre las cuales la más importante decía que no podríamos abandonar la zona de Moscú. Y nosotros no queríamos quedarnos en Moscú: queríamos adentrarnos en el país y ver cómo vivía la gente de las granjas.

Ya que no teníamos ninguna intención de mandar partes o telegramas que pudieran caer en manos de la oficina de censura, pensamos que podría evitarse la acreditación del Ministerio de Asuntos Exteriores. Pero aún no sabíamos quién nos respaldaría. Pensábamos que sería el Sindicato de Escritores, o quizá la *Voks*, que es la organización de relaciones culturales de la Unión Soviética. Y nos gustaba pensar en nosotros como relación cultural. Habíamos decidido de antemano que la información que queríamos era apolítica, salvo en la medida en que fuera política local y afectase directamente la vida diaria de la gente.

A la mañana siguiente telefoneamos a Intourist, que es la organización que se ocupa de los extranjeros. Y descubrimos que a los ojos de Intourist no teníamos estatus, no existíamos y no había habitaciones. De modo que llamamos a la Voks. En la Voks nos dijeron que sabían que íbamos a ir, pero no tenían ni idea de que hubiéramos llegado. Intentarían conseguirnos habitaciones. Era muy difícil, porque todos los hoteles de Moscú están llenos todo el tiempo. Entonces salimos y caminamos por las calles.

Yo había estado allí unos días en 1936, y los cambios desde entonces eran tremendos. En primer lugar, la ciudad estaba mucho más limpia que antes. Las calles estaban lavadas y pavimentadas, mientras que antes estaban llenas de barro y sucias. Y lo construido en doce años era muchísimo. Cientos de altos edificios de apartamentos nuevos, nuevos puentes sobre el río Moscova, las calles ampliadas y estatuas por todas partes. Áreas enteras de los estrechos y sucios distritos del viejo Moscú habían desaparecido, y en su lugar había nuevos barrios residenciales y edificios públicos.

Aquí y allá había algunos vestigios de los daños producidos por las bombas, pero no muchos. Al parecer los alemanes no tuvieron mucho éxito cuando sobrevolaron Moscú. Algunos de los corresponsales que habían estado allí durante la Guerra nos dijeron que la defensa antiaérea fue tan eficaz y los aviones de combate tan numerosos que, tras unos pocos intentos con grandes pérdidas, los alemanes desistieron del bombardeo aéreo de Moscú. Pero algunas bombas penetraron: una cayó sobre el Kremlin y otras pocas cayeron en las afueras. Sin embargo, en aquel entonces la Luftwaffe había iniciado su asalto a Londres y no deseaba sacrificar el gran número de aviones necesario para el bombardeo de una ciudad fuertemente protegida.

También percibimos el trabajo que se estaba haciendo sobre el aspecto de la ciudad. Había andamios en todos los edificios. Estaban pintando las fachadas y se estaban reparando las roturas, ya que en unas semanas la ciudad celebraría su 800 aniversario con grandes ceremonias y adornos. Y unos meses después iba a ser el trigésimo aniversario de la Revolución de Octubre.

Los electricistas estaban poniendo cadenetas de luces en los edificios públicos, y en el Kremlin, y en los puentes. Y este trabajo no se detenía por la noche: las labores de pintura y acicalamiento de la ciudad para su primera celebración no bélica en muchos años continuaban bajo los reflectores.

Pero a pesar del trajín y de la preparación, la gente en la calle parecía cansada. Las mujeres usaban poco o nada de maquillaje y su vestimenta era apropiada pero no demasiado bonita. Buena parte de los hombres llevaban uniforme por la calle, pero no estaban en el Ejército. Estaban desmovilizados y el uniforme era la única ropa que tenían. Los uniformes no llevaban insignias ni hombreras.

Capa no sacó sus cámaras, porque le habían dicho los otros corresponsales que sin un permiso escrito no era aconsejable, en particular por parte de un extranjero. El primer policía te coge y te lleva a interrogar a menos que tus permisos estén escritos y en orden.

Habíamos empezado a sentirnos solos otra vez. Lejos de que nos vigilasen y nos pisasen los talones y nos siguiesen, apenas podíamos conseguir que nadie admitiese siquiera que estábamos allí. Y sabíamos que los despachos se moverían despacio en Moscú, igual que en Washington. Ahora, escondiéndonos en las habitaciones de otros, rodeados de cientos de carretes de película y nuestro equipo de cámara, empezábamos a preocuparnos.

Habíamos oído hablar de un juego ruso —al que preferimos llamar gambito ruso— que raramente ha tenido un ganador. Es muy fácil de jugar. El hombre del departamento de Gobierno al que quieres ver no está, está enfermo, está en el hospital, o está fuera, de vacaciones. Esto puede continuar así durante años. Y si cambias tu ataque hacia otro hombre, este también está fuera de la ciudad, está en el hospital, o está fuera, de vacaciones. Una comisión húngara, con algún tipo de petición que imagino no era contemplada de manera favorable, había estado esperando durante tres meses, primero para ver a un hombre en particular, y finalmente para ver a otro. Pero nunca lo consiguió. Y un profesor estadounidense, con un proyecto de intercambio de estudiantes —un buen hombre, brillante e inteligente—, había estado haciendo antesalas durante meses. Y tampoco llego a ver a nadie. No hay manera de oponerse a este gambito. No hay defensa contra él, excepto relajarse.

Sentados en la habitación de Joe Newman, pensamos que esto bien podría pasarnos a nosotros. Además, después de hacer algunas llamadas de teléfono, habíamos descubierto otra cosa interesante sobre las oficinas rusas. Nadie llega a la oficina antes del mediodía, nadie. La oficina está cerrada hasta las doce. Pero de esa hora en adelante la oficina permanece abierta, y la gente trabaja, hasta la medianoche. Las mañanas no se usan para trabajar. Puede que haya oficinas que no siguen esta fórmula, pero todas las que tuvimos que tratar en los dos meses siguientes tenían este tipo de horario. Sabíamos que no debíamos impacientarnos ni enfadarnos, ya que si lo haces pierdes cinco puntos en el juego. La Voks se puso en marcha. Nos consiguieron una habitación en el Hotel Savoy, a la vuelta de la esquina, y nos invitaron a su oficina para discutir nuestros planes.

El Savoy es un hotel que, como el Metropole, se asigna a los extranjeros. La gente que vive en el Metropole dice que el Savoy es el mejor hotel de los dos, que su comida y su servicio son mejores. Por otro lado, la gente que vive en el Savoy afirma que la comida y el servicio del Metropole son mejores. Este juego de cumplidos mutuos ha continuado durante años.

Nos asignaron una habitación en el segundo piso del Savoy. Subimos escalinatas de mármol flanqueadas por estatuas; nuestra favorita era una de Graziella, una belleza que se había hecho famosa en tiempos de Napoleón. Iba vestida con un traje imperio y llevaba una enorme pamela; por error, el escultor había cincelado su nombre como *Craziella*, y ella se convirtió para nosotros en *Crazy Ella*[3]. Al final de la escalinata había un enorme oso ruso disecado en posición de ataque.

Pero un cliente timorato le había arrancado las garras de sus patas delanteras, de modo que el animal atacaba sin uñas. Oculto en la penumbra del vestíbulo superior era una fuente constante de ligeros sustos para los nuevos clientes del Savoy.

Nuestra habitación era enorme. Descubrimos más tarde que era una habitación muy deseada por las demás personas que se alojaban en el Savoy. El techo estaba a seis metros de altura. Las paredes estaban pintadas de un lúgubre verde oscuro. Y tenía un anexo para las camas, con una cortina que lo separaba. Sus mejores detalles eran una enorme combinación en haya negra de sofá, espejo y armarios dobles y un mural que recorría la parte superior de la pared. Este mural se introducía en nuestros sueños a medida que pasaba el tiempo. Si se pudiera describir, sería algo como esto: en la parte inferior central de la pintura hay un acróbata tumbado sobre su barriga con las piernas por encima de su espalda. Delante de él dos gatos idénticos se deslizan bajo sus manos. Tumbados a lo largo de su espalda hay dos caimanes verdes, y descansando sobre las cabezas de los caimanes hay un mono demente con alas de murciélago que lleva una corona imperial. Este mono alarga sus brazos largos y nervudos a través de dos troneras que hay en sus alas y con ellos agarra los cuernos de dos cabras que tienen cola de pez. Cada una de estas cabras lleva un peto que termina en una espina en la cual hay clavados dos peces de aspecto violento. No entendimos este mural. No sabíamos qué significaba, ni por qué razón estaba en nuestra habitación del hotel. Pero empezamos a soñar con él. Y seguramente había en él algo de pesadilla.

Tres enormes ventanas dobles daban a la calle. Con el paso del tiempo, Capa se apostaba cada vez más en las ventanas y fotografiaba pequeños incidentes que tenían lugar bajo ellas. Al otro lado de la calle, en el segundo piso, había un hombre que llevaba una especie de tienda de reparación de cámaras. Trabajaba muchas horas en los equipos. Y avanzado el juego descubrimos que mientras nosotros le fotografiábamos, él nos fotografiaba a nosotros.

Nuestro baño, y nosotros éramos la gloria de Moscú por tener baño privado, tenía ciertas peculiaridades. La entrada era difícil, ya que nadie podía simplemente abrir la puerta y entrar, porque estaba obstaculizada por la bañera. Uno entraba, se agazapaba de espaldas al rincón junto al lavabo, cerraba la puerta y ya estaba libre para circular por el baño. La bañera ni siquiera era estable sobre sus patas, de modo que una vez llena, si te movías bruscamente, toda ella se balanceaba y el agua se derramaba sobre el suelo.

Era una bañera vieja, probablemente prerrevolucionaria, y su esmalte se había desgastado en el fondo, dejando una superficie parecida a la lija. Capa, que es una criatura delicada, descubrió que empezaba a sangrar después de bañarse, y decidió hacerlo en adelante con los calzones puestos.

Este baño tenía una peculiaridad que se cumplía en todos los baños que probamos en la Unión Soviética. Puede que hubiera otros tipos, pero nosotros no los encontramos. Además de que todos los grifos goteaban —el inodoro, el lavabo, las llaves de la bañera—, todos los desagües eran estancos.

Por ello, si llenabas el lavabo, el agua se quedaba allí, y cuando quitabas el tapón del desagüe de la bañera, en absoluto eso tenía como consecuencia que el agua desapareciera. Y en un hotel de Georgia el rugido del agua saliendo por el grifo era tan escandaloso que teníamos que cerrar la puerta del baño para poder dormir. De esto extraje mi gran ocurrencia, que ofrecí a la industria. Es muy sencillo. Se invierte el proceso: se ponen los grifos donde están los desagües, y los desagües donde están los grifos, y todo resuelto.

Pero nuestro baño tenía una cualidad muy apreciable. En él siempre había gran cantidad de agua caliente, a veces en su mayor parte en el suelo, pero estaba allí cuando queríamos.

Fue allí donde descubrí un rasgo desagradable en la naturaleza de Capa, y considero que está bien que la cuente aquí por si alguna joven escuchase una proposición de matrimonio por su parte. Es un acaparador de baños, uno muy curioso. Su método es el siguiente: se levanta de la cama y desaparece en el baño y se llena la bañera de agua. Entonces se tumba en la bañera y lee hasta que le entra sueño, con lo cual se duerme. Esto puede durar dos o tres horas por la mañana, y se podrá deducir fácilmente que el baño queda inutilizado para asuntos más serios mientras él está allí. Ofrezco como servicio público esta información sobre Capa. Con dos cuartos de baño, Capa es un compañero encantador, inteligente y bienhumorado. Con un único cuarto de baño, es un…

Ya nos habíamos sometido a lo intrincado de la moneda rusa. Tenía muchos valores, oficiales y no oficiales. El cambio oficial era de cinco rublos por dólar. El cambio de la Embajada de Estados Unidos era de doce rublos por dólar, y algunas delegaciones sudamericanas compraban rublos en otros países, como Polonia o Checoslovaquia, a cien rublos por dólar. La Embajada de Estados Unidos, que mantenía un cambio de doce por uno con estricta rectitud, era criticada por algunos de sus empleados por hacer que las cosas resultasen muy caras. Por ejemplo, si un miembro de nuestra embajada daba una fiesta, salía excesivamente cara al cambio, mientras que un miembro de algunas de las embajadas mencionadas anteriormente podía celebrar una fiesta cambiando a cien por uno, y la fiesta resultaba increíblemente barata.

Cuando nos registramos en el Hotel Savoy expidieron para nosotros cupones de racionamiento, tres para cada día, desayuno, almuerzo y cena. Usando estos cupones en el restaurante de racionamiento que había en el hotel podíamos comer de manera bastante razonable. Si queríamos comer en un restaurante comercial, la comida era muy cara y no mucho mejor. La cerveza era amarga y carísima. Salía a una media de un dólar con cincuenta la botella.

Por la tarde, la Voks mandó un coche para que nos llevara a la oficina principal para una entrevista. Nos daba la impresión de que había habido alguna discusión sobre quién se hacía responsable de nosotros, la Unión de Escritores o la Voks. Y la Voks había perdido y se había quedado con nosotros. Las oficinas de la Voks están en un precioso palacete, que una vez fue la residencia de un príncipe del comercio. Fuimos recibidos por el señor Karaganov en su oficina, que está forrada de haya hasta el techo y tiene una claraboya de vidriera; un lugar muy agradable para trabajar. El señor Karaganov, un hombre joven y prudente, que hablaba un inglés preciso y lento, se sentó detrás de su escritorio y nos hizo muchas preguntas. Garabateaba en un bloc de notas con un lápiz, que era mitad azul y mitad rojo. Y nosotros explicamos nuestro proyecto: evitar la política pero intentar hablar y comprender a los granjeros rusos, y a los trabajadores, y a la gente del mercado, para ver cómo vivían, e intentar contárselo a los nuestros, de modo que se pudiera alcanzar

una especie de entendimiento mutuo. Nos escuchaba en silencio y hacía marcas angulosas con su lápiz.

Entonces dijo: «Ya ha habido más gente que ha querido hacer esto». Y nombró a una serie de estadounidenses que habían escrito libros sobre la Unión Soviética. Continuó: «Se han sentado en esta oficina y han hablado de una manera, y han vuelto a casa y han escrito de otra. Y si parece que nosotros tenemos una ligera desconfianza, es por eso».

Nosotros respondimos: «No debería pensar que nosotros venimos con una opinión favorable o desfavorable. Hemos venido a hacer un trabajo de reportaje, si es que es posible hacerlo. Tenemos la intención de escribir y fotografiar exactamente lo que veamos u oigamos, sin opinar. Si hay algo que no nos guste, o que no comprendamos, también lo reflejaremos. Pero hemos venido para conseguir una historia. Si podemos escribir esa historia, lo haremos. Si no podemos, aún tendremos una historia».

Asintió con la cabeza muy despacio, pensativo. Después dijo: «Podríamos confiar en eso. Pero estamos muy cansados de las personas que vienen aquí siendo enconadamente pro-rusas, y que vuelven a los Estados Unidos y se convierten en enconadamente anti-rusas. Ya hemos tenido bastantes experiencias de este tipo».

Y continuó: «Esta oficina, la Voks, no tiene mucho poder, ni tampoco mucha influencia. Pero haremos lo que podamos para permitirles hacer el trabajo que quieren hacer». Luego nos hizo muchas preguntas sobre América. Dijo: «Muchos de nuestros periódicos están hablando de guerra con la Unión Soviética. ¿Quieren los americanos esa guerra con la Unión Soviética?».

Nosotros contestamos: «No lo creemos. No creemos que nadie quiera la guerra, pero no lo sabemos».

Él dijo: «Al parecer la única voz que se eleva en América contra la guerra es la de Henry Wallace. ¿Pueden decirme si tiene muchos seguidores? ¿Tiene apoyo real entre la gente?».

Dijimos: «No lo sabemos. Pero sí sabemos esto: que en una gira de conferencias Henry Wallace recaudó una cantidad de dinero sin precedentes con las entradas. Sabemos que esta es la primera vez que hemos oído que la gente pagase por ir a un mitin político. Y sabemos que muchas personas se quedaron fuera de esos mítines porque no había sitio para ellas, ni sentadas ni de pie. No tenemos ni idea de si esto tendrá importancia en las próximas elecciones. Lo único que sabemos es que nosotros, que ya hemos visto alguna guerra, no estamos a favor de ella. Y tenemos la sensación de que hay mucha gente como nosotros. Sentimos que si la guerra es la única respuesta que nuestros líderes pueden ofrecer, entonces es que vivimos en una época sumida en la pobreza». Y después preguntamos: «¿Quiere la guerra la gente de Rusia, o una parte de ella, o una parte del Gobierno ruso?».

Él se irguió, soltó el lápiz y dijo: «Puedo contestar a eso de manera categórica. Ni los rusos, ni una parte de ellos, ni parte del Gobierno ruso, quieren la guerra. Puedo ir más allá: los rusos harían cualquier cosa para evitar la guerra. De esto estoy seguro». Y volvió a coger el lápiz e hizo garabatos redondos en su bloc de notas.

Dijo: «Hablemos de la escritura americana. Nos parece que sus novelistas ya no creen en nada. ¿Es eso cierto?».

Yo dije: «No lo sé».

Dijo: «Mismamente, su último trabajo nos parece cínico».

Yo respondí: «No es cínico. Creo que una de las labores del escritor es poner en palabras su época tan de cerca que pueda comprenderla. Y eso es lo que yo hago».

Entonces hizo algunas preguntas sobre escritores americanos, sobre Caldwell, y Faulkner, y cuándo sacaría Hemingway un nuevo libro. Y preguntó qué jóvenes escritores estaban surgiendo, qué nueva gente. Explicamos que empezaban a emerger unos pocos escritores jóvenes, pero que era demasiado pronto como para esperar que saliesen. Los hombres que deberían haber estado practicando este oficio habían pasado los últimos cuatro años de servicio. Era probable que tal experiencia les hubiera sacudido profundamente, y podría llevarles algún tiempo asentar su experiencia y sus vidas para poder ponerse a escribir.

Parecía un poco sorprendido de que los escritores en Estados Unidos no se reuniesen, no se asociasen demasiado entre sí. En la Unión Soviética los escritores son gente muy importante. Stalin ha dicho que los escritores son los arquitectos del alma humana.

Le explicamos que los escritores en América tienen una posición diferente, que se les considera justo por debajo de los acróbatas y justo por encima de las focas. Y en nuestra opinión esto es algo muy bueno. Es muy probable que a un escritor, en especial uno joven y demasiado valorado, se le suba el éxito a la cabeza tanto como a una actriz de cine las buenas críticas en la prensa especializada. Y creemos que la accidentada vida crítica a la que están sometidos los escritores estadounidenses a la larga será muy sana para ellos.

Nos pareció que una de las diferencias más profundas entre los rusos y los americanos o los británicos yace en sus sentimientos hacia sus gobiernos. A los rusos se les enseña a creer que su Gobierno es bueno, que cada parte de él es buena, y que su tarea es empujarlo hacia adelante, apoyarlo de todas las formas posibles. Por otro lado, el sentimiento profundo entre los americanos y los británicos es que todo Gobierno tiene algo de peligroso, que debería haber la menor cantidad de gobierno posible, que cualquier aumento en el poder del Gobierno es malo, y que el Gobierno existente debe ser vigilado de manera constante, vigilado y criticado para mantenerlo a raya y en alerta. Y más tarde, en las granjas, cuando nos sentamos a la mesa con los granjeros, y nos preguntaban cómo funcionaba nuestro Gobierno, intentaríamos explicar que era tal nuestro miedo del poder investido en un hombre o en un grupo de hombres, que nuestro Gobierno estaba formado por una serie de controles y equilibrios diseñados para evitar que el poder cayera en manos de una sola persona. Intentábamos explicar que la gente que componía nuestro Gobierno, y aquellos que lo continuaban, tienen tanto miedo del poder que de buena gana suprimirían a un buen líder antes de permitir un precedente de liderazgo. No creo esto que se entendiera completamente, ya que la gente de la Unión Soviética está adiestrada en que el líder es bueno y que el liderazgo es bueno. No se puede establecer con éxito una discusión sobre esto; es el fracaso de dos sistemas en el empeño de comunicarse entre sí.

El bloc de notas del señor Karaganov estaba cubierto de símbolos rojos y azules. Finalmente dijo: «Si escriben una lista de cosas que quieren ver y hacer y me la envían, veré si puede arreglarse».

Nos caía muy bien Karaganov. Era un hombre que hablaba directamente y sin equívocos. Más tarde tendríamos que oír muchos discursos floridos y muchas generalidades. Pero no oímos nada de

lo que decía Karaganov. Nunca fingimos ser ante él algo distinto de lo que éramos. Teníamos cierto enfoque, un punto de vista americano y, según él, ciertos prejuicios. Lejos de no caerle bien, o desconfiar de nosotros a causa de esto, parecía fiarse aún más de nosotros. Durante nuestra estancia en la Unión Soviética nos fue de gran ayuda. Le vimos varias veces, y lo único que nos pedía era: «Cuenten solo la verdad, cuenten solo lo que ven. No lo cambien, pónganlo tal como es, y nosotros estaremos muy contentos. Porque desconfiamos de los halagos». Nos parecía un hombre bueno y honesto.

Todavía continuaba la lucha silenciosa de nuestro viaje. En la actualidad, solo puedes ir a la Unión Soviética como invitado de alguna organización o para hacer algún trabajo en particular. No estábamos seguros de si nos respaldaba el Sindicato de Escritores o la Voks, y tampoco estábamos seguros de que ellos lo supieran. Puede ser que cada cual estuviera intentando pasar este dudoso honor al otro. Sí que estábamos seguros de una cosa: que no queríamos que nos acreditasen como corresponsales normales, con sus credenciales, porque en ese caso deberíamos haber estado bajo el respaldo y el control del Ministerio de Asuntos Exteriores. Las reglas del Ministerio de Asuntos Exteriores son muy estrictas en lo que respecta a los corresponsales, y si alguna vez nos hubiéramos convertido en sus muchachos, no podríamos haber abandonado Moscú sin un permiso especial, que raramente se concede. No podríamos haber viajado con libertad, y nuestro material habría sido sometido a la censura del Ministerio de Exteriores. No queríamos nada de esto, porque ya habíamos hablado con los corresponsales estadounidenses y británicos en Moscú y habíamos descubierto que sus actividades periodísticas estaban más o menos limitadas a la traducción de los diarios y revistas rusos, y la transmisión de sus traducciones, e incluso en esos casos la censura cortaba bastante a menudo grandes trozos de los telegramas. Y una parte de la censura era completamente ridícula. En una ocasión, un corresponsal, al describir la ciudad de Moscú, dijo que el Kremlin tiene forma triangular. Más tarde descubrió que habían cortado esta información de su copia. Desde luego, no había unas reglas de la censura de las que se pudiera depender, pero los corresponsales más viejos, los que habían estado en Moscú durante mucho tiempo, sabían aproximadamente lo que podían o no podían pasar. Esa eterna batalla entre corresponsales y censor continúa.

Hay una historia famosa sobre un nuevo «topo terrestre». Un ingeniero de caminos inventó una máquina para cavar zanjas o túneles y la llamó «topo terrestre». Sus fotografías y especificaciones técnicas aparecieron en una revista científica soviética. Esto lo cogió una revista estadounidense y lo imprimió. Un periódico británico, tras ver el artículo, telegrafió a su corresponsal en Moscú para conseguir la historia del topo. Con lo que el corresponsal británico fue a la revista científica soviética, desempolvó el artículo y lo mandó a su periódico, y entonces descubrió que el artículo había sido masacrado por la censura. Esto sucedió hace varios meses y, por lo que sé, el artículo todavía lo retiene la censura.

Además, los corresponsales estaban limitados por un decreto bastante nuevo que equipara la divulgación de cifras agrícolas, industriales o de población con la divulgación de información militar como acto de traición. El resultado es que no se puede conseguir ninguna cifra relativa a la producción en Rusia. Todo se trata en porcentajes. Sin una referencia, esto te deja más o menos donde empezaste. Por ejemplo, no pueden decirte cuántas unidades produce una fábrica de tractores, pero sí te pueden decir que es, pongamos, un noventa y cinco por ciento de la producción de 1939. Si

sabes cuántas unidades se produjeron en 1939, es probable que tus cifras sean exactas, pero si no tienes otra cifra estás perdido. En algunos casos todo esto resulta ridículo. Si, por ejemplo, preguntas cuál es la población actual de Stalingrado, te dirán que es el ochenta y siete por ciento de la cifra antes de la Guerra. El proceso entonces consiste en mirar la población antes de la Guerra y calcular el número de gente que vive en Stalingrado en la actualidad.

Se desarrolla una constante guerra de ambigüedades entre los corresponsales en Moscú y la oficina de la censura, y nosotros no queríamos vernos involucrados en ella.

En ese momento, Joe Newman volvió de su viajecito pagado a las subastas de pieles en Leningrado. Además de ser un buen amigo, Joe es un hombre muy eficaz. Hizo su rodaje en Japón y Argentina, y este rodaje le hace especialmente adecuado para la escena moscovita. Tiene un carácter tranquilo forjado en su larga experiencia en países donde la franqueza es muy poco común; ha desarrollado una sensibilidad hacia los matices y las insinuaciones. Es capaz de leer el significado que hay detrás del significado y además es un hombre relajado. Tienes que serlo en este trabajo, o pronto te vuelves loco. Nos sentimos muy en deuda con él por la información y las instrucciones que nos dio.

Llamamos a la Embajada de Estados Unidos, que es diferente a cualquiera que yo haya visto jamás. Mientras que en la mayoría de las embajadas la cola de turistas y visitantes estadounidenses es interminable, nadie llama a la Embajada en Moscú. Y aunque en ella trabaja una cantidad bastante numerosa de funcionarios, estos se limitan más o menos a relacionarse entre sí y con los miembros de otras embajadas. Porque la relación de extranjeros con rusos es bastante limitada. No hay duda de que, en este periodo de tensión, los rusos no quieren ser vistos con miembros de la Embajada americana, algo fácil de comprender. Un miembro de nuestra Embajada me lo explicó de la siguiente manera. Me dijo que había estado hablando con un hombre del Departamento de Estado que había venido a Moscú y que se quejaba de que no podía entablar contacto con los rusos. El hombre de la Embajada le dijo: «Está bien, supongamos que oyese en Washington que una de sus secretarias está saliendo con alguien de la Embajada rusa. ¿Usted qué haría?». Y el hombre del Departamento de Estado respondió: «Pues la despediría de inmediato». Y el hombre de la Embajada le dijo: «Pues ya ve, a lo mejor los rusos piensan de la misma manera».

El General Smith, embajador de Estados Unidos, nos invitó a cenar, y descubrimos que era un hombre inteligente y prudente, que intentaba desesperadamente hacer todo lo que estaba en su mano por las relaciones entre ambos países. Y debe admitirse que trabaja bajo grandes dificultades, ya que los servicios diplomáticos de los países extranjeros están bajo las mismas restricciones que los corresponsales. No se les permite abandonar Moscú, no pueden viajar por el país y su acceso a los hogares rusos está muy limitado. No es que haya algo establecido, es que nadie les invita. Y si alguien invita a un ruso normalmente sucede algo. Está enfermo, o no puede venir, o no está en la ciudad. Es una pena, pero es verdad. Y también es una pena que en Estados Unidos suceda lo mismo, hasta cierto punto.

Creemos que los rusos son los peores propagandistas, los peores relaciones públicas del mundo. Tomemos el ejemplo de los corresponsales extranjeros. Normalmente un periodista va a Moscú lleno de buena voluntad y con el deseo de comprender lo que ve. Pronto se encuentra inhibido e incapaz de hacer su trabajo de periodista. Gradualmente comienza a apagarse su buen humor, y gradualmente

empieza a odiar el sistema, no por el sistema en sí, sino solo porque le impide hacer su trabajo. No hay manera más rápida de poner a alguien en contra de algo. Y este periodista por lo general termina volviéndose nervioso y mezquino, porque no ha sido capaz de llevar a cabo lo que le habían encomendado. Un hombre que es incapaz de cumplir con su trabajo normalmente detesta la causa de su fracaso. La gente de la Embajada y los corresponsales se sienten solos, se sienten aislados; son gente-isla en medio de Rusia, y no sorprende que se vuelvan solitarios y amargados.

Agregamos estos párrafos sobre la acreditación del Ministerio de Exteriores para hacer justicia a los corresponsales profesionales en Moscú. Nosotros podíamos hacer muchas cosas que a ellos no les permiten hacer. Pero si parte de nuestro trabajo hubiera sido informar de noticias, como ellos, entonces nosotros nos deberíamos haber sometido al Ministerio de Exteriores, y tampoco podríamos haber abandonado Moscú.

La Voks nos asignó un intérprete, y tener un intérprete era muy necesario, ya que ni siquiera podíamos leer los letreros de las calles. Nuestra intérprete era una muchacha joven, menuda y bastante bonita. Su inglés era excelente. Se había licenciado en Historia Americana en la Universidad de Moscú. Era veloz, inteligente y dura, e hija de un coronel del Ejército Soviético. Nos fue de gran ayuda, no solo porque conociese la ciudad a fondo y porque fuese capaz de hacer las cosas con gran eficacia, sino también porque mediante su conversación nos dio una idea de lo que la gente joven pensaba y hablaba, al menos en Moscú. Se llamaba Svetlana Litvinova. Su nombre se pronunciaba *Sweet Lana*[4], y este nombre nos gustó tanto que decidimos que debía ser ampliado. Intentamos *Sweet* General Smith y *Sweet* Harry Truman y *Sweet* Carrie Chapman Catt, y ninguno de ellos parecía funcionar. Finalmente dimos con *Sweet* Joe Newman, y este sí que parecía definitivo. Todavía se le conoce como *Sweet* Joe.

*Sweet Lana* era una dinamo de energía y eficacia. Nos consiguió coches. Nos llevó a ver las cosas que queríamos ver. Era una muchachita decidida, y sus opiniones eran tan decididas como ella. Detestaba el arte moderno de cualquier tipo. Los pintores abstractos eran americanos decadentes; los pintores experimentales también eran decadentes; Picasso le daba náuseas; describía el loco mural de nuestra habitación como un ejemplo de decadente arte americano. La única pintura que le gustaba de verdad era la pintura figurativa fotográfica del siglo XIX. Descubrimos que esta no era su opinión personal, si no la general. No creemos que haya presión real sobre ningún pintor. Pero si alguno quiere colgar sus cuadros en las galerías estatales, y esta es la única clase de galerías que existe, entonces tendrá que pintar obras fotográficas. Al menos públicamente, no experimentará con el color y la línea, no probará nuevas técnicas, no aplicará un enfoque subjetivo a su obra. *Sweet Lana* era vehemente en este tema; como en la mayoría de los temas. A través de ella supimos de la ola de moralidad que hay sobre la gente joven de la Unión Soviética. En cierto modo es como la moralidad de una pequeña ciudad de Estados Unidos hace una generación. Las chicas buenas no van a clubes nocturnos. Las chicas buenas no fuman. Las chicas buenas no usan ni pintalabios ni esmalte de uñas. Las chicas buenas visten de manera muy conservadora. Las chicas buenas no beben. Y las chicas buenas son muy precavidas con sus amigos. *Sweet Lana* era tan moral que hacía que nosotros, que nunca habíamos pensado que fuésemos inmorales, nos sintiésemos bastante procaces. Nos gustan las mujeres que se acicalan bien, y tenemos ojo crítico para los tobillos bien torneados. Nos inclinamos por la máscara de pestañas y la sombra de ojos. Nos gusta el *swing* y el *scat*, y nos encantan las

piernas bonitas de las coristas. Todas estas eran cosas decadentes para *Sweet Lana*. Eran los productos del capitalismo decadente. Y esta actitud no se limitaba a *Sweet Lana*. Era cierta en la mayoría de la gente joven que conocimos. Y nos resultaba interesante que las actitudes de nuestros grupos más conservadores y anticuados se encuentren en las actitudes de la juventud de la Unión Soviética.

*Sweet Lana* era esbelta y tenía buen tipo; su ropa estaba bien hecha, era sencilla y le sentaba bien. Y cuando en alguna ocasión nos llevó al teatro o al *ballet*, se puso un pequeño velo en el sombrero. En el tiempo que estuvimos en la Unión Soviética, *Sweet Lana* se volvió un poco menos aprensiva ante nuestra decadencia. Y cuando al final nos fuimos, en nuestra última noche, hubo una pequeña fiesta, y *Sweet Lana* dijo: «He hecho de guía para mucha gente, pero nunca antes me había divertido».

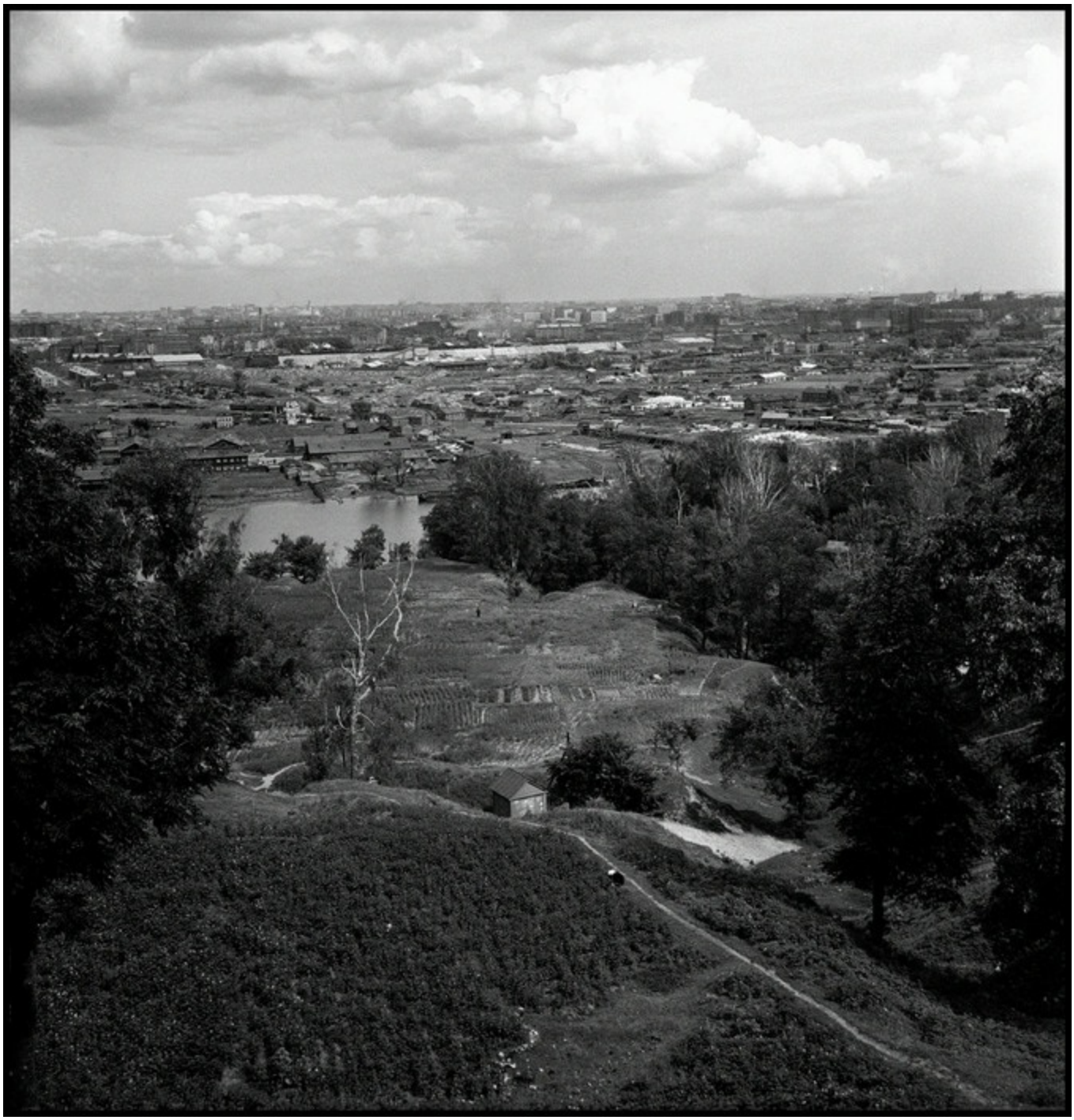
Sus estudios de Historia Americana en la universidad habían sido exhaustivos y científicos a la manera soviética. Sabía cosas sobre la historia de Estados Unidos de las que nosotros nunca habíamos oído hablar, pero siempre las enunciaba en términos de crítica marxista, de modo que los acontecimientos que nosotros conocíamos tenían un sonido extraño y extranjero cuando procedían de ella. Es muy posible que nuestro conocimiento sobre la historia de Rusia tuviera el mismo sonido a sus oídos. Pienso que ella llegó lentamente a cogernos aprecio, a pesar de nuestra decadencia. Por una causa: éramos un poco diferentes de la mayoría de los turistas con los que ella había entrado en contacto. Y de vez en cuando la profunda seriedad de la juventud soviética abandonaba a *Sweet Lana* y también se divertía un poco de manera no decadente.

Estábamos impacientes por conocer ese estado de ánimo, y lo veíamos gradualmente más claro. La juventud soviética está entrenada para sentir que hay mucho trabajo por hacer, más trabajo del que nunca podrán realizar; tanto, que no queda mucho tiempo para la diversión. La competencia entre ellos es constante. Se hacen exámenes para entrar en las escuelas, y la nota más alta es la que gana; la nota más alta consigue la beca. Para las universidades siempre hay más candidatos que plazas, de modo que la competencia es muy reñida. Y por todas partes los honores y los emolumentos van a la persona más eficaz. No hay nada parecido al prestigio por anteriores acciones, o por las actuaciones de los padres o de los abuelos. La posición de cada cual depende por entero de su inteligencia y de su esfuerzo. Y aunque este método hace que los jóvenes soviéticos parezcan un poco tensos y sin humor, también les hace trabajar mucho.

*Sweet Lana* nos llevó a las colinas de Lenin, y nos situamos encima de ese promontorio que domina toda la ciudad y vimos Moscú extenderse hacia el horizonte, una ciudad enorme. Había nubes negras apiladas en el cielo, pero el sol brillaba debajo y relucía en las cúpulas doradas del Kremlin. Es una ciudad de grandes edificios nuevos y de pequeñas y viejas casas de madera con marcos de madera tallada alrededor de las ventanas, una ciudad curiosa, con carácter, con mucha personalidad. Ahora no hay cifras relativas a su población, pero se dice que tiene entre seis y siete millones.

Volvimos despacio en coche a la ciudad. Las cunetas estaban llenas de cultivos de repollo, y los lados de la carretera estaban plantados con patatas. Lo que conocíamos como huertos de la victoria se mantienen ahora, y se perpetuarán. Todo el mundo tiene su parcelita de repollos y patatas, y la protección de esa parcela es feroz. Mientras estuvimos en Moscú, dos mujeres fueron condenadas a diez años de trabajos forzados por robar un kilo y medio de patatas de un huerto privado.

Mientras volvíamos hacia Moscú se formó una gran nube negra y la lluvia empezó a caer sobre la ciudad.



Probablemente lo más difícil del mundo para el hombre es la simple observación y aceptación de lo que ocurre. Siempre deformamos nuestras percepciones según lo que esperábamos, queríamos o temíamos. En Rusia vimos muchas cosas que no coincidían con lo que habíamos esperado, y por esta razón está muy bien tener fotografías, porque una cámara no tiene ideas preconcebidas, simplemente fija lo que ve.

Teníamos que esperar en Moscú a que llegaran nuestros permisos para abandonar la ciudad y viajar a través del país.

Nos invitaron a ir a ver al jefe provisional del departamento de prensa. Iba vestido con un uniforme gris con las hombreras cuadradas del Ministerio de Exteriores. Sus ojos eran de un azul brillante, como turquesas.

Capa habló con fervor sobre hacer fotos. Hasta el momento no había podido hacerlo. El jefe del departamento de prensa nos aseguró que haría lo posible para conseguir los permisos de fotografía tan pronto como fuera posible. Nuestra reunión fue formal y muy cortés.

Más tarde fuimos a visitar el Museo Lenin. Habitación tras habitación de retazos de la vida de un hombre. Supongo que no hay vida más documentada en la historia. Lenin no debió de tirar nada. Habitaciones y maletas enteras están llenas de pedazos de sus escritos, notas, diarios, manifiestos, panfletos; sus plumas y lápices, sus bufandas, su ropa, todo está allí. Y en las paredes hay enormes pinturas de cada incidente en su vida, hasta de su infancia. Cada incidente de la Revolución en el que participó está registrado en cuadros enormes colgados de las paredes. Sus libros están embutidos en marcos de mármol blanco y colgados por las paredes, con los títulos escritos en bronce. Hay estatuas de Lenin en todas las poses posibles, y en los retratos de su vida entra más tarde Stalin. Pero en todo el museo no hay ni un solo retrato de Trotsky. Por lo que respecta a la historia de Rusia, Trotsky ha dejado de existir. Este es un tipo de enfoque histórico que nosotros no comprendemos. Es la historia como deseamos que hubiera sido, más que como fue. Porque no hay duda de que Trotsky tuvo un efecto histórico enorme en la Revolución Rusa. Tampoco hay duda de que su eliminación y desvanecimiento tuvieron gran importancia histórica. Pero para los jóvenes rusos nunca existió. Para los niños que van al Museo Lenin y ven la historia de la Revolución no hay Trotsky, ni bueno ni malo.

El museo estaba abarrotado. Había grupos de soldados soviéticos; había niños; había turistas de las diferentes repúblicas, y cada grupo tenía su guía, y cada guía tenía su puntero, con el que señalaba los diferentes elementos en discusión.

Cuando estábamos allí entró una larga fila de huérfanos de la guerra, niños y niñas de seis a trece años, bien limpios y vestidos con sus mejores ropas. Y también circulaban por el museo y miraban con los ojos como platos a esta vida documentada del fallecido Lenin. Miraban maravillados su gorra de pieles, y su abrigo con cuello de piel, sus zapatos, las mesas sobre las que escribía, las sillas en las que se sentaba. Todo sobre este hombre está allí, todo excepto el humor. No hay pruebas de que en toda su vida tuviera un pensamiento ligero o humorístico, un momento de risa entregada o una tarde de diversión. No puede haber duda alguna de que esas cosas existieron, pero históricamente quizá no se permite que las tenga.

En este museo se saca la idea de que el mismo Lenin era consciente de su lugar en la historia. No solo guardó cada retazo de su pensamiento y de su escritura, sino que sus fotografías están allí por cientos. Se le fotografiaba en todas partes, en todas las situaciones, y en todas las edades, casi como si hubiera previsto que alguna vez fuera a existir un museo llamado Museo Lenin.

Se nota el silencio en el lugar. La gente habla en murmullos y los guías con sus punteros musitan una curiosa letanía melódica. Porque este hombre ha dejado de ser un hombre en las mentes rusas. Ya no es de carne, sino de piedra, y de bronce, y de mármol. La cabeza calva y el bigote puntiagudo están en todas partes por la Unión Soviética. Los ojos penetrantes y bizqueantes miran desde el lienzo y vigilan desde la escayola.

Por la tarde fuimos a una fiesta en el club americano, un lugar en el que los empleados de la Embajada y los soldados y marinos de las oficinas de los Agregados Militares y Navales van a divertirse. Había un ponche explosivo hecho de vodka y zumo de uva, un buen recuerdo de los días de la prohibición. La pequeña banda de *swing* estaba dirigida por Ed Gilmore, que es aficionado al

*swing*. Primero llamó a su formación los Kremlin Krows[5], pero ya que a este nombre le pusieron algunos reparos, lo cambió a Moscow River Rats[6].

Después de la solemnidad de la tarde en el Museo Lenin, la ligera violencia y el ruido y las risas de la fiesta fueron un placer para nosotros.

Entre las chicas de la fiesta había una serie de esposas ahora famosas de americanos y británicos a las que no se permite abandonar la Unión Soviética. Muchachas bonitas y bastante tristes. No pueden regresar con sus maridos a Inglaterra o a Estados Unidos, de modo que sus embajadas les dan trabajo hasta que se tome una decisión final.

Hay muchas cosas que no podemos comprender sobre la Unión Soviética, y esta es una de ellas. Estas mujeres no son más de cincuenta. No son buenas para la Unión Soviética. Se sospecha de ellas. Los rusos no se relacionan con ellas, pero tampoco se les permite marcharse. Y sobre estas cincuenta mujeres, estas cincuenta mujeres sin importancia, la Unión Soviética ha lanzado más propaganda adversa que sobre cualquier otro asunto. Por supuesto, esta situación no puede repetirse, ya que según un nuevo decreto ningún ruso puede casarse con un extranjero. Pero aquí están en Moscú, esas tristes mujeres, que ya no son rusas y tampoco se han convertido en británicas o estadounidenses. Y no entendemos el motivo que las retiene aquí. Tal vez solo se trata de que los rusos no quieren que nadie les diga lo que tienen que hacer. Podría ser algo tan simple como eso. Cuando Clement Attlee solicitó personalmente que fueran enviadas fuera de Rusia, se le dijo, en efecto, que se metiera en sus asuntos. Es solo una más de las estupideces internacionales que al parecer están en aumento en el mundo. Algunas veces da la impresión de que los líderes de las naciones son niños resentidos, retándose unos a otros a derribarse.

Fue una buena fiesta la del club americano, una buena y ruidosa fiesta, y nos hizo sentir un poco de nostalgia de nuestro país. Toda la gente que había allí también estaba nostálgica, porque Rusia no es muy amable con los extranjeros, especialmente si resulta que son empleados de los gobiernos extranjeros. Y aunque no llevábamos mucho tiempo en la Unión Soviética, nos gustaron el pintalabios, la máscara de pestañas y las uñas pintadas de las chicas.

La tarde siguiente fuimos a la exhibición aérea. Aunque había varios espectáculos civiles, la mayor parte del espectáculo corría por cuenta de la Fuerza Aérea soviética. Las diferentes secciones de las Fuerzas Armadas soviéticas tienen su día. Hay un Día de los Tanques, un Día de la Infantería y un Día de la Armada, y aquel era el Día de la Fuerza Aérea. Ya que era semi-militar, nos dijeron que no se permitirían las cámaras. Nos parecía un poco ridículo, porque cada agregado militar de cada embajada estaría allí, gente que sabe de verdad sobre aviones. Nosotros no distinguíamos un avión de un agujero en el suelo. Era muy probable que cada agregado militar estuviera dibujando y comprendiendo lo que veía, pero nosotros no.

Un coche vino a buscarnos. Salimos a una larga avenida flanqueada por banderas, miles de ellas, banderas rojas y banderas de la Fuerza Aérea. La autopista estaba festoneada de enormes retratos de Stalin, y Marx, y Lenin. Cientos de miles de personas se desplazaban hacia el aeródromo en trenes y en autobuses y otros cientos de miles iban a pie.

Nuestros sitios estaban en la tribuna, lo cual era un error. Deberíamos haber estado en la gran pradera, donde literalmente millones de personas permanecían de pie para ver el espectáculo. Era un día caluroso y nada nos protegía del sol. En la explanada verde había casetas donde se vendían

refrescos y pasteles. Cuando nos sentamos empezó un murmullo grave, que aumentó hasta un enorme estruendo. Era toda la gente puesta de pie y saludando a Stalin, que acababa de llegar. No podíamos verle, no podíamos ver su palco porque estábamos en la parte equivocada de la tribuna. La respuesta a su llegada no fue una ovación, sino un zumbido, como el que hacen millones de abejas.

El espectáculo comenzó casi súbitamente. Empezó con pilotos civiles, unos de fábricas, otros de clubes de aviación, algunos grupos de mujeres. Volaban haciendo formaciones, formaciones intrincadas, y lo hacían a la perfección. Largas hileras de aviones jugaban a seguir al jefe y hacían bucles, giros y descensos en picado, uno tras otro.

Después llegaron las naves militares y volaban en formaciones rigurosas de a tres, de a cinco, de a siete, ala con ala, funcionando como un solo avión. Era una forma de volar realmente magnífica, pero no era lo que la gente había venido a ver. Habían venido a ver los nuevos modelos, los reactores y los aviones propulsados por cohetes. Y estos llegaron. Algunos subían al cielo casi en perpendicular, a gran velocidad, con los cohetes en la punta de las alas produciendo una estela blanca. Y finalmente les tocaba a las naves a reacción. Y no sé si fue para confundir a los observadores o no, pero solo volaron a unos 900 metros por encima de la tierra, y para cuando los oímos ya casi se habían ido; pasaron con un silbido y ya está. Al parecer había tres o cuatro nuevos modelos. No tenemos ni idea de cómo compararlos con otros reactores, nos parecieron muy rápidos. De todas las naves del espectáculo solo había dos grandes que podrían ser consideradas bombarderos.

Después hubo un simulacro de batalla en el cielo. Llegaron los aviones enemigos, y los defensivos subieron para encontrarse con ellos, mientras que en tierra, en la distancia, las baterías antiaéreas relampagueaban y rugían, y todo el campo temblaba con la reverberación. Fue muy teatral, ya que aquí y allí un avión escupía humo negro y llamas y caía haciendo tirabuzones, y entonces por encima de la línea de las colinas se veía un resplandor de luz de calcio, como si el avión se hubiera estrellado y echado a arder. Fue una acción dramática muy eficaz.

El último número de la exhibición fue el más espectacular de todos. Un enorme grupo de aviones de transporte se situó por encima del campo y de repente cada uno de ellos escupió paracaidistas. Al menos había quinientos en el cielo al mismo tiempo, y los paracaídas eran rojos, y verdes, y azules. El sol les hacía parecer flores en el cielo. Caían flotando hacia el campo, y justo antes de aterrizar cada paracaídas echaba un segundo paracaídas, de modo que los hombres aterrizaban de pie, y no se derrumbaban ni rodaban.

Debían de haber practicado la exhibición aérea durante muchas semanas, porque su ritmo fue perfecto, no hubo retrasos. Cada acontecimiento seguía al anterior pisándole los talones. Cuando hubo terminado, se alzó de nuevo el murmullo de la muchedumbre y un suave aplauso de cientos de miles de personas. Era Stalin que se iba, y nosotros todavía no le habíamos visto.

Hay desventajas claras en tener los mejores asientos en la tribuna, y nosotros deseábamos haber estado en el campo, donde la gente se sentó en la hierba, cómodamente, y contempló la exhibición, y vio más que nosotros. Nunca volvimos a cometer el error de ir a un sitio VIP. Puede ser halagador para la vanidad, pero no se ve tanto.

A la mañana siguiente llegaron nuestros permisos para fotografiar. Al fin se iba a dejar suelto a Capa con sus cámaras, y sentía un hormigueo en los dedos. Queríamos fotografías de la

reconstrucción de Moscú, y del frenético pintado y reforma de los edificios como preparación para el aniversario de la fundación de la ciudad. *Sweet Lana* iba a venir con nosotros como guía e intérprete.

Casi inmediatamente entramos en conflicto con las sospechas generales hacia los fotógrafos extranjeros. Estábamos fotografiando a unos niños jugando en un montón de escombros. Estaban ocupados construyendo, apilando piedras unas sobre otras y transportando tierra, imitando lo que hacían los adultos. De repente apareció un policía. Era muy educado. Quería ver los permisos para hacer fotos. Los leyó, pero no estaba muy dispuesto a jugarse el cuello por un trocito de papel. De modo que nos llevó a la cabina más cercana, desde donde llamó a una especie de cuartel general. Entonces esperamos. Esperamos durante media hora hasta que se acercó un coche lleno de hombres de paisano. Leyeron la carta de permiso. Cada uno de ellos la leyó, y luego tuvieron una pequeña reunión; no sabemos lo que decían, pero después volvieron a llamar por teléfono y finalmente todos volvieron sonriendo, y todos se llevaron la mano a la gorra, y ya éramos libres de fotografiar en ese barrio.

Después nos trasladamos a otra parte de la ciudad, porque queríamos fotografías de las tiendas de comida, de ropa, de los grandes almacenes. Y otra vez un policía muy educado se acercó, y leyó nuestro permiso, y también fue a una cabina mientras nosotros esperamos. Y otra vez vino un coche con hombres de paisano, y cada uno de ellos leyó nuestro permiso, y tuvieron una reunión, y telefonearon desde la cabina. Lo mismo. Volvieron sonriendo, y se llevaron la mano a la gorra, y ya éramos libres de hacer fotografías en ese distrito.

Esta práctica parece ser general en la Unión Soviética. Supongo que es general en cualquier sitio en el que operan los burós gubernamentales. Nadie está dispuesto a jugarse el cuello por nada. Nadie está dispuesto a decir sí o no a una propuesta. Siempre debe acudir a algún superior. De esta manera se protege de la crítica. Cualquiera que haya tenido trato con ejércitos o con gobiernos admitirá esta historia. La reacción a nuestras cámaras fue invariablemente cortés, pero muy cautelosa, y la cámara no hacía clic hasta que el policía se había asegurado suficientemente de que todo estaba en orden.

Las tiendas de comida en Moscú son muy grandes y, como en el caso de los restaurantes, las hay de dos tipos: las tiendas de racionamiento, donde la comida es muy barata si se tienen los cupones de racionamiento para conseguirla, y las tiendas libres, también regentadas por el Gobierno, donde se puede comprar casi cualquier cosa con forma de comida a precios muy elevados. Los productos enlatados están apilados en montañas, el champán y el vino de Georgia en pirámides. Aquí vimos algunos productos que debían de haber llegado de Estados Unidos. Había latas de cangrejo que todavía tenían sellos japoneses. Había productos alemanes. Y había productos de lujo de la misma Unión Soviética: latas enormes de caviar, montones de salchichas de Ucrania, quesos, pescado en salazón, e incluso caza, pato salvaje y becada, avutarda y conejos y liebres, aves pequeñas y un ave blanca parecida a la perdiz blanca. Había carne ahumada de todo tipo.

Pero toda esta comida es de lujo. Para el ruso medio lo importante es el precio del pan y su cantidad, y el precio del repollo y de las patatas. En un buen año, como este, los precios del pan, del repollo y de las patatas bajan, y ésta es la verdadera medida del éxito o del fracaso de las cosechas.

Los escaparates de las tiendas de comida, tanto las de racionamiento como las comerciales, están llenos de figuras de cera que representan la comida que se vende en el interior. Hay jamones y tocino y salchichas de cera, cuartos de ternera de cera, incluso latas de caviar de cera.

A continuación fuimos a los grandes almacenes, donde se vende ropa, zapatos y medias, trajes y vestidos. La calidad no era muy buena, y la confección tampoco. El principio de la Unión Soviética es fabricar productos prácticos siempre que sean necesarios, y no fabricar lujos hasta que los productos prácticos se hayan aprovechado al máximo. Había vestidos estampados, algunos trajes de lana, y los precios nos parecieron muy caros. Pero aquí nos topamos con el peligro de generalizar, porque incluso en el poco tiempo que estuvimos en la Unión Soviética los precios bajaron y la calidad pareció mejorar. Nos parece que una cosa que es cierta un día, es falsa al día siguiente.

Seguimos por las tiendas comerciales donde se venden los artículos de segunda mano. Estas eran tiendas especializadas. Una era de porcelana y lámparas, otra de joyas —joyería antigua, ya que se hace muy poca joyería moderna—: granates y esmeraldas, pendientes, anillos y brazaletes. Una tercera vendía accesorios de fotografía y cámaras, sobre todo cámaras alemanas procedentes de la Guerra. Otra más tenía ropa y zapatos. Hay tiendas en las que se venden las piedras semipreciosas de los Urales: los berilos, los topacios, las aguamarinas.

Fuera de esas tiendas hay otro tipo de comercio. Si sales de una tienda de cámaras, dos o tres hombres bastante sospechosos se acercarán a ti, y cada uno de ellos lleva un paquete, y en el paquete hay una cámara, una Contax, una Leica o una Rolleiflex. Estos hombres te dejarán echar un vistazo a la cámara y te dirán el precio. Lo mismo sucede fuera de las tiendas de joyas. Hay un hombre con un trozo de periódico. Lo abre rápidamente, te muestra un anillo de diamantes y menciona un precio. Lo que está haciendo probablemente es ilegal. Los precios que piden estos vendedores exteriores son, si

acaso, un poco superiores a los precios de las tiendas comerciales.

Siempre hay una gran muchedumbre en estas tiendas, personas que no están allí para comprar, sino para ver cómo otros compran. Si miras un producto, inmediatamente serás arrollado por gente que quiere ver si lo compras. Creemos que para ellos es una especie de teatro.

Volvimos a nuestra habitación verde con su demente mural, y nos dimos cuenta de que estábamos deprimidos. No nos podíamos imaginar exactamente por qué, y entonces caímos en la cuenta: hay muy poca risa en las calles, y raramente alguien sonríe. La gente camina, o más bien se va escabullendo, con la cabeza gacha, y no sonríen. Quizá es que trabajan demasiado, que tienen que viajar demasiado lejos para llegar al trabajo que hacen. Parece haber una gran seriedad en las calles, y quizá esto siempre era así, no lo sabemos.

Cenamos con *Sweet* Joe Newman, y con John Walker de *Time*, y les preguntamos si se habían dado cuenta de la ausencia de risa. Y ellos dijeron que sí. Y dijeron que después de un tiempo la

ausencia de risa se mete debajo de la piel y tú mismo te vuelves serio. Nos enseñaron un ejemplar de la revista humorística soviética, llamada *Krokodil*, y tradujeron algunos de los chistes. Pero no eran chistes para reírse, eran chistes mordaces, críticos. No eran para reírse, no había alegría en ellos. *Sweet* Joe dijo que había oído que fuera de Moscú era diferente y posteriormente descubrimos que esto era verdad. Hay risa en el país, en Ucrania y en la estepa y en Georgia, pero Moscú es una ciudad muy seria.

Uno de los corresponsales tenía problemas con su coche y con su chófer. Necesitaba un coche, y un extranjero en Moscú necesita un chófer ruso. Y no le haría ningún daño cambiar de chófer. Su problema era el siguiente: su chófer le llevaba muy bien, pero cuando no le llevaba, llevaba a otra persona que estaba dispuesta a pagar cien rublos por un viaje corto. Su chófer se estaba haciendo muy rico y el coche se estaba llevando una paliza. No había nada que hacer al respecto, porque si se quejaba era probable que su chófer se enfurruñara, y cuando su chófer se enfurruñaba, su coche tenía un problema, y cuando su coche tenía un problema, pasaba dos o tres semanas en un taller. Era mejor tener a su chófer contento si quería que le llevase incluso en su propio coche. Había intentado conseguir otros chóferes, pero siempre sucedía lo mismo.

En algunos casos el problema del chófer resulta un poco ridículo. El chófer de Ed Gilmore tiene un chófer propio que le lleva al trabajo.

Nos preguntábamos si estas historias podían ser del todo ciertas, y solo nos convencimos un día en que un hombre nos alquiló un autobús entero. Teníamos que llegar desde el aeropuerto rápidamente y no teníamos otra opción que un autobús. El viaje nos costó cuatrocientos rublos. Fue un viaje a lo grande venir desde el aeropuerto, nosotros dos solos, en un autobús hecho para treinta personas sentadas.

Es posible que los chóferes de Moscú sean gente muy rica y feliz, pero son necesarios, ya que es difícil que un extranjero consiga el permiso de conducir. Un corresponsal se examinó para el permiso, pero falló en la pregunta «¿Qué no pertenece a un automóvil?». Se le ocurrieron muchas cosas que no pertenecían a un automóvil y al final escogió una, pero se equivocó. La respuesta correcta era «el barro».

Esa noche vimos la película americana *Rhapsody in Blue* en la Embajada. Ya la habíamos visto, pero esta versión era mucho más divertida, porque mezclaron los rollos y la película empezaba con todo el mundo muerto; volvían a la vida gradualmente, hasta que al final de la película George Gershwin era un niño. Nos gustó mucho más de esta manera.

Capa usaba constantemente la ventana de nuestro hotel como lugar desde el que fotografiar a la gente en la calle. Y acechaba detrás de las cortinas con un objetivo grande en su cámara, sacando fotos de la gente caminando bajo la lluvia, y de gente comprando en el pequeño lugar al otro lado de la calle. Y él y el hombre en la tienda de reparaciones al otro lado de la calle continuaban su duelo de fotografiarse mutuamente con sus cámaras.

Ninguno de nosotros había tenido noticias de casa desde hacía mucho tiempo. No llegaban las cartas y decidimos que intentaríamos telefonear a Nueva York. Esto era muy difícil y al final desistimos. Se puede telefonear a Nueva York solo si el dinero se deposita en una cuenta rusa en Nueva York, en dólares. Esto requeriría que telegrafiásemos a alguien en Nueva York, que le dijéramos a qué hora exactamente queríamos llamar y durante cuánto tiempo exactamente queríamos

hablar. El coste de esto sería calculado y los dólares se depositarían en Nueva York, y en ese momento nuestra llamada podía ser hecha desde Moscú. Pero ya que esto tardaría en llevarse a cabo una semana o diez días, decidimos que lo más sencillo era continuar escribiendo cartas, y esperar que en un momento dado llegase alguna.

Cuando las cartas al final comenzaron a llegar, descubrimos que el correo aéreo desde Nueva York a Moscú tarda de diez días a tres semanas. No sabemos por qué tarda tanto, porque de Nueva York a Estocolmo tarda dos días y el resto del tiempo es de Estocolmo a Moscú. Este retraso en la entrega aumenta la sensación del extranjero de estar aislado, de estar solo.

Habíamos comenzado a inquietarnos un poco, porque ya llevábamos una semana en Moscú y nuestros permisos para salir de la ciudad no habían llegado. Pensábamos que bien podríamos pasar el verano esperándolos cuando de repente se materializaron, y nuestro plan ya estaba en marcha.

*Sweet* Joe Newman dio en nuestro honor un cóctel que duró hasta bien entrada la noche. Nuestro

plan era partir al amanecer para Kiev. El cóctel nos levantó el ánimo, y levantó los ánimos de unas cincuenta personas más.

Descubrimos que había una dificultad para viajar por la Unión Soviética. No puedes ir de Kiev a Stalingrado, o de Stalingrado a Stalino. Debes volver a Moscú cada vez y volver a salir, porque el sistema de transporte funciona desde Moscú como los radios de una rueda; y las ruedas están tan gastadas por la guerra que viajar lateralmente es casi imposible, aparte de llevar más tiempo que el que pensamos que llevaría. Otra dificultad es que ya que los aviones solo vuelan con la luz del día, y no hay vuelos nocturnos, salen por la mañana muy temprano. Y después del cóctel de *Sweet* Joe Newman, sin duda nos pareció demasiado pronto.

# Capítulo IV

*Sweet Lana* no pudo venir a Kiev con nosotros. En su lugar, vino el señor Chmarsky como intérprete y guía. Un hombrecito agradable, y estudiante de literatura americana. Su conocimiento del inglés era muy académico. Capa, como de costumbre, se tomaba libertades con su nombre y hacía bromas con él.

Chmarsky le corregía una y otra vez, diciéndole: «Señor Capa, es Chmarsky, no *Chumarsky*».

A lo que Capa respondía: «Vale, señor *Chomarsky*».

«¡No, señor Capa, Chmarsky, ni *Chumarsky*, ni *Chomarskyb*!». Esto continuaba sin parar, y cada día Capa disfrutaba encontrando nuevas pronunciaciones para su nombre. Chmarsky siempre estaba un poco preocupado por nuestra forma de hablar, el curioso tipo de doble sentido americano que usábamos. Durante un tiempo intentó seguirlo, y en un momento dado desistió y dejó de escuchar. En ciertas ocasiones sus planes para nosotros no se materializaron: coches pedidos que no vinieron a por nosotros, aviones en los que nos montamos que no volaron. Y decidimos llamarle el *gremlin* del Kremlin.

«¿Qué es un *gremlin*?», preguntó.

Explicamos en detalle el origen de los *gremlins*, cómo empezaron en la RAF y cuáles eran sus costumbres. Cómo detenían los motores en pleno vuelo, helaban las alas o estropeaban los conductos del combustible.

Él escuchó con mucha atención y al final estiró un dedo y dijo: «En la Unión Soviética no creemos en los fantasmas». Quizá jugamos demasiado con él. Esperamos no haber herido sus sentimientos.

Hay una cosa que nunca puedes asegurar, y es a qué hora va a volar un avión. Es imposible saberlo con antelación. Pero una cosa que sí puedes saber es que partirá en algún momento por la mañana temprano. Otra cosa de la que puedes estar seguro es que debes estar en el aeródromo mucho antes de que despegue. Sea cual sea la hora a la que vas a hacer un viaje, debes llegar al aeródromo en la fría oscuridad de antes del amanecer, y sentarte y beber té durante muchas horas antes de que despegue. A las tres de la mañana sonó el timbre de nuestra habitación, y no nos ponía nada contentos tener que levantarnos, porque habíamos estado en el cóctel de *Sweet* Joe, y lo que necesitábamos eran doce horas de sueño, y solo habíamos tenido alrededor de una. Apilamos el equipo en el maletero del coche y atravesamos las desiertas calles de Moscú en dirección al campo.

En ese momento observamos algo que iba a suceder una y otra vez. Los conductores en la Unión Soviética aceleran el coche, y después quitan la marcha y lo dejan deslizar. Aprovechan todas las cuestas para quitar la marcha y que el coche se deslice. Nos dijeron que así se ahorraba gasolina, y que es parte del entrenamiento de todos los conductores. Se les asigna gasolina calculada para cubrir cierta distancia, y deben hacer que cubra esa distancia. Por lo tanto, usan todos los trucos que pueden para hacer que dure su gasolina. Es una parte más del enorme sistema de contabilidad que es la Unión Soviética. Es similar a la contabilidad de los restaurantes. No se tiene en cuenta el desgaste natural del embrague y de la palanca de cambios, y el ahorro de gasolina debe de ser muy pequeño. Para nosotros esa práctica era bastante enervante. El coche acelera hasta los noventa kilómetros por hora, de repente se suelta el embrague y el coche se desliza hasta que se mueve a paso de tortuga.

Entonces sube hasta los noventa kilómetros por hora y vuelve a deslizarse.

El aeropuerto de Moscú estaba abarrotado de gente antes del amanecer, ya que, como todos los aviones despegan a primera hora de la mañana, los pasajeros empiezan a reunirse en el aeropuerto poco después de la medianoche. Y están vestidos con todo tipo de trajes. Algunos llevan las pieles que les protegerán del clima ártico del Mar Blanco o del norte de Siberia; otros visten las ropas ligeras que bastan para las regiones subtropicales que rodean el Mar Negro. A seis horas en avión desde Moscú puedes encontrar casi cualquier clima existente en el mundo.

Como éramos invitados de la Voks, atravesamos la sala de espera pública y entramos en una sala lateral donde había una mesa de comedor, algunos sillones y sillas cómodas. Y allí, bajo la adusta mirada de un Stalin pintado, bebimos té fuerte hasta que anunciaron la salida de nuestro avión.

En el enorme retrato al óleo de Stalin que había en la pared, este estaba vestido con el uniforme militar y llevaba todas sus condecoraciones, que son muchas. En el cuello la Estrella Dorada, que es la condecoración más alta de los Trabajadores Socialistas Soviéticos. En el pecho, arriba a la izquierda, el galardón más deseado de todos: la Estrella Dorada al Héroe de la Unión Soviética, que corresponde a nuestra Medalla de Oro del Congreso. Debajo de esta, una hilera de medallas de campaña, que indican las acciones en las que ha estado. Y a la derecha del pecho, una serie de estrellas en oro y esmalte rojo. En lugar de cintas como las que llevan nuestras tropas, se acuña una medalla por cada gran combate del Ejército Soviético: Stalingrado, Moscú, Rostov, etc., y Stalin las lleva todas. Como mariscal de los ejércitos soviéticos, los dirigía todos.

Quizá en este punto debamos tratar un asunto que molesta a la mayoría de los americanos. Nada en la Unión Soviética escapa a la mirada de escayola, bronce, óleo o bordado del ojo de Stalin. Su retrato no solo está expuesto en todos los museos, sino que también se exhibe en todas las salas de todos los museos. Su estatua se levanta al frente de todos los edificios públicos. Su busto está delante de todos los aeropuertos, estaciones de ferrocarril, estaciones de autobús, en todas las aulas, y a menudo su retrato está detrás de su busto. En los parques está sentado en un banco de yeso, discutiendo problemas con Lenin. Los estudiantes en los colegios bordan su retrato con aguja e hilo. Las tiendas venden millones y millones de caras suyas, y todas las casas tienen al menos un retrato. Seguramente el pintado, el modelado, el fundido, el forjado y el bordado de Stalin es una de las grandes industrias de la Unión Soviética. Está en todas partes, lo ve todo.

Para los americanos, con su miedo y su odio al poder investido en un hombre y a la perpetuación del poder, esto es algo terrorífico y de mal gusto. En las celebraciones públicas, los retratos de Stalin superan los límites de la razón. Pueden ser de ocho pisos de alto y ciento cincuenta metros de ancho. Todos los edificios públicos se cubren con retratos monstruosos de él.

Hablamos de esto con algunos rusos y obtuvimos diferentes respuestas. Una fue que los rusos se habían acostumbrado a los retratos del zar y de la familia del zar, y cuando se destituyó al zar necesitaban algo que lo sustituyese. Otra fue que la mentalidad rusa está acostumbrada a los iconos, y que esto era una especie de icono. Una tercera, que los rusos aman a Stalin tanto que quieren que esté siempre presente. Una cuarta, que al mismo Stalin no le gusta esto, y que ha pedido que se interrumpa. Pero nos parecía que la aversión de Stalin hacia algo causa su eliminación; sin embargo, esto iba en aumento. Cualquiera que sea la razón, no puedes pasar un momento sin estar bajo la mirada sonriente, o meditabunda, o severa de Stalin. Es una de esas cosas que los americanos son

incapaces de comprender emocionalmente. También hay otros retratos y otras estatuas. Y se puede decir aproximadamente cuál es la sucesión de otros líderes en relación con Stalin según el tamaño de las fotografías y los retratos. Por tanto, en 1936, el retrato más grande después del de Stalin era el de Voroshilov, y ahora el segundo retrato más grande, de manera invariable, es el de Molotov.

Después de cuatro vasos de té fuerte, anunciaron nuestro avión, y nosotros subimos nuestro montón de equipaje. Otra vez era un viejo C-47 marrón. La gente montaba sus fardos en la nave y los apilaba en el pasillo. Todo el mundo llevaba comida, hogazas de pan negro, y manzanas, y salchichas y queso, y beicon ahumado. Siempre llevan comida, y nosotros descubrimos que era una gran idea. Con una hogaza de pan negro de centeno en el bolso no tendrás hambre en dos días si algo sale mal. Como de costumbre, el sistema de ventilación no funcionaba, y en cuanto se cerraron las puertas, se notó el aire viciado. En el avión había un desconcertante olor a levadura que no pude identificar durante un tiempo. Pero al final descubrí qué era. Es el olor del pan negro de centeno en el aliento de la gente. Y al rato, cuando tú mismo comes el pan, te acostumbras a él, y ya ni siquiera lo hueles.

Capa se había provisto de libros para el viaje; por aquel entonces, yo no sabía cómo los había conseguido. Pero más tarde descubrí que Capa es un ladrón de libros. Él lo llama tomar prestado. Se mete los libros en el bolsillo con toda tranquilidad, y si le cogen, dice: «Lo devolveré, solo lo estoy tomando prestado, solo quiero leerlo». Y raramente devuelve el libro.

Alcanzó su punto álgido con Ed Gilmore. Entre los corresponsales en Moscú los libros son algo muy preciado, y la llegada de un cargamento de historias de detectives o de novelas modernas es ocasión para la alegría y un momento de felicidad. Sucedía que Ed Gilmore acababa de recibir un nuevo libro de Ellery Queen. Ya llevaba cinco capítulos cuando le visitamos, y naturalmente apartó el libro para hablar con nosotros. Cuando nos hubimos marchado y buscó su libro, este había desaparecido: Capa lo había tomado prestado. Si Capa hubiera tomado prestada, o le hubiera robado, a su encantadora mujer Tamara, pudiera ser que Ed se hubiera conmocionado más profundamente, pero no se habría enfadado más. Y hasta este día no creo que sepa cómo apareció su Ellery Queen. Durante algún tiempo, Capa, que había oído rumores de la ira de Gilmore, se mostró algo reticente a volver a verle. Entre los corresponsales en Moscú, sobre todo en invierno, ha surgido un código del honor, bastante parecido al código que se desarrolló en el Oeste referente a los caballos, y robar el libro de otro hombre es casi motivo de linchamiento. Pero Capa nunca aprendía y nunca se reformaba. Hasta el final de su estancia en Rusia estuvo robando libros. También roba mujeres y cigarrillos, pero esto se puede olvidar más fácilmente.

Intentamos leer un poco en el avión, y de inmediato nos quedamos dormidos. Y cuando nos despertaron, sobrevolábamos los llanos campos de cereales de Ucrania, tan llana como nuestra región central, y casi igual de fértil. La enorme cesta de pan de Europa, la tierra de campos interminables deseada durante siglos, se extendían debajo de nosotros, amarillos de trigo y centeno, parte de ellos ya cosechados, y parte en plena cosecha. No había ni una colina, ni una elevación de ningún tipo. La llanura se prolongaba hasta un horizonte redondeado e ininterrumpido. Y los arroyos y los ríos la atravesaban serpenteando y retorciéndose.

Cerca de los pueblos se veían los zigzags de las trincheras, y las huellas de los bombardeos donde había tenido lugar la batalla. Había casas sin tejado y parches negros de edificios quemados.

Parecía que volábamos sin fin sobre esta inmensa llanura. Pero terminamos llegando al Dniéper,

y vimos Kiev, en sus acantilados sobre el río, la única elevación en muchos kilómetros a la redonda. Sobrevolamos la ciudad rota y aterrizamos en las afueras.

Todo el mundo nos había dicho que sería diferente una vez que saliéramos de Moscú, que la seriedad y la tensión no existirían. Y era verdad. En el aeródromo vinieron a nuestro encuentro un numeroso grupo de ucranianos de la Voks local. Eran gente sonriente. Eran más alegres y relajados que los hombres que habíamos conocido en Moscú. Había en ellos franqueza y campechanía. Eran hombres grandes, casi todos rubios, con ojos grises. Tenían preparado un coche para llevarnos a Kiev.

En un tiempo debió de ser una ciudad bella. Es mucho más antigua que Moscú. Es la madre de las ciudades rusas. Sentada sobre su colina junto al Dniéper, baja extendiéndose hacia el llano. Sus monasterios y fortalezas e iglesias datan del siglo XI. Una vez fue el lugar de retiro favorito de los zares, que tenían allí sus palacios de vacaciones. Sus edificios públicos eran conocidos por toda Rusia. Era centro religioso. Y ahora es una semirruina. Aquí los alemanes demostraron lo que sabían hacer. Todos los edificios públicos, todas las bibliotecas, incluso el circo permanente, estaban destruidos, no con ametralladoras, no a causa de la batalla, sino con fuego y dinamita. Su universidad estaba quemada y desmoronada, sus escuelas en ruinas. No era la batalla, era la destrucción demencial de todos los enclaves culturales que tenía la ciudad, y de casi todos los edificios bellos que se habían erigido durante un milenio. Aquí la cultura alemana hizo su trabajo. Y una de las pocas justicias del mundo es que los prisioneros alemanes están ayudando a limpiar el desastre que ocasionaron.

Nuestro guía ucraniano era Alexis Poltarazki, un hombre grande, que cojeaba un poco a causa de una herida recibida en Stalingrado. Es un escritor ucraniano, con un buen dominio del inglés y un gran sentido del humor, un hombre caluroso y cordial.

De camino a nuestro hotel observamos, como todo el mundo, que las chicas ucranianas son muy guapas, casi todas rubias y de bonita figura femenina. Tienen estilo, caminan con un paso oscilante y sonríen con facilidad. Aunque no estaban mejor vestidas que las mujeres moscovitas, sí parecía que llevaban mejor la ropa.

Aunque Kiev estaba enormemente destruida y Moscú no, las gentes de Kiev no parecían tener el hastío mortal de la gente de Moscú. No arrastraban los pies al andar, echaban los hombros hacia atrás, y reían en la calle. Por supuesto que esto puede ser local, porque los ucranianos no son como los rusos; son tipos distintos de eslavos. Y aunque la mayoría de los ucranianos hablan y leen ruso, su propia lengua es otra bien distinta, más próxima a las lenguas eslavas meridionales que al ruso. Muchas palabras ucranianas, sobre todo las de la granja, son las mismas que en húngaro, y muchas de sus palabras están duplicadas en checo más que en ruso.

En el Hotel Intourist nuestros anfitriones ucranianos nos dieron un magnífico almuerzo. Había tomates y pepinos maduros y frescos, había pequeños peces escabechados, había cuencos de caviar, y había vodka. Comimos pescaditos fritos del Dniéper, y filetes de ternera, cocinados maravillosamente con hierbas ucranianas. Había vino de Georgia y salchichas ucranianas, que son deliciosas.

Observamos un agradable sentimiento de cordialidad en estos hombres. Durante el almuerzo, nos hablaron muy divertidos de un americano que había estado en Kiev con un comité internacional. Dijeron que ese hombre volvió a Estados Unidos y escribió una serie de artículos y un libro sobre Ucrania. Pero lo que les divertía era que no sabía mucho acerca de Ucrania. Nos dijeron: apenas había salido de la habitación de su hotel, no había visto nada, y bien podría haber escrito el libro sin salir de Estados Unidos. Estos ucranianos decían que su libro estaba lleno de inexactitudes, y que tenían una carta de su jefe diciendo que esto era cierto. Estaban preocupados sobre todo porque puede que a este hombre, al que ahora se conocía como una autoridad sobre Ucrania, se le creyera en Estados Unidos. Y contaban entre risas cómo una noche, cerca del hotel donde estaba comiendo, un coche petardeó en la calle y él pegó un salto hacia atrás gritando: «¡Los bolcheviques están disparando a los prisioneros!». Y, decían los ucranianos, probablemente todavía lo siga creyendo.

Por la tarde paseamos por el hermoso parque que bordea el acantilado sobre el Dniéper. Había

enormes árboles, y los kioscos de música quemados por los alemanes ya habían sido sustituidos, y se había construido un nuevo estadio. Y entre los árboles estaban las tumbas de los defensores de la ciudad, verdes túmulos con flores rojas plantadas encima. Había pequeños teatros y muchos bancos en los que sentarse.

Mucho más abajo, el río se retuerce junto al acantilado, y al otro lado hay una playa de arena, donde la gente se tumba al sol y nada en el agua. Y más allá está la llanura con las ruinas de la ciudad que fue completamente destruida en la batalla: escombros y negrura, y fragmentos de muros en pie. Aquí está el lugar en el que el Ejército Rojo volvió a la ciudad y la liberó de su ocupación alemana.

Había una orquesta tocando en el parque y muchos niños estaban sentados en los bancos y escuchaban. En el río había veleros y barcos de vapor, y gente nadando.

Atravesamos un puente peatonal por encima de una carretera, que tenía debajo una parada de autobús. Y delante de un autobús vimos a la mejor luchadora que hemos visto en mucho tiempo. Las reglas rusas para hacer colas son inexorables. Todo el mundo debe esperar de pie en fila para entrar en un tranvía o un autobús. Hay excepciones a esta regla: mujeres embarazadas, mujeres con niños, los muy ancianos y los lisiados no tienen que estar en la fila. Entran primero. Pero el resto debe hacer cola. Parece que debajo de nosotros un hombre se había puesto el primero de la fila y una mujer enfadada estaba tirando de él para que volviese a su puesto. Con cierta testarudez el hombre se quedó en el sitio y subió al autobús, dentro del cual la mujer se abalanzó sobre él, le sacó de un

empujón y le obligó a ocupar su puesto en la cola. Estaba furiosa, y el resto de los miembros de la cola la jaleaban mientras sacaba a rastras al hombre y lo devolvía a su sitio. Fue uno de los pocos ejemplos de violencia que vimos durante todo nuestro viaje. En general, la gente muestra una paciencia increíble con los demás.

Estábamos muy cansados en la cena de aquella noche, porque habíamos dormido muy poco, y nuestra pasión por el vodka había estado menguando hasta que desapareció por completo.

Nuestros anfitriones tenían muchas preguntas que hacernos. Querían saber cosas sobre Estados Unidos, sobre su tamaño, sobre sus cosechas, sobre su política. Y comenzamos a darnos cuenta de que Estados Unidos es un país muy difícil de explicar. Hay muchas cosas sobre él que ni siquiera nosotros comprendemos. Explicamos nuestra teoría sobre el Gobierno, en el que todas las partes tienen otra parte que las controla. Intentamos explicar nuestro miedo a las dictaduras, nuestro miedo a los líderes con demasiado poder, de modo que nuestro Gobierno está diseñado para impedir que alguien tenga demasiado poder o, si lo tiene, que lo conserve. Aceptamos que esto hace que nuestro país funcione más lentamente, pero desde luego logra que funcione de manera más segura.

Nos preguntaron sobre los salarios y sobre los modos de vida, y el tipo de vida que lleva un trabajador, y si el hombre medio tiene coche, y en qué tipo de casa vive, y si sus hijos van a la escuela y a qué tipo de escuela.

Y después hablaron de la bomba atómica, y dijeron que no les daba miedo. Stalin ha dicho que nunca se usaría en guerra y ellos confiaban en esa afirmación sin reservas. Un hombre dijo que, incluso si se usaba, solo podía destruir ciudades. Dijo: «Nuestras ciudades ya están destruidas. ¿Qué más podría hacer? Y si nos invadieran, nos defenderíamos, como hicimos con los alemanes. Nos defenderemos en la nieve, y en los bosques, y en los campos».

Hablaban nerviosos sobre la guerra, ya han tenido una buena dosis de ella. Preguntaron: «¿Nos atacarán los Estados Unidos? ¿Tendremos que defender nuestro país otra vez en una sola vida?».

Dijimos: «No, no creemos que los Estados Unidos ataquen. No lo sabemos, nadie nos dice esas cosas, pero no creemos que nuestra gente quiera atacar a nadie». Y les preguntamos que de dónde habían sacado la idea de que podíamos atacar Rusia.

«Bueno —dijeron—, la sacamos de nuestros periódicos. Algunos de nuestros periódicos hablan constantemente del ataque a Rusia». Y algunos de ellos hablan de lo que ellos llaman *guerra preventiva*. Y dijeron que, por lo que a ellos respecta, la *guerra preventiva* es como cualquier otra guerra. Les dijimos que no creíamos que esos periódicos que mencionaban y esos columnistas que hablaban solo de la guerra fueran verdaderos representantes de los americanos. Que no creíamos que los americanos quisieran ir a la guerra contra nadie.

El viejo asunto que siempre sale terminó saliendo: «Entonces, ¿por qué vuestro Gobierno no controla a esos periódicos y a esos hombres que hablan de guerra?». Y otra vez tuvimos que explicar, como ya habíamos explicado antes, que nosotros no creíamos en el control de la prensa, que normalmente gana la verdad y que el control simplemente oculta las cosas malas. En nuestro país preferimos que esas personas se ahorquen a sí mismas hablando en público o escribiendo, en lugar de embotellarlas para que filtren su veneno secretamente a través de la oscuridad.

Tienen una gran cantidad de informaciones falsas sobre Estados Unidos, porque ellos también tienen su prensa amarilla. Tienen corresponsales que escriben con poco conocimiento, y también

tienen a sus exaltados soldados de la máquina de escribir.

Nos pesaban los ojos y nos caíamos muertos sobre el vino, y al fin tuvimos que excusarnos e irnos a dormir. Había estado caminando mucho y la rodilla que me había roto hacía poco tiempo me estaba matando. Los músculos de detrás estaban tensos como una cuerda. Casi no podía sostenerme en ella. Por mucho que lo detestase, tenía que tumbarme un rato.

Hablamos un poco antes de dormirnos. Si estallase la guerra entre Rusia y Estados Unidos, esta gente creería que nosotros somos los malos. Sea por propaganda, por miedo, o por la razón que sea, nos echarían la culpa si hubiera una guerra. Solo hablan de la invasión de su país, y la temen porque ya la han sufrido. Y una y otra vez preguntan: «¿Nos invadirán los Estados Unidos? ¿Enviaréis vuestros bombarderos para destruirnos más?». Y nunca dicen: «Enviaremos nuestros bombarderos» ni «Invadiremos».

Me desperté temprano y me levanté para completar mis notas. Mi pierna estaba tan tiesa que casi no podía apoyarme en ella para andar. Me senté en el escritorio, que daba a la calle, y observé a la gente pasar. Había una chica policía dirigiendo el tráfico en la calle y llevaba botas y una casaca blanca con un cinturón militar, y una pequeña boina en la cabeza. Su porra estaba pintada de blanco y negro, y dirigía el tráfico con brío militar. Era muy bonita.

Observé a las mujeres que caminaban por la calle, y se movían como bailarinas. Son ligeras sobre sus pies y tienen un bonito porte. Y muchas de ellas son muy atractivas. Gran parte de la destrucción que ha caído sobre esta gente se debe a que su tierra es rica y productiva, y muchos conquistadores la han deseado. Si los Estados Unidos fuesen destruidos desde Nueva York a Kansas, tendríamos más o menos la superficie de destrucción que tiene Ucrania. Si murieran seis millones de personas, sin contar a los soldados, el quince por ciento de la población, podríamos hacernos una idea de las bajas en Ucrania. Contando a los soldados habría muchas más, pero han muerto seis millones, de cuarenta y cinco millones de civiles. Hay minas que nunca se abrirán porque los alemanes tiraron miles de cadáveres a sus pozos. Todas las máquinas han sido destruidas o retiradas, así que ahora, hasta que se puedan fabricar más, todo debe hacerse a mano. Cada piedra y cada ladrillo de esta ciudad arruinada debe levantarse y acarrearse con las manos, porque no hay *bulldozers*. Y mientras la reconstruyen, los ucranianos deben producir alimentos, porque el suyo es el gran granero de la nación.

Dicen que en época de cosecha no hay vacaciones y ahora es época de cosecha. En las granjas no hay domingos, no hay días libres.

El trabajo que tienen por delante es abrumador. Los edificios que deben sustituirse, antes tienen que ser demolidos. Todo el esfuerzo que una *bulldozer* haría en unos pocos días cuesta semanas a mano, pero todavía no tienen *bulldozers*. Todo debe ser sustituido. Y tiene que hacerse rápidamente.

Atravesamos el ruinoso y destruido centro de la ciudad, pasando por la esquina donde se colgó a los sádicos alemanes después de la Guerra. En el museo estaban los planos de la ciudad nueva. Cada vez nos dábamos más cuenta de que la gente de Rusia vivía de la esperanza, la esperanza de que el mañana será mejor que el hoy. Había una maqueta de escayola de la nueva ciudad. Una ciudad grandiosa, fabulosa que se construiría en mármol blanco, de líneas clásicas, enormes edificios, columnas, y cúpulas, y arcos, y monumentos gigantescos, todo de mármol blanco. La maqueta de escayola de la futura ciudad ocupaba gran parte de una sala. Y el director del museo señalaba los distintos edificios. Este iba a ser el Palacio de los Soviets, el museo, siempre el museo.

Capa dice que el museo es la iglesia de los rusos. Parece que quieren grandes edificios y estructuras ornamentadas. Les gusta la fastuosidad. En Moscú, donde no hay motivos para que haya rascacielos porque el espacio es casi ilimitado y la tierra llana, sin embargo los están proyectando, casi a la manera de Nueva York, sin la necesidad de Nueva York. Con una energía lenta, casi de

hormiga, construirán estas ciudades. Pero ahora la gente atraviesa los escombros, los edificios destruidos y desmoronados; gente, hombres, mujeres, e incluso niños, vienen al museo para contemplar las ciudades de escayola del futuro. En lo que siempre se piensa en Rusia es en el futuro. Son las cosechas del año siguiente, el bienestar que se producirá en diez años, la ropa que se hará muy pronto. Si algún pueblo alguna vez sacó su energía de la esperanza, este es el pueblo ruso.

Fuimos desde esta pequeña ciudad de escayola, tan nueva que aún no se ha construido, al antiguo monasterio sobre el acantilado. Una vez fue el centro de la Iglesia Rusa y es una de las estructuras religiosas más antiguas. Magnífica en su tiempo, sus edificios y pinturas databan del siglo XII. Pero luego llegaron los alemanes a este monasterio, que también había sido depositario de muchos de los tesoros del mundo. Y cuando los alemanes hubieron robado la mayoría de los tesoros, destruyeron los edificios con bombardeos para ocultar su expolio cuando abandonaron la ciudad. Y ahora es un

enorme montón de piedras derribadas y cúpulas desmoronadas, con pequeños fragmentos de murales a la vista. Y no será reconstruido, no podría serlo. Se tardó siglos en construirlo, y ahora ha desaparecido. Los hierbajos que suceden a la destrucción han surgido en los patios. En una capilla semi-derruida, delante del altar destruido, vimos la figura andrajosa de una mujer yaciendo abatida en el suelo. Y a través de una puerta abierta, adonde en otra época solo podían acceder el zar y su familia, caminaba una mujer de ojos desorbitados y medio enloquecida, persignándose de manera monótona y farfullando.

Una parte del monasterio aún sigue en pie, una capilla en la que durante siglos solo se permitía rezar al zar y a los nobles. Está pintada en exceso y es un lugar oscuro y lúgubre. Y cada fiel tenía su pequeña capilla, porque esta era la sede de una religión muy selecta, y era fácil imaginar a la vieja nobleza, sentada y gravemente concentrada en un futuro noble y en un cielo noble, un cielo que probablemente era tan lúgubre como esta iglesia, con su techo ennegrecido por el incienso y su brillante pan de oro. Y Capa dijo: «Todas las buenas iglesias son lúgubres. Eso es lo que las convierte en buenas».

Hay una iglesia más antigua en Kiev, una de las más antiguas del mundo, que fue construida por Jaroslav el Sabio en 1034, y todavía está en pie, probablemente porque no contiene nada de valor que robar, de modo que los alemanes la dejaron en paz. Pero, una vez más, es un lugar alto y lúgubre.

En una pequeña capilla lateral, en un sarcófago de mármol con forma de casa, está el cuerpo de Jaroslav el Sabio. La tradición cuenta que Jaroslav tuvo un accidente en combate y se rompió una pierna. Y su cuerpo yació durante más de mil años en su pequeño sarcófago con forma de casa, y recientemente se abrió el ataúd, y se descubrió que el esqueleto que había en él había tenido una pierna rota, y todo el mundo se puso contento porque era de verdad Jaroslav el Sabio. La penumbra de las iglesias arrojaba penumbra sobre nosotros.

En el almuerzo, el Sr. Poltarazki habló de los actos de los alemanes en la Guerra, de los miles de personas muertas. La guerra no era algo nuevo para Kiev. Comenzando por las incursiones de los salvajes tártaros, ha sido escenario de batallas durante miles de años. Pero nunca ninguna tribu salvaje, ningún invasor, fue responsable de las crueldades estúpidas y calculadas de los alemanes. Esparcieron su furia por todo el país como niños frenéticos y crueles. Y ahora las hileras de prisioneros con sus uniformes del Ejército alemán marchan por las calles para trabajar en la limpieza de la destrucción que ellos mismos causaron. Y los ucranianos no los miran. Les dan la espalda cuando las columnas marchan por las calles. Miran a través de estos prisioneros y por encima de ellos y no los ven. Y quizá este sea el peor castigo que se les pudiera infligir.

Por la noche fuimos al teatro a ver la obra *Tormenta*, un drama del siglo XIX representado a la manera del siglo XIX. La escenografía era pintoresca y anticuada, y las interpretaciones también eran anticuadas. Es raro que se representara, pero es una obra ucraniana, y los ucranianos aman lo suyo. La actriz principal era muy hermosa. Se parecía un poco a Katharine Cornell, y tenía gran autoridad en el escenario. La historia trataba de una joven esposa, dominada por una poderosa suegra rusa, que se enamoraba de un poeta. Entraba en el jardín para encontrarse con él mientras todavía estaba casada con otro hombre. Lo único que podíamos ver de lo que hacía en el jardín era hablar mucho y, en una ocasión, dejar que el poeta besase la punta de sus dedos, pero esto era crimen suficiente, de modo que al final confesaba su pecado en una iglesia y se tiraba al Volga y se ahogaba. Nos parecía demasiado castigo por dejar que le besasen la punta de los dedos. La obra también tenía su trama secundaria. La camarera sufría una historia cómica análoga a la tragedia de su señora. Su amante, en lugar de poeta, era un pueblerino. Era una correcta obra tradicional, y al público le encantaba. Se

tardaba media hora en cambiar los decorados, de modo que fue bastante después de la medianoche cuando la dama principal se tiró al río. Nos pareció extraño que la gente del público, que había vivido la tragedia real, la tragedia de la invasión, y de la muerte, y de la desolación, pudiera conmoverse con el destino de la dama que dejó que le besasen los dedos en el jardín.

A la mañana siguiente llovió. Capa siente que la lluvia es una persecución que el cielo ejerce sobre él, porque cuando llueve no puede hacer fotos. Denunció el mal tiempo en dialecto y en cuatro o cinco idiomas. Capa se angustia por la película. No hay suficiente luz, o hay demasiada luz. El revelado está mal hecho, la impresión está mal hecha, las cámaras están rotas. Se preocupa todo el tiempo. Pero cuando llueve, eso es un insulto personal que la deidad le dirige. Estuvo caminando de un lado para otro de la habitación hasta que quise matarle, y finalmente fue a cortarse el pelo, un auténtico corte a tazón ucraniano.

Esa noche fuimos al circo. Todas las ciudades rusas de cualquier tamaño tienen su circo permanente en un edificio permanente. Pero, por supuesto, los alemanes habían quemado el circo de Kiev, de modo que en este momento seguía estando bajo una lona; aun así, es uno de los lugares más populares de la ciudad. Teníamos unos buenos asientos y Capa tenía permiso para hacer fotos, así que estaba bastante contento. No era muy distinto de nuestros circos: una pista y gradas de asientos.

Empezó con acróbatas. Observamos que cuando los acróbatas hacían sus ejercicios en trapecios muy altos llevaban un gancho y una cuerda en sus cinturones, de modo que si se caían no se matarían ni resultarían heridos, porque, como nos dijo nuestro anfitrión ruso, sería ridículo dañar a un hombre solo para proporcionar emoción al público.

Las mujeres bonitas y los hombres aguerridos se volteaban y giraban sobre los alambres y los trapecios. Siguieron los números de perros y los volatineros, y tigres, panteras y leopardos amaestrados, todos ejecutados en una jaula de acero que se bajó hasta la pista. Al público le encantó, y durante todo el tiempo la banda tocaba la música universal de circo, que no cambia.

Lo mejor fueron los payasos. Cuando entraron por primera vez, observamos que el público nos miraba, y pronto descubrimos por qué. Sus payasos ahora son invariablemente americanos. Uno de ellos es una rica mujer de Chicago, y la idea rusa del aspecto que tiene una rica mujer de Chicago es maravillosa. El público esperaba a ver si nosotros nos enfadábamos con esa sátira, pero fue de verdad muy graciosa. E igual que algunos de nuestros payasos ahora llevan largas barbas blancas y portan bombas y llevan la etiqueta de rusos, los payasos rusos llevan la etiqueta de americanos. El público reía encantado. La rica mujer de Chicago llevaba medias rojas de seda y zapatos de tacón cubiertos de estrás, un ridículo sombrero parecido a un turbante y un traje de noche cubierto de aros que parecía un camisón largo y sin forma; se tambaleaba por la pista, con su tripa artificial bamboleándose, mientras su marido hacía poses y bailaba, porque él era un rico millonario de Chicago. Los chistes debían de ser muy graciosos, aunque no los entendíamos, porque el público aullaba de risa. Y parecía estar muy aliviado de que a nosotros no nos molestasen los payasos. Estos terminaron con sus ricos americanos de Chicago y comenzaron una versión violenta y muy divertida de la muerte de Desdémona, en la que Desdémona no era estrangulada sino golpeada hasta la muerte con un cuchillo de goma.

Era un buen circo. Los niños, sentados en las primeras filas, estaban perdidos en los sueños circenses como suelen hacer los niños. La compañía es permanente, no se va de gira, y el circo está durante todo el año, con la excepción de un corto periodo en verano.

Había parado la lluvia, de modo que después del circo fuimos a un *night club* de Kiev llamado Riviera. Está sobre el acantilado por encima del río, con una pista de baile al aire libre rodeada de mesas, todo ello mirando hacia la corriente, que fluye alejándose por la llanura. La comida era excelente. Buen *shashlik*, y el inevitable caviar, y vinos de Georgia. Y para nuestro alivio la orquesta tocaba música rusa, ucraniana y georgiana, en lugar de mal *jazz* americano. Además tocaba muy bien.

Se nos unió a nuestra mesa Alexander Korneichuk, el más alto dramaturgo ucraniano, un hombre de gran encanto y sentido del humor. Él y Poltarazki empezaron a decir viejos refranes ucranianos, por los que los ucranianos son famosos. Nuestro favorito es: «El mejor pájaro es la salchicha». Y entonces Korneichuk dijo un refrán que yo creía que era de origen californiano. Es la descripción que hace un tragaldabas de la naturaleza del pavo, en la cual afirma: «El pavo es un ave muy poco satisfactoria, es demasiado para uno solo y no es suficiente para dos». Al parecer los ucranianos lo han estado diciendo durante siglos, y yo pensaba que se había inventado en mi ciudad natal.

Nos enseñaron un brindis en ucraniano que nos gustó: «Bebamos para hacer feliz a la gente de nuestra casa». Y brindaron de nuevo por la paz, siempre por la paz. Ambos habían sido soldados, y ambos habían resultado heridos, y bebían por la paz.

Entonces Korneichuk, que había estado en América en una ocasión, dijo con bastante tristeza que había estado en Hyde Park, y allí había visto las fotografías de Roosevelt y Churchill, de Roosevelt y De Gaulle, pero no había visto ninguna foto de Roosevelt y Stalin. Y dijo que habían estado juntos, y que habían trabajado juntos, y ¿por qué en Hyde Park habían eliminado las fotos de ellos?

La música se fue haciendo más y más rápida, y más y más gente vino a bailar, y se proyectaron en el suelo luces de colores, y muy abajo el río reflejaba las luces de la ciudad.

Dos soldados rusos bailaban juntos una danza frenética, una danza de patear el suelo con las botas y balancear las manos, una danza de los frentes de batalla. Llevaban la cabeza afeitada y habían abrillantado mucho sus botas. Bailaban enloquecidos, y las luces rojas, verdes y azules destellaban sobre la pista de baile.

La orquesta tocaba una desenfrenada melodía georgiana, y de una de las mesas se levantó una chica y empezó a bailar sola. Y bailaba muy bien, y no había nadie más en la pista mientras ella bailaba. Gradualmente unos cuantos comenzaron a dar palmas al ritmo de la música, y luego más, hasta que hubo un suave latido de palmas que acompañaba su baile. Y cuando la música se detuvo ella volvió a su mesa, y no hubo aplausos. No había habido exhibicionismo en ello, ella simplemente había sentido ganas de bailar.

Con la música suave, las luces y abajo el calmo río, nuestros amigos comenzaron a hablar de la Guerra otra vez, como si fuese algo doloroso de lo que nunca se podían alejar demasiado. Hablaban del frío atroz, en Stalingrado, donde se habían tumbado en la nieve sin saber cómo terminaría. Hablaban de cosas horribles que no podían olvidar. De cómo un hombre había calentado sus manos en la sangre de un amigo recién muerto para poder apretar el gatillo de su arma.

Un poeta vino a nuestra mesa y dijo: «Tengo una suegra, y cuando la Guerra llegó a Rostov ella no quería irse porque tenía una alfombra que guardaba como un tesoro». Y dijo: «Nos replegamos y luchamos durante toda la Guerra, y luego volvimos a Rostov. Fui a su casa y ella todavía estaba allí, y también su alfombra oriental».

Siguió: «Ya saben que cuando un ejército entra en una ciudad hay muchos accidentes y se mata a mucha gente por error. Y después fui a casa de mi suegra y ella salió a la puerta, y entonces se me ocurrió de repente: ¿por qué no podía tener ella un accidente? ¿Por qué no podía dispararse mi arma por error?». Y terminó: «No sucedió. Y desde entonces me maravillo de que no sucediese».

Capa había colocado sus cámaras en el tejado del pequeño pabellón; estaba fotografiando a los bailarines y era feliz. La orquesta tocaba una canción triste de una de las obras de Korneichuk. Es la canción de los marineros del Báltico. Cuando tuvieron que retirarse, hundieron sus barcos; esta es una canción de tristeza y un réquiem por sus barcos hundidos.

# Capítulo V

Por la mañana miramos la fecha, y era 9 de agosto. Solo llevábamos nueve días en la Unión Soviética. Pero habían sido tantas nuestras impresiones y habíamos visto tantas cosas que nos parecía mucho más.

Capa se despierta por la mañana lenta y delicadamente, como una mariposa saliendo de su crisálida. Durante una hora después de despertarse, se sienta en aturdido y experimental silencio, ni despierto ni dormido. Mi problema era evitar que se metiese en el baño con un libro o un periódico, porque entonces estaría allí durante al menos una hora. Empecé a preparar tres preguntas intelectuales para él cada mañana, preguntas de Sociología, Historia, Filosofía, Biología, preguntas ideadas para asustar a su mente y que se diera cuenta de que ya era de día.

El primer día de mi experimento le hice las siguientes preguntas: ¿Qué dramaturgo griego participó en la batalla de Salamina?, ¿Cuántas patas tiene un insecto? y, para terminar, ¿cómo se llamaba el Papa que patrocinó y recogió los cantos gregorianos? Capa saltó de la cama con mirada de dolor en su cara, se sentó mirando a la ventana por un momento y luego corrió al baño con un periódico ruso que no podía leer. Y desapareció durante una hora y media.

Todas las mañanas durante dos o tres semanas preparé las preguntas para él, y nunca contestó a ninguna de ellas, pero estaba la mayor parte del día mascullando y se quejaba amargamente de que no podía dormir pensando en las preguntas de por la mañana. Sin embargo, no había pruebas, exceptuando su palabra, de que no pudiera dormir. Afirmaba que el horror que mis preguntas creaban en su mente le habían hecho retroceder intelectualmente cuarenta años, o aproximadamente a los menos diez años de edad.

Capa había robado libros en Moscú para traerse, tres historias de detectives, los *Cuadernos* de Máximo Gorki, *La feria de las vanidades* y un informe del Departamento de Agricultura de Estados Unidos de 1927. Devolvimos todos estos libros a alguien antes de irnos de Rusia, pero estoy bastante seguro de que no a sus dueños.

Ese día, el 9 de agosto, fuimos al pueblo granjero de Shevchenko. Lo llamaremos en el futuro Shevchenko I, ya que más adelante visitamos otro pueblo granjero también llamado Shevchenko, cuyo nombre había sido puesto en honor de un muy amado poeta nacional ucraniano.

Durante unos kilómetros nuestra carretera estaba asfaltada, y después giramos a la derecha y cogimos una carretera de tierra hecha trizas. Atravesamos pinares y un llano donde había tenido lugar una encarnizada lucha. Había pruebas de ella por todas partes. Los pinos estaban desgarrados y hechos jirones por el fuego de las ametralladoras. Había trincheras y nidos de ametralladoras, e incluso las carreteras estaban cortadas y llenas de irregularidades por las huellas de los tanques y agujereadas por los bombardeos. Aquí y allá yacían piezas de equipamiento militar oxidándose, tanques carbonizados y camiones destrozados. Este país había sido defendido y perdido, y el contraataque había pujado lentamente por cada pulgada de territorio.

Shevchenko I no ha sido nunca una de las mejores granjas porque su suelo no es de primera calidad, pero antes de la Guerra era un pueblo bastante próspero, un pueblo de trescientas sesenta y dos casas, en otras palabras, de trescientas sesenta y dos familias. Era un negocio en marcha.

Después de que los alemanes pasasen por ella, quedaban ocho casas, y en estas los tejados

habían desaparecido a causa del fuego. La gente se había desperdigado y muchos de ellos habían muerto, y los hombres estaban en el bosque, luchando como partisanos, y solo Dios sabe cómo se cuidaron solos los niños.

Pero tras la Guerra la gente volvió a su pueblo. Estaban surgiendo nuevas casas, y como era tiempo de cosecha, las casas se construían antes y después del trabajo, e incluso por la noche, a la luz de las linternas. Hombres y mujeres trabajaban juntos para construir sus pequeñas casas. El método era invariable: construían una habitación y vivían en ella hasta que podían construir otra habitación. Al hacer tanto frío en Ucrania en invierno, las casas se construyen como sigue: las paredes son de troncos cuadrados, ensamblados con mortero y espiga en las esquinas. A estos troncos se clavan pesados listones y después se aplica un denso revoco por dentro y por fuera para alejar el frío.

Hay un vestíbulo, que es una combinación de almacén y entrada. Desde allí se entra en la cocina,

una habitación de revoco blanco, con un horno de ladrillo y un hogar para cocinar. La chimenea y el horno están elevados a un metro y medio del suelo, y en ella se cocina el pan, las tortas planas y marrones de pan ucraniano, que están muy buenas.

Junto a ella está la sala común, con su mesa de comedor y su decoración en la pared. Es el salón, y tiene las flores de papel, las pinturas sagradas y las fotografías de los fallecidos. Y en las paredes están las condecoraciones de los soldados que pertenecen a esa familia. Las paredes son blancas, y hay contraventanas que se cierran para proteger del frío del invierno.

Desde esta sala se accede a una o dos habitaciones, dependiendo del tamaño de la familia. Y ya que esta gente lo ha perdido todo, la ropa de cama es cualquier cosa que puedan conseguir. Trozos de alfombra, piel de oveja, cualquier cosa que les mantenga calientes. Los ucranianos son gente limpia y sus casas están inmaculadas.

Parte de nuestra información equivocada era que en las granjas colectivas la gente vive en barracones. Esto no era verdad. Cada familia tenía su casa y un jardín y un huerto en el que había flores y en el que había grandes parcelas de verduras y colmenas de abejas. Y la mayoría de estos jardines eran de más o menos un acre de extensión. Como los alemanes habían destruido todos los árboles frutales, se plantaban nuevos árboles, manzanos, perales y cerezos.

Primero fuimos a la nueva casa del ayuntamiento, donde nos saludó el encargado, que había perdido un brazo en la batalla, y su contable, que acababa de ser desmovilizado del Ejército y todavía llevaba su uniforme, y tres ancianos del consejo de la granja. Les dijimos que sabíamos que estaban muy ocupados durante la cosecha, pero que queríamos ver parte de ella por nosotros mismos.

Nos contaron cómo había sido antes, y cómo era ahora. Cuando vinieron los alemanes, esta granja había tenido setecientas reses con cuernos, y ahora solo había doscientos animales de todo tipo. Habían tenido dos motores de gasolina grandes, dos camiones, tres tractores y dos trilladoras. Y ahora tenían un pequeño motor de gasolina y una trilladora pequeña. No tenían tractor local. Para arar sacaron uno de la estación de tractores cercana. Habían tenido cuarenta caballos y ahora tenían cuatro.

La ciudad había perdido cincuenta hombres en edad de luchar y otros cincuenta de todas las edades, y había un gran número de lisiados y mutilados. Algunos niños no tenían piernas y algunos habían perdido un ojo. Pero la ciudad, que necesitaba mano de obra tan desesperadamente, intentaba dar a todos los hombres el trabajo que estos podían hacer. Todos los lisiados que podían trabajar eran puestos a trabajar, y eso les proporcionaba una sensación de importancia y un lugar en la vida de la granja, así que había pocos neuróticos entre los heridos.

No había gente triste. Estaban llenos de risa, y chistes, y canciones.

La granja cultivaba algo de trigo, algo de mijo y algo de maíz. Pero era una tierra ligera y arenosa, y sus principales cultivos eran pepinos y patatas, tomates, miel y girasoles. Se usa una gran cantidad de aceite de girasol.

Primero fuimos a los campos en los que las mujeres y los niños estaban recolectando pepinos. Estaban divididos en batallones y competían unos con otros, y cada grupo intentaba coger más pepinos. Las hileras de mujeres estaban desplegadas a través del campo, riendo y cantando y gritándose entre sí. Vestían falda larga y blusa y llevaban un pañuelo en la cabeza, y nadie llevaba zapatos, porque los zapatos eran demasiado valiosos como para usarlos en el campo. Los niños solo llevaban pantalones, y sus cuerpos menudos se estaban tostando bajo el sol estival. A lo largo de las lindes del campo había montones de pepinos recolectados esperando a los camiones.

Un niño llamado Grischa, que llevaba un sombrero ornamental hecho de hierba de la marisma, corrió hacia su madre y gritó con asombro: «¡Pero estos americanos son gente como nosotros!».

Las cámaras de Capa causaron sensación. Las mujeres le gritaban y entonces se arreglaban el pañuelo y se recolocaban la blusa, del mismo modo que hacen las mujeres de todo el mundo antes de que les hagan una foto.

Había una mujer, con una cara encantadora y una gran sonrisa, a quien Capa seleccionó para un retrato. Era la persona más ingeniosa del pueblo. Dijo: «No solo soy una gran trabajadora, he enviudado dos veces y ahora muchos hombres me tienen miedo». Y sacudió un pepino delante de la cámara de Capa.

Y Capa dijo: «¿A lo mejor quiere casarse conmigo ahora?».

Echó hacia atrás la cabeza y aulló en una carcajada. Dijo: «¡Mira esto, tú! Si Dios hubiera preguntado al pepino antes de hacer al hombre, habría menos mujeres infelices en el mundo». Todo el campo tronó de risa ante Capa.

Eran gente alegre y simpática, y nos hicieron probar la calidad de los pepinos y los tomates. Los pepinos son una verdura muy importante. Son salados, y los encurtidos que se hacen con ellos se consumen durante todo el invierno. Los tomates verdes también son salados, y con ellos hacen las ensaladas para la gente cuando vienen el frío y las nieves. Estos, junto con el repollo y los nabos, son verduras de invierno. Y aunque las mujeres reían y hablaban, y nos llamaban, no paraban de trabajar; es una buena cosecha, un setenta por ciento mejor que el año pasado, la primera cosecha realmente buena desde 1941, y tienen puestas grandes esperanzas en ella.

Nos trasladamos a un prado lleno de flores en el que había cientos de colmenas y una pequeña tienda en la que vivía el apicultor. El aire estaba lleno del suave zumbido de las abejas trabajando a sus anchas en el prado. Y el viejo y barbudo apicultor se acercó a nosotros rápidamente con rejillas para ponernos delante de la cara. Nos las pusimos y nos metimos las manos en los bolsillos. Las abejas zumbaban furiosas a nuestro alrededor.

El viejo apicultor abrió sus colmenas y nos enseñó la miel. Llevaba treinta años siendo apicultor y estaba muy orgulloso. Durante muchos años había criado abejas sin saber mucho sobre ellas. Pero ahora estaba leyendo y estudiando. Y tenía un gran tesoro, tenía nueve reinas nuevas. Dijo que venían de California. Y por su descripción juzgué que eran de una variedad californiana de la abeja negra italiana. Dijo que estaba muy feliz con sus nuevas abejas. Dijo que resistirían mucho mejor a las heladas y que trabajarían desde antes y hasta mucho después de la temporada.

Después nos llevó a su pequeña tienda y cerró las portezuelas, y cortó grandes rebanadas del buen pan de centeno negro y amargo de Ucrania y puso miel sobre ellas y nos lo dio para comer. El profundo zumbido de las abejas resonaba afuera. Y más tarde abrió de nuevo las colmenas y nos trajo puñados de abejas sin ningún miedo, como hacen la mayoría de los apicultores. Pero nos advirtió que no nos descubriéramos, porque a las abejas no les gustan los extraños.

Desde allí fuimos a un campo donde estaban trillando el trigo. El equipo era lamentablemente inadecuado. Había un viejo motor de gasolina de un cilindro que ponía en marcha una vieja trilladora, y el ventilador era accionado a mano. Y aquí nuevamente notamos la escasez de hombres. Había muchas más mujeres que hombres y, de los hombres, muchos estaban lisiados. El ingeniero que manejaba el motor de gasolina había perdido todos los dedos de una mano.

Como el suelo no era muy bueno, la producción de trigo no era elevada. El grano se vertía de la trilladora a una gran lona. Había niños apostados en el borde de la lona de modo que si algún grano

saltaba de la lona y caía en la tierra, era devuelto a ella, porque cada grano era precioso.

Las nubes habían estado amontonándose toda la mañana y empezaron a caer unas gotas de lluvia. La gente corrió con trapos para cubrir el montón de trigo.

Entre muchos de los hombres había una discusión, y Poltarazki nos la tradujo en voz baja. Al parecer estaban discutiendo sobre quién nos iba a invitar a comer. Un hombre tenía la mesa más grande y la mujer de otro había hecho pan esa misma mañana. Otro hombre afirmaba que su casa estaba recién acabada y que él debía ser el anfitrión. Y así lo decidieron. Pero este hombre tenía poco para comer. El resto tenía que aportar vasos, platos y cucharas de madera. Y cuando se decidió que se usaría su casa, las mujeres que vivían en ella se remangaron las faldas y trotaron hacia el pueblo.

Desde que hemos vuelto de Rusia, probablemente el comentario que más hemos oído ha sido: «Supongo que actuarían para vosotros; supongo que se lo inventarían todo para vosotros. No os

enseñaron la realidad». La gente de este pueblo sí que actuó para nosotros. Hicieron el mismo espectáculo que un granjero de Kansas haría para su invitado. Hicieron lo mismo que hace nuestra gente; así los europeos dicen: «Los americanos viven del pollo».

Y realmente montaron un espectáculo para nosotros. Volvieron sucios de los campos y se bañaron y se pusieron sus mejores ropas, y las mujeres sacaron de los baúles pañuelos que estaban limpios y frescos. Se lavaron los pies y se pusieron las botas, y se pusieron faldas y blusas recién lavadas. Las niñas recogieron flores y las pusieron en botellas y las trajeron al limpio salón. Y delegaciones de niños de otras casas llegaron con vasos de agua, platos y cucharas. Una mujer trajo un frasco de sus pepinillos especiales, y todo el pueblo aportó sus botellas de vodka. Y un hombre trajo una botella de champán georgiano, guardado para Dios sabe qué gran ocasión.

En la cocina las mujeres también montaron el espectáculo. El fuego rugía en el nuevo horno blanco, y las tortas planas de buen pan de centeno se estaban cociendo, y se estaban friendo los huevos y el *borscht* estaba burbujeando. En el exterior diluviaba, así que no nos sentíamos mal, porque no estábamos interfiriendo en su trabajo en época de cosecha; de todas formas no podrían trabajar con el grano.

En un rincón del salón, que es la sala común, había un icono, María y Jesús, enmarcado y dorado, bajo un dosel de encaje hecho a mano. Debieron de haber escondido esas cosas cuando vinieron los alemanes, porque el icono era antiguo. Había una foto ampliada y coloreada de los bisabuelos. Esta familia había perdido a dos hijos en el Ejército, y sus retratos estaban en otra de las paredes; con sus uniformes parecían muy jóvenes, y muy serios, y muy rústicos.

Un grupo de hombres entró en el salón, e iban pulcramente vestidos, y limpios, y lavados, y se habían afeitado y se habían puesto las botas. En el campo no llevaban botas.

Vinieron niñas corriendo bajo la lluvia, y llevaban delantales llenos de pequeñas manzanas y peritas.

El anfitrión tenía unos cincuenta años, con pómulos elevados y pelo rubio, y ojos azules muy separados. Su rostro estaba curtido. Y llevaba la túnica y el cinturón ancho de cuero de los luchadores partisanos. Su cara estaba demacrada, como si en alguna parte hubiera recibido una herida terrible.

Al fin estuvo preparada la comida. *Borscht* ucraniano, que es comida suficiente por sí solo, y huevos bien fritos con tocino, tomates frescos y pepinos frescos y cebollas cortadas, y las tortas planas calientes de dulce centeno, y miel, y fruta, y salchichas, todo en la mesa a la vez. Y entonces el anfitrión rellenó los vasos con vodka de pimienta, un tipo de vodka en el que se han introducido a remojo granos de pimienta para que tenga un gusto aromático. Y luego llamó a la mesa a su mujer y a

sus dos nueras, viudas de sus hijos muertos. Y les dio a cada una de ellas un vaso de vodka.

La madre de la familia hizo el primer brindis. Dijo: «Que Dios os traiga todo bien». Y todos bebimos a su salud. Comimos largamente, y todo estaba muy bueno.

Nuestro anfitrión propuso un brindis que nosotros empezábamos a conocer muy bien: el brindis por la paz entre todos los pueblos del mundo. Es curioso que rara vez se haga un brindis personal. Los brindis normalmente eran por cosas grandes y no por futuros individuales. Propusimos la salud de la familia y la prosperidad de la granja. Y un hombre muy grande al extremo de la mesa se levantó y bebió a la memoria de Franklin D. Roosevelt.

Estábamos empezando a comprender la calidad del recuerdo de Roosevelt en el mundo, y el gran sentimiento de tragedia por su muerte. Y recordé una historia que oí en una ocasión. A una semana de la muerte de Lincoln, la noticia de su muerte había penetrado hasta el centro de África, algunas veces mediante tambores, otras llevada por corredores. Circulaba la noticia de que había sucedido una tragedia mundial. Y nos da la impresión de que no importa lo que digan o piensen los que odian a Roosevelt, en realidad ni siquiera importa lo que Roosevelt haya sido en persona. Lo importante es que su nombre en todo el mundo es símbolo de sabiduría, y amabilidad, y comprensión. En las mentes de la gente insignificante de todo el mundo ha dejado de ser un hombre y se ha convertido en un principio. Y aquellos hombres que le atacan ahora, y atacan su memoria, no dañan su nombre para nada, sino que se definen a ellos mismos como los mezquinos, los avariciosos, los egoístas y los estúpidos. El nombre de Roosevelt está mucho más allá del alcance de las mentes estrechas y las manos sucias.

Cuando terminó la comida, llegó la hora que empezábamos a esperar. La hora de las preguntas. Pero esta vez nos resultó más interesante, porque eran las preguntas de unos granjeros sobre granjeros y sobre granjas. Otra vez vimos claramente que las gentes se han hecho unas curiosas composiciones sobre los demás. La pregunta «¿Cómo vive un granjero en América?» es imposible de contestar. ¿Qué tipo de granja? ¿Y dónde? Y es difícil para nuestra gente imaginar Rusia, con todos los climas posibles desde el ártico al tropical, con muchas razas e idiomas diferentes.

Estos granjeros ni siquiera hablaban ruso, hablaban ucraniano. Preguntaron: «¿Cómo vive un granjero en América?». E intentamos explicar que había muchos tipos diferentes de granjas en América, al igual que en Rusia. Hay pequeñas granjas de cinco acres, con una mula para trabajar en ellas, y hay grandes granjas cooperativas que funcionan como las granjas estatales de Rusia, salvo que el Estado no es el propietario. Hay comunidades granjeras bastante parecidas a este pueblo, en las que la vida social es de alguna manera la misma, salvo que la tierra no es de propiedad comunal. Cien acres de buena tierra de regadío en América valen tanto como mil acres de tierra pobre. Y esto lo entendieron muy bien, porque ellos también son granjeros. Nunca habían pensado en América de esta manera.

Querían oír hablar de la maquinaria en las granjas estadounidenses, porque eso es lo que más necesitan. Preguntaron sobre cosechadoras y sembradoras, sobre cosechadoras de algodón y esparcidoras de fertilizante; sobre el desarrollo de nuevos cultivos, de granos resistentes al frío y trigo resistente a la roya; sobre el precio de los tractores. ¿Se podía permitir comprar uno un hombre que llevase una pequeña granja?

El granjero del extremo de la mesa nos contó con orgullo cómo el Gobierno soviético presta

dinero a las granjas, y presta dinero a muy bajo interés a la gente que quiere construir casas en sus granjas. Contó lo disponible que está la información sobre granjas bajo el Gobierno soviético.

Dijimos que eso mismo sucede en América, y de esto ellos nunca habían oído hablar. Nunca habían oído hablar de los préstamos a las granjas o del importante trabajo que nuestro Departamento de Agricultura realiza. Todo esto era nuevo para ellos. De hecho, parecían pensar que ellos mismos habían inventado el sistema.

Al otro lado de la carretera estaban trabajando bajo la lluvia un hombre y una mujer, subiendo los tablones del parteaguas a la parte superior de sus muros recién construidos. Y en la carretera los niños guiaban a las vacas desde los pastos a los establos.

Las mujeres con sus limpios pañuelos en la cabeza se asomaban por la puerta de la cocina y escuchaban la conversación. Y la conversación giró hacia la política de exteriores. Las preguntas fueron inteligentes.

Un granjero preguntó: «¿Qué haría el Gobierno americano si el Gobierno soviético prestara dinero y ayuda militar a México, con el propósito declarado de impedir la propagación de la democracia?».

Y nosotros reflexionamos un rato y dijimos: «Bueno, imagino que declararíamos la guerra».

Y dijo: «Pero vosotros habéis prestado dinero a Turquía, con la que nosotros tenemos frontera, con el propósito de impedir la propagación de nuestro sistema. Y no hemos declarado la guerra».

Y nuestro anfitrión dijo: «Nos parece que los americanos son gente democrática. ¿Podéis explicarnos por qué el Gobierno americano tiene como amigos a gobiernos reaccionarios, los gobiernos de Franco y Trujillo, la dictadura militar de Turquía y la monarquía corrupta de Grecia?».

No pudimos contestar a sus preguntas porque no sabíamos lo suficiente, y porque no gozábamos de la confianza de los responsables de nuestra política exterior. En su lugar les dijimos lo que la gente se preguntaba en América: las preguntas acerca del dominio de los Balcanes por parte de los comunistas; las preguntas y las denuncias acerca del uso del veto a las Naciones Unidas por parte de los rusos; las preguntas acerca de la denuncia de América por parte de la prensa rusa.

Estas cosas parecieron equilibrarnos: ellos no sabían más acerca de su política exterior que lo que sabíamos nosotros de la nuestra. No había animosidad en sus preguntas, solo asombro. Finalmente nuestro anfitrión se levantó, alzó su vaso y dijo: «En alguna parte de todo esto debe de haber una respuesta, y tiene que haber una respuesta rápidamente. Bebamos por la esperanza de que se encuentre la respuesta, porque el mundo necesita la paz, necesita la paz urgentemente». Y señaló a los dos que estaban luchando con las pesadas vigas para construir un tejado y dijo: «Este invierno esos dos tendrán una casa por primera vez desde 1941. Deben tener paz, y quieren su casa. Tienen tres niños pequeños que nunca han tenido una casa en la que vivir. En el mundo no puede haber alguien tan malvado como para querer devolverlos a los agujeros negros en el suelo. Pero allí es donde han estado viviendo».

El anfitrión abrió el champán y echó un poco del precioso fluido en cada uno de nuestros vasos. La mesa se había callado. Levantamos nuestros vasos y nadie propuso ningún brindis. Bebimos el champán sin hablar. Tras unos momentos dimos las gracias a nuestros anfitriones y nos marchamos en el coche, a través de un campo lleno de cicatrices de guerra. Y nos preguntamos si nuestro anfitrión tenía razón, si realmente había gente en el mundo que quería destruir las casitas nuevas otra vez y meter a los niños en cuevas bajo el suelo.

Dormimos mucho a la mañana siguiente, y cuando nos despertamos hablamos sobre el día en la granja, y Capa guardó las películas expuestas. Fuimos invitados a comer en la casa de Alexander Korneichuk y su esposa, Wanda Wasilevska, una poeta polaca conocida en Estados Unidos. Viven en una casa agradable con un gran jardín detrás. El almuerzo se sirvió en el porche, bajo una gran parra que lo sombreaba. Detrás del porche había un patio de flores, rosas y árboles en flor, y detrás de eso un gran huerto.

Wanda Wasilevska había preparado el almuerzo. Era delicioso, y abundante. Había un caviar vegetal hecho de berenjena, un pescado del Dniéper cocinado en salsa de tomate, huevos rellenos de sabor extraño, y con esto un vodka envejecido, amarillo y muy bueno. Después vinieron una sopa de pollo clara y pequeños pollos fritos, parecidos a nuestros pollos fritos del sur, salvo que antes se pasan por migas de pan. Después hubo tarta y café, y licor, y por último Korneichuk sacó puros

Upmann en estuches de aluminio.

Fue una comida estupenda. El sol calentaba y el jardín era encantador. Y cuando nos sentamos con los puros y el licor, la charla se volvió a las relaciones con Estados Unidos. Korneichuk había sido parte de una delegación cultural en Estados Unidos. Cuando llegaron a Nueva York, le tomaron las huellas dactilares a él y a su delegación y se les registró como agentes de una potencia extranjera. Lo de las huellas les había indignado y por eso se habían vuelto a casa sin llevar a cabo su visita. Porque como Korneichuk dijo: «Para nosotros, las huellas dactilares son cosas de criminales. Nosotros no os tomamos las huellas dactilares. Tampoco se os fotografió, ni se os obligó a registraros».

Intentamos explicar que según nuestras normas, la gente de un Estado comunista o socialista es empleada del Gobierno, y se exige que los empleados de gobiernos extranjeros se registren.

Y él contestó: «Inglaterra tiene un Gobierno socialista y no hacéis que se registren todos los ciudadanos ingleses, ni les tomáis las huellas».

Ya que tanto Korneichuk como Poltarazki habían sido soldados, les preguntamos sobre la lucha que se había desarrollado en la zona. Y Poltarazki nos contó una historia que es muy difícil de olvidar. Nos contó que estaba con una patrulla rusa a la que se mandó atacar una avanzada alemana. Y dijo que había tardado tanto en llegar hasta allí, que la nieve era tan profunda y el frío tan crudo, que cuando al fin hicieron su ataque, sus manos, brazos y piernas estaban tiesos.

Dijo: «No teníamos nada con que luchar, excepto una cosa. Nuestros dientes. He soñado con eso después. Fue espantoso».

Después del almuerzo fuimos al rio y alquilamos una pequeña barca a motor, y navegamos alrededor del acantilado de Kiev y atravesamos hasta la playa de arena donde cientos de personas se bañaban y se tumbaban al sol. Familias enteras con sus bañadores de colores se tostaban sobre la blanca arena. Y había muchos pequeños veleros en el río, virando hacia un lado y hacia otro. También había barcas de excursión, cargadas de gente.

Nos quitamos la ropa y saltamos por la borda de la barca, y nadamos en calzoncillos. El agua estaba caliente y agradable. Era un domingo muy alegre. En los jardines sobre el acantilado, y en la ciudad, la gente paseaba. Sonaba música en los auditorios. Y muchas jóvenes parejas caminaban del brazo a lo largo del río.

Por la tarde volvimos a ir al Riviera, la sala de baile encima del acantilado, y contemplamos cómo la noche caía sobre la enorme y llana Ucrania con el río plateado alejándose en zigzag.

Había mucha más gente bailando esta tarde porque era domingo. Y algunos de ellos bailaban casi como profesionales. La orquesta tocaba sus acostumbradas canciones gitanas, georgianas, rusas, judías y ucranianas. En nuestro honor hicieron una versión de «In The Mood», que fue algo demoledor. Ya llevaba dos tercios cuando logramos reconocerla. Pero la tocaron con gran vigor.

La plataforma de baile al aire libre estaba rodeada por un rico seto formado por una planta con flores. Y en una pequeña cueva en este seto se escondía un niño, un pequeño mendigo. Salió arrastrándose de su cueva de flores y se aproximó a la mesa para mendigar un poco de dinero para ir al cine.

El gerente se acercó y dijo: «Es nuestro cliente más fiel, y es muy rico».

Apartó al niño con delicadeza, pero en el momento en que el gerente se fue, volvió y consiguió su

dinero para el cine.

Cada vez venía más gente al club, y estaba bastante abarrotado. Sobre las diez empezó una pelea, una pelea fugaz, con golpes y carreras, entre un grupo de jóvenes. Pero no se peleaban por una chica. Lo hacían por el fútbol, que es un asunto muy serio para los ucranianos. Los hombres de Kiev sienten tanta pasión por su equipo de fútbol como los de Brooklyn por el béisbol. Por un momento la pelea desplegó su furia sobre la plataforma, y después se calmó, y todo el mundo se fue a una mesa y tomaron una copa y solucionaron el problema.

Volvimos caminando por la avenida del parque. Cientos de personas todavía estaban sentadas escuchando la música de las orquestas. Capa me rogó que no le hiciera preguntas por la mañana.

Aquí existe una institución que a nosotros nos vendría bien. En los hoteles y restaurantes, bien a la vista, hay un libro de quejas con un lapicero encima, y puedes escribir cualquier queja que quieras sobre el servicio, o la gerencia, o los arreglos, y no tienes que firmarlo. De vez en cuando un inspector se pasa a echar un vistazo a restaurantes y todos los servicios públicos, y si hay suficientes quejas sobre una persona, o sobre el gerente, o sobre el servicio, se produce una reorganización. Una queja no se toma demasiado en serio, pero si la misma queja se repite unas cuantas veces, sí.

Y existe otro libro en la Unión Soviética que nosotros empezábamos a contemplar con cierta dosis de terror. Es el libro de visitas. Si has visitado una fábrica, un museo, una galería de arte, una panadería, o incluso un proyecto de construcción, invariablemente hay un libro de impresiones en el que debes escribir lo que piensas sobre lo que has visto. Y, por lo general, para cuando llegas al libro, no sabes qué has visto. Obviamente es un libro de cumplidos. Produciría un gran impacto que los comentarios no fueran elogiosos. Al menos en mi caso, las impresiones exigen un poco de tiempo para ser inventadas. No están maduras del todo.

Habíamos solicitado ir a otra granja, alguna en una tierra más fértil que la que habíamos visto, y alguna que no hubiera sufrido tanta destrucción por parte de los alemanes. Y la mañana siguiente partimos hacia ella, en otra dirección desde Kiev que la primera granja que habíamos visitado. Nuestro coche era un Ziss de antes de la Guerra. Y a medida que viajamos, se iba destartalando progresivamente. Sus amortiguadores ya no eran elásticos, sus marchas gruñían y chacoloteaban, su parte trasera aullaba como un lobo agonizante.

Nos habíamos empezado a interesar por los conductores que conseguíamos. Ser chófer no es un trabajo de sirvientes en la Unión Soviética, sino una posición bien pagada y digna. Son mecánicos, y casi todos ellos habían sido soldados, bien conductores de tanques, bien pilotos. Nuestro conductor en Kiev era un hombre serio que cuidaba de su automóvil moribundo como si fuera un niño. Ninguno de los coches nuevos todavía habían llegado desde Moscú, y nadie sabía cuándo llegarían. Cada pieza de material rodante tenía que mantenerse en marcha antes de poder enviarla al montón de chatarra.

Como coche, nuestro vehículo en Kiev no valía mucho, pero como calentador de agua era magnífico. Nos deteníamos cada tres horas y rellenábamos el radiador con agua de acequias, pequeños arroyos o abrevaderos y en seguida el coche la convertía en vapor. Al final nuestro conductor dejó su cubo de agua en el parachoques delantero, listo para usarlo.

Avanzamos unos treinta kilómetros por una carretera ligeramente asfaltada y después giramos a la izquierda hacia el campo, que rodaba suavemente. La carretera ni siquiera era carretera, sino una

serie de huellas de ruedas, y como había llovido, el truco estaba en encontrar las huellas que hubieran sido utilizadas menos recientemente. En las depresiones entre las ondulaciones del terreno había pequeñas charcas, con garzas y cigüeñas paseando por su orilla. Mimamos a nuestro coche en ebullición entre las charcas y nos paramos en cada una de ellas para dejar que echase un poco de vapor y llenarlo con agua fresca.

Nuestro conductor dijo que había sido piloto en la Guerra, además de conductor de tanque. Tenía un don muy grande: podía dormirse a cualquier hora y durante el tiempo que fuese. Si parábamos el coche durante cinco minutos, se echaba a dormir y se despertaba inmediatamente cuando le llamábamos, bien despierto y listo para proseguir. Podía dormir durante doce horas y despertar de la misma manera. Me acordé de los artilleros de nuestros bombarderos, que habían desarrollado el mismo talento durmiendo de camino a sus objetivos y de vuelta a casa.

Llegamos a la granja pueblo hacia el mediodía. Y esta granja también se llamaba Shevchenko. Tuvimos que llamarla Shevchenko II. Era muy diferente de la primera granja que habíamos visto, ya que la tierra era rica y variada, y el pueblo no había sido destruido. Los alemanes habían sido rodeados aquí. Habían matado a todos los animales, pero no habían tenido tiempo de destruir el pueblo. Esta granja había criado muchos caballos; y cuando finalmente los alemanes fueron capturados, todos los caballos y vacas, pollos y gansos y patos estaban muertos. Es difícil imaginar a esos alemanes. Difícil imaginar qué pasaba por sus cabezas, cuál era su proceso mental, esos niños tristes y destructores.

El gerente de Shevchenko II había sido un partisano de mérito, y aún llevaba su casaca marrón con su cinturón. Tenía los ojos azules y alambre de hierro a lo largo de sus mandíbulas.

Era una granja de más de mil doscientas personas y gran parte de sus hombres habían muerto. El gerente nos dijo: «Podemos reconstruir las casas que perdimos, y podemos criar más animales, pero no podemos recuperar a nuestros hombres, y no podemos dar nuevos brazos y nuevas piernas a nuestros mutilados».

Vimos muy pocos miembros artificiales en la Unión Soviética, donde tanto se necesitan. Quizá esta industria no se ha desarrollado todavía, pero con seguridad es una de las más necesarias, porque muchos miles de personas han perdido brazos y piernas.

Shevchenko II es una granja próspera. La tierra es rica y con ondulaciones. Se cosecha trigo, centeno y maíz. Había habido una helada tardía la anterior primavera, y parte del trigo invernal se había congelado. La gente corrió a la tierra y la preparó para el maíz, de modo que la tierra no se perdiera para todo el año. Y es una buena tierra para el maíz. Los tallos llegan a medir dos o tres metros de alto, y las mazorcas son grandes y repletas.

Salimos a ver una máquina trilladora en los campos, donde batallones de personas estaban trabajando con el trigo. Era una granja enorme, y prolongándose en la distancia podíamos ver a la gente trabajando con sus guadañas, porque en esta granja solo había una pequeña cosechadora y un pequeño tractor. La mayor parte del grano se cortaba a mano y se empacaba a mano. La gente trabajaba frenéticamente. Reían y hablaban, pero no hacían ni una pausa en su labor. Y no solo estaban compitiendo, sino que este había sido su mejor año en mucho tiempo y querían plantar todo el grano, porque su prosperidad depende por entero de ello.

Fuimos a ver el granero donde se almacena la producción, los silos de ajonjolí para el aceite, el centeno y el trigo. El grano se distribuía: tanto para el Estado, otro tanto se aparta para plantarlo de nuevo, y el resto se reparte entre la gente de la comunidad.

El pueblo mismo está situado alrededor del lago, donde la gente nada, lava la ropa y da de beber a los caballos. Niños desnudos conducían a los caballos hacia el agua y nadaban alrededor de ellos para lavarlos. Los edificios públicos están agrupados en torno al lago: el club, que tiene un pequeño escenario y una pista de baile y asientos; el molino donde se muele el grano local; y la oficina donde se llevan las cuentas y se recibe el correo. En esta oficina hay un receptor de radio con un altavoz en el tejado. Los altavoces de todas las casas del pueblo están unidos por cable con este terminal principal. Es un pueblo electrificado, tiene luces y motores.

Las casas de la gente con sus jardines y huertos subían por las colinas pequeñas y redondeadas. Era un pueblecito precioso. Las casas estaban blancas, recién revocadas, y los jardines eran verdes y

exuberantes, los tomates rojos en sus matas, y el maíz muy alto rodeando las viviendas.

La casa en la que íbamos a ejercer de invitados estaba en la cima de la elevación, así podríamos ver el paisaje ondulado, los campos y los huertos. Era una casa como todas las demás, como la mayoría de las casas de labranza ucranianas: un vestíbulo, una cocina, dos habitaciones y un salón. Estaba recién revocada. Incluso los suelos estaban limpios y con nuevo revoco. La casa tenía un dulce olor a arcilla fresca.

Nuestro anfitrión era un hombre fuerte y sonriente de unos cincuenta y cinco o sesenta años. Su mujer, Mamuchka, era justo lo que sugería su nombre. Era la mujer más trabajadora que he visto en mi vida.

Nos dieron la bienvenida a la casa y nos dejaron el salón para nosotros solos. Las paredes estaban enlucidas en azul claro y en la mesa había botellas forradas con papel rosa, en las que había flores de papel de todos los colores.

Obviamente había más prosperidad en este pueblo que en Shevchenko I. El icono era más grande y estaba cubierto con un encaje azul claro que hacía juego con las paredes. No había sido una familia grande. Solo habían tenido un hijo y su foto, un retrato coloreado sobre la pared del salón, era muy grande, y ellos solo lo mencionaron una vez.

La madre dijo: «Licenciado en Bioquímica en 1940, movilizado en 1941, asesinado en 1941».

El rostro de Mamuchka se ensombreció al decir esto, y fue la única vez que le nombró, y era su único hijo.

Junto a una pared había una antigua máquina de coser Singer, cubierta con un trozo de estopilla; y, contra otra pared, una cama estrecha con una alfombra a modo de manta. En el centro de la habitación había una mesa larga, con bancos a los lados. Hacía mucho calor en la casa. Las ventanas no se podían abrir. Decidimos que si podíamos, sin parecer descorteses, dormiríamos en el establo. Porque en el exterior las noches eran frescas y deliciosas; dentro de la casa nos asfixiaríamos.

Fuimos al patio y nos lavamos, y al momento la cena estaba servida.

Mamuchka es una cocinera muy famosa en el pueblo, y realmente muy buena. Sus comidas eran increíbles. La de aquella noche comenzó con vasos de agua llenos de vodka, pepinillos y pan negro casero, y shashlik ucraniano que Mamuchka hacía muy bien. Había un gran cuenco de tomates y cebollas y pepinos; había tortitas fritas llenas de cerezas amargas, sobre las que se vertía miel, un delicioso plato nacional. Había leche fresca, y té, y después más vodka. Comimos demasiado. Comimos las pequeñas tortitas de cereza y miel hasta que se nos salieron los ojos de sus cuencas.

Estaba empezando a oscurecer, y pensamos que esta era la última comida del día.

Por la noche atravesamos el pueblo hasta el club. Cuando pasamos por el lago, un barco lo cruzó, y había música en él, una música muy curiosa. Los instrumentos eran una balalaika, un pequeño tambor con unos pequeños platillos y una concertina, y esta era la música de baile del pueblo. Los músicos atravesaron el lago y atracaron delante del club.

El club era un edificio bastante grande. Tenía un pequeño escenario y delante del escenario había mesas con tableros de ajedrez y de damas, y después la pista de baile, y filas y filas de bancos para los espectadores.

Había muy poca gente en el club cuando entramos, solo unos pocos jugadores de ajedrez. Nos enteramos de que los jóvenes vuelven de los campos, y cenan, y descansan durante una hora, incluso duermen durante una hora, antes de venir al club.

Esa noche el escenario estaba preparado para una obrita de teatro. Había grandes jarrones con flores en una mesa, dos sillas y, al fondo del escenario, un gran retrato del Presidente de la República de Ucrania. La pequeña orquesta de tres músicos entró, y colocó sus instrumentos, y empezó a tocar. La gente joven entró en tropel, muchachas fuertes, con las caras lavadas y brillantes. Solo entraron unos pocos muchachos.

Las chicas bailaban juntas. Llevaban vestidos con estampados brillantes y pañuelos en la cabeza de seda y lana de colores, y sus pies estaban descalzos casi sin excepción. Y bailaban frenéticamente. La música tenía un ritmo rápido, acentuado por el tambor y los platillos. Los pies desnudos golpeaban el suelo. Los jóvenes las daban vueltas y contemplaban.

Preguntamos a una chica por qué no bailaban con los chicos. Dijo: «Están bien para casarse con ellos, pero han quedado tan pocos desde la Guerra que las chicas solo se meten en problemas si bailan con ellos. Además, son muy vergonzosos». Entonces se rió y volvió a su baile.

Había muy pocos jóvenes en edad casadera. Había chicos muy jóvenes, pero los hombres que deberían haber estado allí bailando con las chicas estaban muertos.

La energía de estas chicas era increíble. Durante todo el día habían estado trabajando en el campo, en realidad desde el amanecer, y solo después de una hora de sueño estaban listas para bailar durante toda la noche. Los hombres de los tableros de ajedrez siguieron jugando, inmóviles e imperturbables por el ruido que había a su alrededor.

Mientras tanto, la compañía que iba a actuar preparaba el escenario y Capa estaba colocando las luces para hacer fotos de la obra. Nos pareció que las chicas se pusieron un poco impacientes cuando la música cesó. No querían dejar de bailar por la obra.

Era una obrita de propaganda, y era naíf y encantadora. La historia era como sigue: Una chica en una granja es perezosa y no quiere trabajar. Quiere ir a una ciudad, y pintarse las uñas, y usar carmín, y ser decadente y rebajarse. Al empezar la obra, está enfangada en una pelea con una buena chica, una chica que es jefe de brigada, una chica que ha recibido honores por su gran labor en los campos. La chica que quiere pintarse las uñas arrastra los pies por el escenario y es evidente que no es nada buena, mientras que la otra, la jefe de brigada, está muy estirada, con las manos en los costados, y declama sus líneas. El tercer miembro del reparto es un heroico conductor de tractor, y lo interesante es que es realmente un conductor de tractor, y la obra se retrasó una hora y media mientras él arreglaba el tractor con el que había estado trabajando todo el día. El heroico conductor de tractor tenía un truco dramático, y sólo uno: decía sus frases paseando por el escenario de un lado a otro, fumando cigarrillos.

El conductor de tractor está enamorado de la chica que quiere pintarse las uñas. Está enamorado

de ella de verdad, y corre grave peligro de perder el alma por ello. De hecho, cuando la obra avanza, es obvio que está casi dispuesto a abandonar su trabajo conduciendo un tractor y colaborando con la economía del pueblo, para irse a vivir a una ciudad y conseguir un apartamento y vivir relajadamente con la chica de uñas pintadas. Pero la jefe de brigada, que está muy erguida, le da una charla.

No hace bien. Es evidente que él está consternado, y está muy enamorado de la chica haragana y mala. No sabe qué hacer. ¿Debe abandonar a la chica que ama o debe seguirla hasta la ciudad y convertirse en un vago?

Ahora la chica decadente sale de escena, dejando a la jefe de brigada con el conductor de tractor. Y la jefe de brigada, con artimañas femeninas, dice al conductor de tractor que esta chica no le ama de verdad. Ella solo quiere casarse con él porque es un eminente conductor de tractor, y pronto se cansará de él. El conductor de tractor no se cree esto, así que la jefe de brigada dice en un ataque de inspiración: «Ya lo tengo. Finges cortejarme a mí y cuando nos vea descubrirás cuánto te ama».

Esta nueva idea es aceptada. La chica que se pinta las uñas hace su entrada para descubrir al conductor de tractor con la jefe de brigada en sus brazos, y ¡quién lo iba a decir!, no sucede lo que esperarías, porque la joven haragana decide que se va a convertir en trabajadora de la economía socialista. Se quedará en la granja. Descarga su furia sobre la jefe de brigada. Dice: «Formaré mi propia brigada, no solo tú puedes ser tan eminente y llevar tantas medallas. Yo misma voy a convertirme en jefe de brigada y a llevar condecoraciones».

Esto resuelve los problemas tanto amorosos como económicos del conductor de tractor, y la obra termina con todo el mundo sintiéndose muy bien con todo el asunto.

Esta es la historia de la obra, pero no como realmente resultó. El conductor de tractor solo había dado cuatro o cinco pasos en escena, y la historia acababa de empezar, cuando Capa disparó sus bombillas *de flash* para hacer la primera foto. Esto dividió en dos partes la representación. La chica de las uñas pintadas se retiró detrás de un ramo de helechos y no volvió a salir en el resto de la escena. El conductor de tractor olvidó sus diálogos. La jefe de brigada se atrancó e intentó retomar la obra, pero fracasó. El resto de la representación se hizo como un eco. Los actores repetían las frases que les daba el apuntador, de modo que se tenía una versión doble. Cada vez que recordaban sus diálogos, Capa disparaba de nuevo sus *flashes* y lo echaba todo a perder.

El público estaba encantado. Aplaudía salvajemente cada vez que se disparaba *el flash*.

La naturaleza ligera de la chica decadente se indicaba tanto por el esmalte de uñas como por las ristras de cuentas de cristal y bisutería brillante. Los destellos del *flash* la ponían tan nerviosa que rompió sus cuentas y las desparramó por todo el escenario. La obra se fue a pique completamente.

No nos habríamos enterado de qué trataba de no ser porque el apuntador, que también era maestro, nos lo explicó más tarde. Y al final el telón se cerró con un tumultuoso aplauso. Teníamos la sensación de que el público prefería esta versión a cualquiera que hubieran visto de esta obra. Cuando terminó, cantaron dos canciones ucranianas.

Las chicas querían bailar. Estaban impacientes y pronto la orquesta volvió a su posición y las danzas giratorias siguieron. Solo el gerente las persuadió de que debían irse a dormir. Ya eran las dos menos cuarto y tenían que levantarse a las cinco y media de la mañana para trabajar en el campo. Pero no querían irse y habrían estado bailando toda la noche si las hubieran dejado.

Para cuando hubimos subido la colina eran las dos y media y estábamos listos para irnos a la

cama. Pero este no era el plan de Mamuchka. Debía de haber empezado a cocinar en cuanto nos marchamos, después de acabar lo que pensamos que era la cena. La larga mesa estaba puesta y la comida estaba apilada encima de ella. Y a las dos y media de la mañana comimos lo siguiente: vasos de vodka, otra vez pepinillos y pepinos, y pescado frito que había sido capturado en el lago del pueblo, y otra vez tortitas fritas con miel, y una riquísima sopa de patata.

Nos moríamos del atracón y de falta de sueño. Hacía mucho calor en la casa y la habitación era incómoda. Además habíamos descubierto que la estrecha cama que se suponía que Capa y yo íbamos a ocupar era la cama de Mamuchka, así que pedimos permiso para dormir en el establo.

Esparcieron heno fresco para nosotros y pusieron una alfombra por encima, y nosotros nos echamos a dormir. Dejamos la puerta abierta, pero la cerraron sigilosamente. Al parecer aquí hay miedo al aire nocturno, como en la mayor parte de Europa. Esperamos un poco antes de levantarnos a abrir la puerta, pero la volvieron a cerrar muy suavemente. No iban a dejar que nos hiciéramos daño con la exposición al aire nocturno.

El heno del pequeño establo era dulce. Los conejos que había en una jaula junto a la pared hacían ruiditos y mordisqueaban algo en la oscuridad. En el otro lado del muro de barro unos pocos cerdos gruñían confortablemente y Liubka, la vaca, se agitaba en sueños.

Liubka era la vaca nueva, y Mamuchka no la quería tanto como a la vaca vieja. Dice que no sabe por qué vendió su vaca vieja. Se llamaba Katiushka, diminutivo cariñoso de Katharina. Quería mucho a Katiushka, y no sabe por qué la vendió. Liubka es una buena vaca, pero no tiene la personalidad ni da tanta leche como Katiushka. Todas las mañanas los niños del pueblo venían para llevar las vacas a los pastos durante todo el día, y Liubka sale para unirse al rebaño, y Katiushka está con ellas. Y todas las tardes, cuando vuelven las vacas, cada una de ellas entra en su patio, Katiushka intenta volver a éste, ella todavía intenta entrar en su antigua casa, y Mamuchka habla con ella un momento, y después la conduce afuera del patio.

Y dice: «Debo de haberme vuelto loca para vender a Katiushka. Por supuesto que Liubka es una vaca más joven, y probablemente vivirá más tiempo, pero no es una vaca tan buena, no es una vaca tan generosa como lo era Katharina».

La noche fue tan corta que pareció casi inexistente. Cerramos los ojos, dimos una vuelta, y ya se había acabado. Y había gente caminando en el patio junto al establo, estaban sacando a las vacas, los cerdos chillaban y roncaban anticipando el desayuno. No sé cuándo durmió Mamuchka. Es imposible que hubiera dormido algo, porque llevaba horas levantada preparando el desayuno.

Capa dio problemas para levantarse. No quería hacerlo. Pero finalmente se le levantó del heno. Se sentó en un tronco y se quedó mirando al tendido durante mucho tiempo.

El desayuno debe explicarse en detalle porque nunca ha habido nada parecido en el mundo. Primero vino un vaso de agua lleno de vodka, después, para cada persona, cuatro huevos fritos, dos pescados enormes fritos y tres vasos de leche; después un plato de pepinillos, y un vaso de vino de cerezas casero y pan negro y mantequilla; y después una taza llena de miel y dos vasos más de leche, y terminamos con otro vaso de vodka. Suena increíble que comiéramos todo eso para desayunar, y todo estaba bueno, pero nos sentimos pesados y con náuseas después.

Pensamos que nos habíamos levantado temprano, pero el pueblo llevaba en el campo desde el alba. Fuimos adonde estaban cosechando el centeno. Los hombres con largas guadañas avanzaban en

línea, cortando una gran franja. Detrás de ellos iban las mujeres que ataban el grano en haces con cuerdas hechas de paja trenzada, y detrás de ellas los niños que espigaban el grano, que recogían cada paja y cada espiga, de modo que no se desperdiciaba ninguna. Trabajaban tenazmente, porque esta es su época de mayor ocupación. Capa se movía por allí haciendo fotos y ellos levantaban la mirada y sonreían y volvían a su labor. No había pausa. Esta gente había trabajado así durante miles de años; después, durante un corto periodo de tiempo estuvieron mecanizados, y ahora han tenido que volver a las labores manuales hasta que puedan construir más maquinaria.

Visitamos el molino donde molían el grano para hacer pan, y fuimos a la oficina donde se llevan los registros de la granja.

En un extremo del pueblo estaban construyendo una fábrica de ladrillos, porque su idea es tener todas las casas de ladrillo, y todos los tejados de tejas, porque el riesgo de incendio de la techumbre de paja les ha causado gran impresión. Están contentos de tener en el suelo turba y arcilla para hacer

los ladrillos. Y cuando reconstruyan su pueblo, venderán los ladrillos a las granjas vecinas. Las fábricas de ladrillos se harán antes del invierno, y cuando no puedan trabajar la tierra harán ladrillos. Ahora hay montones de turba para quemar bajo techo.

A mediodía paramos para ver una familia en su almuerzo: madre, padre y dos hijos. Había una gran sopera llena de sopa de verduras y carne en medio de la mesa, y cada miembro de la familia tenía una cuchara de madera que introducía en la sopera central. Y tenían una gran fuente de tomates en rodajas, y una gran hogaza plana de pan y una jarra de leche. Esta gente parecía alimentarse muy bien, y podíamos observar el efecto de la buena comida mirando los cinturones de cuero que llevaban los hombres sobre la casaca, porque en estos habían quedado las marcas de otros años, y ahora estaban extendidos y las viejas marcas estaban dos, tres y cuatro pulgadas por detrás, donde la hebilla había dejado su marca en el pasado.

Mamuchka debió de recoger los cacharros del desayuno y ponerse a cocinar otra vez de inmediato. Hacia las cuatro y media de la tarde había preparado un banquete. Era su pequeña comida de gala. Estaba muy orgullosa de su habilidad, y el pueblo estaba muy orgulloso de ella, lo cual probablemente era una de las razones de que fuera nuestra anfitriona. En esta comida sus invitados eran los líderes del pueblo. Estaban presentes en la mesa el presidente de la granja, el experto en agricultura, llamado *agronome*, y su esposa, una bella mujer, que era la maestra y la profesora de teatro; el director de la granja, el maestro de escuela, por supuesto la madre y el padre, y nosotros. Y si habíamos pensado que las otras comidas eran copiosas, esta las superó a todas. Había una gran garrafa de vodka en la mesa, y nosotros estábamos muy cansados del vodka, y nuestros estómagos estaban muy débiles. Empezamos con pan negro, pepinillos, tomates y vodka, y después hubo *borscht* ucraniano con crema amarga y un enorme estofado de carne, cocinado de tal modo que las especias se habían introducido por sí mismas en las patatas. Y además tortitas y miel y leche. Cuando un plato iba por la mitad, Mamuchka lo volvía a llenar. Prácticamente nos cebó hasta matarnos.

Luego el presidente de la granja hizo un pequeño discurso de bienvenida, y nosotros hicimos un pequeño discurso de agradecimiento. Y entones preguntaron si nos importaría contestar algunas cuestiones, porque nosotros éramos los primeros americanos en ir a aquella granja y tenían mucha curiosidad por nuestro país. Querían saber algunas cosas sobre él. Les dijimos que Estados Unidos era un país muy grande y nosotros solo sabíamos un poco sobre él, y posiblemente no sabríamos la respuesta a muchas de las preguntas, pero que lo intentaríamos. Entonces el experto en agricultura nos preguntó sobre la labranza. ¿Qué cosechas se cultivan y dónde se cultivan? Y si hay experimentos con semillas; ¿tenemos centros donde se lleven a cabo experimentos? ¿Y hay escuelas de agricultura? Dijo que todas las granjas colectivas de la Unión Soviética tenían campos aparte para experimentar con terrenos y semillas; ¿teníamos nosotros algo parecido a eso? Y preguntó si el Gobierno ayudaba a los granjeros con dinero y con asesoría. Ya nos habían hecho esta pregunta, y siempre les resultaba un poco sorprendente que les contáramos sobre la labor que hace nuestro Gobierno con la agricultura, no sólo nuestro Gobierno federal, sino nuestros Gobiernos estatales. Entonces el director de la granja preguntó cuánta tierra hacía falta para sostener a una familia en América, y cuáles eran sus ingresos en relación con la comida, y la medicina, y la ropa; y qué equipamiento era posible encontrar en una granja americana, qué maquinaria y qué ganado. Y preguntó qué cuidado recibían nuestros veteranos.

Entonces el maestro de escuela nos preguntó por nuestro Gobierno. Quería saber acerca del Tribunal Supremo, y cómo se elige al presidente, y cómo se elige el Congreso. Preguntó si el presidente tiene el poder de conducir el país a la guerra, y qué poder tiene el Departamento de Estado, y qué distancia hay entre el gobierno y el pueblo.

Nosotros contestamos que no creíamos que el presidente tuviera mucho poder, pero que podía tener un poder oblicuo, que no lo sabíamos. Y querían saber qué tipo de hombre es Truman, y eso no lo sabíamos. Y nuestro anfitrión habló de Roosevelt. Dijo que era muy querido por los rusos, y que se fiaban de él, y dijo que su muerte fue como la muerte de un padre.

Y preguntó: «¿Le conocisteis? ¿Llegasteis a verle en persona?».

Y yo dije: «Sí».

Y dijo: «Cuéntanos, ¿cómo hablaba, cómo se comportaba? ¿Podrías contarnos alguna anécdota sobre él que podamos comprender?».

Después el *agronome* preguntó sobre la energía atómica, no como bomba, sino que si se podía hacer algo constructivo con la fisión nuclear en América.

Y dijimos: «No lo sabemos. Creemos que sí. Creemos que ya se están haciendo muchas cosas y que se están llevando a cabo muchos experimentos para el uso de esta energía, y también para el uso de derivados de la fisión para la investigación médica. Sabemos que este avance podría cambiar el mundo si se utilizara correctamente, y también podría cambiar el mundo si se utilizara incorrectamente».

Después la gente alrededor de la mesa habló del futuro de su granja. En un año o dos estaría electrificada y mecanizada. Están muy orgullosos de esta granja. Pronto, dijeron, empezarían a llegar los nuevos tractores, y en poco tiempo los del pueblo estarían bien alimentados y bien alojados, y después la gente no tendría que trabajar tantísimo. Dijeron: «Volved en un año y veréis cómo hemos progresado. Estaremos empezando a construir casas de ladrillo, y nuestro club será de ladrillo, y nuestros tejados serán de tejas, y la vida no será tan dura».

Nuestro conductor había estado durmiendo casi sin parar desde que habíamos llegado. Era un hombre maravilloso con el sueño. Le despertamos y puso el coche en marcha con cuatro cilindros de los ocho que tenía.

Nos despedimos. El director de la granja y el *agronome* nos acompañaron hasta el cruce para despedirnos. El director nos pidió que les mandásemos algunas de las fotografías que habíamos sacado en la granja, porque les gustaría ponerlas en el club, y así lo haremos.

En nuestro camino hacia Kiev nos pusimos a dormir en la parte de atrás del coche, a causa de una combinación de cansancio y atracón. Y no sabemos cuántas veces paró el conductor a coger agua, ni cuántas veces se estropeó el coche. En Kiev nos levantamos del coche y nos acostamos en la cama, y dormimos durante unas doce horas.

La mañana siguiente fuimos al río a ver las barcazas traer la producción desde el norte y el sur para los mercados de Kiev. Había barcazas de leña, y pequeñas barcas con montones de heno. Grandes cargamentos de tomates, y pepinos, y repollos se movían por el río y atracaban a los pies de la ciudad. Eran los productos de las granjas colectivas, que se traían para venderlos en el mercado al aire libre. Seguimos los productos por la colina hasta el mercado, donde los tenderos se sentaban en largas hileras con su producto delante, ancianos y niños, porque los jóvenes estaban trabajando en

los campos.

Desde el mercado fuimos a una panadería gigantesca, donde se cuece el pan negro para toda la ciudad. El director nos puso unas batas blancas antes de entrar. Parte de la panadería está en ruinas y la están reconstruyendo y ampliando. El director nos dijo que mientras la ciudad estaba bajo el asedio la panadería había seguido funcionando, e incluso cuando las bombas estaban cayendo sobre los edificios los hornos habían producido pan.

Había montañas de pan. Era una panadería completamente mecanizada, con batidoras, amasadoras y hornos automáticos. Las grandes cadenas de pan negro salen del horno y caen y se apilan en los carritos para salir a la ciudad.

La gente estaba muy orgullosa de esta panadería, y el director nos preguntó si en América teníamos algo así de maravilloso. Y aquí volvimos a encontrar algo con lo que nos habíamos topado tan frecuentemente, que los rusos creían de verdad que habían inventado esas cosas. Les encantaban

las maquinarias automáticas y su sueño es tener mecanizadas por completo prácticamente todas sus técnicas. Para ellos la mecanización significa facilidad y confort, y mucha comida, y riqueza general. Les encantan las máquinas tanto como a los americanos, y un automóvil nuevo arrastrará a la gente a rodearlo y contemplarlo casi con reverencia.

Por la tarde fui entrevistado por una revista literaria ucraniana. Fue una experiencia larga y dolorosa. El editor, un hombrecito vivaz de rostro afilado, me hacía preguntas de dos párrafos de largo. Las traducían y para cuando yo había comprendido la última parte ya había olvidado la primera. Contesté tan bien como pude. Esto se lo traducían al editor y entonces escribían todo. Las preguntas eran muy complicadas y de alto nivel literario. Y cuando yo contestaba a una pregunta, no estaba seguro del todo de que la traducción correspondiera a mis palabras. Había dos problemas. Una era la absoluta diferencia entre mi origen y el del entrevistador, y el segundo era mi inglés, probablemente demasiado coloquial, que el traductor no captaba muy claramente porque había aprendido inglés académico. Para asegurarme de que no me estaban citando mal sin querer, pedí que me volvieran a traducir el ruso al inglés. Y acerté, las respuestas que se supone que yo había dado no se aproximaban demasiado a lo que yo había dicho. No lo hacían a propósito; ni siquiera era la dificultad de intentar comunicarse de una lengua a otra. Era más que el idioma. Era la traducción de una manera de pensar a otra. Eran gente muy agradable y honesta, pero simplemente no nos podíamos comunicar. Y esta fue mi última entrevista; nunca lo volví a intentar. Y cuando me solicitaron una entrevista en Moscú, sugerí que me dieran las preguntas por escrito, que así tendría la oportunidad de pensármelas, contestar en inglés y revisar la traducción. Y ya que no lo hicieron, no me volvieron a entrevistar.

Dondequiera que fuéramos, las preguntas que nos hacían tenían cierta similitud, y gradualmente descubrimos que todas ellas procedían de la misma fuente. Los intelectuales de Ucrania fundamentaban sus preguntas, tanto políticas como literarias, en artículos que habían leído en el *Pravda*. Y tras un tiempo empezamos a anticipar las preguntas antes de que nos las hicieran, porque conocíamos casi de memoria los artículos en los que se basaban.

Había una pregunta literaria que surgía en todas las ocasiones. Incluso sabíamos cuándo esperarla, porque los ojos del que nos preguntaba se avivaban y se inclinaba hacia delante en su silla y nos inspeccionaba de cerca. Sabíamos que nos iban a preguntar si nos gustaba la obra de Simonov *La cuestión rusa*.

Simonov probablemente es el escritor actual más popular de la Unión Soviética. Recientemente vino a Estados Unidos durante un tiempo, y al volver a Rusia escribió esta obra. Es probablemente el drama más representado de la época. Se estrenó simultáneamente en más de trescientos teatros de la Unión Soviética. La obra del señor Simonov trata sobre el periodismo americano, y es necesario que escribamos una sinopsis de ella. Está ambientada en parte en Nueva York, y en parte en un lugar que se parece a Long Island. En Nueva York su decorado es aproximadamente el restaurante Bleeck's, cerca del edificio del *Herald Tribune*. Y la obra es a grandes rasgos la siguiente:

A un corresponsal americano que, años antes, había estado en Rusia y había escrito un libro favorable a Rusia, le da trabajo un magnate de la prensa, un magnate de la prensa capitalista, duro, cruel, dominante, autoritario, un hombre sin principios y sin virtudes. El magnate, que tiene como propósito ganar unas elecciones, quiere demostrar en sus periódicos que los rusos van a declarar la

guerra a los americanos. Contrata al corresponsal para que vaya a Rusia y vuelva e informe de que los rusos quieren ir a la guerra con América. El magnate le ofrece una inmensa cantidad de dinero, treinta mil dólares para ser exacto, y seguridad total en el futuro si el corresponsal lo hace. Este periodista, que está sin blanca, se quiere casar con cierta muchacha y quiere tener una pequeña casa de campo en Long Island. Acepta el trabajo. Va a Rusia y descubre que los rusos no quieren ir a la guerra con los americanos. Vuelve y escribe en secreto un libro, y escribe exactamente lo contrario a lo que quiere el magnate.

Mientras tanto, con un adelanto del dinero, se ha comprado la casa en Long Island, en el campo, se ha casado con la chica, y ya va consiguiendo algo de seguridad. Cuando se publica su libro, el magnate no solo acaba con él sino que impide que el corresponsal lo publique en ninguna otra parte. Y tal es el poder de este magnate de la prensa que el corresponsal no puede ni siquiera conseguir otro trabajo, y no puede publicar ni su libro ni ninguna otra obra futura. Pierde su casa en el campo; su mujer, que quería seguridad, le abandona. En ese momento su mejor amigo, por una razón que no se expone dramáticamente, muere en un vuelo a gran altura en un avión defectuoso. Nuestro corresponsal se queda en la ruina y desgraciado, pero con la sensación de que ha dicho la verdad, y que eso es lo mejor que se puede hacer.

Esta es aproximadamente la obra *La cuestión rusa*, sobre la cual nos preguntaban con tanta frecuencia. Y nosotros solíamos contestar de las maneras siguientes: 1) no es una buena obra, sea en el idioma que sea; 2) los actores no hablan como americanos y, por lo que nosotros sabemos, no actúan como americanos; 3) aunque hay algunos editores malos en Estados Unidos, no tienen ni por asomo el poder que se indica en la obra; 4) en Estados Unidos, ningún editor recibe órdenes de nadie, y la prueba es que los libros del Sr. Simonov se publican allí; y, por último, nos gustaría que se pudiera escribir una buena obra sobre el periodismo en Estados Unidos, pero no es esta. La obra, lejos de ayudar a que en Rusia se comprenda a Estados Unidos y a los estadounidenses, probablemente tenga el efecto contrario.

Nos preguntaban sobre ese drama tan a menudo que después de un tiempo escribimos una sinopsis de una obra titulada *La cuestión americana*. Empezamos a leérsela a los que nos preguntaban por ella. En nuestra obra, el *Pravda* encarga al señor Simonov que vaya a Estados Unidos y que escriba una serie de artículos en los que demuestre que ese país es una democracia occidental degenerada. El señor Simonov viene a Estados Unidos y descubre que Estados Unidos no solo no es un país degenerado, sino que ni siquiera es occidental, a menos que el punto de referencia sea Moscú. Simonov vuelve a Rusia y escribe en secreto su convencimiento de que América no es una democracia decadente. Envía su manuscrito al *Pravda*. Inmediatamente le expulsan de la Unión de Escritores. Pierde su casa en el campo. Su esposa, una buena muchacha comunista, le abandona, y él muere de hambre, justo como debe de suceder al americano en su obra.

Al final de esta sinopsis, normalmente había risitas entre los que nos preguntaban. Nosotros decíamos: «Si creen que esto es ridículo, no es más ridículo que la obra del señor Simonov, *La cuestión rusa*, sobre América. Ambas obras son igual de malas por las mismas razones».

Mientras que en una o dos ocasiones nuestra sinopsis provocó una violenta discusión, en la mayoría de los casos solo originaba risas y cambio de tema.

En Kiev hay un lugar llamado Cocktail Bar. Está escrito con caracteres rusos así que no

podíamos leerlo, pero así es como se pronuncia, Cocktail Bar. Y es como un bar de cócteles americano. Hay una barra circular con taburetes, y pequeñas mesas, y algunos de los jóvenes de Kiev van allí por la noche. Tienen bebidas a las que llaman cócteles, y son unas bebidas fantásticas. Tienen el cóctel Kiev, y el cóctel Moscú, y el cóctel Tiflis, y por extraño que parezca siempre son rosas y siempre saben mucho a granadina.

Al parecer los rusos, cuando hacen cócteles, creen que cuantos más ingredientes mejor es el cóctel. Uno de los que probamos contenía doce licores distintos. Hemos olvidado cómo se llamaba. No queremos recordarlo. Nos sorprendió un poco encontrar bares de cócteles en Rusia, ya que el cóctel es una bebida muy decadente. Y seguramente el cóctel Kiev y el cóctel Moscú sean los cócteles más decadentes que hayamos probado en la vida.

Nuestro tiempo en Kiev llegó a su fin, y nos preparamos para volar de regreso a Moscú. La gente había sido muy hospitalaria, muy amable y generosa, y aparte de eso nos habían caído muy bien. Eran personas inteligentes y sonrientes, personas con sentido del humor, personas con energía. Se habían empeñado en construir sobre las ruinas de su país nuevas casas, nuevas fábricas, nueva maquinaria y una nueva vida. Y nos decían una y otra vez: «Volved en unos pocos años y veréis lo que hemos conseguido».

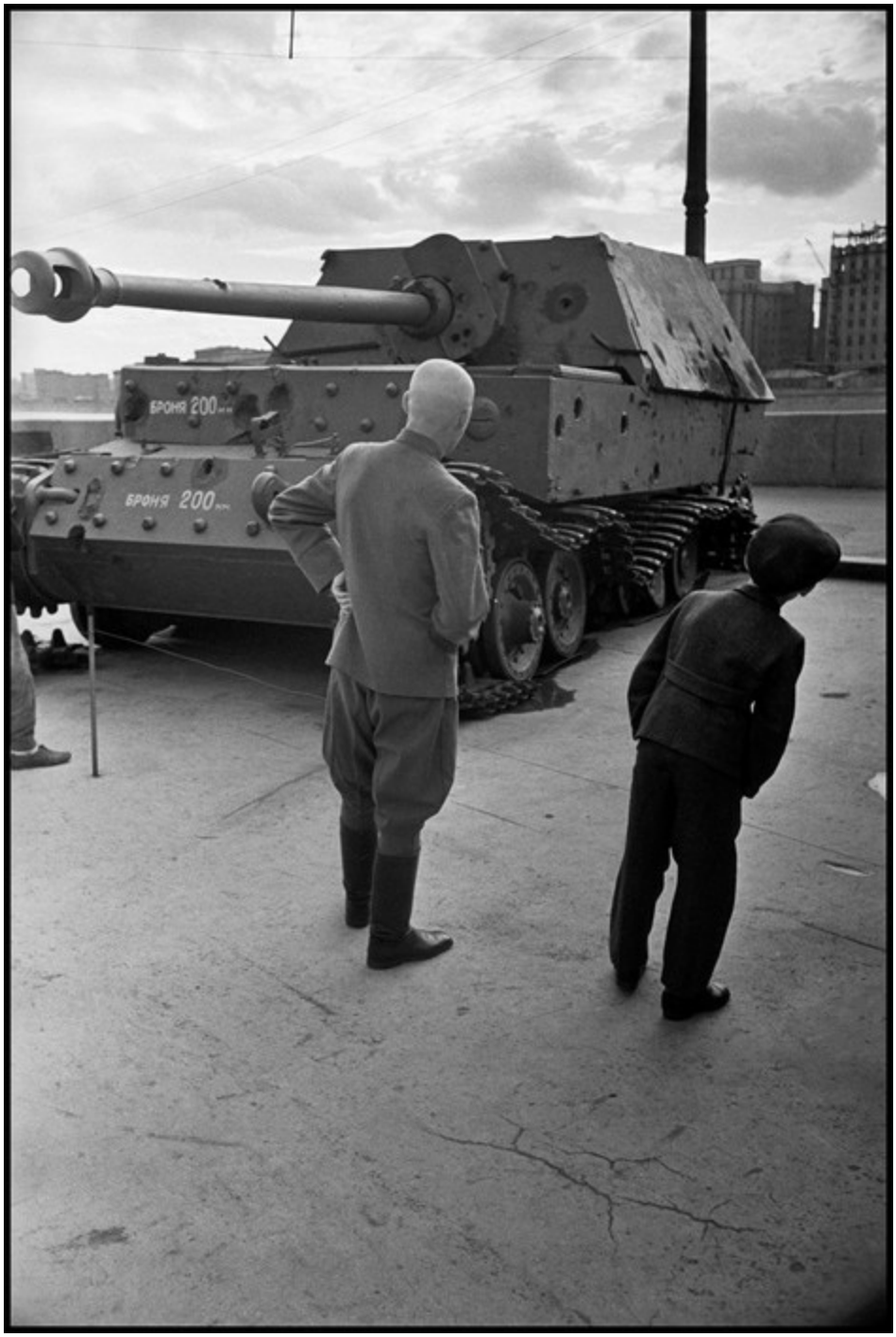
# Capítulo VI

De vuelta a Moscú teníamos ganas de oír nuestro propio idioma y a nuestra propia gente, pues por mucho que los ucranianos hubieran sido amables y generosos con nosotros, no dejábamos de ser forasteros. Nos sentó bien hablar con personas que sabían quiénes eran Superman y Louis Armstrong. Acudimos a la divertida casa de Ed Gilmore y escuchamos sus discos de *swing*. Pee Wee Russell, el clarinetista, se los envía. Ed dice que no sabe cómo podría pasar el invierno sin la contribución de los cálidos discos de Pee Wee.

*Sweet* Joe Newman trajo unas chicas rusas, y fuimos a bailar por los clubes de Moscú. *Sweet* Joe es un bailarín fenomenal, pero Capa acostumbra a dar grandes saltos de conejo, divertidos pero peligrosos.

La gente de la Embajada fue muy amable con nosotros. El general Macon, el agregado militar, nos aportó sus pulverizadores de DDT para protegernos de las moscas cuando dejamos Moscú, pues en algunas de las áreas bombardeadas y devastadas las moscas son un problema. Y en uno o dos de los lugares en los que habíamos dormido había otros pequeños visitantes problemáticos. Algunas de las personas de la Embajada no habían estado en sus casas desde hacía mucho tiempo, y querían saber de cosas simples y menores como lo que se esperaba del béisbol, y cómo era probable que fuera la temporada de fútbol, y sobre las elecciones en diversas partes del país.

El domingo fuimos a la exposición de trofeos de guerra, cerca del parque Gorki, a lo largo de la orilla del río. Había aviones alemanes de todas clases, tanques alemanes, artillería alemana, ametralladoras, transportes de armas, armas anti-tanque, ejemplares de material alemán incautado por el Ejército soviético. Y caminando entre las armas estaban los soldados con sus esposas y sus hijos, y explicaban estas cosas con profesionalidad. Los niños miraban maravillados el material que sus padres habían ayudado a capturar.




Había carreras de barcos en el río, pequeñas motos de agua con motores fuera borda, y nos dimos cuenta de que muchos de los motores eran Evinrude y otras marcas americanas. Las carreras eran entre clubes y agrupaciones de trabajadores. Algunos de los barcos estaban pilotados por chicas. Apostamos por una chica rubia especialmente bonita, solamente porque era bonita, pero no ganó. En todo caso, las chicas eran pilotos más duros y competitivos que los hombres. Daban giros más arriesgados y manejaban sus embarcaciones con una temeridad fenomenal. *Sweet Lana* estaba con nosotros, y vestía un traje azul de la Armada, y un sombrero con un pequeño velo, y llevaba una estrella de plata en el ojal de su solapa.

Después fuimos a la Plaza Roja, donde había una cola de personas de por lo menos un cuarto de milla que esperaban para ver la tumba de Lenin. Dos soldados permanecían ante la puerta de la tumba como figuras de cera. Ni siquiera pudimos ver que parpadearan. Toda la tarde, y casi todas las tardes, una lenta procesión de personas entra en la tumba para mirar el rostro de Lenin muerto dentro

de su urna de cristal; se cuentan por miles las personas que pasan ante esos cristales y miran durante un instante la abultada frente, la nariz afilada y las mejillas hundidas de Lenin. Es como algo religioso, aunque ellos no lo llamarían religioso.

En el otro extremo de la Plaza Roja hay una plataforma circular de mármol en la que los zares solían hacer ejecutar a la gente, y ahora está ocupada por gigantescos ramos de flores de papel y una pequeña colonia de banderas rojas.

Solo habíamos ido a Moscú con el propósito de conseguir un transporte hacia Stalingrado. Capa hizo un contacto para revelar sus películas. Habría preferido llevarlas a casa sin revelar, porque las instalaciones y los controles son mejores en Estados Unidos. Pero tenía un sexto sentido acerca de ello, y su presentimiento al final resultó oportuno.

Como de costumbre, salimos de Moscú no en las mejores condiciones, pues de nuevo había habido fiesta hasta tarde y habíamos dormido poco. De nuevo nos sentamos en la sala VIP bajo el

retrato de Stalin, y bebimos té durante una hora y media antes de que nuestro avión estuviera preparado para partir. Y nos tocó un avión igual al que nos había tocado con anterioridad. La ventilación tampoco funcionaba en este avión. Se amontonó el equipaje en el pasillo, y por fin despegamos.

El *gremlin* del señor Chmarsky estuvo muy activo en este viaje. Casi todo lo que había dispuesto o planeado no resultó. No hubo capítulo, ni comité de la Voks en Stalingrado, y en consecuencia, cuando llegamos al pequeño edificio del aeropuerto atravesado por las corrientes, no había allí nadie para recibirnos, y el señor Chmarsky tuvo que llamar por teléfono a Stalingrado para pedir un coche. Mientras tanto salimos al exterior y vimos una hilera de mujeres vendiendo sandías y melones, y muy buenos. Estuvimos derramando el jugo de la sandía por nuestras pecheras durante una hora y media hasta que llegó el coche; y como lo utilizamos bastante, y tenía cierta personalidad, debemos describirlo. No era un coche, sino un autobús. Se trataba de un autobús diseñado para transportar a unas veinte personas, y era un Ford modelo A. Cuando la Ford abandonó el modelo A, el Gobierno ruso compró la maquinaria con la que se fabricaba. Los modelos A de Ford se fabricaron en la Unión Soviética, tanto para automóviles como para camiones ligeros y autobuses, y este era uno de ellos. Tenía amortiguadores de muelle, supongo, pero o no eran suficientes, o estaban rotos. No había prueba física alguna de que los hubiera. El conductor que se nos había asignado era un tipo estupendo de la cooperativa, con una actitud casi reverencial hacia los automóviles. Luego, cuando nos sentamos a solas con él en el autobús, se limitó simplemente a repasar la lista de los coches que le gustaban.

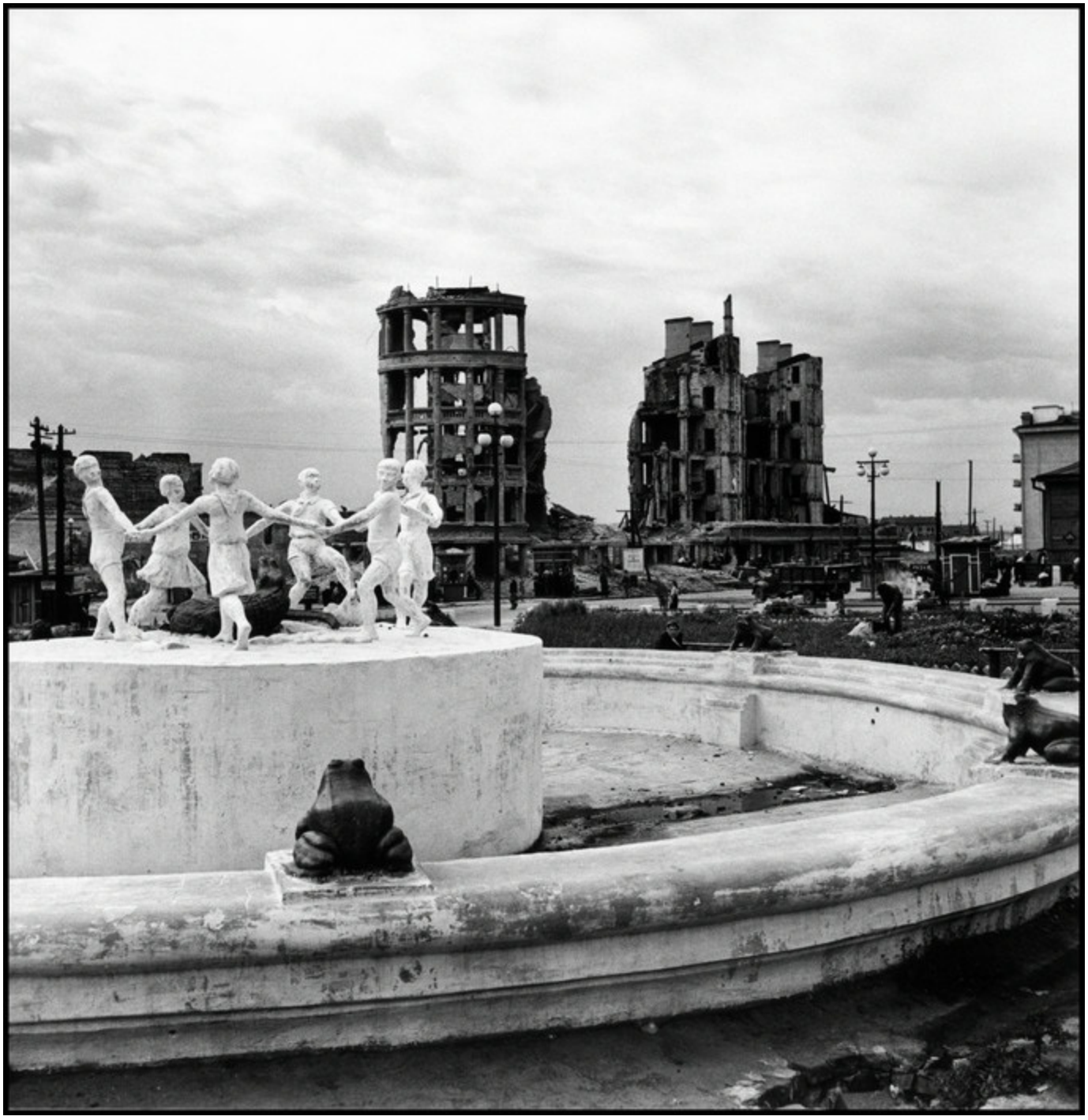
—Buick —decía—, Cadillac, Lincoln, Pontiac, Studebaker —y suspiraba profundamente. Esas eran las únicas palabras que sabía en inglés.

La carretera que llevaba a Stalingrado era la zona más dura de todo el país. El aeropuerto estaba a kilómetros de distancia, y si hubiéramos podido salirnos de ella, habríamos hecho un camino comparativamente suave y fácil. La presunta carretera era una sucesión de baches, y agujeros, y profundos socavones. Estaba sin pavimentar, y las recientes lluvias habían convertido parte de ella en charcas. En la abierta estepa, que se extendía hasta donde alcanzaban los ojos, había rebaños de cabras y vacas pastando. La vía del tren corría en paralelo a la carretera, y a lo largo de ella vimos hileras de bateas y vagones de carga incendiados que habían sido acribillados a balazos y destruidos durante la Guerra. Toda la zona que rodeaba Stalingrado durante kilómetros estaba plagada de los desechos de la Guerra: tanques carbonizados, y semiorugas, y transportes de tropas, y trozos herrumbrosos de artillería rota. Equipos de rescate recorrían el campo para recoger estos restos y cortarlos para usarlos como chatarra en la fábrica de tractores de Stalingrado.

Teníamos que sujetarnos con las dos manos mientras que nuestro vehículo rebotaba y saltaba por el campo. Parecía que no íbamos a acabar de atravesar la estepa, hasta que al fin, tras una pequeña ascensión, vimos Stalingrado debajo de nosotros y el Volga detrás.

En los límites de la ciudad había cientos de casitas nuevas creciendo, pero una vez dentro de la misma ciudad había poco, salvo destrucción. Stalingrado es una larga franja de ciudad a lo largo de la orilla del Volga, casi treinta kilómetros de largo, y solo unos dos kilómetros de ancho en su parte más amplia. Habíamos visto ciudades en ruinas anteriormente, pero la mayoría de ellas habían sido destruidas por las bombas. Esto era bastante diferente. En una ciudad bombardeada unos pocos muros quedan de pie; esta ciudad había sido destruida por el fuego de cohetes y obuses. Se peleó por ella durante meses, fue atacada y recuperada, y atacada de nuevo, y la mayoría de los muros estaban arrasados. Los pocos muros que quedan en pie, se pican y descomponen mediante el fuego de las ametralladoras. Por supuesto, habíamos leído sobre la increíble defensa de Stalingrado, y se nos ocurrió una cosa al contemplar esta ciudad rota: cuando una ciudad es atacada y sus muros se derrumban, los edificios caídos ofrecen un buen refugio para el ejército defensor; refugio, y agujeros, y nidos, de los cuales era casi imposible sacar a unas fuerzas decididas. Aquí, en esta ruina terrible, tuvo lugar uno de los momentos cruciales de la Guerra. Cuando, después de meses de sitio, de ataques y contraataques, al fin los alemanes fueron rodeados y capturados; incluso sus militares más estúpidos debieron de sentir en algún lugar de su alma que habían perdido la Guerra.

En la plaza central estaban los restos de lo que habían sido unos enormes grandes almacenes, y aquí los alemanes habían opuesto resistencia por última vez cuando fueron rodeados. Aquí fue donde se capturó a Von Paulus y donde se derrumbó todo el sitio.



Al otro lado de la calle estaba el Hotel Intourist, ya reparado, donde íbamos a quedarnos. Nos dieron dos habitaciones grandes. Nuestras ventanas daban a acres de escombros, ladrillos y hormigón rotos y yeso pulverizado, y a los extraños hierbajos oscuros que al parecer crecen siempre en los lugares destruidos. Durante el tiempo que estuvimos en Stalingrado, nos sentimos cada vez más fascinados con esta extensión de ruinas, porque no estaba abandonada. Bajo los escombros había sótanos y agujeros, y en estos agujeros vivía mucha gente. Stalingrado era una ciudad grande, y había tenido edificios de apartamentos y muchos pisos, y ahora no tenía ninguno, salvo los nuevos de las afueras, y su población tiene que vivir en alguna parte. Vive en los sótanos de los edificios donde una vez estuvieron los apartamentos. Observábamos desde las ventanas de nuestra habitación que por detrás de un montón de escombros ligeramente mayor aparecía de repente una muchacha, que iba a trabajar por la mañana, y daba los últimos toques a su pelo con un peine. Vestía con pulcritud, con ropas limpias, y se bamboleaba a través de los hierbajos de camino al trabajo. No tengo ni idea de

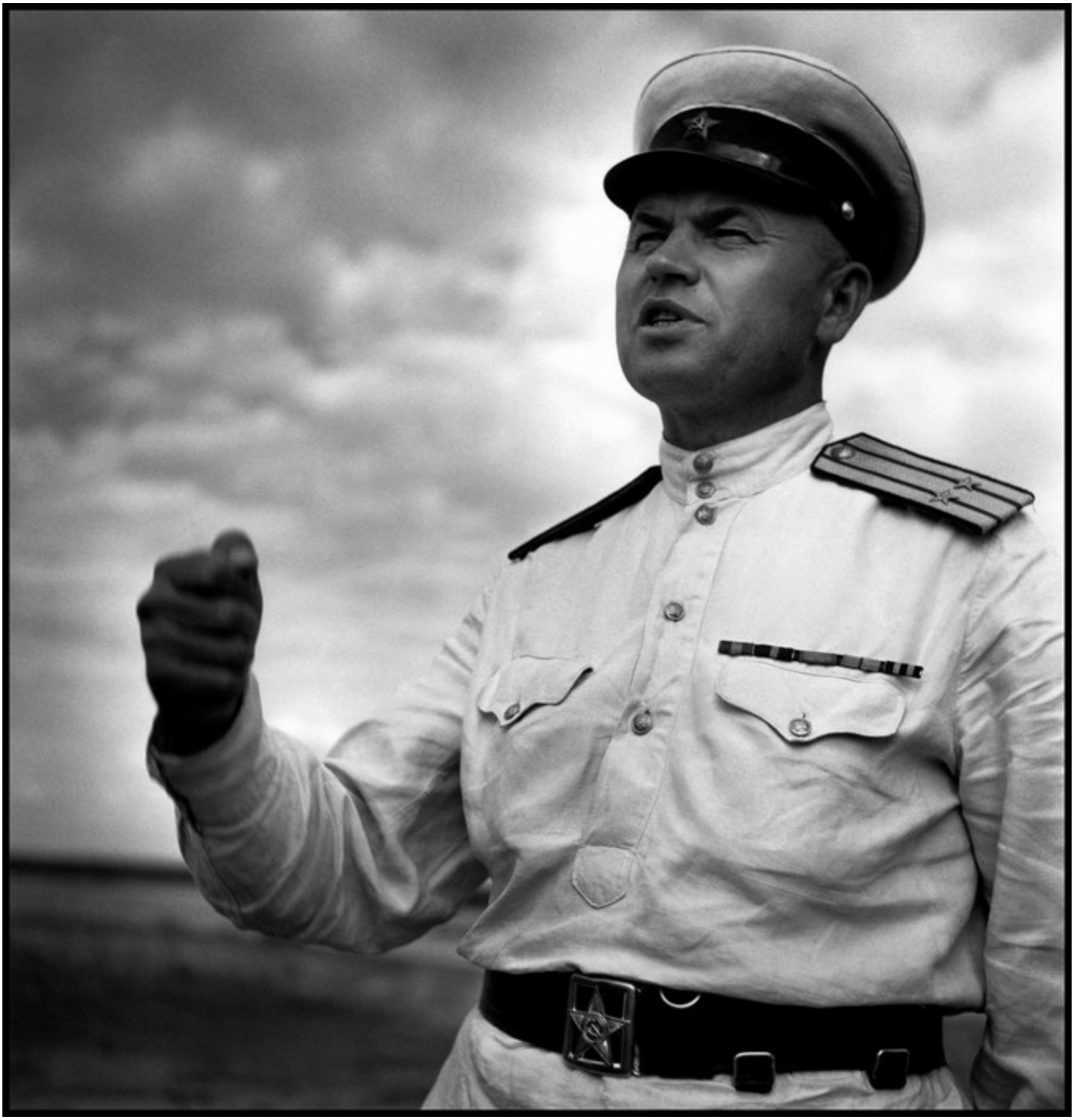
cómo lo hacían. Cómo podían vivir bajo tierra y aun así mantenerse limpias, y orgullosas, y femeninas. Las amas de casa salían de sus agujeros e iban al mercado, con las cabezas cubiertas por pañuelos blancos y las cestas de compra en los brazos. Era una extraña y heroica farsa sobre la vida moderna.

Había una excepción bastante terrorífica. Justo detrás del hotel, y en un lugar que dominaban nuestras ventanas, había un pequeño montón de basura, donde se tiraban las cáscaras de melón, los huesos, las mondaduras de patata y cosas parecidas. Y unos pocos metros más allá, había un pequeño montículo, como la entrada de una conejera. Y todas las mañanas, temprano, de ese agujero salía arrastrándose una niña. Tenía largas piernas e iba descalza, y sus brazos eran delgados y nervudos, y su pelo estaba enmarañado y sucio. Estaba cubierta de años de suciedad, de modo que parecía muy oscura. Y cuando levantó la cara, vi uno de los rostros más bellos que he visto en mi vida. Sus ojos eran astutos, como los de un zorro, pero no eran humanos. La cara estaba bien desarrollada, y no era

de subnormal. En alguna parte del terror del combate en la ciudad, algo se había quebrado, y ella se había retirado al confort del olvido. Se ponía en cuclillas y comía cáscaras de melón, y chupaba los huesos de la sopa de otras personas. Solía estar allí unas dos horas hasta que se llenaba el estómago. Y después salía a los hierbajos, y se tumbaba, y se dormía al sol. Su rostro era de una belleza cincelada y se movía sobre sus largas piernas con la gracia de un animal salvaje. Las otras personas que vivían en el subsuelo del solar apenas le hablaban. Pero una mañana vi a una mujer salir de otro agujero y darle media hogaza de pan. Y la niña la agarró casi mostrando los dientes y la sostuvo contra su pecho. Con los ojos de un perro semi-salvaje, observó suspicaz a la mujer que le había dado el pan, hasta que se hubo metido en su sótano, y luego se volvió y enterró la cara en el bloque de pan negro, y como un animal examinaba su pan, y sus ojos miraban hacia delante y hacia atrás. Y cuando estaba royendo el pan, un lado de su harapiento y sucio chal se deslizó de su sucio pecho joven, y automáticamente su mano volvió a colocar el chal y cubrió el pecho, y lo puso en su lugar con unas palmaditas en un gesto femenino desgarrador.

Nos preguntamos cuántos podría haber como ella, mentes que ya no podían tolerar seguir viviendo en el siglo XX, que se habían retirado no a las colinas, sino a las antiguas colinas del pasado humano, a la vieja selva del placer, y del dolor, y de la supervivencia. Era un rostro con el que soñar durante mucho tiempo.

A media tarde el coronel Denchenko nos visitó y nos preguntó si queríamos ver la zona de la batalla de Stalingrado. Era un hombre atractivo, con la cabeza afeitada, de unos cincuenta años. Llevaba una casaca blanca y cinturón, y su pecho estaba bien condecorado. Nos llevó a dar una vuelta por la ciudad y nos mostró el lugar en el que el 21.º ejército había resistido, y donde el 62.º ejército había servido de apoyo. Había traído los mapas de la batalla. Nos llevó al lugar exacto donde se contuvo a los alemanes y más allá del cual les había sido imposible avanzar. Y en el borde de esta línea está la casa de Pavlov, que es ahora un santuario nacional, y probablemente lo seguirá siendo.



La casa de Pavlov era un edificio de apartamentos, y Pavlov era sargento. Él, con nueve hombres, defendió el edificio de apartamentos durante cincuenta y dos días contra cualquier cosa que los alemanes pudieran utilizar contra él. Y los alemanes nunca tomaron la casa de Pavlov, y nunca le cogieron. Y este fue el punto más avanzado de su conquista.

El coronel Denchenko nos llevó a la orilla del río y nos mostró dónde los rusos aguantaron y dónde no pudieron desplazarlos bajo la empinada orilla. Y alrededor estaban los oxidados restos de las armas que los alemanes habían traído para resistir. El coronel era un hombre de Kiev, y tenía los ojos azul claro de los ucranianos. Tenía cincuenta años y su hijo había muerto en Leningrado.

Nos mostró la colina desde la que se había lanzado la mayor ofensiva alemana, y había actividad en la colina, y se estaban desplegando tanques en su ladera. Al pie había varias filas de artillería. Una compañía de cine documental de Moscú estaba rodando una historia sobre el asedio de Stalingrado antes de que la ciudad fuese reconstruida. Y en el río había una barcaza anclada. La

compañía de cine había bajado desde Moscú por el río, y vivían en la barcaza.

Entonces el *gremlin* de Chmarsky se puso a trabajar de nuevo. Dijimos que queríamos sacar fotos de esta película mientras la estaban rodando.

Y Chmarsky dijo: «Muy bien, esta noche les llamaré y averiguaré si podemos obtener permiso».

Así que volvimos al hotel, y en cuanto llegamos oímos disparar a la artillería. Por la mañana, cuando telefoneamos, esa fase del rodaje había terminado y nos la habíamos perdido. Día tras día intentamos hacer fotos de este rodaje sobre el sitio de Stalingrado, y todos los días nos lo perdíamos por un accidente u otro. El *gremlin* de Chmarsky estuvo trabajando todo el tiempo.

Por la tarde caminamos por la plaza hacia un parquecito cerca del río, y allí, bajo un enorme obelisco de piedra, había un jardín de flores rojas, y bajo las flores estaban enterrados muchos de los defensores de Stalingrado. Había poca gente en el parque, pero una mujer estaba sentada en un banco y un niño pequeño de unos cinco o seis años estaba de pie junto a la valla, mirando hacia las flores. Estuvo allí tanto tiempo que pedimos a Chmarsky que hablara con él.

Chmarsky le preguntó en ruso: «¿Qué estás haciendo aquí?».

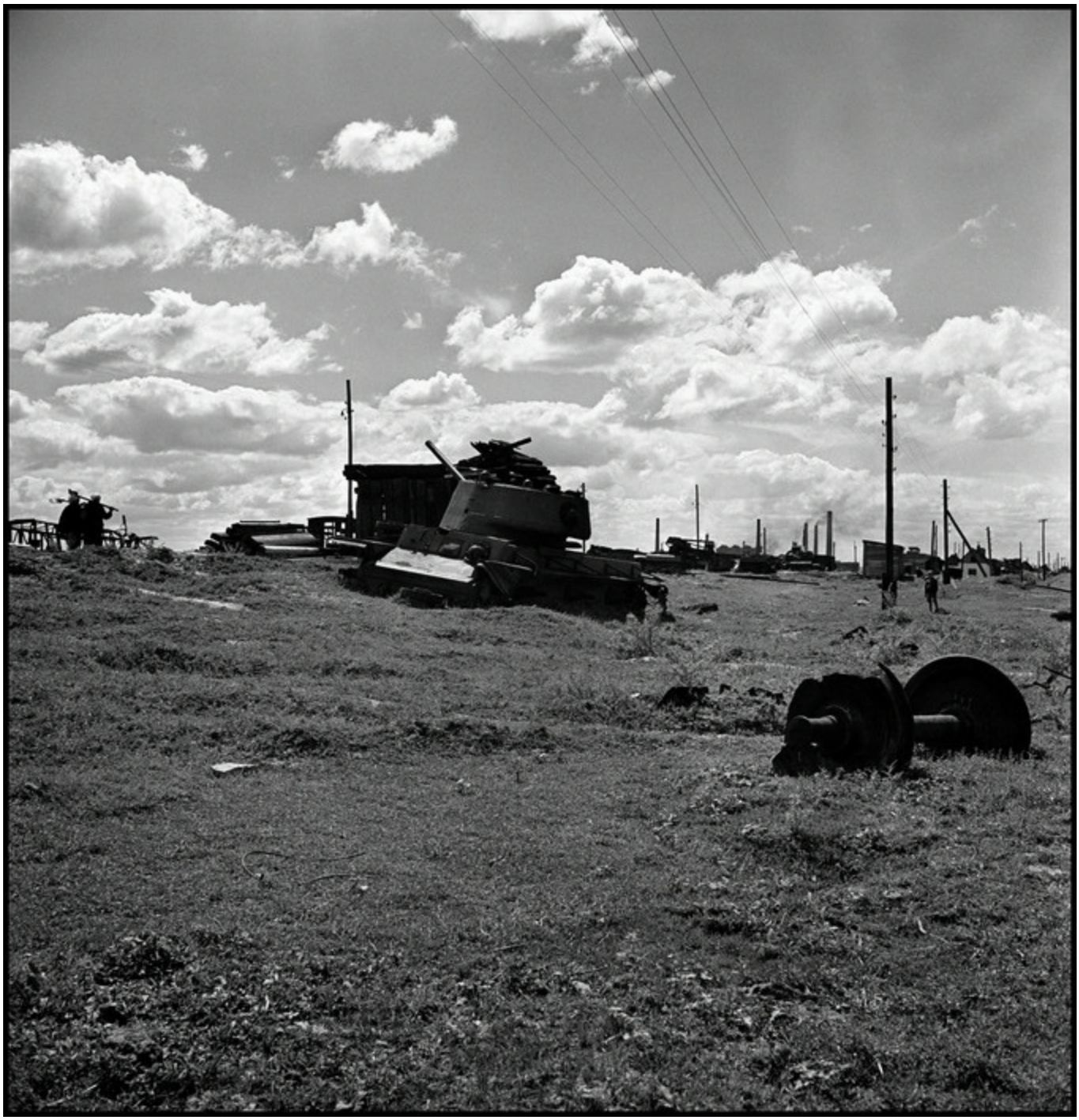
Y el niño, sin sensiblería, con una voz natural, dijo: «Estoy visitando a mi padre. Vengo a verle todas las noches».

No era *pathos*, no era sentimentalismo. Era simplemente una exposición de los hechos, y la mujer del banco levantó la mirada y asintió con la cabeza, y sonrió. Y después de un rato ella y el niño se alejaron por el parque, de vuelta a la ciudad en ruinas.

Por la mañana, cuando llegó el desayuno a nuestra habitación, pensamos que se había desatado una locura de grado superior. El desayuno consistía en ensalada de tomate, pepinillos, sandía y *cream soda*. Pero no era una locura, era un desayuno normal de Stalingrado. Nos las arreglamos para que nos cambiasen la *cream soda* por té. Y después de un rato incluso nos llegó a gustar tomar ensalada de tomate en el desayuno. Después de todo, ¿qué es si no zumo de tomate sólido? Pero nunca nos acostumbramos del todo a la *cream soda*.

La plaza de delante de nuestro hotel era muy amplia, y estaba rodeada de edificios

desmoronados. En un muro en pie había un altavoz que funcionaba desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la noche. Emitía discursos, y boletines de noticias, y una buena dosis de canciones. Y sonaba a tal volumen que casi hacía estallar su propio diafragma, y a menudo deseamos que así sucediera.



Queríamos ver y fotografiar la famosa fábrica de tractores de Stalingrado. Porque era en esta fábrica donde los hombres habían seguido fabricando tanques cuando los alemanes estaban disparando sobre ellos. Y cuando los alemanes se acercaron demasiado, dejaron sus herramientas y salieron a defender su fábrica, y después volvieron y siguieron trabajando. El señor Chmarsky, luchando como un hombre contra sus *gremlins*, dijo que intentaría arreglarlo para nosotros. Y por la mañana, en efecto, nos dijeron que podíamos ir a visitarla.

La fábrica está en el límite de la ciudad, y pudimos ver sus altas chimeneas cuando nos dirigíamos hacia ellas. Y el terreno alrededor de ella estaba desgarrado y hecho pedazos, y los

edificios de la fábrica de tractores estaban medio en ruinas. Llegamos a sus puertas y salieron dos guardas, miraron el equipo de cámaras que Capa tenía en nuestro autobús, regresaron, telefonearon e inmediatamente salió otro grupo de guardas. Miraron las cámaras e hicieron más llamadas de teléfono. La resolución era inflexible. Ni siquiera se nos permitió sacar las cámaras del autobús. El gerente de la fábrica estaba ahora con nosotros, y el ingeniero jefe, y otra media docena de funcionarios. Y una vez que aceptamos la resolución todos fueron extremadamente cordiales. Podíamos ver todo, pero no podíamos fotografiar nada. Esto nos puso muy tristes, porque a su manera esta fábrica de tractores era algo tan positivo como las pequeñas granjas de Ucrania. Aquí en la fábrica, que había sido defendida por sus propios trabajadores, y en la que esos mismos trabajadores todavía construían tractores, podía encontrarse el espíritu de la defensa rusa. Y aquí, en su aspecto más elevado y abrumador, encontramos el terror a las cámaras.

Detrás de las grandes puertas la fábrica era un lugar sorprendente, porque mientras un grupo trabajaba en la cadena de montaje, en la fragua o en las máquinas de estampación, otro equipo estaba reconstruyendo las ruinas. Todos los edificios habían sido alcanzados, la mayoría de ellos se habían quedado sin techo, y algunos estaban destruidos por completo. Y la restauración continuaba mientras salían los tractores de la cadena de producción. Vimos los hornos donde se vuelca el metal, y como chatarra se arrojaban grandes piezas de tanques y armas alemanas. Y vimos salir el metal a través de los rodillos. Vimos el moldeado, y el estampado, y el acabado, y el pulido de las piezas. Y al final de la cadena, los nuevos tractores, pintados y abrillantados, salían rodando y esperaban en un aparcamiento a que los trenes se los llevasen a los campos. Y entre los edificios semiderruidos, los constructores, los trabajadores, con metal y ladrillo y cristal, reconstruían la fábrica. No habían tenido tiempo de esperar a que la fábrica estuviese preparada antes de retomar la producción.

No comprendemos por qué no se nos permitió sacar fotos de esta fábrica, porque al atravesarla descubrimos que prácticamente toda la maquinaria era de fabricación americana, y nos habían dicho que la cadena y el método de montaje los habían diseñado ingenieros y técnicos americanos. Y es razonable creer que estos técnicos sabían lo que estaban haciendo y lo recordarían, de manera que si hubiera alguna maligna intención por parte de Estados Unidos de bombardear esta fábrica, la información ya estaría disponible. Y aun así era tabú fotografiar la maquinaria. En realidad nosotros no queríamos fotos de la maquinaria. Lo que queríamos eran las fotos de los hombres y las mujeres en el trabajo. Gran parte de la labor en la fábrica de tractores de Stalingrado la hacen las mujeres. Pero no había excepciones al tabú. No pudimos hacer ni una foto. El miedo a las cámaras es profundo y ciego.

Tampoco pudimos averiguar el número de unidades que se producían al día, porque esto sería contrario a la nueva ley, que convierte la divulgación de información industrial en una traición igual a la divulgación de información militar. Sin embargo, sí podíamos encontrar porcentajes. Nos dijeron que la fábrica solo estaba un dos por ciento por debajo de la producción de antes de la Guerra, y si hubiéramos querido, supongo, podríamos haber averiguado cuál era la producción de antes de la Guerra, y por tanto haber calculado el número de tractores que salían de la cadena de montaje. Las máquinas terminadas son de serie, y solo se hacen de un tipo. Son máquinas para uso industrial, no muy grandes, pero capaces de hacer cualquier trabajo cotidiano en una granja. No se las aerodinamiza ni se las embellece, y no tienen equipamiento opcional. Nos dijeron que son muy

buenos tractores, pero no se hacen por su belleza, porque no hay competencia. Un fabricante no compite con otro mediante el uso de formas que agraden a la vista. Y fue en este lugar donde los trabajadores construyeron tanques mientras los obuses desgarraban los edificios y destruían la fábrica poco a poco. Había una especie de alegoría terrible en esta fábrica, porque aquí, codo con codo, estaban los resultados de los dos grandes potenciales humanos: la producción y la destrucción.

Cuando Capa no puede hacer fotos llora, y lloró aquí muy particularmente, porque por todas partes sus ojos veían contrastes, y ángulos, e imágenes que tenían significado más allá de su significado. Decía amargamente: «Aquí, con dos fotos, podría haber mostrado más que lo que muchos miles de palabras pudieran decir».

Capa estuvo amargado y triste hasta el almuerzo, y después se encontró mejor. Y se encontró aún mejor por la tarde cuando dimos un pequeño paseo en barca por el río y fuimos de excursión por el Volga. Es un río encantador, ancho y plácido en esta época del año, y en este lugar, es la vía de gran parte del transporte de la región. Por él navegaban pequeños remolcadores, barcazas cargadas de grano y minerales, madera y petróleo, transbordadores y barcas de excursión. Desde el río se podía ver como un todo la destrucción de la ciudad.

En el río había enormes plataformas de troncos con pequeños pueblos construidos encima de ellas, a veces cinco o seis casas, y pequeños corrales con vacas, y cabras, y pollos. Las plataformas procedían de los lejanos tributarios septentrionales del Volga, donde se habían cortado los troncos, y se movían lentamente por el río, parando en las ciudades y pueblos que habían sido destruidos. Las autoridades locales requisan los troncos que necesitan. En todos los lugares donde paraban, los troncos requisados se soltaban y flotaban hasta la orilla, de modo que al navegar la plataforma río abajo, disminuía gradualmente de tamaño. Pero el proceso lleva tanto tiempo que la tripulación que vive en las plataformas ha organizado sobre ellas diminutos municipios.

La vida en el río era muy rica, y nos recordaba al relato que hace Mark Twain del Mississippi de su época. Pequeños vapores de ruedas subían y bajaban el río a toda prisa, y unas cuantas barcas pesadas y toscas incluso se movían a vela.

Nos acercamos a una de las grandes plataformas de troncos, y vimos a una mujer ordeñar una

vaca en un pequeño corral, y a otra tendiendo la colada detrás de su casa, mientras los hombres soltaban los troncos que flotarían hasta la orilla para ayudar en la reconstrucción de Stalingrado.

El *gremlin* del Sr. Chmarsky hizo horas extras en Stalingrado. Primero había sido la compañía cinematográfica, después la fábrica, e incluso con la pequeña excursión en barca su *gremlin* estuvo ocupado. Queríamos una barquita ligera, en la que nos pudiéramos mover rápidamente, y lo que obtuvimos en su lugar fue una enorme nave parecida a un crucero de la Marina rusa. Y la teníamos toda para nosotros, salvo su tripulación. Queríamos una barca de poco calado para poder movernos cerca de la orilla, y en su lugar obtuvimos una embarcación que tenía que mantenerse lejos de la orilla porque necesitaba mucha profundidad. Teníamos que maniobrar entre pequeñas barcas parecidas a canoas, en las que familias enteras traen sus productos a los mercados de Stalingrado, sus tomates y sus montones de melones, sus pepinos y sus inevitables repollos.

En un mercado de Stalingrado había un fotógrafo con una antigua cámara de fuelle. Estaba haciendo un retrato de un joven y adusto recluta, sentado muy erguido en una caja. El fotógrafo miró a su alrededor y vio a Capa fotografiándole a él y al soldado. Ofreció a Capa una sutil sonrisa profesional y agitó su sombrero. El joven soldado no se movió. Miraba fijamente hacia adelante.

Nos llevaron a la oficina del arquitecto que dirigía los planes para la nueva ciudad de Stalingrado. Se había propuesto que la ciudad se desplazase hacia arriba o hacia abajo del río, y que no se hiciese ningún intento de reconstruirla, porque la retirada de los escombros sería muy costosa. Sería más barato y fácil empezar desde cero. Se habían esgrimido dos argumentos en contra de esto: en primer lugar, que gran parte de la red de alcantarillado y de la red eléctrica subterránea probablemente estaba todavía intacta; en segundo lugar, estaba la obstinada decisión de que la ciudad de Stalingrado se restaurase exactamente donde había estado por razones sentimentales. Y esta era probablemente la razón más importante. El trabajo extraordinario de limpiar los escombros no podía oponerse a este sentimiento.

Había unos cinco planteamientos arquitectónicos para la restauración de la ciudad, y aún no se había hecho ninguna maqueta de escayola porque no se había aprobado ninguno de ellos. Tenían dos cosas en común: una era que todo el centro de Stalingrado sería para los edificios públicos, tan

grandiosos como los proyectados en Kiev, gigantescos monumentos y enormes muros de contención de mármol con escalones que descenderían hasta el Volga, parques y columnatas, pirámides y obeliscos, y estatuas colosales de Stalin y Lenin; que ya estaban pintadas, y en proyecto, y en planos. Y nos recordó otra vez que hay dos cosas en las que los americanos y los rusos se parecen bastante. Ambos pueblos aman la maquinaria, y ambos pueblos aman las estructuras enormes. Probablemente las dos cosas que más admiran los rusos de Estados Unidos son la fábrica de Ford y el Empire State Building.

Mientras que un pequeño ejército de arquitectos trabaja en los grandes planes para reconstruir Stalingrado, también trabaja en pequeñas cosas, en escuelas y la reconstrucción de pueblos, y en el diseño de casas diminutas. Porque la ciudad se está reconstruyendo por su extrarradio, y miles de casitas están creciendo, y muchas casas de apartamentos se construyen en las afueras de la ciudad. Pero el centro se deja para la época en que los planes para la ciudad pública se puedan materializar.

Hablamos con el arquitecto jefe sobre la gente que habíamos visto que vivía bajo tierra, y que vivía en trozos de ruinas, y preguntamos por qué no estaban en las afueras de la ciudad, construyéndose sus propias casas.

Sonrió con comprensión y dijo: «Bueno, verá, esa gente vive en los sótanos de los edificios en los que una vez vivieron, y hay dos razones por las que no quieren trasladarse, y por las que insisten en que no se trasladarán. Una es que a ellos les gusta estar ahí, porque ellos siempre han vivido allí, y la gente odia separarse de las cosas a las que está acostumbrada, incluso aunque estén destruidas. Y la segunda razón tiene que ver con el transporte. No tenemos suficientes autobuses, no tenemos tranvías, y si se trasladaran tendrían que caminar grandes distancias para llegar al trabajo y luego volver, y les parece demasiada molestia».

Y preguntamos: «¿Pero qué van a hacer con ellos?».

Dijo: «Cuando tengamos casas a las que puedan trasladarse, tendremos que trasladarles. Para entonces esperamos tener los autobuses, los tranvías y los métodos para traerles y llevarles a sus trabajos sin demasiado esfuerzo».

Mientras estábamos en la oficina del arquitecto entró un funcionario y preguntó si nos gustaría ver

los regalos a la ciudad de Stalingrado de gente del resto del mundo. Y nosotros, aunque ya habíamos visto suficientes museos, pensamos que teníamos que verlos. Volvimos al hotel a descansar un poco, y nada más llegar llamaron a la puerta. La abrimos, y entró una hilera de hombres que llevaban cajas, maletas y carpetas, y los desplegaron. Esos eran los regalos al pueblo de Stalingrado. Había un escudo de terciopelo rojo cubierto con un encaje de filigrana de oro del Rey de Etiopía; un rollo de pergamino con palabras grandilocuentes del Gobierno de Estados Unidos, firmado por Franklin D. Roosevelt. Había una placa de metal de Charles de Gaulle, y la espada de Stalingrado, enviada por el rey de Inglaterra a la ciudad de Stalingrado. Había un mantel con los nombres bordados de quince mil mujeres de una pequeña ciudad británica. Los hombres trajeron las cosas a nuestra habitación porque todavía no había museo en Stalingrado. Teníamos que mirar las enormes carpetas, en las que estaban escritos en los más enrevesados idiomas los saludos a los ciudadanos de Stalingrado de gobiernos y primeros ministros y presidentes.

Nos embargó un sentimiento de tristeza, porque estos eran los obsequios de los jefes de gobierno, la copia de una espada medieval, la copia de un escudo antiguo, algunas frases en pergamino y muchos sentimientos elevados, y cuando nos pidieron que escribiéramos en el libro no teníamos nada que decir. El libro estaba lleno de palabras como «héroes del mundo», «defensores de la civilización». La escritura y los regalos eran como las estatuas gigantescas, musculosas, feas y estúpidas que se suelen erigir para celebrar algo muy simple. Todo lo que podíamos pensar era en los rostros férreos de los hombres de los hornos en la fábrica de tractores, y las chicas que salían de los agujeros bajo el suelo, arreglándose el pelo, y del niño que todas las noches iba a visitar a su padre en la fosa común. Y estas no eran tontas figuras alegóricas. Era gente insignificante que había sido atacada y que se había defendido con éxito.

La espada medieval y el escudo de oro eran un poco absurdos por la pobreza de su imaginación. El mundo había clavado una medalla falsa en Stalingrado cuando lo que necesitaba era media docena de *bulldozers*.

Fuimos a visitar los edificios de apartamentos, tanto reconstruidos como nuevos, destinados a los trabajadores de las fábricas de Stalingrado. Nos interesaban los sueldos y el alquiler y los alimentos.

Los apartamentos son pequeños y bastante confortables. Hay una cocina, una o dos habitaciones y un cuarto de estar. Los trabajadores «negros», es decir, los no especializados, ahora reciben quinientos rublos al mes. Los trabajadores semi-especializados, mil rublos, y los trabajadores especializados, dos mil rublos al mes. Esto no quiere decir nada excepcional en lo relativo a los alimentos y al alquiler; los alquileres en toda la Unión Soviética, cuando se consigue un apartamento, son realmente baratos. El alquiler en estos apartamentos, con luz, gas y agua incluidos, es de veinte rublos al mes, un dos por ciento de los ingresos mensuales de un trabajador especializado y un cuatro por ciento de la paga de un trabajador semi-especializado. La comida en las tiendas de racionamiento es muy barata. Para los alimentos comunes, pan y repollo, carne y pescado, que son la comida normal de un trabajador, se necesita muy poco dinero. Pero los lujos, las comidas en lata, los alimentos importados, son muy caros, y cosas tales como el chocolate están casi fuera del alcance de todos. Pero, una vez más, existe la esperanza rusa de que cuando haya más comida bajarán los precios. Cuando haya más lujos, estos se volverán asequibles. Por ejemplo, el nuevo cochecito ruso, más o menos del estilo del Volkswagen alemán, cuando esté en plena producción y pueda ser

distribuido, costará unos diez mil rublos. Se fijará este precio y los coches se distribuirán a medida que se fabriquen. Cuando se considera que en el presente una vaca cuesta de siete a nueve mil rublos, uno puede hacerse una idea de la comparación de precios.

Había muchos prisioneros alemanes en Stalingrado, y, al igual que en Kiev, la gente no les miraba. Todavía llevaban el uniforme alemán, ahora bastante andrajoso. Columnas de ellos marchaban penosamente por las calles, yendo y viniendo de sus trabajos, normalmente custodiados por un soldado.

Habríamos querido salir con los pescadores que capturan el gran esturión del Volga, del cual se saca el caviar, mas no teníamos tiempo para eso ya que pescan durante la noche. Pero sí fuimos a verles traer los peces por la mañana. Eran gigantescos. Había esturiones de dos variedades, un tipo enorme con bigotes parecido a un siluro y otro con un largo hocico de pala. Ese día no había ninguno realmente gigante. El más grande que habían traído pesaba solo seiscientas libras. Nos dijeron que a

veces alcanzan las mil doscientas libras, y de ellos sale una gran masa de caviar. El caviar se saca y se mete en hielo en cuanto se coge el pez. La pesca se hace con grandes redes muy resistentes. En el momento en que los barcos tocan la orilla, el caviar en hielo se saca corriendo y se distribuye en avión a las grandes ciudades de la Unión Soviética. Parte del pescado se vende en la localidad, pero la mayor parte se ahúma y se guarda, y se vende más tarde, y alcanza precios muy elevados.

Capa rumiaba de nuevo; le habría gustado sacar fotos industriales y no había podido. Sentía que no solo este viaje era un fracaso, sino que todo era un fracaso, que él era un fracaso, que yo era un fracaso. Rumiaba muy profundamente.

Nos estábamos volviendo irritables. El *gremlin* de Chmarsky había estado haciendo muchas horas extras, tanto que hasta él estaba nervioso, y me temo que le hablamos un poco bruscamente. Nos dio una curiosa lección de marxismo, que acabó en una discusión a gritos como escolares. Y Capa le rebautizó como Chmarsky el *Chmarksista*, lo cual no sacaba lo mejor de Chmarsky. Solo sucedía que estábamos enfadados por no haber podido fotografiar la fábrica de tractores. Si hubiéramos sido sinceros entre nosotros habríamos llegado a esa conclusión.

Esa era la prueba de la asociación entre Capa y yo, porque cuando nos enfadábamos nunca nos enfadábamos entre nosotros, sino que uníamos fuerzas y nos enfadábamos con otra persona. En todo nuestro viaje nunca tuvimos una discusión seria, y pienso que esto es probablemente una especie de hito. Durante la discusión Chmarsky dijo que éramos relativistas, y nosotros, que no sabíamos muy bien qué son los relativistas, hicimos causa común y le atacamos desde el punto de vista del relativismo con bastante éxito. No es que le convenciéramos, pero al menos nos mantuvimos en nuestro sitio y no nos dejamos convencer, y gritamos muy alto.

Íbamos a partir hacia Moscú al día siguiente, y Capa no durmió aquella noche. Refunfuñaba y se preocupaba por no haber conseguido sacar las fotos que quería. Y todas las fotos buenas que había conseguido se convirtieron en agrias e inútiles. No había duda de que Capa no era feliz. Y ya que ninguno de los dos pudimos dormir mucho, escribimos las sinopsis de dos películas.

A la mañana siguiente nos metimos en nuestro autobús Ford y salimos para el aeropuerto muy temprano. Y el *gremlin* había estado trabajando, porque aunque nuestro avión voló, se había cometido un error y nosotros no teníamos reserva para él. Pero más tarde había un avión procedente de Astracán, y podríamos ir en él.

El avión de Astracán no llegaba. Bebimos té, y comimos grandes bizcochos, y estábamos muy tristes en el caluroso aeropuerto. A las tres en punto anunciaron que el avión no llegaría, o que si llegaba, no continuaría hasta Moscú, ya que era demasiado tarde para llegar allí durante el día. Subimos en nuestro autobús para volver a Stalingrado.

Habíamos recorrido unos seis kilómetros cuando un automóvil del aeropuerto nos alcanzó a toda prisa como un loco y nos detuvo. Al parecer, el capitán del avión había cambiado de opinión. Saldría hacia Moscú esa tarde. Dimos media vuelta y volvimos al aeropuerto, y llegamos justo a tiempo para una nueva decisión. El capitán había decidido que no saldría. Así que volvimos a meter nuestro equipaje en nuestro autobús y tomamos la horrible carretera hacia Stalingrado. Nos dolía en unas zonas muy particulares a causa de los baches en los duros asientos de nuestro pequeño autobús.

En la cena nos portamos mal con Chmarsky. Estallamos, le dijimos cosas desagradables, solo parte de las cuales eran ciertas. Le dijimos que debería controlar a su *gremlin*, que este le estaba

mangoneando. Criticamos su actitud, y sus trajes, y su gusto en cuestión de corbatas. Fuimos amargamente crueles con él, y solo porque nos sentíamos tristes por haber estado sentados en el caluroso aeropuerto durante todo el día.

El señor Chmarsky estaba disgustado. Había hecho todo lo que había podido, estoy seguro, pero no tenía manera de defenderse de nuestra furia virulenta, ni de nosotros dos, porque luchábamos contra él como un equipo, y cuando uno dejaba de hablar, el otro continuaba. Y después de que él se fuera a dormir, lamentamos mucho lo que habíamos hecho, porque sabíamos por qué lo habíamos hecho. Nos fuimos a la cama con la angelical intención de disculparnos por la mañana.

Por la mañana nos pusimos en marcha muy temprano, porque había algunas fotografías que queríamos sacar en las afueras de Stalingrado, fotos de gente construyendo sus casitas nuevas de tablones y revoco, y había algunas escuelas y guarderías nuevas que queríamos ver y fotografiar. Nos detuvimos en una casa diminuta que estaba construyendo el contable de una fábrica. Estaba montando los tablones él solo, y estaba mezclando el barro para el revoco, y sus dos hijos jugaban en el jardín a su lado. Era muy agradable. Siguió construyendo su casa mientras le fotografiamos. Y después fue a coger su álbum de recuerdos para demostrar que no siempre había estado tan harapiento, que una vez tuvo un apartamento en Stalingrado. Y su álbum de recuerdos era como todos los álbumes de recuerdos del mundo. Las fotografías le mostraban de bebé, de joven, y había fotos de él con su primer uniforme cuando entró en el Ejército, y fotos de cuando volvió del Ejército. Había fotos de su boda, de su esposa con un traje de novia blanco y largo. Y después había fotos de sus vacaciones en el Mar Negro, de él y su esposa nadando, y de sus hijos a medida que crecían. Y había postales que le habían mandado. Era toda la historia de su vida, y todas las cosas buenas que le habían sucedido. Había perdido todo lo demás en la Guerra.

Preguntamos: «¿Cómo pudo salvar su álbum de recuerdos?».

Cerró la tapa y su mano acarició ese archivo de su vida entera, y dijo: «Cuidamos mucho de esto. Es muy valioso».

Volvimos a nuestro autobús y de nuevo tomamos la carretera hacia el aeropuerto de Stalingrado. Empezábamos a conocerla muy bien. En el aeropuerto los pasajeros que iban a Moscú, junto a su equipaje, tenían bolsas de cuerda en las que había dos o tres sandías, porque las sandías son difíciles de encontrar en Moscú, y hay muchas y muy sabrosas en Stalingrado. Nos unimos a ellos y cogimos una bolsa de cuerda, y cada uno de nosotros compró dos sandías para llevárselas a los muchachos del Hotel Metropole.

El comandante del aeropuerto se disculpó hasta la saciedad por el error del día anterior. Quería hacernos muy felices. Vio que teníamos té e incluso dijo una mentirijilla para que nos sintiéramos bien. Dijo que íbamos en un avión en el que no habría más pasajeros y que pronto vendría desde el Mar Negro. Resultó que cuando nosotros atacamos a Chmarsky, Chmarsky le había atacado a él. El carácter de todo el mundo era muy débil, y el aire estaba lleno de injusticia. Pero hacía mucho calor en el aeropuerto, y un viento caliente y seco cargado de partículas de polvo soplaba sobre la estepa. Eso hacía que la gente se pusiese nerviosa, de modo que todo el mundo se portaba mal con todo el mundo, y nosotros nos portábamos tan mal como el resto.

Al final llegó nuestro avión, y era un avión de asientos individuales. Y en lugar de ser nosotros los únicos pasajeros, era un avión sobrecargado. Los pasajeros eran en su mayoría georgianos que subían a Moscú para la celebración del 800 aniversario de la fundación de la ciudad. Habían colocado sus pertenencias en el centro del avión y casi todos los asientos estaban ocupados. Venían

preparados en lo que respecta a la comida. Traían maletas llenas.

Cuando entramos, y se cerraron las puertas, el avión se hizo sofocante, porque, como sucedía en la mayoría de los aviones con asientos individuales, no había aislamiento, y el sol golpeando las paredes de metal calentaba el interior. El olor era espantoso; a gente, a gente cansada. Nos sentamos en las butacas metálicas, que parecían bandejas de cafetería y no eran mucho más cómodas que ellas.

Al fin el avión despegó, y, al hacerlo, un hombre sentado junto a mí abrió su maleta, cortó media libra de beicon crudo que se estaba derritiendo con el calor, y se puso a masticarlo, con la grasa deslizándose por su barbilla. Era un hombre simpático, de ojos alegres, y me ofreció un trozo, pero no me apetecía en ese momento.

En el avión había hecho calor, pero tan pronto como cogimos un poco de altura se hizo realidad lo contrario. Las gotas de condensación en el metal se convirtieron en hielo y escarcha. Nos congelamos de frío en el avión. Pasamos un vuelo lamentable hasta Moscú, porque no teníamos más que ropas ligeras, y los pobres georgianos del avión se amontonaron, porque ellos procedían del trópico, y este frío era algo a lo que ellos no estaban acostumbrados.

Chmarsky se encogió en su rincón. Pensamos que estaba empezando a odiarnos, y que solo quería una cosa, llevarnos a Moscú y deshacerse de nosotros. Pasamos cuatro horas terribles congelándonos antes de aterrizar en Moscú. Y el *gremlin* de Chmarsky le siguió hasta el final. Los telegramas que había mandado para que nos fuese a buscar un coche se habían leído mal, y no había coche. Sería cuestión de esperar dos horas a que un coche viniera a recogernos. Pero apareció un griego. En tiempos de tensión siempre aparece un griego, en cualquier parte del mundo. Este griego podía ayudarnos a conseguir un coche, y lo hizo, por un precio muy alto, y condujimos hasta el Hotel Savoy.

Hablamos sobre cómo los líderes de un régimen comunista o socialista deben de cansarse del carácter longevo del capitalismo. Justo cuando lo habían erradicado de un sitio, revivía en otro. Es como esas lombrices que cuando las cortas por la mitad siguen viviendo, cada mitad como individuo por separado. En Moscú los pequeños coágulos y colonias de capitalismo salen a la vida retorciéndose por todas partes: la gente del mercado negro, los chóferes que alquilan el coche de sus jefes y el inevitable griego, que aparece con algo que alquilar o que vender. Dondequiera que haya un griego, siempre habrá capitalismo. Trescientos rublos nos costó llegar a Moscú. Nuestro griego tuvo un sentido muy agudo de cuánto podría aguantar la clientela. No me cabe la menor duda de que hizo un cálculo rápido de nuestro cansancio, nuestra irritación y nuestras finanzas, y puso un precio inexorable de trescientos rublos, y lo pagamos.

Teníamos un deseo violento de limpieza, porque en Stalingrado no había habido baños, salvo por una toallita, y ansiábamos la bañera caliente, el remojo, el champú. La estatua de *Crazy Ella* ya era una vieja amiga nuestra, y prácticamente abrazamos al oso disecado de la segunda planta. Ya no nos parecía fiero. Y nuestra bañera que se balanceaba sobre tres patas era el artículo más bonito y lujoso que habíamos visto en nuestra vida. En nuestra pasión recién descubierta por la limpieza nos arrancamos dos o tres capas de piel, y Capa se lavó el pelo con champú una vez tras otra. Tiene un pelo bonito, muy fuerte y muy negro, y como yo todavía tenía un humor de perros, cuando salió después de su tercer champú comenté que era una pena que se estuviese quedando un poco calvo por detrás. Dio un salto en el aire, y giró en torno a mí, y lo negó vehementemente. Y yo cogí su dedo y lo situé entre el pelo cerca del cuero cabelludo, y pareció que notaba que había una zona calva. Fue

algo muy cruel, porque había puesto su dedo en un lugar que era imposible que viese en el espejo. Estuvo durante mucho tiempo tocándose en secreto la parte de atrás de la cabeza con el dedo. Y yo solo lo hice porque estaba de mal humor.

Más tarde *Sweet* Joe vino y tomamos una cena ligera y caímos en la cama y morimos. El aire de Moscú era fuerte y fresco y hecho para dormir, y no nos levantamos en muchas horas.

Al fin había llegado el correo; solo llevábamos en Rusia veinticinco días, y parecía que habíamos estado aislados años. Leímos nuestras cartas con avidez. Y aunque pensábamos que habíamos estado fuera durante mucho tiempo, la gente que nos había escrito desde casa no pensaba que lleváramos lejos tanto. Fue una especie de conmoción. Reunimos nuestro equipo y sacamos nuestra ropa sucia para que la lavaran, y Capa ordenó sus películas y las mandó a que las revelasen.

Miró los negativos que le habían devuelto y comenzó a quejarse amargamente. Lo debía de haber sabido. No estaban bien. Nada estaba bien. Había demasiado grano, esto se había dejado en el líquido revelador demasiado tiempo, este rollo se había dejado demasiado poco tiempo. Estaba furioso. Y como yo había sido cruel con él, intenté tranquilizarle diciéndole que eran las fotos más maravillosas del mundo, pero él se limitó a burlarse de mí. Y como yo había sido cruel con él, arreglé todo su equipo no fotográfico: rellené su mechero, saqué punta a sus lápices, rellené su pluma.

Capa tiene una cualidad muy curiosa. Se compra un mechero, pero en cuanto se queda sin líquido, lo desprecia y no lo vuelve a usar. Lo mismo sucede con las plumas. Cuando se quedan sin tinta, nunca las rellena. Usará un lapicero hasta que se rompa la punta, y después lo dejará a un lado y se comprará otro lápiz, pero nunca lo afilará. Yo cambié la piedra de sus mecheros y los rellené, saqué punta a todos sus lápices, rellené su pluma y en general le preparé para volver a enfrentarse al mundo.

Antes de viajar a Rusia, no sabíamos de qué tipo de equipo dispondríamos, así que en Francia habíamos comprado una navaja que tenía una hoja para casi todas las situaciones físicas del mundo, y para algunas de las espirituales. Estaba equipada con hojas que eran tijeras, con hojas que eran limas, punzones, sierras, abrelatas, abrebotellas, sacacorchos, herramientas para sacar piedras de los cascos de un caballo, una hoja para comer y una hoja para asesinar, un destornillador y un formón. Con ella se podía reparar un reloj o el Canal de Panamá. Era la navaja más maravillosa que nadie había visto nunca, y ya la teníamos durante casi dos meses, y lo único que habíamos hecho con ella era cortar salchichas. Pero debe admitirse que la navaja cortaba las salchichas muy bien.

Fuimos a la oficina del *Herald Tribune* y leímos ávidamente los reportajes y los telegramas de las últimas dos semanas. Leímos los comunicados de prensa de la Embajada, y las crónicas del Servicio de Información Británico. Incluso leímos discursos. Capa husmeó por las habitaciones de los corresponsales extranjeros en el Hotel Metropole y robó libros a diestro y siniestro.

Incluso fuimos a un cóctel, ofrecido por el departamento de prensa de la Embajada británica, y para el cual se nos había enviado una invitación a regañadientes. Nos conducíamos mal. Mendigábamos, y tomábamos prestado, y lloriqueábamos por cigarrillos a todos a los que conocíamos, y hacíamos promesas extravagantes sobre la cantidad de cartones que les mandaríamos cuando volviésemos a casa. Cada uno de nosotros se dio tres baños al día y consumimos todo nuestro jabón, y tuvimos que pedir más a los otros corresponsales.

# Una Queja Legítima

## por Robert Capa

No estoy nada contento. Hace diez años, cuando comencé a ganarme la vida haciendo fotos de la gente bombardeada por aviones con pequeñas esvásticas, vi unos pocos aviones pequeños con estrellitas rojas derribando a los de las esvásticas. Fue en Madrid, durante la Guerra Civil, y me hizo muy feliz. Entonces decidí que quería ir a ver el lugar del que procedían los aviones de morro chato y sus pilotos. Quería visitar la Unión Soviética y sacar fotos. E hice mi primera solicitud. Durante los últimos diez años mis amigos rusos a menudo se mostraron irritantes e imposibles, pero cuando lo de la fotografía se convirtió en algo serio, de algún modo terminaron pasándose al bando desde el cual yo estaba insistiendo, e hice muchas más solicitudes. Las solicitudes nunca recibieron respuesta.

La pasada primavera los rusos lograron convertirse en espectacularmente impopulares en mi bando, y se estaba haciendo bastante propaganda para que nos disparásemos los unos a los otros. Los platillos volantes y las bombas atómicas no son fotogénicos, así que decidí hacer una solicitud más antes de que fuese demasiado tarde. Esta vez encontré cierto apoyo en un hombre de amplia reputación, sed considerable y amable comprensión hacia el alegre desvalido. Su nombre es John Steinbeck y sus preparativos para nuestro viaje fueron muy originales. Primero les dijo a los rusos que era un gran error considerarle un pilar del proletariado del mundo, de hecho se le podía describir mejor como representante de la decadencia occidental, de hecho tan occidental como los antros más bajos de California. Además se comprometía a escribir sólo la verdad, y cuando le preguntaron amablemente qué era la verdad, él contestó: «Eso no lo sé». Después de este principio prometedor saltó por una ventana y se rompió la rodilla.

Eso fue hace meses. Ahora es muy tarde por la noche, y yo estoy sentado en medio de una habitación de hotel extremadamente lúgubre, rodeado de ciento noventa millones de rusos, cuatro cámaras, unas pocas docenas de rollos de película expuesta y muchos más sin exponer, y un Steinbeck dormido, y no estoy nada contento. Los ciento noventa millones de rusos están contra mí. No celebran mítines salvajes en las esquinas de las calles, no practican el espectacular amor libre, no tienen ningún tipo de estilo nuevo, son gente muy honrada, moral, trabajadora; para un fotógrafo, tan insulsos como la tarta de manzana. Además parece que les gusta la manera de vivir rusa y no les gusta que les fotografíen. Mis cuatro cámaras, acostumbradas a guerras y revoluciones, están indignadas, y cada vez que las disparo algo sale mal. Además tengo tres Steinbecks en lugar de uno.

Mis días son largos, y empiezo con el Steinbeck mañanero. Cuando me despierto, abro los ojos lentamente y le veo sentado ante el escritorio. Su gran cuaderno está abierto y él finge trabajar. En realidad solo espera y vigila mi primer movimiento. Está terriblemente hambriento. Pero el Steinbeck mañanero es un hombre muy tímido, absolutamente incapaz de coger el teléfono y hacer el mínimo intento de trabar conversación con las camareras rusas. Así que me despierto y me levanto, cojo el teléfono y pido el desayuno en inglés, francés y ruso. Esto reaviva su ánimo y le pone bastante gallito. Pone expresión de filósofo de pueblo al que pagan demasiado y dice: «Tengo algunas

preguntas para ti esta mañana». Es obvio que ha pasado sus tres horas de hambruna inventándose esta tortura, que va desde los hábitos a la mesa de los antiguos griegos a la vida sexual de los peces. Yo me comporto como un buen americano, y aunque podría responder a sus preguntas simple y claramente, apelo a mis derechos civiles, me niego a contestar y permito que el asunto vaya al Tribunal Supremo. Él no se rinde fácilmente, sigue fanfarroneando de conocimiento universal, intenta provocarme con ayuda y educación, y yo tengo que irme al exilio. Me refugio en el cuarto de baño, lugar que detesto, y me obligo a quedarme en la bañera forrada de papel de lija con agua fría hasta que llega el desayuno. Esto a menudo lleva mucho tiempo. Después del desayuno vienen en mi socorro. Llega Chmarsky. No hay fases de mañana o de tarde en el carácter de Chmarsky, es bastante malo todo el tiempo.

Durante nuestro día, tengo que luchar contra los ciento noventa millones que no quieren que les fotografíen, con el señor Chmarsky, que desprecia la fotografía, y con el Steinbeck mañanero que es tan condenadamente ingenuo que a todas las preguntas que le hace la población rusa, curiosa y adoradora de sus héroes, responde con un gruñido amistoso: «Eso no lo sé». Tras esta trascendental declaración está agotado, se calla como una tumba, y grandes gotas de sudor empiezan a caer por su carota de Cyrano. En lugar de sacar fotos, tengo que traducir el extraño silencio del señor Steinbeck a frases inteligentes y evasivas, y de alguna manera terminamos el día, nos deshacemos de Chmarsky y volvemos a casa.

Después de un breve *striptease* mental, comienza el Steinbeck vespertino. Este nuevo personaje es perfectamente capaz de coger el teléfono y pronunciar palabras como vodka o cerveza, comprensibles para el más tonto de los camareros. Tras cierta cantidad de líquido, sabe expresar sus ideas con fluidez y tiene muchas opiniones firmes sobre todo. Esto continúa hasta que encontramos a algunos americanos que tienen mujeres, cigarrillos y bebidas nativas aceptables, y aun así no se niegan a vernos. A esta hora se le podría describir como una personalidad bastante alegre. Si hay una muchacha bonita en una fiesta, está definitivamente dispuesto a protegerme y elige su sitio justo entre la chica y yo. A esta hora también es capaz de hablar con otra gente, y si yo intento salvar a la inocente muchacha invitándola a bailar, no hay pierna rota que le impida interponerse casi inmediatamente.

Después de medianoche su inocencia va emparejada a su fortaleza. Esto lo demuestra con un solo dedo. Pregunta a los maridos inocentes si saben algo sobre el juego de los dedos. Los dos caballeros se sientan cara a cara en una mesa, ponen los codos firmemente sobre el mantel y enganchan sus dedos corazones. Tras un rato de retorcimientos, el señor Steinbeck normalmente hace que el dedo del marido toque el mantel y pide locuaces disculpas. Algunas veces, bien entrada la noche, prueba el juego con cualquiera. En una ocasión, hasta con un caballero ruso, que obviamente le parecía un general a todo el mundo menos a él.

Tras cierta cantidad de moderada mano izquierda y largas disertaciones sobre la dignidad, volvemos a casa. Ahora son más de las tres de la madrugada. El Steinbeck vespertino se transforma en su versión nocturna. Está en su cama, sujetando con firmeza un grueso volumen de poesía de hace dos mil años, llamado *El caballero en la piel de tigre*. Su rostro está completamente relajado, su boca abierta, y el hombre con la voz tranquila y baja ronca sin restricciones ni comedimiento.

Por suerte tomé prestada de Ed Gilmore una historia de misterio, solo porque sabía que no podría

dormir, y que tendría que leer hasta la mañana.

Les dejo, amables lectores americanos, y debo asegurar a sus homólogos rusos que cualquier cosa que el señor Chmarsky escriba sobre nosotros en el *Pravda* es absolutamente cierta.

FIN DE LA QUEJA

# Capítulo VII

Por donde quiera que fuéramos en Rusia —en Moscú, en Ucrania, en Stalingrado—, el nombre mágico de Georgia surgía constantemente. Gente que nunca había estado allí, y que posiblemente nunca podría ir, hablaba de Georgia con una especie de nostalgia y gran admiración. Hablaban de los georgianos como superhombres, como grandes bebedores, grandes bailarines, grandes músicos, grandes trabajadores y amantes. Y hablaban del país del Cáucaso y de las orillas del Mar Negro como una especie de segundo cielo. De hecho, empezamos a creer que la mayoría de los rusos esperan que si llevan una vida muy buena y virtuosa, cuando mueran no irán al cielo, sino a Georgia. Es un país privilegiado por el clima, de suelo muy rico, y tiene su pequeño océano. Los grandes servicios al Estado se premian con un viaje a Georgia. Es un lugar de recuperación para la gente que ha estado enferma durante mucho tiempo. E incluso en la Guerra fue un lugar privilegiado, porque los alemanes nunca llegaron allí, ni con aviones ni con tropas. Es uno de los lugares que no sufrieron ningún daño.

Inevitablemente fuimos por la mañana temprano al aeropuerto de Moscú y nos sentamos durante una hora y media en la sala VIP, bajo el retrato de Stalin, bebiendo té. Como de costumbre, había habido una fiesta la noche anterior y casi no habíamos dormido nada. Nos montamos en nuestro avión y dormimos hasta que aterrizamos en Rostov. Este aeródromo había sido dañado muy gravemente, y un gran número de prisioneros estaba reconstruyendo sus instalaciones. En la distancia podíamos ver la ciudad hecha pedazos, que había sido machacada durante la Guerra.

Después seguimos volando sobre la llanura interminable hasta que al fin vimos montañas en la distancia, y ya había pasado mucho tiempo desde que habíamos visto montañas. Eran unas montañas fenomenales. Cogimos altura y volamos por encima del Cáucaso. Había picos altos y crestas cortantes, y por en medio había arroyos donde pudimos ver pueblos antiguos. Algunos picos estaban coronados de nieve incluso en verano. Después de tanta tierra plana había un agradable sentimiento de simpatía hacia las montañas.

Subimos muy alto y en la distancia vimos el Mar Negro. Y nuestro avión descendió hacia él y sobrevoló la orilla; en las laderas hay preciosos árboles, cipreses negros y gran cantidad de follaje. Y entre las colinas hay pueblos, y grandes casas, y hospitales. Podría ser la costa de California, salvo porque el Mar Negro no es bravío y violento, y la costa no es rocosa. El mar es muy azul, y muy tranquilo, y las playas son muy blancas.

Nuestro avión voló durante mucho tiempo siguiendo la costa. Al fin aterrizó en Sukhum, una franja de hierba rasa a lo largo del borde del mar. La hierba era muy verde, y el aeropuerto estaba flanqueado por eucaliptus, los primeros que veíamos en Rusia. La arquitectura era oriental, y por todas partes había flores y árboles en flor. Delante del pequeño aeropuerto había una hilera de mujeres vendiendo fruta: uvas, y melones, e higos, y melocotones de un bonito color y sandías. Compramos unas uvas y algunos melocotones e higos. La gente del avión se abalanzó sobre la fruta, porque era gente del norte que nunca había tenido suficiente fruta. Se dieron un atracón, y seguramente muchos de ellos se pondrían malos más tarde, porque sus estómagos y sus cuerpos no estaban acostumbrados a la fruta, y un exceso así puede ser una cosa muy seria, y lo fue.

Se suponía que íbamos a salir hacia Tiflis en veinte minutos, pero la tripulación del avión tenía

una idea distinta. Cogieron un coche y se fueron a nadar al mar, y estuvieron fuera dos horas, mientras nosotros paseamos por los jardines del aeropuerto. Nos habría gustado ir a nadar también, pero no podíamos hacerlo porque ignorábamos que el avión no iba a despegar en veinte minutos. El aire era caliente y húmedo y salado, y la vegetación era espesa y verde y exuberante. Era un jardín tropical de verdad.

Estos georgianos son gente con un aspecto distinto. Son morenos, casi agitanados, con dientes brillantes, y largas narices bien formadas, y pelo negro y rizado. Casi todos los hombres llevan bigote, y son más guapos que las mujeres. Son delgados y enérgicos, y sus ojos son negros y chispeantes. Habíamos leído y nos habían dicho que este es un ancestral pueblo semítico, un pueblo que originalmente había venido del valle del Éufrates, en una época anterior a que Babilonia fuera ciudad; que son sumerios, y que su raza es una de las más antiguas que quedan en el mundo. Son muy fogosos, orgullosos, fieros y alegres, y los demás pueblos de Rusia sienten gran admiración por ellos. Siempre hablan de su fuerza y de su vitalidad, y de sus habilidades; dicen que los hombres son grandes jinetes y buenos luchadores. Y los hombres triunfan entre las mujeres rusas. Son un pueblo de poesía, de música y de baile, y, según la tradición, grandes amantes. Y sin duda viven en un país privilegiado por la naturaleza, y sin duda también han tenido que pelear por él durante dos mil años.

Justo antes de las dos en punto volvió nuestra tripulación, con el pelo todavía mojado de su baño en el Mar Negro. Y deseamos haber ido con ellos, porque estábamos cubiertos de sudor. Hacía mucho calor, y algunos de nuestros pasajeros comenzaban a sentir el efecto del atracón de fruta fresca. Unos pocos niños ya se habían puesto malos.

Despegamos de nuevo y volamos a baja altura por encima del mar, y luego empezamos a coger altitud, y subimos mucho, y sobrevolamos montañas que eran desoladas y marrones, como las montañas de California. Y en lo más profundo de los pliegues había pequeños arroyos, y podíamos ver la vegetación y las poblaciones a lo largo de las orillas. Estas montañas son desnudas e inaccesibles, y reflejan una luz cegadora. Luego atravesamos un desfiladero, con el nivel de las cumbres de las montañas a nuestra altura, y llegamos al valle de Tiflis.

Es un valle enorme y seco que parece Nuevo México. Y cuando aterrizamos el aire era caliente y seco, porque está lejos del mar, pero era un calor agradable, no había nada molesto en él. Y este valle grande y llano, rodeado por las altas montañas, parecía estar desprovisto de aire.

Aterrizamos en un gran aeropuerto. Había muchos aviones: aviones rusos de combate. Dos de ellos despegaban cuando otros dos llegaban, y zumbaban alrededor del aeródromo constantemente. Quizá estuvieran patrullando la frontera turca, que no está muy lejos.

En la alta cresta al oeste de nosotros había una antigua fortaleza, almenada e inmensa, silueteada en el cielo.

El señor Chmarsky estaba con nosotros otra vez. Habíamos declarado una tregua: nosotros éramos más amables con él de lo que habíamos sido en Stalingrado, y él era más amable con nosotros. Él tampoco había estado antes en Georgia.

Nos recibió una delegación de la sección de Tiflis de la Voks, y tenían un coche bueno y grande, y eran personas agradables. Atravesamos la llanura seca y plana hasta un desfiladero en las montañas. Y en el desfiladero estaba Tiflis, una bonita ciudad que había estado en la ruta principal de viaje de Sur a Norte durante muchos siglos. Las sierras a ambos lados están cubiertas por antiguas

fortificaciones, e incluso la ciudad está dominada por un castillo en la cresta. También hay fortalezas a ambos lados del valle, porque a través de este estrecho paso han venido todos los movimientos y migraciones de gentes: persas, iraníes e iraquíes desde el Sur; y tártaros y otros maleantes desde el Norte. Y en este estrecho paso tenían lugar las batallas y se erigieron las fortificaciones.

Parte de la ciudad es muy antigua, y un río atraviesa el paso, con altos farallones en uno de sus lados. Y en los altos farallones se apiñan antiguas viviendas. Es una ciudad antigua de verdad, porque mientras Moscú celebra este año su 800 aniversario, el año que viene Tiflis celebrará sus 1500 años de existencia. Y esta es la nueva capital, la antigua está a treinta kilómetros río abajo.

Las calles de Tiflis son anchas y sombreadas por árboles, y muchos de sus edificios son modernos. Las calles escalan la montaña por todos sus lados. Y en la parte más alta, hacia el Oeste, hay una zona de columpios y un parque, con una vía de funicular que sube derecha por los farallones. Es un parque gigantesco, con un restaurante enorme, y domina el valle en muchos kilómetros. Y en la cresta, en el mismo centro de la ciudad, están las colosales torres redondas y los altos muros almenados de la fortaleza de la ciudad, ruinosas e imponentes.

En la ciudad y en las crestas hay antiguas iglesias, porque la Cristiandad llegó a los georgianos en el siglo IV, y las iglesias que todavía están en uso fueron construidas entonces. Es una ciudad de muchas historias ancestrales, y probablemente muchos fantasmas ancestrales. Está la historia del rey musulmán iraní que, concentrando sus tropas, condujo a la fuerza a la gente cautiva de Tiflis hasta el puente sobre el río, colocó una imagen de la Virgen y permitió que quedasen libres aquellos que escupieran en la imagen. A todo aquel que se negase, se le cortaba la cabeza, y la historia cuenta que miles de cabezas cayeron al río ese día.

Las gentes de Tiflis vestían mejor, eran más bellas y animosas que cualquier otra persona que hubiéramos visto en Rusia. Había alegría y color en las calles. Las vestimentas eran atractivas y las mujeres llevaban pañuelos de colores en la cabeza.

Esta ciudad está increíblemente limpia. Es la primera ciudad oriental limpia que conozco. En el río que corta la ciudad por la mitad nadan cientos de niños. Y no hay destrucción, salvo la que el tiempo inflige a los edificios antiguos.

La Voks tiene una organización muy grande y eficaz en Tiflis. Porque esta es una ciudad turística, y la Voks no solo funciona con los extranjeros, sino con los visitantes del resto de las repúblicas de la Unión Soviética. Nos invitaron a su edificio, que es extremadamente impresionante, y aunque era muy tarde por la noche, nos sirvieron maravillosas tartas y un buen vino georgiano, y querían hablar y beber con nosotros. Pero estábamos terriblemente cansados. Prometimos que hablaríamos todo lo que quisiesen más tarde, pero teníamos que irnos a dormir.

Durante nuestra estancia en Georgia el *gremlin* del señor Chmarsky apenas intervino, y eso hizo que nosotros nos sintiéramos mejor con él, e hizo que él se sintiera mejor con nosotros.

Teníamos dos habitaciones grandes en el Hotel Intourist. Daban a la calle, y había ventanas en tres lados, de modo que siempre había corriente. Era muy agradable. Solo había un inconveniente: no podíamos desayunar. En todo el tiempo que estuvimos allí intentamos desayunar temprano, y nunca lo conseguimos. Siempre nos lo traían cuando a ellos les parecía bien.

Por la mañana nos levantábamos muy temprano, porque la ciudad nos fascinaba, y queríamos ver lo más posible de ella. Nuestro conductor era, como de costumbre, maravilloso, un ex-sol-dado de

caballería, y tenía, entre todas las cosas posibles, un *jeep*. El *jeep* no saca lo mejor de nadie, y en un soldado de caballería saca al *cowboy*. Le encantaba porque podía escalar pendientes casi verticales, porque podía tomar curvas a toda prisa y hacerlo saltar sobre las acequias. Lo metía en arroyos y salpicaba con el agua y salía al otro lado. Conducía como un loco, no tenía miedo de nadie. Una y otra vez, circulando, los conductores indignados le obligaban a echar el freno, y había un intercambio de lenguaje georgiano violento, y nuestro hombre sonreía y seguía su camino. Ganaba todos los enfrentamientos. Le adorábamos. Era el primer hombre que conocíamos en Rusia que sentía lo mismo por los policías que nosotros. Su pelo negro y rizado ondeaba salvajemente cuando conducía. No quería parar nunca.

Subió la colina haciendo un ruido infernal, hacia la parte más antigua de la ciudad, donde se conservan las viejas casas de madera georgianas. Tienen una extraña arquitectura, normalmente de dos o tres pisos de alto, con grandes balcones abiertos. Y las tallas y pinturas de las paredes son exóticas.

Escalamos la cresta hasta la vieja fortificación, que tiene torres redondas y muros altos y gruesos; habría sido para siempre inexpugnable de no ser por la artillería, porque no había manera de atacarla sin artillería.

Atravesamos a pie el jardín tropical de la ciudad, bello con sus árboles en flor y plantas raras, muchas de las cuales nosotros no habíamos visto nunca anteriormente. Hacía fresco allí, y junto a él corría un arroyo.

No nos sentíamos extraños en Tiflis, porque Tiflis recibe muchos visitantes y está acostumbrada a los extranjeros, de modo que no llamábamos la atención tanto como la llamábamos en Kiev, y nos sentíamos como en casa.

Hay muchas iglesias en Tiflis, y debió de ser en el pasado, como es ahora, una ciudad de tolerancia religiosa, porque hay antiguas sinagogas y templos musulmanes, y ninguno de ellos ha sido destruido nunca.

En lo alto de la colina, dominando la ciudad, está la Iglesia de David, construida, creo, en el siglo VII, simple y hermosa. Nuestro conductor llevó su *jeep* tan lejos como pudo, y nosotros escalamos a pie el resto. Y había mucha gente subiendo por el sendero serpenteante hacia a la iglesia, gran parte de ellos para rendir culto allí.

La iglesia antigua es muy querida por los georgianos, y las tumbas de los grandes escritores y compositores están en su cementerio. La madre de Stalin está enterrada allí bajo una losa muy sencilla. Sentados en el borde de la tumba de un compositor había tres mujeres ancianas y un anciano, y estaban cantando letanías al modo antiguo, una música suave y misteriosa.

Dentro de la vieja iglesia transcurría el servicio, y había más cánticos. La fila de gente aumentaba, y a medida que salían del sendero y entraban en el camposanto, cada uno de ellos se arrodillaba y besaba una esquina de la iglesia.

Era un lugar remoto y pacífico, y la ciudad con sus tejados de tejas estaba mucho más abajo.

Podíamos ver los jardines botánicos, que habían sido diseñados por la reina Tamara, la fabulosa reina del siglo XII, que ha dejado una sombra heroica sobre la ciudad. La reina Tamara era hermosa, y amable, y temible. Sabía del arte de gobernar y de construir. Levantó fortalezas y fomentó la poesía e hizo que los músicos se reunieran; una de las reinas hadas del mundo, como Isabel, y Catalina de Aragón, y Leonor de Aquitania.

Cuando descendíamos desde la Iglesia de David, las campanas de la catedral tocaban violentamente, y entramos. La iglesia era rica y oriental, y sus pinturas estaban muy negras a causa del incienso y del tiempo. Estaba abarrotada de gente. El servicio lo oficiaba un anciano, con pelo blanco y una corona de oro, tan bello que parecía irreal. El anciano recibe el nombre de *Catholicus*, es el jefe de la Iglesia de Georgia, y su vestimenta es de hilo de oro. Había gran majestuosidad en el servicio, y la música del enorme coro era incomparable. El incienso se elevaba hasta el alto techo de la iglesia, y el sol entraba en ella y lo iluminaba.

Capa sacó muchas fotos. Era asombroso ver cómo podía moverse por ahí en silencio y fotografiar sin que se fijaran en él. Y más tarde entró en el coro e hizo más fotos.

A estas alturas del relato estoy empezando a eliminar los museos, pero los vimos, los vimos en todas partes. Como ha dicho Capa, el museo es la iglesia de la Rusia moderna, y negarse a visitar un museo es un poco como negarse a visitar una iglesia. Y todos son más o menos iguales. Hay una sección que trata del pasado de Rusia antes de la Revolución, desde el principio de la historia hasta

1918, y al menos medio museo tiene que ver con Rusia desde la Revolución, con todos los triunfos logrados, y la gente involucrada, y las imágenes gigantescas de los héroes y de las escenas de la Revolución.

En Tiflis había dos museos. Uno era el museo de la ciudad, en la cresta sobre la ciudad, que tenía miniaturas muy finas de las antiguas casas, y planos de la ciudad vieja. Pero lo más interesante en este museo era su conservador, un hombre que debía de haber sido actor, porque gritaba y ponía posturas, hacía discursos, era dramático, lloraba, reía a carcajadas. Su gesto más aplaudido era una gran elevación de la mano derecha mientras hablaba a gritos, siempre en lengua georgiana, por supuesto, sobre las glorias de la antigua ciudad. Hablaba tan rápido que era imposible traducir, y de todas formas no habría sido posible, porque el señor Chmarsky no hablaba georgiano. Salimos de este museo sordos pero contentos.

En la carretera a lo largo de la cresta hasta este museo, está probablemente la imagen de Stalin más grande y espectacular de la Unión Soviética. Es una cosa gigantesca que parece medir cientos de metros de altura, y está contorneada de neón, que, aunque ahora está roto, se dice que cuando funciona se ve desde cuarenta y dos kilómetros.

Había tantas cosas que ver, y tan poco tiempo para verlas, que parecía que corríamos durante toda la visita.

Por la tarde fuimos a un partido de fútbol entre los equipos de Tiflis y Kiev. Jugaban un fútbol bueno, rápido y vertiginoso en el gran estadio. Al menos había allí cuarenta mil personas, y la muchedumbre estaba exaltada, porque estos partidos interestatales son extremadamente populares. Y aunque el partido era rudo y rápido, y aunque la competición era muy violenta, prácticamente no había arranques de mal genio. Solo hubo una pequeña discusión durante toda la tarde. El marcador terminó con empate a dos, y cuando acabó el partido se liberaron dos palomas. En los viejos tiempos en Georgia, en competiciones de todo tipo, se liberaba una paloma blanca por cada victoria y una negra por cada derrota. Y estas palomas llevaban la noticia a las demás ciudades de todo el país de Georgia. Y este día, como el resultado fue un empate, se liberaron una paloma blanca y una negra, que se alejaron volando del estadio.

El fútbol es el deporte más popular de la Unión Soviética, y los partidos de fútbol interestatales acarrean más emoción y entusiasmo que ningún otro acontecimiento deportivo. Las únicas discusiones realmente encendidas que oímos durante nuestra estancia en Rusia fueron debidas al fútbol.

Recorrimos los grandes almacenes de Tiflis, y estaban abarrotados de gente. Los estantes estaban bastante bien abastecidos, pero los precios, en especial de la ropa, eran muy elevados: camisas de algodón, sesenta y cinco rublos; chanclos de goma, trescientos rublos; una máquina de escribir portátil, tres mil rublos.

Pasamos todo el día yendo por la ciudad a las piscinas públicas y a los parques. Y en el parque de los trabajadores vimos un tren infantil que era encantador. Era un trenecito de verdad, perfecto en cada detalle, y el ingeniero, el guardagujas, el jefe de estación, el bombero, todos eran niños. Todos habían conseguido sus puestos en una competición de eficacia, y hacían funcionar el tren para niños o para adultos. Nos dimos una vuelta en él con una delegación de niños uzbecos, que habían venido invitados por los niños de Tiflis y se montaron en el tren por la tarde. El niño que hacía de ingeniero

estaba muy orgulloso. La estación tenía todo el equipamiento para llevar una línea de ferrocarril, solo que a pequeña escala. Y los niños eran muy formales a la hora de realizar sus tareas. Ser oficial en el tren infantil es un gran honor para un niño de Tiflis, y este trabaja mucho para el puesto.

La comida georgiana es famosa en toda la Unión Soviética, pero nuestro hotel no había oído mucho acerca de ella. Estábamos un poco cansados de su menú, que consistía casi exclusivamente en *shashlik* y tomates en rebanadas. Aquella noche Chmarsky, Capa y yo decidimos experimentar con otro restaurante. Fuimos al Hotel Tiflis, donde el comedor es tan grande como la nave de la catedral. Había columnas de mármol sujetando el tejado, había una orquesta mala que tocaba muy alto y nada de comida. En lugar de *shashlik* tomamos trozos pequeños de carne frita… y tomates en rebanadas.

Y mientras estábamos comiendo, el camarero vino y nos dijo: «Una dama querría bailar con alguno de ustedes, caballeros».

Chmarsky tradujo para nosotros, y no miraba con aprobación al camarero. Dijo: «Sin duda es una mujer pública».

Y nosotros dijimos: «¿Pero que tienen de malo las mujeres públicas? ¿Es bonita?».

Chmarsky torció el gesto. Era el único de la mesa que podía verla. «No —dijo—, es muy fea».

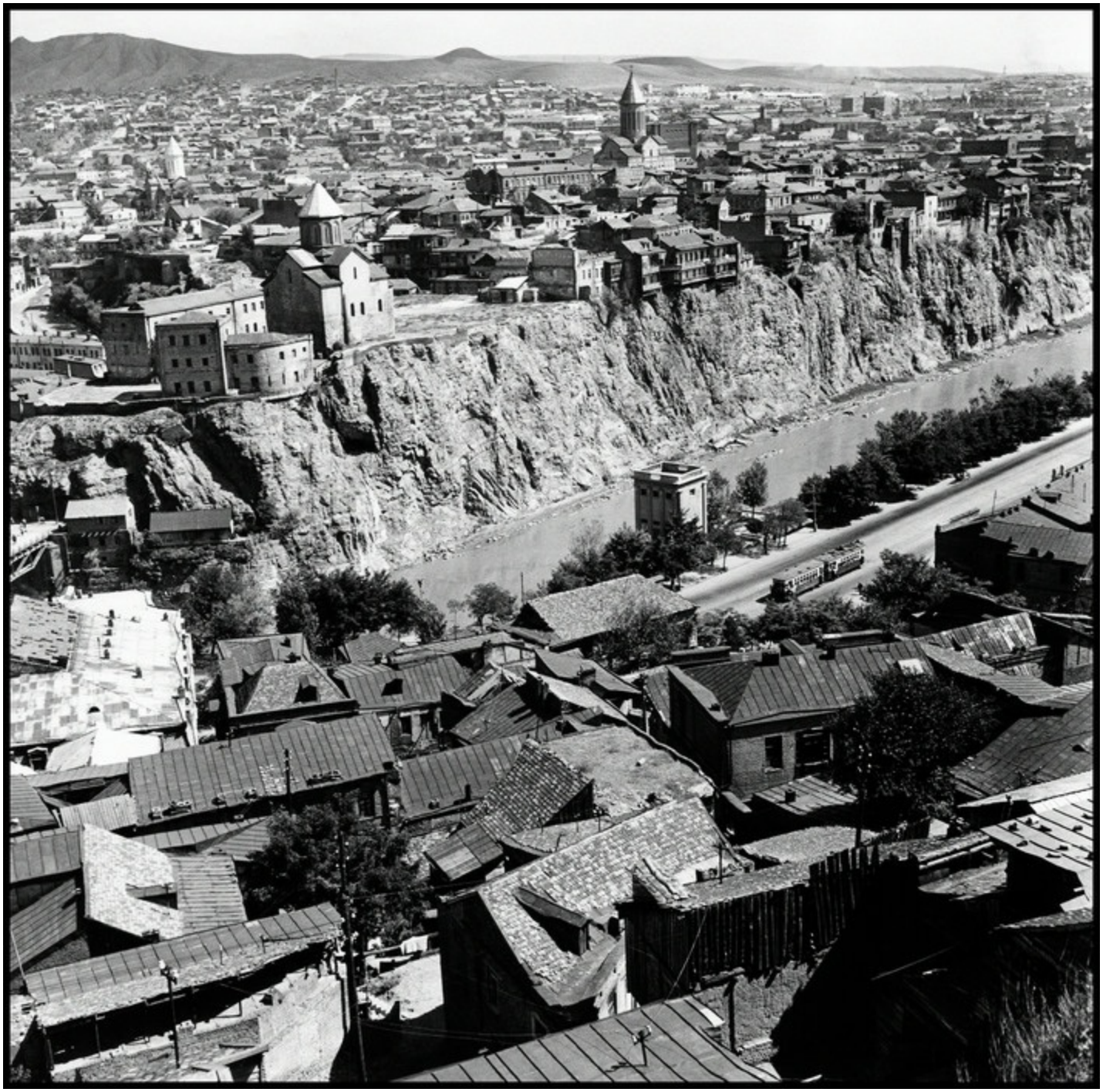
Nosotros dijimos: «Pensamos que debería estar prohibido. Pensamos que es un mal social. Pensamos que una mujer pública fea es una amenaza para toda la estructura de la sociedad, una amenaza para el hogar, y para la seguridad, y el amor materno, y todas las cosas como esas».

Y Chmarsky asintió con aire lúgubre y nos dio la razón. Era prácticamente la primera vez que estábamos de acuerdo en algo.

Y dijimos: «Si, por otro lado, fuera bonita, podría haber circunstancias atenuantes. Podría haber involucrada cierta injusticia social. Si fuera bonita, abogaríamos porque se investigase su procedencia, para averiguar qué dificultad social ha provocado que sea una mujer pública, e intentar, quizá, que vuelva a la empresa privada».

Chmarsky comenzó a observarnos con una mirada suspicaz e inquisitiva. No se fiaba demasiado de nosotros.

Estábamos dando la espalda a la mujer pública, pero al final echamos un vistazo y tenía razón, no era bonita, y no sabemos si la prohibieron o no.



Las noches estivales eran maravillosas en Tiflis; el aire suave, y ligero, y seco. Los jóvenes y las muchachas caminaban sin rumbo por las calles, divirtiéndose. Y los trajes de los hombres jóvenes eran bastante bonitos: casacas, a veces de seda blanca gruesa, con cinturón, y pantalones largos y estrechos, y botas negras suaves. Son una raza muy bella los hombres georgianos.

Desde los altos balcones de las casas antiguas podíamos oír en la noche suaves cantos de extraña música, acompañados por un instrumento de púa que sonaba como una mandolina, y de vez en cuando tocaba una flauta en una calle oscura.

Los georgianos nos parecían mucho más relajados que cualquiera de los rusos que habíamos visto; relajados, e intensos, y llenos de alegría. Y quizá por eso los rusos los admiran tanto. Quizá así es como les gustaría ser.

Había una luna enorme sobre las montañas del oeste, que hacía que la ciudad pareciera incluso más misteriosa y antigua, y el gran castillo negro sobre el risco resaltaba bajo la luna. Y si hay

fantasmas en algún sitio del mundo, debe de ser aquí, y si hay un fantasma de la reina Tamara, debía de estar caminando por el risco aquella noche a la luz de la luna.

# Capítulo VIII

La Unión de Escritores de Tiflis nos había pedido que fuéramos a una pequeña recepción. Y debe admitirse que estábamos asustados, porque estas reuniones tienen el hábito de volverse extremadamente literarias, y nosotros no somos gente muy literaria. Aparte de esto, para entonces ya sabíamos que los georgianos se toman su literatura muy en serio: la poesía y la música son sus grandes contribuciones a la cultura mundial, y su poesía es muy antigua. Su poesía no la lee poca gente; la lee todo el mundo. En sus cementerios en la colina hemos visto que sus poetas estaban enterrados en las mismas condiciones que sus reyes, y en muchos casos se recuerda a un poeta pero se olvida a un rey. Y a Rustaveli, un poeta antiguo que escribió un largo poema épico titulado *El caballero en la piel de tigre*, se le conceden honores casi de héroe nacional en Georgia, e incluso los niños leen y memorizan sus versos, y su retrato está por todas partes.

Nos temíamos que la reunión de los escritores fuera un poco dura para nosotros, pero fuimos. Nos recibieron unos veinte hombres y tres mujeres. Y nos sentamos en sillas dispuestas en círculo en una habitación grande y nos miramos los unos a los otros. Hubo un discurso para darnos la bienvenida y sin transición nuestro anfitrión dijo: «Y ahora el señor Fulano de Tal leerá un breve resumen de la literatura georgiana».

Un hombre, a mi derecha, abrió un fajo de papeles, y pude ver que estaban escritos a máquina y a un solo espacio. Empezó a leer, y yo esperé la traducción. Un párrafo más tarde descubrí que estaba leyendo en inglés. Esto me fascinó, porque solo podía entender una palabra de cada diez. Su pronunciación era tan curiosa que aunque las palabras eran inglesas, ni remotamente sonaban a inglesas cuando él las decía. Y leyó veinte páginas mecanografiadas.

Obtuve el original más tarde y lo leí, y era una historia concisa y compacta de la literatura en Georgia, desde los primeros tiempos hasta la actualidad.

Ya que la mayoría de los presentes en la habitación no hablaban nada de inglés, permanecían sentados y sonreían con benignidad, porque por lo que a ellos respectaba estaba leyendo en perfecto inglés. Cuando hubo terminado, el hombre que había hablado en un principio dijo: «¿Tienen alguna pregunta ahora?».

Y ya que yo había comprendido muy poco de lo que había sucedido, tuve que admitir que no tenía preguntas.

Hacía bastante calor en la habitación, y tanto Capa como yo teníamos problemas estomacales, de modo que no nos sentíamos a gusto.

Luego se levantó una señora, que también tenía un fajo de papeles, y dijo: «Ahora leeré algunas traducciones al inglés de poesía georgiana».

Su inglés era bueno, pero a causa de mis retortijones en el estómago, tuve que protestar. Le dije, cosa que era verdad, que prefería leer la poesía yo mismo, que sacaría más de ella de esta manera, y le rogué que me dejara la poesía para leerla cuando estuviera solo, para poder apreciarla mejor. Creo que herí sus sentimientos, aunque espero que no. Era verdad, y yo estaba triste. Ella estuvo un poco cortante. Dijo que esa era la única copia que existía, y que no se atrevía a dejársela a nadie.

Otra vez, como antes, siguieron las preguntas sobre literatura estadounidense. Y, como de costumbre, nos sentimos horriblemente desprevenidos. Si hubiéramos sabido que nos iban a hacer

preguntas como estas antes de salir de Estados Unidos, puede que hubiéramos estudiado un poco. Nos preguntaron sobre los nuevos escritores emergentes, y nosotros balbuceamos un poco sobre John Hersey, y John Horne Burns, que escribió *The Gallery*, y Bill Mauldin, que apunta a novelista. Éramos espantosamente inapropiados para este tipo de tarea, pero la verdad del asunto era que últimamente no habíamos leído mucho de ficción contemporánea. Entonces uno de los hombres nos preguntó qué georgianos eran famosos en Estados Unidos. Y los únicos que podíamos recordar, aparte del coreógrafo George Balanchine, eran los tres hermanos que en conjunto se habían casado con mujeres americanas por valor de muchos millones de dólares. El apellido Mvadi no parecía despertar gran entusiasmo entre los escritores georgianos actuales.

Son muy severos y devotos estos escritores georgianos, y es muy duro contarles que aunque Stalin diga que el escritor es el arquitecto del alma, en América el escritor no es considerado el arquitecto de nada y solo se le empieza a tolerar un poco después de que ha muerto y ha sido cuidadosamente ignorado durante unos veinticinco años.

En nada es tan notable la diferencia entre los estadounidenses y los soviéticos como en la actitud, no solo hacia los escritores, sino de los escritores hacia su sistema. Porque en la Unión Soviética la labor del escritor es fomentar, celebrar, explicar e impulsar de todos los modos posibles el sistema soviético. Mientras que en América, y en Inglaterra, un buen escritor es el perro guardián de su sociedad. Su labor es satirizar su estupidez, atacar sus injusticias, estigmatizar sus defectos. Y esta es la razón por la que en América ni la sociedad ni el Gobierno tienen mucho cariño a los escritores. Ambos son enfoques opuestos de la literatura. Y debe decirse que en los tiempos de los grandes escritores rusos, de Tolstoi, de Dostoievski, de Turgeniev, de Chejov, y del primer Gorki, sucedía lo mismo con los rusos. Y solo el tiempo podrá decir si el enfoque del escritor como arquitecto del alma puede dar lugar a tan grande literatura como el del escritor como guardián de su sociedad. Por el momento, hay que admitir que la escuela del arquitecto no ha producido ninguna gran obra literaria.

Hacía mucho calor en la habitación para cuando terminó nuestra reunión con los escritores, y dimos la mano a todos, limpiándonos las palmas en los pantalones entre apretón y apretón, porque estábamos sudando profusamente.

Había habido una pregunta que ellos habían hecho sobre la cual quisimos pensar más. Era: «¿Les gusta la poesía a los americanos?».

Y habíamos tenido que responder que la única verificación que tenemos sobre los gustos o aborrecimientos de cualquier forma de literatura es si la gente la compra, y desde luego la gente no compra mucha poesía. Así que nos habíamos visto obligados a decir que quizá a los americanos no les gusta la poesía.

Y después habían preguntado: «¿Es porque los poetas americanos no están cerca del pueblo?».

Y esto tampoco era cierto, porque los poetas estadounidenses son tan cercanos al pueblo como los novelistas estadounidenses. Sin duda Walt Whitman y Cari Sandburg no están lejos de la gente, sin embargo la gente no lee demasiada poesía. No creemos que haya mucha diferencia entre que a los americanos les guste la poesía o no les guste. Pero para los georgianos, cuyo amor por la poesía es tradicional, la falta de amor por ella es casi un crimen.

Por vieja que sea, Tiflis es la nueva capital. Hace mil quinientos años, la sede del poder estaba a

unos treinta kilómetros hacia el Norte, y por la tarde nos subimos al *jeep* y nuestro conductor de caballería nos llevó hasta allí. Era una buena carretera de hormigón, y estaba abarrotada de pequeños carromatos tirados por burros, y por camiones del Ejército, y por soldados en motocicletas alemanas con sidecar. En las colinas, a ambos lados, había castillos e iglesias antiguas, casi inaccesibles. Y la sensación de antigüedad permanecía en esos desfiladeros que habían sido protegidos contra las invasiones durante tres mil años. La carretera seguía el río, y había dos presas hidroeléctricas, pero cuando Capa quiso fotografiarlas, la negativa fue instantánea. Y justo por encima de las presas llegamos a un puente construido por Pompeyo cuando los romanos atravesaron este paso, y uno de los pilares centrales todavía se mantiene en pie en el río.

El nombre de la capital antigua es Mtskhet, y yo todavía soy incapaz de pronunciarlo. Hay una iglesia del siglo v en lo alto de un pico, sobre la ciudad, medio en ruinas y muy impresionante. Y para llegar a ella se debe subir por un camino de cabras. En la misma ciudad había una hermosa iglesia, dentro de unos altos muros. Y estos muros están almenados y construidos para su defensa.

El enorme patio del interior de los muros estaba cubierto de hierba, y los mismos muros estaban escalonados, de modo que en los viejos tiempos los combatientes podían proteger la iglesia. La puerta de la iglesia era de hierro y estaba cerrada con un candado gigante. Y dentro del atrio había muchas velitas, pegadas a la piedra del muro. Parece que el método consiste en prender el extremo opuesto de la vela y cuando esté ardiendo presionarlo contra la piedra para que se pegue, y entonces encender la mecha, de modo que la vela encendida se adhiera a la piedra misma de la iglesia.

Un viento cálido y seco aullaba a través del paso en el que se sitúa la vieja ciudad, y gritaba al chocar con las esquinas de la iglesia. Fuera, en una de las esquinas del campo santo había una curiosa parodia. Un hombre largo, delgado y nervudo vestido con harapos estaba bailando. Era de la raza a la que nosotros solemos llamar *majaretas*. En su huesuda mano derecha sujetaba una gran pluma, y con ella gestualizaba mientras echaba un discurso en voz alta a tres cabras que estaban contemplándole y rumiando nerviosamente. Agitó su pluma, interrumpió su discurso y cargó contra las cabras, y ellas, desdeñosamente, hicieron una finta, como boxeadores, y después volvieron a contemplarle mientras les hablaba.

Finalmente llegó la cuidadora de la iglesia: una mujer oscura con un fuerte rostro aquilino. Iba vestida con un traje negro, con un pañuelo negro en la cabeza que envolvía también su cuello, de modo que solo se veía su cara. Sus ojos eran oscuros y perturbadores. Parecía ser una especie de monja seglar. Llevaba una llave enorme para el candado. Abrió la iglesia y entramos en el lugar

antiguo y oscuro.

Las pinturas murales eran consistentes, y viejas, y primitivas, y sus colores estaban desvaídos. Los iconos más recientes estaban oscurecidos en sus marcos dorados y bajo su filigrana de oro. La adusta mujer empezó a hablarnos acerca del origen de la iglesia.

En este momento desarrollamos lo que más tarde llamaríamos la traducción «Tinker a Evers a Chmarsky[7]». Chmarsky no entendía el georgiano. Las palabras tenían que decirse a un georgiano, que las traducía al ruso, y Chmarsky traducía el ruso para nosotros. Esto llevaba más tiempo que una conversación normal.

La mujer oscura nos contó que esta iglesia se había terminado en el siglo V, pero que se había empezado mucho antes. Y nos contó una curiosa historia sobre su fundación, una de las increíbles historias del Este que se oyen tan frecuentemente.

Había dos hermanos y una hermana. Y ellos habían oído decir al cielo, o a los vientos, que Jesucristo había nacido y que se había hecho hombre. Había presagios y sueños que les hablaban de él. Al final los dos hermanos se pusieron en marcha hacia Jerusalén, dejando a su hermana en su casa. Y llegaron el día de la crucifixión, así que solo le vieron muerto. Y estos dos hermanos del desfiladero de las montañas georgianas se quedaron con el corazón roto, y rogaron que les diesen un trozo de túnica de Jesús, y lo trajeron a casa y se lo dieron a su hermana. Ella quedó desconsolada por la crucifixión, y se aferró al trozo de tela y cayó enferma y murió de pena, y su mano muerta sujetaba el trozo de tela contra su corazón. Entonces los hermanos intentaron arrancar el trozo de tela, pero su mano lo sujetaba con firmeza y no pudieron quitárselo. Así que fue enterrada con el trozo de tela todavía en su mano. Fue sepultada justo en este lugar donde ahora está la iglesia. Y casi inmediatamente de la tumba creció una planta y se convirtió en un árbol gigantesco. Tras unos cuantos años se quiso construir una iglesia en el lugar para conmemorar estos hechos. Y los leñadores vinieron e intentaron cortar el árbol, pero sus hachas se hacían pedazos cuando chocaban con el tronco. Todo el mundo intentó cortar el árbol, pero ni siquiera pudieron herirlo. Al fin llegaron dos ángeles y cortaron el árbol, y la iglesia se construyó sobre ese lugar. La mujer oscura señaló a una curiosa estructura de arcilla parecida a una tienda, y ahí era donde estaba la tumba, dijo, y ahí era donde estaba el árbol. Y bajo la tienda de arcilla estaba sin duda el cuerpo de la santa, todavía aferrado al trozo de tela que había vestido Jesús.

Contó otras historias con su voz severa y seca, pero esta fue la mejor de ellas, y el origen de la iglesia.

El viento entraba quejumbroso a través de la chirriante puerta de hierro mientras ella hablaba. Y dijo que aunque el lugar ahora estaba desierto, en varios momentos del año muchos miles de personas se reúnen en esta iglesia, y el patio está tan abarrotado que nadie puede ni sentarse ni moverse. Y durante estas festividades se celebran misas en la antigua iglesia. Y la gente hace muchos, muchos kilómetros de peregrinación para estas ceremonias, y la iglesia está rodeada por velitas pegadas a los muros y ardiendo por la noche.

Dejamos la iglesia y vimos la puerta de hierro cerrada, y en la esquina del patio el *loco* todavía agitaba su pluma y dirigía sus roncos discursos a las cabras.

Fuimos a un monasterio en las afueras de la ciudad, donde todavía vive una colonia de monjes. Tienen sus propias capillas y sus propias casas comunales.

Estos eran lugares cristianos cuando Francia, Alemania e Inglaterra todavía eran paganas. Y las historias cristianas que se cuentan aquí tienen sabor oriental.

Este largo desfiladero al norte de Tiflis es el paraíso del arqueólogo, porque hay vestigios de civilizaciones de miles de años. En lo alto de los farallones están los nichos cuadrados de los enterramientos de antigüedad remota. Las excavadoras del Gobierno soviético trabajan todo el tiempo en estos yacimientos. Recientemente encontraron una tinaja de aceite llena de monedas de oro: la paga a su ejército de un antiguo rey que había sido atacado y había enterrado su tesoro en este lugar. Y todos los días los excavadores encuentran artefactos que llevan la historia de Georgia cada vez más atrás, a civilizaciones insospechadas. A la luz de esas edades, un pilar del puente de Pompeyo es una estructura relativamente nueva, y la presa hidroeléctrica es una recién llegada frente a este fondo de antigüedad.

Capa enfiló cuatro objetos que quería sacar en una fotografía: la presa hidroeléctrica, una estatua de Lenin, una iglesia del siglo V y el agujero cuadrado de una tumba sumeria. Pero no le dejaron fotografiarlo, porque lo más importante de todo era la presa hidroeléctrica, y hacer una foto de ella estaba fuera de lo posible.

Por la noche estábamos quemados por el viento y agotados, y los estómagos de Capa y Chmarsky y el mío andaban bastante descompuestos. Habíamos estado bebiendo un agua mineral llamada *Borjoom*, que tenía un agradable sabor alcalino, y solo después de que hiciera efecto descubrimos que era un laxante suave, y en las cantidades en la que la habíamos estado bebiendo, era mucho más que un laxante suave. Nos encontramos bastante débiles antes de averiguar la causa de nuestro problema.

En América hay muchos cientos de casas donde durmió George Washington, y en Rusia hay muchos lugares en los que trabajó Josef Stalin. Los talleres ferroviarios de Tiflis tienen ante su muro exterior un parterre de flores y una placa gigantesca que proclama que en este taller trabajó Josef Stalin en una ocasión. Stalin es georgiano de nacimiento, y su ciudad natal, Gori, a unos setenta kilómetros de Tiflis, ya se ha convertido en santuario nacional. Íbamos a visitarlo.

Pareció un largo camino en *jeep*, porque los *jeeps* parecen ir más rápido de lo que realmente van. Atravesamos de nuevo el ventoso desfiladero, y salimos a los valles más lejanos, y atravesamos otros desfiladeros, hasta que al fin llegamos a la ciudad de Gori. Es una ciudad situada entre montañas. Está dominada por lo que nosotros llamaríamos *mesa*, una montaña redonda, aislada y alta, en medio de la ciudad y culminada por un gran castillo, que en el pasado defendió la ciudad y era su refugio. El castillo ahora está en ruinas. Esta es la ciudad en la que nació Stalin, y donde pasó su primera juventud.

El lugar donde nació Stalin se ha dejado como estaba, con todo cubierto por un enorme dosel para protegerlo de la meteorología. La parte superior del dosel es de vidriera. Este lugar es una casita diminuta de una sola planta, construida de revoco y escombros, una casa de dos habitaciones con un pequeño porche que recorre la fachada. Y aun así, la familia de Stalin era tan pobre que solo vivían en la mitad de la casa, en una habitación. Hay una cuerda de lado a lado de la puerta, pero si se mira hacia adentro se puede ver la cama, el armario poco profundo, una mesita, un samovar, una lámpara torcida. Y en esta habitación vivía la familia, y cocinaba, y dormía. El dosel de vidriera se apoya en columnas cuadradas de mármol dorado. Y esta estructura está ubicada en un enorme jardín

de rosas. En el borde del jardín de rosas está el museo de Stalin, en el cual se conservan todos los objetos que pudieron reunirse que están relacionados con su infancia y adolescencia: fotografías y cuadros de todo lo que hizo y el retrato policial de cuando fue arrestado. Era un joven muy apuesto en aquella época, con mirada fiera y salvaje. En la pared hay un gran mapa de sus viajes, y de las prisiones en las que estuvo encarcelado y de las ciudades de Siberia donde estuvo retenido. Sus libros y papeles están aquí, y los artículos que escribió para pequeños periódicos. Su vida ha sido consecuente, y desde el principio tomó el camino que ha continuado hasta el presente.

No podíamos pensar en nadie en toda la historia que recibiera tantos honores en vida. Solo se nos ocurrió César Augusto en este aspecto, y dudamos si incluso César Augusto en vida tuvo el prestigio, la veneración y el dominio casi divino de su gente que tiene Stalin. Lo que dice Stalin es verdad para ellos, aunque parezca estar en contra de la ley natural. El lugar donde nació ya se ha convertido en destino de peregrinación. La gente que lo visitó cuando nosotros estuvimos allí hablaba en susurros y andaba de puntillas. Una niña muy guapa estaba a cargo del museo el día de nuestra visita, y después de su conferencia a nuestro grupo, fue al jardín y cortó unas rosas, y repartió a cada uno una flor. Y estas rosas se guardaban con cuidado para conservarlas y atesorarlas como recuerdo de una especie de lugar sagrado. No, no conocemos nada en toda la historia que sea comparable a esto.

Si Stalin puede tener esta cantidad de poder en vida, ¿en qué se convertirá cuando muera? En muchos discursos en Rusia hemos oído al orador de repente hacer una cita de un discurso de Stalin que tiene la cualidad definitiva del *ipse dixit* del erudito medieval que pone su argumento en el regazo de Aristóteles. En Rusia no hay apelación contra la palabra de Stalin, y no hay argumento en contra de nada de lo que diga. Y aparte de cómo se haya conseguido esto —sea gracias a la propaganda, al adiestramiento, a la referencia constante o a la iconografía que siempre está presente —, no obstante es cierto. Y solo puedes sentir esta fuerza cuando oyes, como oímos nosotros muchas veces, el comentario siguiente: «Stalin nunca se ha equivocado. En toda su vida no se ha equivocado ni una sola vez». Y el hombre que lo dice no lo ofrece como argumento, no es refutable, lo dice como una verdad absoluta y más allá de toda discusión.

Nos subimos al *jeep* otra vez, y nuestro soldado de caballería nos llevó a uno de los valles laterales, porque queríamos ver los viñedos de los que procede el vino georgiano. Entramos en un estrecho valle, y de nuevo en todas las laderas había fortificaciones. Y había pequeñas granjas en el valle y en las montañas, a ambos lados. Los viñedos trepaban por las laderas de las montañas. Las uvas estaban madurando. Y también había huertos, huertos en los que había naranjos, y manzanos, y ciruelos, y cerezos. La carretera era estrecha y desigual, y había tramos en los que la cruzaban arroyos. Nuestro conductor chillaba de alegría, porque le encantaba esto. Conducía como alma que lleva el diablo por las estrechas carreteras, y nos observaba de cerca para ver si estábamos asustados, y lo estábamos. Teníamos que agarrarnos con las dos manos para evitar salir volando del *jeep*. Entraba en los arroyos con tanta fuerza que el agua caía en cascada sobre el coche y nos empapaba. Subimos por una serie de pequeños valles granjeros con pasos de montaña entre ellos. En cada paso había una fortificación a la que en tiempos pasados la gente de las granjas iba en busca de protección cuando se acercaba una invasión.

Al final nos detuvimos en un grupo de casas en un viñedo de montaña, donde habíamos planeado comer. Había reunidas unas cien personas, vestidas con sus mejores ropas, en pie y en silencio. Y en

seguida cuatro hombres entraron en una de las casas y salieron de ella llevando un ataúd. El grupo entero empezó a subir la montaña, con un movimiento de vaivén, llevando al muerto para enterrarle en la parte alta de la ladera. Pudimos verles durante mucho rato, haciéndose cada vez más pequeños a medida que zigzagueaban por el sendero de montaña hasta el elevado cementerio.

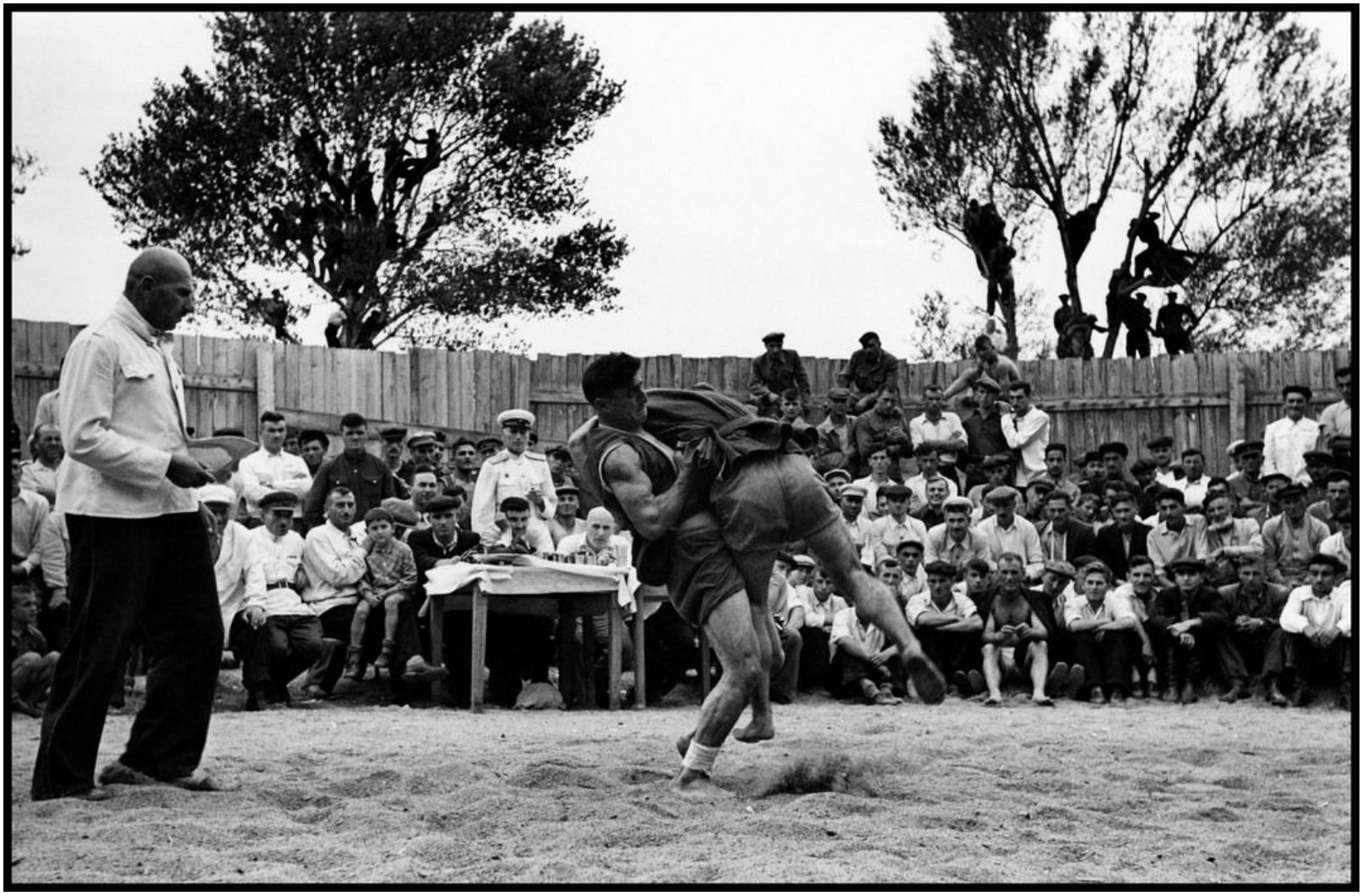
Entramos en el viñedo y comimos una comida pantagruélica que habíamos traído con nosotros: caviar y salchichas, silla de cordero asada, tomates frescos, vino y pan negro. Cogimos las uvas que ya se podían comer y nos atiborramos de ellas. Y todo esto, por cierto, no hizo ningún bien a nuestros debilitados estómagos. El pequeño valle era verde y exuberante y el aire era deliciosamente cálido. Había un buen olor a verde alrededor. Y después de un rato volvimos al *jeep* y aullamos de nuevo como coyotes mientras bajábamos por la carretera hasta Gori.

A un visitante que va a cualquier localidad en Estados Unidos se le lleva a ver la Cámara de Comercio, el aeropuerto, los nuevos juzgados, la piscina y la fábrica de armas. Y a un visitante en Rusia se le lleva a ver el museo y el parque de cultura y descanso. En todas las localidades hay un parque de cultura y descanso, y ya nos estábamos acostumbrando a ellos: los bancos, los grandes parterres con flores, las estatuas de Stalin y de Lenin, las conmemoraciones en piedra de las batallas que tuvieron lugar en la localidad en tiempos de la Revolución. Rehusar ver el parque local de cultura y descanso sería de tan mala educación como negarse a visitar un nuevo desarrollo urbanístico en cualquier ciudad americana. Cansados como estábamos de haber sido sacudidos hasta la muerte en el *jeep*, quemados por el sol como estábamos, porque no llevábamos sombrero, tuvimos que ir al parque de cultura y descanso en Gori.

Anduvimos por los caminos de gravilla y miramos las flores, y de repente nos dimos cuenta de una curiosa música que sonaba en la parte trasera del parque. Era casi como música de gaitas con fondo de tambores. Caminamos hacia el sonido y vimos a tres hombres, dos tocando la flauta y otro tocando un pequeño tambor. Pronto descubrimos por qué sonaba a gaita, porque los músicos hinchaban sus mofletes y después expulsaban aire, sus mejillas llenas mantenían la música sonando, así que no había silencios. La música era violenta y salvaje. Los dos flautistas y el tamborilero estaban ante la puerta de una alta valla de tablones, y los árboles alrededor de la valla estaban abarrotados de niños que miraban hacia lo que ocurría dentro del cercado.

Estábamos contentos de haber venido al parque, porque era la competición nacional de lucha georgiana, y era el día de las finales. Durante tres días había tenido lugar la competición, y hoy se elegirían los campeones de la república.

Dentro del cercado circular de tablones había un recinto parecido a un ruedo con asientos alrededor. El círculo de lucha era de unos diez metros de diámetro y la superficie era de serrín con gran profundidad. A un lado estaba la mesa de los jueces y, detrás de ellos, un pequeño cobertizo donde los participantes se quitaban la ropa.



La gente fue muy hospitalaria con nosotros; nos hicieron sitio en un banco, y despejaron el camino para que Capa pudiera hacer fotografías de la competición.

Los dos flautistas y el tamborilero se sentaron en la primera fila y se llamó a los participantes. Iban vestidos con un extraño traje: chalecos cortos y cinturones de lona, y pantalones cortos. Iban descalzos.

Cada pareja de participantes se acercó a la mesa de los jueces y se les reconoció formalmente. Entonces se situaron en sus puestos, uno a cada lado del círculo. Y en ese momento la música empezó a sonar con su melodía salvaje, con el pesado ritmo del tambor por debajo. Los participantes se acercaron y empezaron a luchar.

Es una lucha muy curiosa. Su pariente más cercano es, supongo, el *jujitsu*. No se permite a los participantes agarrar ninguna parte del cuerpo. Solo se permite sujetar el chaleco o el cinturón. Una vez consolidadas las presas, es cuestión de hacer zancadillas, de hacer caer, de obligar al oponente a perder el equilibrio, hasta que has logrado derribarlo al suelo y lo puedes inmovilizar. Durante todo el ataque y la defensa, sigue sonando la salvaje música, y solo cuando un luchador ha perdido la música cesa.

Los combates no eran largos, normalmente solo era necesario un minuto para que un luchador u otro fuese derribado. Y en el instante en que un combate acababa, otra pareja se acercaba a la mesa de los jueces, que los reconocían. Es un deporte que exige una velocidad increíble, y fuerza, y técnica. De hecho, algunos de los derribos eran tan violentos y rápidos que alguno salió volando por

los aires para aterrizar sobre su espalda al final de la lucha.

El público estaba cada vez más emocionado a medida que la competición avanzaba y más luchadores quedaban eliminados. Pero teníamos que irnos. Íbamos a coger un tren nocturno hacia el Mar Negro, y antes habíamos sido invitados al estreno de la Ópera de Tiflis. Además, nuestro *jeep* estaba dolorido de tanto bache y estaba dando problemas, y teníamos setenta kilómetros por delante antes de intentar siquiera ir a la ópera. Había problemas con el combustible, y fuimos renqueando, parando cada poco para desatascar el conducto de la gasolina.

Estábamos muy cansados cuando volvimos a Tiflis, tan cansados que renunciamos a ir al estreno de la ópera. Mi rodilla rota se había llevado un terrible vapuleo en el enloquecido *jeep*. Apenas podía caminar. Necesitaba una hora en agua hirviendo para relajar la dolorida rótula.

Cuando al fin llegamos a la estación, esta estaba atestada y hacía mucho calor. Caminamos a lo largo del abarrotado tren y llegamos a nuestro vagón, un *wagon-lit* de primera clase de 1912 de feliz recuerdo. Su terciopelo verde era tan verde como lo recordábamos. Recordábamos bien su madera oscura, lustrada y aceitada, su brillante metal y su olor a moho. Nos preguntamos dónde habría estado todos estos años. Los belgas que construyeron estos vagones hace tantísimos años los hicieron para que duraran siglos. Era el mejor vagón de tren hace cuarenta años, y todavía es cómodo, y todavía está en buena forma. La madera oscura se oscurece año a año, y el terciopelo verde se vuelve más verde. Es una reliquia de los días de esplendor y realeza.

Hacía mucho calor en el tren, y abrimos la ventana de nuestro compartimento. De inmediato vino un guarda y la cerró, y nos miró con el ceño fruncido. En cuanto se fue abrimos la ventana de nuevo, pero él pareció sentir que nos rebelaríamos. Volvió al instante, cerró la ventana y nos echó una charla en ruso, agitando el dedo ante nuestra cara. Se ponía tan furibundo con lo de la ventana que no nos atrevimos a abrirla otra vez, aunque estábamos asfixiándonos en el cálido tren. El mensaje traducido era que en el viaje de aquella noche íbamos a atravesar muchos túneles. Si la ventana estuviera abierta, el humo del motor entraría en el vagón y ensuciaría la tapicería verde. Le rogamos que nos dejase abrir la ventana, argumentando que incluso ayudaríamos a limpiar la tapicería, pero se limitó a agitar el dedo más duramente y nos volvió a echar un sermón. Cuando se establece una norma en Rusia, no hay desviación posible.

Eso nos recordó una historia que nos contó un soldado estadounidense en Moscú. Dijo que durante la Guerra, cuando el avión americano en el que viajaba aterrizó en Moscú, mandaron a un centinela con órdenes de no dejar que nadie entrase en el avión. Y cuando llegó el momento de que el grupo embarcara en el avión, el centinela no dejó que nadie subiese. Nuestro hombre contó que casi le disparó por intentarlo, a pesar de sus órdenes, y de sus pases, y de sus identificaciones. Al final cambiaron al centinela, pero no las órdenes. El oficial al mando explicó que las órdenes eran fijas y que era mucho más fácil cambiar a los centinelas que cambiar las órdenes. El centinela número dos tenía la orden de «Dejar que la gente entrase en el avión», mientras que el centinela número uno tenía la orden de «No dejar que nadie entrase en el avión». Dos tipos de órdenes, u órdenes cambiadas, pueden confundir a un hombre. Era mucho más sencillo cambiar a los centinelas. Y probablemente también era mucho mejor para la disciplina. El hombre que hace respetar una orden lo puede hacer con mucha más fidelidad que el que tiene que tomar una decisión entre dos órdenes.

No había ninguna duda de ello, el guardia de nuestro tren no tenía la más mínima intención de dejar que abriéramos la ventana. Podríamos habernos asfixiado, y no habría habido ninguna diferencia. No sabíamos cuál era la penalización por viajar con una ventana abierta en nuestro vagón, pero por la seriedad de la actitud del guardia juzgamos que debía de ser de diez años de prisión.

Al fin nuestro tren partió, y nos acomodamos en nuestra cajita de sudor para toda la noche. Pero el tren no había hecho más que ponerse en marcha cuando se detuvo. Y durante toda la noche se paró más o menos cada dos kilómetros. Finalmente nos dormimos empapados en sudor y soñamos que nos quedábamos atrapados en una mina de carbón.

Nos despertamos muy temprano por la mañana para encontrarnos en un tipo nuevo de paisaje, un país cambiado por completo.

Habíamos entrado en una zona tropical donde las selvas se extendían hasta las vías, y donde podíamos ver plátanos creciendo, y donde el aire era húmedo. La tierra y el aire alrededor de Tiflis eran secos.

Las casitas junto a la vía estaban envueltas en flores, y el follaje era denso. Los hibiscos en flor subían por la colina y había naranjos por todas partes. Era una región de lo más fértil y bella. En pequeñas parcelas a lo largo de la vía el maíz era tan alto como en Kansas, dos veces la altura de un hombre en algunos sitios, y había melonares. Por la mañana temprano la gente salía a la entrada de sus casas abiertas y espaciosas a contemplar el paso del tren. Y las mujeres vestían ropas brillantes, como siempre hace la gente de los trópicos. Los pañuelos que llevaban en la cabeza eran rojos, y

azules, y amarillos, y sus faldas eran de tela brillante y estampada. Atravesamos selvas de bambú y helechos gigantes, y campos de tabaco muy alto. Y ahora las casas estaban sobre pilotes, con altas escaleras para llegar al primer piso. Y bajo las casas los niños y los perros jugaban con la primera luz de la mañana.

Las colinas estaban pobladas de bosques de enormes árboles, y todo lo visible estaba cubierto de una vegetación exuberante.

Y luego llegamos a la zona de los huertos de té, probablemente la cosecha más bella del mundo. Las bajas matas de té se extendían a lo largo de kilómetros y subían hasta la cima de las colinas. Incluso al alba hileras de mujeres recogían las hojas nuevas de la parte superior de las plantas de té, con sus dedos revoloteando entre los arbustos como pajaritos.

Nos habíamos despertado con mucha hambre, pero no nos hizo ningún bien. No había nada de comer en el tren. De hecho, en todo el tiempo en que estuvimos en Rusia no encontramos nada que comer en ningún medio de transporte. O te llevas tu comida o te mueres de hambre. Esto explica los fardos que llevan consigo los viajeros: una décima parte es ropa y equipaje, el resto es comida. Intentamos de nuevo abrir una ventanilla, pero había túneles por delante y se nos volvió a prohibir abrirlas. En la distancia, y muy por debajo de nosotros, podíamos ver el azul del mar.

Nuestro tren bajó hasta la costa del Mar Negro y transcurrió en paralelo a ella. Esta costa es enteramente un gigantesco centro de vacaciones. A pequeña distancia hay un gran sanatorio o un hotel, y las playas incluso por la mañana están abarrotadas de bañistas, porque es el lugar de vacaciones de casi toda la Unión Soviética.

Ahora nuestro tren parecía pararse cada pocos metros. Y en cada parada se bajaban grupos de personas, asignados a una u otra casa de reposo. Estas son las vacaciones que desean casi todos los trabajadores rusos. Es la recompensa al trabajo largo y duro, y el lugar de rehabilitación para heridos y enfermos. Viendo este paisaje, con su mar calmo y su aire cálido, entendimos por qué la gente de toda Rusia nos decía una y otra vez: «¡Esperen a conocer Georgia!».

Batum es una ciudad tropical muy agradable, una ciudad de playas y hoteles, y un importante centro de transportes en el Mar Negro. Es una ciudad de parques y calles sombreadas por los árboles, y la brisa del mar evita que haga demasiado calor en ella.

El Hotel Intourist de aquí era el más elegante y lujoso de la Unión Soviética. Las habitaciones eran agradables y estaban recién decoradas, y cada una tenía una terraza con sillas. Las ventanas de pared a pared posibilitaban que se abriese toda la habitación al exterior. Después de toda una noche en un vagón que era una pieza de museo, miramos con deseo las camas, pero no eran para nosotros. Apenas salimos con un baño. Se nos agotaba el tiempo, y teníamos que ver mucho en muy poco tiempo.

Por la tarde visitamos muchas de las casas de reposo. Hay grandes palacios situados en jardines magníficos, y casi todos ellos miraban al mar. Sería peligroso considerarnos expertos en estas cosas. Casi todo el mundo que ha estado alguna vez en Rusia se ha convertido en experto, y casi todos los expertos anulan a los demás expertos. Debemos tener mucho cuidado con lo que decimos sobre estas casas de reposo. Solo tenemos que repetir lo que nos dijeron en las que visitamos, e incluso así apostamos que alguien nos lo discutiría.

La primera que vimos parecía un hotel muy lujoso. Estaba al principio de una larga escalinata

que conducía hasta la playa, y rodeada de grandes árboles, y delante de ella había un porche enorme que dominaba el agua. Era propiedad de una rama moscovita de la unión de electricistas, y las personas que se alojaban en ella eran electricistas. Preguntamos cómo habían logrado venir, y nos explicaron que en cada fábrica, en cada taller, hay un comité que incluye no solo a los representantes de los trabajadores de la fábrica, sino a un médico de la empresa. El comité que designa a la gente que viene de vacaciones tiene en cuenta una serie de factores: la duración del servicio, la condición física, el tipo de cansancio, y la recompensa por el servicio que excede lo exigido. Y si un trabajador ha estado enfermo y necesita un largo descanso, la sección médica de su fábrica le designa para un viaje a una casa de reposo.

Una parte de esta casa de reposo estaba reservada para los hombres solteros, otra para las mujeres solteras, y una tercera parte para familias enteras, que tenían apartamentos para sus vacaciones. Había un restaurante donde comía todo el mundo, y había salas de juego, de lectura y de música. En una sala de juegos la gente jugaba al ajedrez y a las damas; en otra, se desarrollaba un rápido partido de *ping-pong*. Las pistas de tenis estaban llenas de jugadores y espectadores, y en las escaleras había una fila de personas que volvían de la playa o que iban a nadar. El hotel tenía sus propios barcos y equipo de pesca. Mucha gente se limitaba a sentarse en una silla y a perder la vista en el mar. Había convalecientes, y accidentados laborales, enviados a curarse en el cálido aire del Mar Negro. Las vacaciones medias eran de veintiocho días, pero en casos de enfermedad la estancia podía prolongarse por el tiempo que desease el comité de la fábrica.

Nos dijeron que gran parte de los sindicatos mantienen casas de reposo en la costa para sus miembros. Esta casa de reposo podía alojar a unas trescientas personas a la vez.

Condujimos unos pocos kilómetros por la costa hasta un sanatorio, un lugar que, de nuevo, parecía un hotel gigante. Era un sanatorio estatal para tuberculosos y personas con otros problemas respiratorios; en parte hospital y en parte casa de reposo. Era un lugar muy agradable y soleado. A los pacientes en cama se les empujaba hasta los balcones desde los que se dominaba el jardín y el mar, y los casos ambulatorios vagaban por él, escuchando música y jugando al inevitable ajedrez, que es un deporte solo superado en importancia por el fútbol.

Los pacientes de esta casa eran designados por las juntas de médicos de los distritos. Era un lugar de reposo. Cuando llegamos parecía estar casi abandonado, porque todos los pacientes estaban en la cama. Pero mientras estábamos allí sonó un timbre, y fueron saliendo a pasear.

Nos dijeron que había muchos cientos de esos sanatorios al borde del mar, y conduciendo por la carretera de la costa pudimos ver gran cantidad de ellos entre los árboles de las laderas de las colinas.

Mientras conducíamos empezó una densa lluvia tropical, y volvimos a nuestro hotel, y al fin pudimos dormir un par de horas. Nos despertó un tipo de música poco usual. Había un solo de clarinete, tocado en el inconfundible estilo de Benny Goodman. Después se interrumpía ese fragmento, y otro clarinete lo repetía, pero no en el estilo inconfundible de Benny Goodman. Medio dormidos tardamos un rato en darnos cuenta de lo que estaba pasando en una de las habitaciones cercanas. Alguien estaba escuchando un trozo de un disco de Benny Goodman y después intentaba imitarlo, solo con una modesta cantidad de éxito. Seguía y seguía, se repetía el fragmento una y otra vez, y otra, y otra. Solo cuando se ve el desastre que hacen la mayoría de los europeos con la música

*swing* americana, se es capaz de reconocer lo definida, lo acabada y lo única que es esta música. Quizá nuestros músicos tendrían las mismas dificultades con los intrincados ritmos y melodías de la música georgiana. Desde luego los rusos tenían bastantes problemas con los nuestros, pero le ponen mucho entusiasmo. No habíamos oído mucho *swing* americano en Tiflis, pero en Batum había una buena cantidad. Los hoteles estaban llenos de él, porque muchos de los visitantes habían bajado desde Moscú, donde se toca más frecuentemente.

Por la tarde fuimos invitados a un concierto en la playa, por la orquesta que recibía el nombre de orquesta de *jazz* de Tiflis. En un pequeño kiosco de música junto a la playa, la orquesta se colocó en su puesto y tocó su versión del *jazz* americano: «Shine», y «China Boy», e «In The Mood», siempre «In The Mood». Cuando Capa y yo llegamos al concierto, nos dieron muchos ramos de flores y nos sentimos un poco tontos. Ninguno de nosotros es de los que pueden escuchar un concierto mirando por encima de quince libras de gladiolos. Eran ramos enormes y no había nada que pudiéramos hacer con ellos. No podíamos dejarlos en el suelo, tuvimos que mirar a través de los ramos de flores a la orquesta del escenario.

Entendimos por qué no podían tocar bien la música americana. Nuestra música *swing* es inventada e improvisada. El músico y su imaginación están presentes en su interpretación, mientras que esta orquesta rusa imitaba ciegamente los discos que escuchaba, y esos discos no son imitables. Si querían tocar *swing*, deberían haber tomado quizá el tema «Dinah» y haber improvisado sobre él, en cuyo caso habrían tenido música. No habría sido *swing* americano, pero habría sido *swing* georgiano.

Con gran alivio la orquesta retornó a su propia música y tocó las danzas enloquecidas de las colinas georgianas. Y también nosotros nos sentimos aliviados porque ellos estaban en su casa, y era música. Y después de que terminara, el director y muchos de los músicos volvieron al hotel con nosotros para cenar. El director era un hombre enjuto, nervudo y entusiasta, y con nuestra traducción «Tinker to Evers to Chmarsky» intentamos contarle el origen del *swing* americano, cómo se había desarrollado y qué era. Estaba fascinado con la teoría y él y sus músicos estallaban en explicaciones en georgiano. La idea de que alrededor de una melodía simple los músicos se convirtieran en creadores de música, no para escribirla, no para conservarla, sino simplemente para tocarla, era nueva para él. Y mientras él y sus músicos escuchaban, cada vez estaban más emocionados con la idea. Les dijimos que no había razón para que usaran un tema americano. Un tema georgiano con la misma improvisación sería igual de bueno, y probablemente sería una idea que ellos llevarían a cabo mejor. Tras un momento, se levantaron de un salto, y dijeron adiós, y nos dejaron. E imaginamos que en alguna parte, en la noche, en la costa del Mar Negro, se produjo algún alocado experimento con la improvisación a la manera americana.

Parecía que nunca podíamos dormir lo suficiente, pero no era solamente esto lo que nos agotaba. Estábamos en marcha todo el tiempo, nunca podíamos detenernos y pensar. Las cámaras de Capa habían estado sonando sin parar, y él estaba consiguiendo gran cantidad de película expuesta. A lo mejor era algo parecido a esto. Estábamos viendo cosas todo el tiempo, todo el tiempo teníamos que ver cosas. Pues nosotros, con nuestra forma de vida habitual e inútil, solo observábamos las cosas durante una parte pequeña del tiempo, y el resto nos relajábamos y no mirábamos nada. Pero con nuestro tiempo limitado de viaje, teníamos que ver algo a cada minuto, y nos estábamos cansando

hasta el extremo. Y había una cosa más. Estábamos viviendo una vida que con respecto a la virtud solo había sido igualada una o dos veces en la historia del mundo. En parte era deliberado porque teníamos demasiadas cosas que hacer, y en parte era porque el vicio no estaba muy disponible. Y nosotros somos especímenes bastante normales. Nos encanta un tobillo bien torneado o incluso unas pulgadas por encima del tobillo, vestido, si es posible, con unas medias de nailon bien ajustadas. Somos aficionados a los trucos, y a las mentiras, y a las falsedades que usan las mujeres para engañar y atrapar a los inocentes y estúpidos hombres. Nos gustan mucho esas cosas: bonitos peinados, y los perfumes, y la ropa bonita, y el esmalte de uñas, y el carmín, y la sombra de ojos, y las pestañas postizas. Teníamos un ansia definitiva de ser engañados y mentidos. Nos gustan las intrincadas salsas francesas, y los vinos de cosecha, y el champán Pierre-Jouet, aproximadamente de 1934. Nos gusta que el jabón de baño huela dulce, y nos gustan las camisas blancas suaves. Nos gusta la música cíngara tocada por todo un batallón endiablado de violines. Nos gusta el son enloquecido de la trompeta de Louis Armstrong, y la risa histérica del clarinete de Pee Wee Russell. Y ahora llevábamos una vida de prístina virtud. Nos mostrábamos circunspectos a conciencia. Los ataques más comunes contra los extranjeros en la Unión Soviética se basan en la embriaguez y la lascivia. Y a pesar de que solo somos razonablemente alcohólicos, y no más lascivos que la mayoría de la gente, aunque esto es algo variable, estábamos decididos a vivir una vida de santos. Y logramos hacerlo, no enteramente para nuestra satisfacción.

Puede que hubiera otra razón que nos hacía estar cansados, y era nuestra conversación, que se había situado sistemáticamente en un elevado nivel intelectual. No queremos afirmar categóricamente que los rusos son estirados, abstemios y poco dados a la lascivia. No sabemos si en sus momentos más íntimos lo son o no, pero es posible que todos estuviéramos presumiendo un poco ante los demás, como las amas de casa que resoplan en las fiestas. En cualquier caso, llegados a este punto, además de estar extremadamente cansados, sentíamos cómo el estremecimiento de la decadencia actuaba bajo nuestra piel.

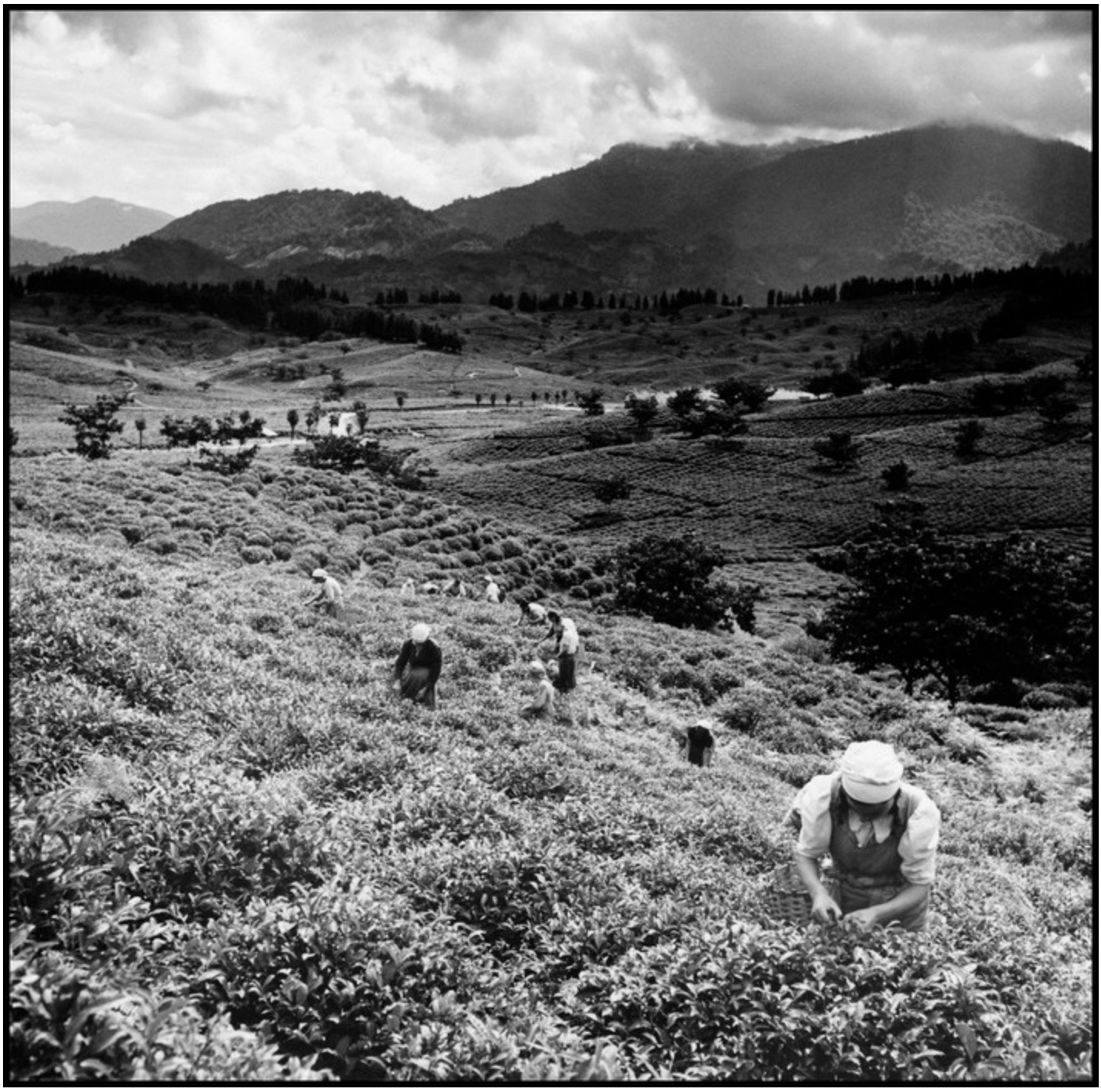
Llovió mucho durante la mañana, una lluvia suave y templada. Nos dimos la vuelta y seguimos durmiendo. A las diez en punto, más o menos, el sol irrumpió y nuestro comité vino para llevarnos a una plantación estatal de té.

Fuimos en coche bordeando la costa, y después subimos para atravesar una hendidura en las verdes montañas y entrar en un valle oscuro, donde las líneas de matas de té de color verde oscuro se extendían a kilómetros de distancia, y aquí y allá había naranjales. Era un paisaje encantador, y era la primera granja estatal que visitábamos.

Una vez más, aquí no podemos generalizar, solo podemos relatar lo que vimos y lo que nos contaron. La granja estatal se llevaba como una empresa americana. Tenía su director, y su equipo directivo, y sus empleados. Los trabajadores de la granja vivían en casas de apartamentos nuevas, y limpias, y agradables. Cada familia tenía su propio apartamento, y si las mujeres trabajaban en el campo, había guarderías donde dejaban a sus hijos. Y tenían el mismo estatus que la gente que trabajaba en las fábricas.

Era una granja muy grande, con sus propias escuelas y sus propias orquestas. El director era un hombre de negocios, que fácilmente podía haber sido director de una sucursal de cualquier empresa americana. Era muy distinta de las granjas colectivas, porque en estas últimas cada granjero tiene una

participación en los beneficios colectivos. Era simplemente una fábrica de cultivar té. Los hombres trabajaban en la preparación de la tierra. La recogida del té la hacían en mayor medida las mujeres, porque sus dedos eran inteligentes. Las mujeres se movían por los campos en largas hileras, y cantaban y hablaban mientras trabajaban, y componían imágenes muy bellas. Capa sacó muchas fotos de ellas. Y aquí, como en todas partes, había condecoraciones a la competencia. Había una muchacha que había ganado una medalla por su velocidad al recoger el té, y sus manos trabajaban como un relámpago en las matas, escogiendo las hojas frescas de un verde más claro y poniéndolas en la cesta que acarreaba. El verde oscuro de las matas de té y el color de las ropas de las mujeres componían una bonita imagen en la ladera. Al pie de la colina había un camión que recibía el té recién recolectado y lo llevaba a la planta de procesado.



Seguimos al camión hasta la fábrica de té, que funciona por entero con maquinaria automática. Las maceradoras majan el té y dejan que se oxide, e interminables cintas transportadoras atraviesan

los hornos de secado. El director es una mujer, y hay degustadoras. Las mujeres manejan las máquinas donde se macera y se oxida el té, y se ocupan de los grandes hornos donde se seca el té. Las mujeres lo clasifican y lo empaquetan. Los únicos hombres son los que mueven los cajones de té empaquetado.

La directora de la planta, una mujer atractiva de unos cuarenta y cinco años, es licenciada en su especialidad por una escuela de agricultura. Y su fábrica produce tés de muchas calidades distintas, desde las delicadas y pequeñas hojas superiores hasta las barras de té que se envían a Siberia. Y como el té es la bebida más importante para los rusos, los cultivos y las fábricas de té se consideran una de las industrias más importantes de la región.

Cuando nos fuimos, la directora nos dio un paquete grande de té del producto más fino de la región, y era un té excelente. Había pasado mucho tiempo desde que habíamos dejado el café, porque el que había no era bueno. Nos habíamos dado al té, y desde ahora nos lo haríamos nosotros mismos para desayunar, y el nuestro era mucho mejor que cualquiera que pudiéramos comprar.

Paramos en una pequeña guardería donde cincuenta o sesenta niños bailaban en la verde hierba; eran los hijos de las mujeres que trabajaban en la plantación. Y Capa descubrió a una niña preciosa con largos tirabuzones y ojos enormes, y quiso fotografiarla, pero a ella le dio mucha vergüenza, y se puso a llorar, y no había quien la consolase. Fotografió a otro niño, que también lloró. Capa es el amigo de los niños. El maestro dijo que la niña era difícil de consolar porque no era una niña georgiana, era una huérfana ucraniana adoptada por una familia georgiana, y se sentía extraña porque todavía no hablaba el idioma. Muchas de las familias georgianas han adoptado niños de las zonas destruidas, porque este rico país no lo tocaron, y la gente se sentía responsable ante el resto de la nación. Aquí y allá paramos para visitar algunas casitas. Y todas tenían sus jardines y sus huertos alrededor. Y en todos los sitios comimos un puñado de avellanas o un poco de queso de la zona y pan negro recién hecho; una pera recién cogida del árbol junto a la casa, o un racimo de uvas. Parecía que estábamos comiendo todo el rato, y no nos podíamos negar. Y probamos el vodka georgiano, que no recomendamos a nadie, porque tiene espuelas en la cola. Es una bebida que parece un auténtico cohete, y nuestros estómagos no podían soportarla. De hecho ni siquiera es vodka, sino lo que solíamos llamar *grappa*, que es vino destilado. Fue demasiado violento para nosotros.

Cuando nuestros estómagos estaban empezando a reventar de comida, el director de la granja se nos unió. Era un hombre alto, recto y sobrio, en uniforme de partisano y con gorra dura. Nos pidió que nos detuviéramos en su casa para comer algo. ¡Dios nos ayude! Explicamos, a través de Chmarsky y de otro intérprete, que un bocado más y explotaríamos. Se nos respondió que se trataría solamente de un detalle, y que se tomaría como una gran cortesía que nosotros visitáramos su casa y tomáramos un vaso de vino con él.

Empezábamos a creer que el arma secreta de Rusia, por lo menos con sus huéspedes, es la comida. Pero por supuesto no podíamos negarnos a tomar un bocado y beber un vaso de vino. De modo que fuimos con él a su casa, una bonita casita sobre una montaña.

Y deberíamos haberlo sabido. Había más gente de pie por ahí, sobre el césped bien cortado de su jardín, de la que se justificaba por un mero bocadillo y un vaso de vino. Dos guapas muchachas salieron de la casa con jarras de agua. Las vaciaron sobre nuestras manos, y nos lavamos las manos y la cara. Las muchachas nos tendieron toallas blancas bordadas en rojo para que nos secáramos.

Entonces nos invitaron a que entráramos en la casa. Pasamos por un vestíbulo hasta un gran salón. En este había colgados unos tapices de brillantes colores; algunos de los dibujos nos recordaron a los de la tapicería india. El suelo estaba cubierto con una especie de esteras, al estilo de los petates mejicanos. Fue la vista de la mesa lo que casi nos mata. Era de unos cuatro metros de largo, y estaba repleta de comida, y había unos veinte invitados. Creo que es la única comida o cena a la que hemos asistido en la que el pollo frito era un entremés, y en la que el resto de los entremeses era cada uno medio pollo. De ahí pasamos a un pollo frío hervido cubierto de una salsa verde fría y deliciosa de especias y nata agria. A continuación vinieron palitos de queso y ensalada de tomates y pepinillos de Georgia. Luego un sabroso estofado de cordero con una salsa espesa. A continuación, una especie de queso frito del país. Y rebanadas de simple pan georgiano de centeno amontonadas como fichas de póquer. El centro de la mesa estaba ocupado por la fruta, con uvas, peras y manzanas. Y lo más temible de todo ello era que estaba todo delicioso. Todos los sabores eran nuevos, y queríamos probarlos todos. Y estuvimos cerca de morir de un atracón. Capa, que está orgulloso de su cintura de noventa y cinco centímetros, y que no iba a deshacerse de su cinturón pasara lo que pasara, iba cogiendo un aspecto hinchado por debajo de su barbilla, y sus ojos se iban poniendo saltones e inyectados en sangre. Pensé que si yo conseguía a continuación pasar dos o tres días sin comer nada, podría volver a la normalidad.

Recordé, y por fin comprendí, una historia que me había contado un inglés. Le enviaron a Estados Unidos durante la Guerra con una especie de misión de compras, y se había dirigido hacia el Medio Oeste. Y en todas partes a las que fue le cebaron. Comió tres y cuatro veces al día. Le enterraron en alimento, y entre una comida y otra la gente le metía cosas en la boca. Les daba pena a causa de la poca comida que había en Inglaterra. Querían alimentarle para que durara algo más gracias a la grasa acumulada. Después de tres días enfermó, pero tenía que seguir aguantando. A la semana ya estaba en unas condiciones desesperadas. Su estómago, que se había acostumbrado a la austera comida de Inglaterra, estaba completamente revuelto, y al enfermar la gente se sintió más y más apenada por su hambre, y le alimentaba más y más. Al principio, al tratarse de un hombre honrado, intentó explicar que tanta comida le acabaría matando, pero simplemente no lo creyeron. Entonces mintió un poco, y dijo que no se sentía bien al comer tanta comida cuando su gente, en casa, no podía disfrutar de esas cosas. Y se rieron de él cuando dijo eso, y tuvo que seguir comiendo. Dijo que al acercarse a una granja la masacre de pollos que se desencadenaba era penosa, y que él mismo había encontrado plumas en su navaja al afeitarse por la mañana. Al concluir su visita de dos semanas se derrumbó, y le llevaron a un hospital donde le hicieron un lavado de estómago. Y el doctor le advirtió de que en sus condiciones, incluso aunque se sintiera terriblemente hambriento, no debería comer mucho. Y él se rió locamente, y se revolvió, y hundió su rostro en la almohada. Por entonces yo pensé que esa historia era una exageración, pero cada vez creía más que era una narración exacta.

Nos presentaron a los veinte invitados, y nos sentamos. Entonces comenzaron nuestros problemas. Si no comíamos, nos apremiaban para que comiéramos; y si comíamos, nos rellenaban los platos al instante. Mientras tanto pasaban las garrafas de vino local, y era un vino delicioso, ligero y pleno de sabor, que probablemente salvó nuestras vidas. Tras unos pocos vasos de vino nuestro anfitrión se levantó, y su esposa vino de la cocina y se quedó de pie junto a él, una guapa mujer de ojos negros con un fuerte rostro. El director bebió a nuestra salud, y a la salud de Estados

Unidos. Entonces señaló a su mejor amigo como maestro de la comida, y ello, según se nos dijo, es una vieja costumbre georgiana: el anfitrión designa a su amigo como maestro de los discursos. Desde ese momento nadie puede hacer brindis alguno en la mesa. Si alguien quiere proponer uno, debe decírselo al maestro, al cual normalmente se ha elegido por su habilidad para hacer discursos. Entonces él hace el brindis. Esto ahorra a los invitados muchas palabras.

El nuevo maestro de la comida hizo un discurso bastante largo. Hay que recordar que hasta los discursos cortos se convertían en largos tal como se hacían aquí, cuando cada frase en georgiano se traducía al ruso, y del ruso al inglés. Sabe Dios qué ideas se perdieron o se confundieron por el camino, y en especial al avanzar la cena. El maestro de la mesa era un economista agrario local, y tras las cortesías habituales de un primer discurso, cayó en su personal afición. Deploró los accidentes y los malentendidos que estaban separando a rusos y norteamericanos, y dijo que tenía una respuesta para ello, y esa respuesta era el comercio. Dijo que se debería establecer un tratado de

comercio entre Rusia y Estados Unidos, pues Rusia necesitaba desesperadamente las cosas que en Estados Unidos se manufacturaban: maquinaria de granja, tractores, camiones, locomotoras. Sugirió que Estados Unidos podría necesitar algunas de las cosas que Rusia producía, y mencionó las piedras preciosas, el oro, la pasta de madera, el cromo y el wolframio. Aparentemente había estado dándole vueltas a este problema durante mucho tiempo. Es muy probable que no conociera muchas de las dificultades que se alzaban en el camino de ese entendimiento, y debemos admitir que nosotros tampoco las conocíamos.

Como éramos forasteros y no podíamos pasar una nota escrita al maestro de ceremonias, se nos permitió contestar a su brindis. Propusimos un brindis por la abolición de los telones de todas clases: de los telones de acero, las cortinas de nailon, y las cortinas políticas, y las cortinas de falsedad, y las de la superstición. Sugerimos que las cortinas eran un preludio de la guerra, y que si la guerra iba a llegar, solo sería por una o dos razones: o por estupidez o deliberadamente; y que si era deliberadamente por parte de los dirigentes, a estos dirigentes habría que cambiarlos, y si era por estupidez, entonces habría que revisar las causas más estrechamente. Y propusimos que como ninguno, ni siquiera el más estúpido y belicoso de los hombres, podía imaginar que una guerra moderna la fuera a ganar alguno, entonces cualquier dirigente de cualquier bando que propusiera seriamente la guerra debería ser perseguido como un loco criminal y apartado de la circulación. Capa había visto mucha guerra, y yo había visto un poco, y ambos teníamos sentimientos muy fuertes al respecto.

Al final de nuestro brindis el vino brotó generoso de sus garrafas, y todos los de la mesa se pusieron de pie, y todo el mundo insistió en chocar su copa contra la copa de todos los demás. También estaba el brindis georgiano íntimo. Cada hombre con un vaso enlaza su brazo con el brazo del vecino, y cada uno bebe de su propio vaso. Las mujeres llegaron desde la cocina, y los vecinos se reunieron alrededor de la entrada, y se les pasaron las garrafas.

Los georgianos con los que estuvimos eran como los galeses. En cualquier grupo de, digamos, diez hombres, habría por lo menos siete voces espléndidas. Y en nuestra mesa apareció la música en la forma de un magnífico canto coral. Cantaron las canciones de los pastores de las montañas georgianas, y las viejas canciones de guerra. Y las voces eran tan buenas, y el coro tan bueno, que parecían ser un grupo profesional, y no lo eran. Entonces el ritmo se aceleró, y dos hombres cogieron unas sillas y les dieron la vuelta sobre sus rodillas, y las usaron como tambores, y comenzó el baile. Las mujeres abandonaron la cocina y bailaron, y los hombres se subieron sobre la mesa y bailaron. Y la música era el coro de voces masculinas, y el tamborileo sobre los asientos de las sillas, y el batir de palmas.

Era una fenomenal música de baile. A veces un hombre bailaba solo, y a veces una mujer sola, y a veces bailaban juntos, con pasos rápidos y formales, las danzas tradicionales de Georgia. Esto es lo que ocurrió cuando nos detuvimos a tomar solo un bocado y un vaso de vino en una granja georgiana. Tuvimos que esforzarnos para irnos.

Mientras nuestro coche corría cuesta abajo hacia Batum, comenzó a llover de nuevo.

Íbamos a tomar el tren hacia Tiflis esa noche, y se suponía que íbamos a ir al teatro antes de esa hora. Y estábamos tan cargados de fatiga, y de comida, y de vino, y de impresiones, que el teatro no nos dejó mucha huella. Era *Oedipus Rex* representado en georgiano, y nuestros ojos apenas se

abrieron para llegar a ver que Edipo era un hombre apuesto con un diente de oro brillante, y que su peluca roja era magníficamente roja. Actuaba sobre una escalera, subiendo y bajando, subiendo y bajando. Declamaba sus diálogos con fuerza y belleza. Y cuando Edipo se arranca los ojos y hace jirones su camisa ensangrentada, nuestros ojos ya estaban casi cerrados, y tuvimos que obligarlos a abrirse. El público se pasó la mitad del tiempo dándose la vuelta para mirarnos, los visitantes americanos. Solo éramos un poco menos raros que unos visitantes marcianos, y no pudo parecer que nos aprovechábamos, porque estábamos medio dormidos. Nuestro anfitrión nos sacó del teatro, nos metió en un coche, nos empujó escaleras arriba del tren, y éramos como sonámbulos. No tuvimos pelea alguna con el revisor esa noche acerca de abrir las ventanas. Caímos en nuestras literas y nos dormimos casi inmediatamente.

En estos tremendos georgianos habíamos encontrado más que nuestros iguales. Podían comer más que nosotros, beber más que nosotros, bailar más que nosotros, cantar más que nosotros. Tenían la fiera alegría de los italianos y la energía física de los borgoñones. Todo lo que hacían lo hacían con facilidad. Eran bastante diferentes de los rusos que habíamos conocido, y es fácil percibir por qué son tan admirados por los ciudadanos de otras repúblicas soviéticas. Su energía no solo sobrevive, sino que crece en un clima tropical. Y nada puede romper su individualidad o su espíritu. Lo han intentado durante muchos siglos los invasores, los ejércitos del zar, los déspotas, la pequeña nobleza local. Todo se ha estrellado contra su espíritu, y nadie ha conseguido hacerles mella.

Nuestro tren llegó a Tiflis hacia las once, y habíamos dormido justo hasta un poco antes, nos vestimos corriendo, fuimos a nuestro hotel, y dormimos todavía más. Y no comimos, ni siquiera bebimos una taza de té, porque teníamos que hacer una cosa más antes de volar de vuelta a Moscú a la mañana siguiente. Esa noche nos iban a dar una fiesta los intelectuales y artistas de Tiflis. Y si esto parece estar convirtiéndose en una competición de comidas, será bastante acertado. No es que pareciera que estábamos comiendo prácticamente todo el tiempo; es que lo estábamos.

Igual que el cuerpo puede llegar a estar ahíto, y se desentiende de la buena comida y del vino, y desaparece la percepción de las especias y de las cosechas, de igual modo una mente puede caer anegada en impresiones, superada por las escenas presenciadas, imperceptiva al color y al movimiento. Nosotros estábamos sufriendo a la vez de sobrealimentación, sobrebebida y sobrevisión. Se dice que en un país ajeno las impresiones son claras y brillantes durante un mes, y a continuación se hacen borrosas, y las reacciones dejan de ser nítidas durante cinco años, de modo que uno se podría quedar entre un mes y cinco años en otro país.

Teníamos la impresión de que ya no percibíamos nítidamente. Y la cena con los intelectuales georgianos de esa noche nos despertaba cierto terror. Estábamos muy cansados, y no queríamos oír discursos, especialmente discursos intelectuales. No queríamos pensar acerca del arte, o de la política, o de la economía, o de las relaciones internacionales, y, especialmente, no queríamos comer ni beber. Principalmente, lo que queríamos era irnos a la cama y dormir hasta que llegara la hora de ir al avión. Pero los georgianos habían sido tan amables con nosotros y tan complacientes que sabíamos que teníamos que ir a esa cena. Era la única cosa formal que nos habían pedido que hiciéramos. Y deberíamos haber confiado más en los georgianos y en su ingenio nacional, porque la cena al final no resultó ser en absoluto nada parecido a lo que habíamos sospechado que podría ser.

Nuestras ropas estaban en un estado deplorable. No habíamos traído muchas, porque no puedes

hacerlo cuando vuelas, y nuestros pantalones no se habían planchado desde que habíamos entrado en la Unión Soviética. Y nuestros abrigos habían sufrido pequeños accidentes alimentarios. Nuestras camisas estaban limpias, pero mal planchadas. Estábamos lejos de ser unos bonitos ejemplos de norteamericanos bien vestidos. Pero Capa se lavó el pelo, y eso tenía que valer por los dos. Quitamos las motas más quitables de nuestras ropas, nos pusimos camisas limpias, y ya estábamos listos.

Nos llevaron en el funicular cerro arriba hasta el gran restaurante de la cima que contempla el conjunto del valle. Era por la tarde, y la ciudad estaba encendida a nuestros pies. El cielo del atardecer se encendía en oro más allá de los picos negros del Cáucaso.

Fue una gran fiesta. La mesa parecía de una milla de largo. Estaba dispuesta para unas ochenta personas, pues los bailarines de Georgia estaban allí, y los cantantes, y los compositores, y los que hacían películas, y los poetas y los novelistas. La mesa estaba cubierta de flores y bellamente decorada y puesta, y la ciudad era como un conjunto de cuerdas de diamantes bajo el cerro. Había muchas bellas mujeres cantantes y bailarinas.

Comenzó la cena, como lo hacen todas las cenas así, con unos pocos discursos acartonados, pero la naturaleza georgiana y el ingenio georgiano no podían tolerarlo, y eso se hizo añicos casi inmediatamente. Resulta que no se trata de gente acartonada, y no podían simular que lo eran durante mucho tiempo. Rompieron a cantar, individualmente o por grupos. Rompieron a bailar. El vino circuló. Y Capa hizo su famoso *kazatzki*, que no es elegante pero es visiblemente lo mejor que puede hacer. Quizá el sueño que nos habíamos echado nos había dado nueva vida, y quizá el vino ayudó un poco, pues la fiesta se prolongó hasta muy entrada la noche. Recuerdo a un compositor georgiano que elevó su vaso, y se rió, y dijo: «¡Al infierno la política!». Recuerdo estar intentando bailar una danza georgiana con una guapa mujer que resultó ser la mejor bailarina de danzas georgianas del mundo. Recuerdo que por fin cantamos en grupo por la calle, y que la milicia vino para investigar qué estábamos cantando, y que se unió al coro. Chmarsky estaba un poco alegre. Era tan forastero en Georgia como nosotros. Las barreras idiomáticas cayeron, las fronteras nacionales cayeron, y ya no hubo necesidad de traductores.

Lo pasamos estupendamente, y esa cena, que habíamos esperado reticentes y con horror, resultó ser una espléndida fiesta.

Al amanecer nos arrastramos hasta nuestro hotel. No teníamos intención de meternos en la cama, porque nuestro avión despegaría en pocas horas. Estábamos medio muertos mientras hacíamos nuestras maletas, pero de algún modo llegamos hasta el aeropuerto, nunca sabremos cómo.

Se trataba de la rutina habitual de llegar al aeropuerto antes de que hubiera luz de día. Nuestros anfitriones llegaron en un gran coche para llevarnos. Tenían aspecto de no encontrarse bien, y nosotros nos sentíamos igual. La fiesta nocturna no nos había dejado mucha energía. Llegamos al aeropuerto con nuestras cámaras y nuestro equipaje y nuestras películas, justo antes del amanecer, y fuimos, como solíamos, al restaurante, para tomar un té con grandes galletas. En la línea de salida, al otro lado del campo, los aviones militares rusos despegaban en parejas y salían de patrulla.

El señor Chmarsky estaba cansado y un poco distraído. En nuestro lado del campo, un gran avión de transporte, de nuevo un C-47, estaba calentando motores, y la gente entró, y nosotros preguntamos si era nuestro avión, y se nos dijo que no lo era. Y despegó. Una hora después preguntamos de nuevo

por nuestro avión. Ahora parecía que era nuestro avión el que había despegado. El *gremlin* del Kremlin estaba de nuevo trabajando. Nos quejamos un poco amargamente. Nadie nos había dicho que teníamos que ir en ese avión. Hasta Chmarsky se indignó, y tuvo una larga y airada conversación con el comandante del aeropuerto, una conversación con grandes manoteos y con esas palabras rusas que tienen consonantes que no podemos pronunciar. Suenan como una traca de petardos. El señor Chmarsky amenazó con informar de todo el incidente a donde sea que se informe de incidentes así, y el comandante se entristeció. Entonces su cara se iluminó y dijo: «Irán ustedes en un avión especial. Lo están preparando ahora».

Nos quedamos adecuadamente impresionados y contentos por ello, porque nunca en nuestras vidas habíamos ido a lugar alguno en un avión especial, y nos imaginamos que podríamos tirarnos en el suelo y dormir. El avión iba a salir en una hora. Iba a costar todo ese tiempo que estuviera preparado. Volvimos al restaurante, y tomamos más té y más galletas grandes.

Al cabo de una hora volvimos a preguntar. Y parecía que un motor necesitaba algo más de trabajo, y posiblemente harían falta otros treinta y cinco minutos más antes de que pudiéramos despegar en nuestro «avión especial».

Nuestros anfitriones, mientras tanto, estaban marchitándose y muriendo. Intentamos convencerles de que volvieran a Tiflis y se metieran en la cama, pero eran muy corteses y no lo hicieron. Nos verían salir hacia Moscú. Dos vasos más de té, y cuarenta y cinco minutos, y preguntamos de nuevo. Parecía, dijo el comandante, que una delegación de turcos, representantes del Gobierno turco, iban de camino a Moscú para participar en las celebraciones del 800 aniversario de la ciudad. Iban a ir en avión con nosotros, si no nos importaba; iban a compartir nuestro avión especial, si se lo permitíamos. Ahora no nos gusta demasiado el Gobierno turco, pero cuando se nos planteó así, no pudimos negarnos a que los representantes de toda una nación soberana fueran en nuestro avioncito especial a Moscú. Estuvimos bien en esa ocasión, y dimos el permiso.

«Que suban al avión, y pueden ir con nosotros» —dijimos.

Solo había un pequeño problema, y era que todavía no habían llegado. Todavía estaban en Tiflis, y saldrían en una media hora.

Volvimos al restaurante, y tomamos dos vasos más de té y más galletas grandes. El sol salió, el aire se calentó, y los aviones patrulla rusos despegaron y aterrizaron. Nosotros teníamos bajo los ojos esa sensación arenosa que procede de la total e insuperable fatiga. Al cabo de otra hora volvimos al comandante, e incluso el señor Chmarsky estaba bastante alterado. ¿Dónde estaban los turcos?

Bueno, parecía que su tren no había llegado a Tiflis todavía. Se había retrasado en algún lugar a lo largo del recorrido, y como les habíamos dado permiso para ir en nuestro avión, el comandante no creía que estuviera muy bien dejar abandonada a la delegación turca, y quizá no nos importara esperar otra media hora.

El nivel del té en nuestros cuerpos alcanzaba ya el tórax. Volvimos al restaurante, y bebimos otro vaso, y nos rebosó por la boca. Chmarsky hundió la cabeza entre las manos, y recordé nuestra definición de los *gremlins*, y su respuesta de que en la Unión Soviética no creen en los fantasmas.

Dije: «Señor Chmarsky, ¿cree ahora en los fantasmas?».

Elevó sus ojos cansados, dio un puñetazo con ambas manos sobre la mesa, y echó a correr hacia

el comandante, gritando.

Nuestros anfitriones de Tiflis estaban ahora tirados en el suelo bajo un árbol del jardín del aeropuerto, profundamente dormidos. Pero nosotros no podíamos irnos a dormir, porque nuestro avión iba a despegar en treinta y cinco minutos.

Dos horas y media más tarde llegaron los equipajes de los turcos —veinte grandes maletas en un camión—, pero no los turcos. Se supo que tras un viaje en tren de toda la noche los turcos se habían sentido un poco polvorientos y llenos de tierra, y se habían ido a un hotel a darse un baño, a desayunar algo y a descansar un poco. El comandante lo sentía mucho, se trataba de un asunto internacional, y si no nos importaba dejar que los turcos vinieran en nuestro avión le haríamos el hombre más feliz del mundo, y quizá hasta probablemente salváramos su trabajo y su reputación.

De nuevo fuimos magnánimos. Y descubrimos una verdad científica: supimos exactamente cuánto puede aguantar el sistema humano, y llegamos hasta ese punto.

A las doce y media llegaron los turcos. Eran turcos gordos, cuatro hombres y una mujer. No sabíamos lo que iban a hacer con veinte maletas grandes para una estancia de dos semanas como mucho. Pensamos que quizá traerían harenes con ellos. Se pavonearon por el aeropuerto, entraron en el avión, y se iba a cerrar la puerta cuando nosotros atacamos el avión. Hubo cierto altercado en la puerta, pero por fin los turcos nos dejaron entrar. Resultó que en absoluto se trataba de nuestro avión, sino el avión de los turcos. Y no es que les estuviéramos dejando viajar con nosotros, sino que nos estaban dejando viajar con ellos, y no les gustaba nada. No queríamos recordarles que nosotros, como cotizantes de impuestos norteamericanos, estábamos proporcionándoles dólares para preservar la democracia de su gran país. Todo lo que queríamos hacer era subir a ese avión y alejarnos de una puñetera vez de Tiflis. El señor Chmarsky estaba llorando un poco, y soltaba su puño hacia todo lo que se moviera. Tenía el plan de escribir cartas a todos los periódicos de Moscú contando el incidente.

Por fin nos dejaron subir al avión, y los turcos —eran turcos bien redonditos, bien rellenitos— se acomodaron en sus asientos con gruñidos de disgusto por nuestra presencia. Miraban suspicaces hacia nuestro equipaje. Debemos decir que eran los turcos que mejor olían de todos los que nos habíamos encontrado. Todos y cada uno olían como un corte de pelo de dos dólares. Y yo tenía la sensación de que mientras esperábamos en el caluroso aeropuerto ellos se habían estado bañando en esencia de rosas.

Nos despedimos con pesar de nuestros anfitriones de Tiflis. Habían sido muy amables y hospitalarios con nosotros, les habíamos proporcionado considerables molestias. Y nuestro amigo el conductor de caballería nos despidió enérgicamente. Nada le cansaba.

Había un ambiente muy cerrado en el avión, porque el sistema de aire acondicionado, como de costumbre, estaba estropeado, y el olor de la esencia de rosas era insoportable. Nuestro avión se lanzó pesadamente al aire y comenzó pronto a ascender para pasar el Cáucaso. Podíamos ver los castillos y las fortificaciones antiguas en las cumbres.

Georgia es un lugar mágico, y se convierte en un sueño en el momento en que la abandonas. Y las gentes son mágicas. Es cierto que tienen uno de los países más bonitos y más ricos del mundo, y están a su altura. Y ahora comprendíamos completamente por qué los rusos siempre nos habían dicho: «Hasta que no hayáis visto Georgia, no habréis visto nada».

Volamos sobre el Mar Negro, y nos detuvimos de nuevo en Sukhum, y esta vez nuestra tripulación no se fue a nadar. Los puestos de las mujeres todavía estaban ahí vendiendo fruta, y compramos una gran caja de melocotones para llevárselos a nuestros corresponsales de Moscú. Los elegimos verdes a propósito para que no maduraran rápidamente. Lo triste fue que no maduraron en absoluto. Simplemente, se pudrieron en las mismas condiciones en que los compramos.

Sobrepasamos las cordilleras secundarias del Cáucaso, y bajamos hacia las tierras interminablemente llanas. No aterrizamos en Rostov, sino que volamos directamente a Moscú. Y en Moscú hacía frío, porque el invierno se acercaba rápidamente.

El señor Chmarsky era un hombre nervioso. Esta vez casi acabamos con él. Incluso *el gremlin* de Chmarsky estaba cansado. No hubo dificultades en el aeropuerto. Nos encontraron. El coche estaba esperando, y entramos en Moscú sin problema alguno. Nos puso muy contentos ver nuestra habitación en el Savoy, con el mono loco, la cabra demente y el pez empalado. El busto de *Crazy Ella* nos hacía guiños y nos saludaba mientras subíamos las escaleras hacia nuestra habitación, y el oso disecado del segundo piso se incorporó y nos saludó.

Capa se metió en la bañera con un viejo informe financiero británico, y yo me fui a dormir mientras él seguía ahí. Por lo que sé, pasó la noche en la bañera.

# Capítulo IX

Moscú se encontraba en un estado de actividad febril.

Grandes grupos de hombres cubrían los edificios con gigantescos carteles y retratos, de acres de extensión, de los héroes nacionales. Se colgaban ristras de globos de luz en los puentes. Los muros del Kremlin y sus torres, e incluso sus almenas, estaban contorneados por luces eléctricas. Todos los edificios públicos estaban iluminados. En todas las plazas públicas se habían montado escenarios para los bailes y en algunas de ellas se habían erigido pequeñas casetas, decoradas para que pareciesen casitas de cuento rusas, para la venta de dulces, y helados, y recuerdos. El adorno oficial era una insignia de metal para la solapa, y todo el mundo llevaba una.

Casi cada hora llegaban delegaciones de muchos países. Los autobuses y trenes estaban abarrotados. Las carreteras estaban llenas de gente que venía a la ciudad, acarreando su ropa y comida para muchos días. Han sentido hambre con tanta frecuencia que no se arriesgan cuando se desplazan, y todo el mundo lleva unas cuantas hogazas de pan. En todos los edificios había banderitas y banderas y flores de papel. Los *kommissariats* individuales tenían sus letreros en los edificios que albergaban sus oficinas. La empresa del metro erigió un enorme plano de los suburbanos de Moscú, y en la parte inferior había un pequeño tren de metro que circulaba de un lado a otro. Esto atraía multitudes, que lo contemplaban todo el día y hasta bien avanzada la noche. Vagones y camiones cargados de alimentos, de repollos, de melones, de tomates, de pepinos, entraban en la ciudad: eran los regalos de las granjas colectivas a la ciudad por su 800 aniversario.

Todo el mundo por la calle llevaba alguna medalla, o lazo, o adorno recordatorio de la Guerra. La ciudad bullía de actividad.

Me acerqué a la oficina del *Herald Tribune* y encontré una nota de *Sweet* Joe Newman. Estaba retenido en Estocolmo, y me pedía que cubriese la fiesta para el *Herald Tribune*, ya que él no podía volver para hacerlo.

Capa estaba revisando sus películas enfervorecido, criticando su propio trabajo, la calidad del revelado, todo. Para entonces ya tenía un número enorme de negativos, y pasaba horas delante de la ventana, mirando los negativos a la luz y echando pestes de ellos. No había nada correcto, nada estaba bien.

Llamamos al señor Karaganov a la oficina de la Voks y le pedimos que averiguase qué teníamos que hacer para sacar las películas de Rusia. Pensamos que podría haber algo de censura, y queríamos saber cómo hacer con tiempo suficiente para podernos preparar para ello. Nos aseguró que se

pondría con el asunto inmediatamente y que nos lo haría saber.

La noche anterior a la celebración se nos invitó al Teatro Bolshoi, pero no nos dijeron qué había. Debido a una afortunada casualidad, no pudimos ir. Más tarde oímos que fueron seis horas de discursos, y nadie podía irse, porque en el palco del Gobierno había miembros de este. Fue una de las casualidades más felices que nos ha ocurrido en la vida.

Los restaurantes y *cabarets* estaban atestados de gente, y la mayoría de ellos estaban reservados para los delegados que habían venido desde las demás repúblicas de la Unión Soviética y desde otros países, así que no pudimos entrar en ninguno. De hecho fue muy difícil cenar aquella noche. La ciudad estaba simplemente abarrotada de gente, que caminaba lentamente por las calles, parándose en una plaza para escuchar la música un rato, y luego desplazándose con dificultad hacia otra plaza. Miraba, y caminaba pesadamente, y miraba. Los campesinos tenían los ojos como platos. Algunos nunca habían visitado la ciudad antes, y nadie había visto nunca la ciudad tan iluminada. Había algo de baile en las plazas, pero no mucho. En su mayoría las gentes caminaban lentamente y miraban otras cosas. Los museos estaban tan abarrotados que ni siquiera se podía entrar. Los teatros estaban atestados. No había edificio que no tuviese al menos un retrato gigantesco de Stalin, y el segundo retrato en tamaño era el de Molotov. Después estaban los retratos enormes de los presidentes de las diferentes repúblicas y de los otros héroes de la Unión Soviética, de tamaño gradualmente menor.

A última hora de la tarde fuimos a una pequeña fiesta en la casa de un corresponsal americano en

Moscú que llevaba en Rusia muchos años. Habla y lee ruso con facilidad y nos contó gran cantidad de historias acerca de algunas de las dificultades de llevar una casa en la Rusia actual. E igual que con el servicio de los hoteles, la mayoría de las dificultades se originaban en la ineficacia del sistema burocrático: demasiados registros y demasiada contabilidad hacían imposible reparar nada.

Después de cenar cogió un libro de sus estanterías. «Quiero que escuchen esto», dijo, y empezó a leer despacio, traduciendo del ruso. Y leyó algo parecido a lo siguiente; no es una transcripción exacta, pero es lo suficientemente fiel:

«Los rusos de Moscú sospechan mucho de los forasteros, que son constantemente vigilados por la policía secreta. Se registran todos sus movimientos y se envían a los cuarteles generales. Se pone un guardia para cada forastero. Es más, los rusos no reciben a los forasteros en sus casas, y parecen incluso tener miedo de hablar mucho con ellos. Los mensajes que se envían a un miembro del Gobierno normalmente quedan sin respuesta, y los mensajes posteriores también. Si alguien insiste, se le dice que ese funcionario se ha marchado de la ciudad o que está enfermo. Se permite que los forasteros viajen por Rusia, pero solo después de grandes dificultades, y durante sus viajes se les vigila muy de cerca. Debido a esta frialdad y suspicacia, los forasteros que visitan Moscú se ven obligados a relacionarse exclusivamente entre sí».

Hubo mucho más de este estilo, y al final nuestro amigo levantó la vista y dijo: «¿Qué os parece?».

Y nosotros dijimos: «No creemos que puedas pasar la censura».

Se rió. «Pero si esto fue escrito en 1634. Es de un libro titulado *Viajes por Moscovia, Tartaria y Persia*, escrito por un hombre llamado Adam Olearius». Y dijo: «¿Queréis oír un relato de la conferencia de Moscú?».

Y leyó de otro libro algo parecido a esto: «Diplomáticamente, los rusos son muy difíciles de tratar. Si alguien presenta un plan, ellos contraatacan con otro plan. Sus diplomáticos no están entrenados en el gran mundo, sino que en su mayoría son personas que nunca han salido de Rusia. De hecho, a un ruso que ha vivido en Francia se le considera francés; al que ha vivido en Alemania se le considera alemán, y no se fían de ellos en casa».

«Los rusos no van diplomáticamente en línea recta. Nunca van al grano, discuten en círculos. Seleccionan las palabras, las discuten, les dan la vuelta, hasta que al fin la confusión general es el resultado de cualquier reunión».

Tras una pausa dijo: «Y esto fue escrito en 1661, por un diplomático francés, Augustin, barón de Mayerburg. Estas cosas le hacen a uno estar menos inquieto bajo el sistema actual. No creo que Rusia haya cambiado mucho en algunos aspectos. Los embajadores y diplomáticos de los países extranjeros llevan seiscientos años volviéndose locos aquí».

Bastante tarde por la noche nuestro anfitrión intentó llevarnos a casa, pero a medio camino su coche se quedó sin gasolina. Salió y detuvo al primer conductor que pasó. Hubo una rápida conversación en ruso. Dio al hombre cien rublos, y nosotros nos montamos, y este desconocido nos llevó a casa. Y descubrimos que esto puede hacerse casi siempre. Casi cualquier coche se convierte en taxi por la noche, a un precio muy alto. Esto es una gran suerte, porque prácticamente no hay taxis regulares en funcionamiento. Por lo general los taxis cubren una ruta y llevan el coche lleno. Debes decir adónde vas, y el taxista te dirá si él va en esa dirección. Funcionan un poco como tranvías.

Además de la decoración, se exponía a la vista de todos gran cantidad de nuevas maquinarias para celebrar el aniversario. Se sacaron a la calle para estos festejos unos tranvías eléctricos nuevos y grandes, y trolebuses. La fábrica de automóviles Ziss sacó preciosos coches nuevos, casi exclusivamente para el uso de las grandes delegaciones de los países extranjeros.

Aunque solo estábamos a 6 de septiembre, iba haciendo mucho frío en Moscú. Nuestra habitación estaba helada, y la calefacción no se pondría hasta dentro de un mes. Llevábamos nuestros abrigos cuando no estábamos en la cama. Los demás corresponsales en el Hotel Metropole estaban desempaquetando los calefactores eléctricos que habían estado guardados durante el verano.

Casi al alba del día de la celebración, Capa ya estaba enloquecido por las calles con sus cámaras. Ahora iba con él un fotógrafo ruso para facilitarle los movimientos por la ciudad y para explicar a los policías que todo estaba en orden. Y en la Plaza Roja se asignó a un miliciano que le facilitara las cosas y que controlara cualquier situación desagradable. Fotografió edificios, y adornos, y muchedumbres, y rostros, y grupos de caminar lento, y estaba tan feliz como le era posible estar cuando trabaja.

En muchas calles se levantaron restaurantes en las aceras —uno directamente al otro lado de la calle de nuestro hotel—: dos mesitas, con mantel blanco, y jarrones con flores, y un gran samovar, y un mostrador con vitrinas de cristal para pequeños bocadillos (bocadillos sin tapa con salchichas y queso), tarros de encurtidos, y peras y manzanas pequeñas, todo a la venta.

Era un día frío y luminoso. Los elefantes del circo desfilaban por las calles, precedidos por los payasos. No iba a haber ningún desfile militar este día, pero se había programado un gran espectáculo en el estadio, y allí fuimos por la tarde.

Era un espectáculo de formaciones en masa de los trabajadores de las fábricas con brillantes trajes. Hicieron calistenia y marchas en grupo. Compusieron figuras en el campo. Hubo carreras, algunas para mujeres y otras para hombres, competiciones de lanzamiento de peso y de voleibol.

Hubo un espectáculo de caballos bailarines, caballos entrenados muy bien, que bailaban el vals y la polca, y hacían reverencias y piruetas.

Alguien importante del Gobierno estaba allí, pero no le podíamos ver, quienquiera que fuese, porque el palco estatal estaba en nuestro lado del estadio. De hecho casi tenemos un récord. En todo el tiempo en que estuvimos en Rusia no vimos ni a una sola persona importante. Stalin no vino a esta celebración desde su casa del Mar Negro.

El espectáculo del estadio siguió toda la tarde. Hubo desfiles de bicicletas, y carreras de motocicletas y para terminar hubo un espectáculo final que requirió mucha preparación. Una hilera de motocicletas daba vueltas a la pista. En el sillín estaba el conductor de la motocicleta, y de pie en cada una de ellas había una muchacha en mallas, y cada chica llevaba una gran bandera roja, de manera que cuando las motos iban a toda velocidad, la enorme bandera ondeaba detrás. Esta formación dio dos vueltas a la pista, y este fue el fin del espectáculo.

Regresamos desde el Estadio del Dinamo porque yo tenía que escribir mi columna para el *Tribune* en lugar de Joe Newman, y Capa tenía que volver a las multitudes para que su cámara siguiera disparando. Y a medio camino de vuelta se nos pinchó una rueda y tuvimos que hacer el resto andando. Capa quedó atrapado en la multitud y yo no le vi hasta mucho más tarde. Finalmente logré llegar a la oficina del *Tribune*, escribí el artículo y lo mandé al censor.

Esa noche cenamos con el señor Louis Aragón y su esposa, que estaban en el Hotel National. Tenían una habitación con una terraza desde la que se dominaba la enorme plaza de detrás del Kremlin. Desde allí podíamos ver los fuegos artificiales que se disparaban casi constantemente y podíamos oír las salvas de la artillería que continuaron a intervalos durante toda la noche. La plaza de enfrente era una masa compacta de gente. Debía de haber millones, pululando lentamente y arremolinándose de un lado a otro. En el centro de la plaza había un kiosco de música donde se daban discursos, se tocaba música, y había cantantes y bailarines. El único lugar que habíamos visto tan abarrotado es Times Square en Nochevieja.

Hasta bien entrada la noche no pudimos abrirnos camino a través de la gente para volver a nuestro hotel. Y muchos cientos de miles de personas todavía caminaban con dificultad por las calles, de un lado a otro, mirando las luces y contemplando los montajes eléctricos.

Yo me acosté, pero Capa apartó sus cientos de carretes de película, y sacó sus negativos, y cuando me dispuse a dormir todavía estaba mirándolos al trasluz, quejándose amargamente de que nada había salido bien. Había descubierto que en una de las cámaras que había estado usando durante todo el día había aparecido un pequeño agujero y pensaba que probablemente todos sus rollos se habían echado a perder. Esto no hacía de él un hombre demasiado feliz, y me daba tanta lástima que decidí no hacerle ninguna pregunta intelectual la mañana siguiente.

Nuestro tiempo se estaba acabando y todavía había muchas cosas que queríamos hacer. Queríamos ver a los escritores rusos que, cuando llegamos, estaban fuera de la ciudad, en el Mar Negro, o en Leningrado, o en el campo. Y queríamos ver teatro y *ballet* y las escuelas de *ballet*. Capa tenía todavía que hacer muchos disparos a voleo. Y cada día, o cada dos días, llamábamos a la Voks y preguntábamos si nuestras fotografías tenían vía libre, porque estábamos empezando a preocupamos. No conseguíamos información sobre qué teníamos que hacer con nuestras fotos, y

sabíamos que había que hacer algún tipo de petición. Y no se nos dio ninguna información, excepto que estaban en ello. Mientras tanto, los cajones de nuestra habitación estaban repletos de carretes y tiras de película revelada.

Había llegado el otoño, y el invierno se acercaba rápidamente. En el campo alrededor de Moscú una neblina azul se suspendía cerca de las plantaciones, y por todas partes la gente enterraba las patatas y almacenaba los repollos.

Entre Capa y yo se estaba interponiendo una especie de frialdad, porque en nuestra habitación había entrado un olor, y nos pareció que era el olor de ropa no lo bastante limpia. Creíamos que nosotros estábamos limpios, nos bañábamos mucho, enviábamos nuestra colada con regularidad y aun así este olor aumentaba. Empezábamos a mirarnos el uno al otro con el ceño fruncido y haciéndonos comentarios ligeramente desdeñosos. El olor era cada vez peor. Teníamos que dejar una ventana abierta. Al cabo de tres días descubrimos qué era. El general Macón nos había dado unos pulverizadores de DDT, y uno de ellos no estaba bien cerrado, de modo que un poco de vapor de su contenido estaba impregnando la habitación con su olor. Y como nosotros no nos esperábamos ningún olor, cada uno pensó que era el otro. El olor del aerosol, si sabes lo que es, es un agradable olor a limpio, pero si no sabes lo que es, es bastante asqueroso. Nos pusimos muy contentos cuando descubrimos la fuente del mal y lo cerramos, y la habitación pronto recuperó su belleza.

En la noche siguiente a la celebración, Ed Gilmore, que con el tiempo había perdonado a Capa por robar su Ellery Queen, nos invitó a cenar. Su esposa es tan bonita, como buena cocinera. Pasamos una tarde de decadencia feliz, bien alimentada y suavemente alcoholizada, porque Ed Gilmore tenía una serie de discos de *swing* recién llegados de Estados Unidos. Bebimos Martini y comimos *piroshki* pequeños y crujientes, y bien entrada la noche bailamos un poco. Fue una buena velada, y honramos a Ed Gilmore por su capacidad para perdonar el crimen que Capa cometió contra él. El día siguiente *Sweet* Joe Newman volvió de Estocolmo con regalos muy delicados. Compró una pluma, y algunos encendedores, y cigarrillos, y delicias en lata, y unas cuantas botellas de *whisky* escocés, y una maleta llena de papel higiénico. Era muy bueno tenerle de vuelta.

Moscú se estaba acomodando a su ritmo invernal. Los teatros estaban abriendo, empezaría el *ballet*, las tiendas estaban empezando a vender la gruesa ropa de algodón acolchada y las botas de fieltro que lleva la gente en invierno. Los niños aparecían en las calles con gorros con orejeras, y con cuellos forrados de piel en sus gruesos abrigos. En la Embajada de Estados Unidos los sargentos ingenieros que eran expertos en electricidad estaban muy ocupados con la renovación de la instalación eléctrica de todo el edificio. El invierno anterior los cables se habían incendiado, y sin las calefacciones eléctricas a las que estaban acostumbrados, los empleados de la Embajada tenían que trabajar con el abrigo puesto.

Fuimos a cenar a la casa en la que vivían cinco jóvenes oficiales americanos de la plantilla del Agregado Militar. Fue una cena muy buena, pero ellos no viven unas vidas demasiado felices, porque ellos, más que el resto, tienen sus movimientos restringidos y deben vivir la más circunspecta de las vidas. Supongo que el Agregado Militar de Rusia en Estados Unidos también está vigilado de cerca. Delante de su casa hay permanentemente un miliciano de uniforme, y cada vez que salen de su casa les acompañan perseguidores invisibles.

Dentro de la agradable casa nos sentamos a la cena con los oficiales americanos y comimos

comida americana: una pierna de cordero, y guisantes verdes, y una buena sopa, y ensalada, y galletitas, y café solo. Y pensamos que hace cuatrocientos años, quizá en una casa como esta, los oficiales británicos y franceses, jóvenes con uniformes dorados y rojos, estaban sentados con su oporto, mientras fuera, delante de la puerta, un guarda ruso con casco y lanza les vigilaba. Estas cosas no parecen haber cambiado mucho.

Como todos los turistas, hicimos la excursión hasta la pequeña población de Klin, a setenta kilómetros de Moscú, para visitar la casa de Tchaikovsky. Era una casa bonita, situada en un gran jardín. Las plantas inferiores ahora se utilizan como biblioteca, almacén para manuscritos musicales y museo. Pero el piso superior, en el que vivía el compositor, se ha dejado tal como estaba. Su habitación está como la dejó: una enorme bata colgada junto al estrecho camastro de hierro, un pequeño escritorio debajo de la ventana. El recargado tocador y el espejo con cortinas de abigarrado estampado búlgaro que le regaló una admiradora están en un rincón, con su tónico capilar todavía en él. Y su sala de estar con el piano de cola, el único que tuvo en su vida, no se ha cambiado. Incluso su escritorio tiene pequeños cigarros en un cuenco, y sus pipas, y sus lapiceros gastados. Las fotos de su familia están en las paredes, y afuera, en un pequeño porche acristalado donde tomaba el té, hay una hoja de papel pautado sin usar. Su sobrino es el conservador, ahora un anciano atractivo.

Dijo: «Queríamos que la casa de Tchaikovsky pareciera como si él acabara de salir a dar un paseo y fuera a volver pronto».

Este anciano vive casi por completo en el pasado. Hablaba de los gigantes musicales como si todavía vivieran: de Mussorgsky, y Rimski-Korsakov, y Tchaikovsky, y el resto que componen el gran grupo. Y sin duda la casa estaba llena de la presencia del compositor. El piano está en uso y se toca una vez al año. Lo toca el mejor pianista que esté disponible, y la música se graba. El señor Tchaikovsky, el sobrino, tocó un rato para nosotros, y el piano era dulce y estaba un poco desafinado.

Contemplamos los manuscritos de la biblioteca. Las notas están escritas a puñaladas en el papel, cortando el pentagrama con un apresuramiento terrible, y partes enteras están tachadas. Y en algunas páginas solo quedan ocho compases, el resto han sido brutalmente eliminados con un lápiz destructor. Y después miramos las partituras de otros compositores, cuidadosamente escritas, sin notas tachadas. Pero Tchaikovsky escribía como si cada día, y cada nota, fuesen los últimos. Estaba desesperado por fijar su música.

Más tarde el anciano se sentó con nosotros en el jardín, y hablamos de los compositores del presente, y dijo con un poco de tristeza: «Sí, hombres competentes; sí, buenos artesanos; sí, hombres honestos e inteligentes; pero no genios, no genios». Miraba hacia el largo jardín en que Tchaikovsky había paseado todos los días, invierno o verano, después de terminar su trabajo diario.

Los alemanes habían venido hasta esta agradable casa, y la habían convertido en un garaje de vehículos, y los tanques habían estado en el jardín. Pero el sobrino había puesto a salvo las preciosas partituras de la biblioteca, y las fotografías, incluso el piano, antes de la llegada de los alemanes. Y ahora todo está de vuelta: un lugar extraño y embrujado. Desde la ventana de la caseta del cuidador salían las notas de alguien practicando al piano, los ejercicios de un niño, vacilantes y a trompicones, y la extraña y apasionada soledad del hombrecito preocupado que vivía exclusivamente para la música, llenaban el jardín.

Nuestro tiempo se estaba haciendo muy corto. Nuestras vidas se habían vuelto estúpidas.

Corríamos de una cosa a otra, intentado ver todo en nuestros últimos días. Visitamos la Universidad de Moscú, y los estudiantes no eran muy distintos de los nuestros. Se congregaban en los vestíbulos, y reían, y corrían de una clase a otra. Se emparejaban, chico y chica, como hacen los nuestros. La universidad fue bombardeada durante la Guerra, y los estudiantes la reconstruyeron mientras esta seguía, así que nunca se cerró.

Se había abierto el *ballet*, y fuimos casi cada noche; era el *ballet* más encantador que habíamos visto nunca. Empezaba a las siete y media y no terminaba hasta después de las once. Los repartos eran grandes. Un teatro comercial no podría mantener un *ballet* así. Tal interpretación, y entrenamiento, y decorados, y música, deben ser subvencionados; si no, no podrían existir. No hay manera de que la venta de entradas pague este tipo de producción.

También fuimos al Teatro del Arte de Moscú, y vimos *La cuestión rusa*, la obra de Simonov. Y quizá cometimos un error al ver esta obra, o a lo mejor esta producción no era la mejor. Para nuestro gusto, la encontramos sobreactuada, sobre-enfatizada, irreal y amanerada; en una palabra, histriónica. El personaje del editor americano habría producido al público estadounidense una carcajada irremediable, y la idea rusa de los periodistas americanos solo era algo menos fantasiosa que la de Ben Hetch. Pero esta obra había tenido un éxito increíble. Y este retrato del periodismo americano se toma como una verdad absoluta por parte de todos sus públicos. Desearíamos haber visto otras obras, y otros repartos, para comprobar si la sobreactuación es general, pero no hubo tiempo. Solo podemos decir que para los criterios neoyorquinos *La cuestión rusa* no era buena.

El señor Simonov es sin duda el escritor más popular de la Unión Soviética en la actualidad. La población se aprende y recita sus poemas. Sus reportajes de guerra se leen tanto como los de Ernie Pyle en Estados Unidos. Y él en persona es un hombre encantador. Nos invitó a su casa de campo. Es una casita sencilla y confortable, situada en un gran jardín. Allí él y su mujer viven tranquilamente. Su casa no es lujosa, es muy simple. Tuvimos una comida excelente. Le encantan los buenos coches, y tiene un Cadillac y un *jeep*. Su huerto de verduras, sus hortalizas y su corral de aves abastecen su mesa. Parece vivir una vida buena, sencilla y cómoda. Por supuesto que tiene enemigos, de los que se ganan por la popularidad. Es el niño mimado del Gobierno, y ha sido condecorado muchas veces, y en general todo el pueblo ruso le adora.

Él y su mujer eran encantadores y amables. Nos cayeron muy bien. Y como con todos los profesionales, la crítica que hicimos de su obra no tuvo subrayados personales. Más tarde jugamos a los dardos, y bailamos, y cantamos. Y volvimos a Moscú muy tarde por la noche.

Todavía había mucho trajín en Moscú, porque todos los grandes retratos, y las banderas, y las banderitas tenían que arriarse rápidamente, antes de que empezase llover, o de que se destiñeran. Tenían que usarse de nuevo en la celebración del trigésimo aniversario de la Revolución de Octubre. Este es un gran año para las celebraciones en Moscú. Las luces en los edificios, y en el Kremlin, y en los puentes se dejaron puestas, porque la lluvia no les haría ningún daño y también se necesitarían otra vez el siete de noviembre.

Queríamos ver el interior del Kremlin, todo el mundo quiere, e incluso nos habría gustado hacer

fotos, y al final llegaron los permisos, pero los de fotografías no pudieron arreglarse. No se podían hacer fotos, no se podía entrar con cámaras. No cogimos la visita especial, sino la ruta usual de los turistas. No obstante, eso era lo que queríamos. El señor Chmarsky fue nuestro guía otra vez, y lo raro es que el señor Chmarsky nunca había estado dentro del Kremlin. No es un permiso que se dé fácilmente.

Nos acercamos al largo paso elevado, custodiado considerablemente. Había soldados a la entrada. Se tomaron nuestros nombres y escrutaron nuestros permisos, y entonces sonó un timbre y una escolta militar atravesó la puerta con nosotros. No fuimos al flanco donde están las oficinas del Gobierno. Entramos en el enorme lugar, pasando por las viejas catedrales que llevaban allí tanto tiempo, y atravesamos los museos en el palacio gigantesco que había sido utilizado por tantos zares desde Iván el Terrible. Entramos en la diminuta habitación que usaba Iván, y en las pequeñas habitaciones de retiro, y las capillas privadas. Y son muy hermosas, y extrañas, y antiguas, y se mantienen tal y como eran. Y vimos el museo donde se guardan la armadura, el plato, las armas, las vajillas de porcelana, los trajes y los regalos reales de quinientos años. Había enormes coronas cubiertas de diamantes y esmeraldas, estaba el gran trineo de Catalina la Grande. Vimos las prendas de piel y la armadura fantástica de los viejos boyardos. Estaban los regalos enviados por otras casas reales para los zares: un gran perro de plata enviado por la reina Isabel, presentes de plata y porcelana de Federico el Grande a Catalina, las espadas de honor, la increíble parafernalia de la monarquía.

Después de visitar un museo real, se hacía patente que el mal gusto, lejos de ser indeseable en la monarquía, es una necesidad absoluta.

Vimos la sala pintada de los guerreros de Iván, donde no se permitía entrar a las mujeres. Subimos miles de escaleras reales, y contemplamos las enormes salas de espejos. Y vimos la *suite* donde habían vivido el último zar y su familia, incómodos entre demasiado mobiliario, demasiada decoración, y demasiada madera oscura abrillantada. De un niño que haya tenido que crecer y vivir con toda esta colección monstruosa de disparates debe de haber salido cierto tipo de adulto, y se puede entender más fácilmente la personalidad de los príncipes tras ver la clase de vida que debían de llevar en medio de este desastre. Cuando el pequeño zarevich quería un arma, ¿podría tener un rifle del veintidós? No, tenía un trabuco hecho a mano de plata, con piezas de marfil incrustadas, con joyas por miras; un anacronismo en el siglo veinte. Y no podía salir y cazar conejos, se sentaba en el césped y soltaban a los cisnes delante de él para que los disparase.

Las dos horas en este sitio real nos deprimieron tanto que no pudimos deshacernos de ello en todo el día. ¡Cómo habría sido una vida entera dentro de él! De todas formas, lo vimos, y supongo que estábamos contentos por ello, pero no podrían arrastrarnos a ninguno de nosotros adentro ni con caballos. Es el lugar más lúgubre del mundo. Y no costaba imaginar, mientras atravesábamos salas y subíamos escaleras, lo fácilmente que surgiría el asesinato, cómo el padre mataría al hijo, y el hijo al padre, y cómo la vida real en el exterior se volvería tan lejana como para ser inexistente. Desde las ventanas del palacio podíamos mirar por encima de las murallas del Kremlin hacia la ciudad, y podíamos imaginar cómo esos monarcas encarcelados se debían sentir hacia la ciudad. Justo debajo de nosotros en la Plaza Roja estaba el patíbulo de mármol que usaban para cortar las cabezas de sus súbditos, probablemente por su propio miedo. Bajamos por una larga rampa y atravesamos la puerta

tan bien custodiada con una sensación de alivio.

Nos alejamos corriendo de ese lugar y volvimos al Hotel Metropole, a las oficinas del *Herald Tribune*, y agarramos a *Sweet* Joe Newman y fuimos al *cabaret*, y pedimos cuatrocientos gramos de vodka y una comida abundante. Pero tardamos mucho tiempo en superar la sensación que había dejado en nosotros el Kremlin.

Nunca vimos las oficinas del Gobierno, que están al otro lado. Es un lugar adonde no se lleva a los turistas, y ni siquiera sabemos cómo eran, salvo la parte superior de los edificios que podían verse por encima de la muralla. Pero nos dijeron que allí vive una comunidad entera. Algunos de los altos funcionarios del Gobierno tienen apartamentos allí, y sus sirvientes; y los cuidadores, y las cuadrillas de mantenimiento, y los guardias, todos viven dentro de las murallas. Sin embargo, nos dijeron que Stalin no vive en el Kremlin, sino que tiene un apartamento en alguna otra parte, y nadie parece saber dónde está, y nadie parece mostrar mucho interés por saber dónde está. Ahora vive la mayoría del tiempo junto al Mar Negro, en un clima de verano perpetuo.

Uno de los corresponsales americanos nos dijo que una vez había visto a Stalin dentro de un coche en la calle, y dijo que iba sentado en el asiento abatible, y que estaba echado hacia atrás en un ángulo muy curioso, y parecía muy tieso. Dijo: «Aquella vez me pregunté si era Stalin o un maniquí. No parecía natural».

Capa refunfuñaba acerca de sus películas todas las mañanas, y casi todos los días llamábamos a la Voks y preguntábamos cuál iba a ser el procedimiento para sacar nuestras fotos, y todos los días nos decían que estaban en ello y que no nos preocupásemos. Pero nos preocupábamos, porque habíamos oído todas las historias de cómo se confiscan las películas, y cómo nunca se permite sacar ninguna. Las habíamos oído, y supongo que inconscientemente las creíamos. Por otro lado, el señor Karaganov de la Voks no nos había decepcionado ni una sola vez, y no nos había dicho ninguna mentira nunca. Y así dependíamos de él.

Entonces la Unión de Escritores de Moscú nos invitó a cenar, y esto nos preocupaba, porque allí estarían todos intelectuales, todos los escritores a los que Stalin había llamado «arquitectos del alma rusa». Era un panorama terrorífico.

Nuestro viaje casi había terminado, y estábamos un poco desesperados. No sabíamos si teníamos todas las cosas que habíamos venido a buscar. Es que hay tantas cosas para ver y hacer. Las dificultades del lenguaje nos volvían locos. Habíamos hecho contactos con muchos rusos, pero ¿se habían contestado realmente todas las preguntas para las que queríamos respuesta? Había tomado notas de conversaciones, y de detalles, incluso de los informes meteorológicos, para después ponerlas en orden. Pero estábamos demasiado cerca. No sabíamos lo que teníamos. No sabíamos nada acerca de las cosas que berreaban los periódicos americanos —los preparativos militares de Rusia, la investigación atómica, los tejemanejes políticos del Kremlin—, no teníamos información de estas cosas. Es verdad, habíamos visto trabajar a muchos prisioneros alemanes, limpiando los escombros que había creado su Ejército, y esto no nos parecía demasiado injusto. Y los prisioneros tampoco nos parecieron agotados ni desnutridos. Pero no tenemos datos, desde luego. Si había grandes preparativos militares, no los vimos. Ciertamente había muchos soldados. Por otro lado,

nosotros no habíamos venido como espías.

Hasta el último momento intentamos verlo todo en Moscú. Corrimos a las escuelas, hablamos con las mujeres de negocios, con las actrices, con las estudiantes. Fuimos a las tiendas donde se forman colas para comprarlo todo. Se anunciaba una tanda de discos para el fonógrafo y se formaba una cola, y en unas pocas horas los discos se habían agotado. Lo mismo pasaba cuando salía un libro nuevo a la venta. Nos parecía que incluso la ropa había mejorado en los dos meses que habíamos pasado allí, y al mismo tiempo los periódicos moscovitas anunciaban el descenso de los precios del pan, de las verduras, de las patatas y de algunas prendas. Siempre había carreras hacia las tiendas para comprar casi cualquier cosa que se ofrecía. La economía rusa que se había dedicado casi exclusivamente a la producción de guerra, entraba traqueteando lentamente en la producción para tiempos de paz, y un pueblo que había sido privado de los bienes de consumo, tanto de necesidad como de lujo, se agolpaba en las tiendas para comprar. Cuando llegaba helado a una tienda, se formaba una cola de varias manzanas de largo. Se abalanzaban sobre un hombre con una caja de helado, y sus artículos se vendían tan rápido que apenas podía coger el dinero a la velocidad necesaria. A los rusos les encanta el helado, y nunca tienen el suficiente en sus cercanías.

Todos los días Capa preguntaba por sus fotos. Por entonces tenía casi cuatro mil negativos, y se estaba poniendo enfermo de la preocupación. Y todos los días nos decían que todo iría bien, que estaban en proceso de conseguir la regulación.

La cena que nos dieron los escritores de Moscú tuvo lugar en un restaurante georgiano. Había unos treinta escritores y funcionarios de la Unión, entre los que se encontraban Simonov e Ilia Ehrenburg. En este momento yo ya había llegado a un punto en que no podía beber más vodka. Mi organismo se sublevaba contra él. Pero los vinos secos de Georgia eran deliciosos. Los tipos de vino tenían números. Por eso llegabas a saber que el número sesenta sería un vino tinto denso, y el número treinta un vino blanco fino. Estos números no son correctos, pero averiguamos que el número cuarenta, un vino tinto seco, ligero y de fino sabor, estaba bien para nosotros, y siempre lo pedíamos. Había un champán relativamente seco que también estaba bien. El restaurante tenía una orquesta georgiana y unos bailarines, y la comida era la misma que en Georgia, para nuestro gusto, la mejor de Rusia.

Todos íbamos vestidos con nuestras mejores ropas, y las nuestras estaban bastante andrajosas y desaliñadas. De hecho, íbamos hechos un desastre, y *Sweet Lana* se iba a avergonzar un poco de nosotros. No había ropa de gala. De hecho, en los círculos que nos habíamos movido nunca vimos ropa de gala. Quizá los diplomáticos la tienen, no lo sabemos.

Los discursos en la cena fueron largos y complejos. La mayoría de la gente en la mesa hablaban otro idioma aparte del ruso, fuera inglés, francés o alemán. Esperaban que hubiéramos disfrutado de nuestra estancia en su país. Esperaban que hubiéramos conseguido la información que habíamos venido a buscar. Bebían a nuestra salud una y otra vez. Respondimos que no habíamos venido para inspeccionar el sistema político, sino a ver a los rusos normales; que habíamos visto a muchos, y esperábamos poder contar la verdad objetiva sobre lo que habíamos visto. Ehrenburg se levantó y dijo que si podíamos hacer eso ellos estarían más que contentos. Entonces se levantó un hombre al otro extremo de la mesa y dijo que había muchos tipos de verdad, y que nosotros debíamos decir la verdad que fomentase las buenas relaciones entre los rusos y los americanos.

Y eso empezó la pelea. Ehrenburg se levantó de un salto e hizo un discurso feroz. Dijo que dictarle a un escritor lo que tenía que escribir era un insulto. Dijo que si un escritor tenía reputación de ser sincero, entonces no se debía ofrecer ninguna sugerencia. Sacudió el dedo en la cara de su colega y le dijo que tenía realmente muy malos modales. Al instante Simonov respaldó a Ehrenburg, y denunció al primer orador, que se defendió con poca convicción. El señor Chmarsky intentó hacer un discurso, pero la pelea seguía y lo ahogaron. Siempre habíamos oído que la línea del Partido era tan estricta entre los escritores que no se permitía ninguna discusión. El espíritu de esta cena no hacía que esto pareciera verdad. El señor Karaganov hizo un discurso de reconciliación, y la cena se apaciguó.

Mi abandono del vodka en los brindis y la sustitución por vino hizo que mi estómago se sintiese más contento, aunque probablemente me consideraban un debilucho, pero era un debilucho más sano. El vodka no iba conmigo. La cena concluyó a las once en punto con buenas sensaciones. Nadie más se atrevió a decirnos qué escribir.

Nuestro billete ya estaba reservado. Íbamos a marchamos al cabo de tres días, y todavía no había ninguna autorización para nuestras fotografías. Capa era una masa refunfuñante de descontento. La gente de la Embajada de Estados Unidos y los corresponsales habían sido tan amables con nosotros que sentíamos que debíamos ofrecerles una fiesta. El pobre Stevens del *Christian Science Monitor* era uno de los pocos que tenían casa en Moscú. El resto vivía en hoteles. Así que Stevens fue elegido para dar la fiesta. No había mucho que pudiera hacer para evitarlo, aunque lo hubiera querido. Hicimos una lista de invitados y descubrimos que al menos teníamos que invitar a unas cien personas, y el salón de Stevens podía alojar cómodamente a unas veinte. Pero no se podía hacer nada. Pensamos que quizá algunos no vendrían, pero nos equivocamos. Vinieron ciento cincuenta. Las fiestas son objeto de deseo en Moscú. Además era una fiesta alegre, pero no había mucho de beber. La sala estaba tan abarrotada que apenas podías llevarte la mano hasta la boca, y una vez lo conseguías no podías volverla a bajar. Stevens no llegó a ver mucho de la fiesta; quedó atrapado en un rincón bastante pronto y nunca logró escapar de él.

Nuestra gratitud más profunda es para el personal de la Embajada y para los corresponsales. Nos ofrecieron todo tipo de ayuda y de ánimo. Y pensamos que están haciendo un trabajo muy bueno en condiciones duras y difíciles. Por una razón: no pierden la cabeza como tanta gente que la pierde en el mundo. Es probablemente el escenario político más delicado del mundo en la actualidad, y está lejos de ser el más agradable. Nuestros halagos van para todo el grupo, desde el embajador hasta el T/5 que estaba reorganizando la instalación eléctrica de la embajada.

Íbamos a marcharnos el domingo por la mañana. La noche del viernes fuimos al *ballet* en el Teatro Bolshoi. Cuando salimos había una llamada de teléfono de emergencia para nosotros. Era el señor Karaganov de la Voks. Al fin había recibido contestación de la Oficina de Extranjería. Nuestros carretes debían ser revelados e inspeccionados, cada uno de ellos, antes de poder abandonar el país. Pondría a todo un equipo a trabajar en el revelado de las fotos; tres mil fotos. Nos preguntamos cómo lo habríamos logrado si hubiéramos tenido que hacerlo en el último momento. No sabían que ya estaban reveladas todas las fotos. Capa empaquetó todos sus negativos y por la mañana temprano vino un mensajero a por ellos. Pasó un día de agonía. Paseaba de un lado a otro, cloqueando como una madre que ha perdido a sus bebés. Hizo planes, no dejaría el país sin sus

negativos. Cancelaría su reserva. No aceptaría que le mandasen las películas después de él. Gruñía y pisoteaba la habitación. Se lavó el pelo dos o tres veces y se olvidó de darse un baño. Si hubiera tenido un hijo, habría estado con la mitad del dolor y de la preocupación. Ni siquiera solicitaron mis notas. No habría habido mucha diferencia si lo hubieran hecho, nadie habría podido leerlas. Incluso yo tengo problemas para hacerlo.

Pasamos el día haciendo visitas y prometiendo enviar varios artículos a distintas personas. *Sweet* Joe estaba un poco triste por vernos marchar, creemos. Le habíamos robado cigarrillos y libros, habíamos usado su ropa y su jabón y su papel higiénico, habíamos ultrajado sus exiguas reservas de *whisky*, habíamos violado su hospitalidad de todos los modos posibles, y aun así creemos que lamentaba vernos marchar.

La mitad del tiempo Capa planeaba una contrarrevolución si algo les pasaba a sus negativos, y la otra mitad simplemente tomaba en consideración el suicidio. Se preguntaba si podría cortarse la cabeza en el pedestal de ejecuciones de la Plaza Roja. Tuvimos una triste fiestecita en el Grand Hotel aquella noche. La música estaba más alta que nunca, y la chica de la barra a la que habíamos puesto el nombre de Señorita *Sichass* (Señorita Date Prisa) iba más lenta que nunca.

Nos levantamos en la oscuridad para ir al aeropuerto por última vez. Por última vez nos sentamos bajo el retrato de Stalin, y nos pareció que sonreía satíricamente por encima de sus medallas. Bebimos el acostumbrado té y para entonces Capa ya tenía ataques. Y entonces llegó un mensajero y puso una caja en sus manos. Era una caja dura de cartón, y la tapa estaba cerrada con cuerda, y encima de los nudos había pequeños sellos de plomo. No podía tocar los sellos hasta que hubiera dejado el aeropuerto de Kiev, la última escala antes de Praga.

El señor Karaganov, el señor Chmarsky, *Sxveet Lana* y *Sweet* Joe Newman vinieron a despedirnos. Nuestro equipaje era mucho más ligero que antes, porque habíamos repartido todo lo que nos sobraba: trajes, y chaquetas, algunas cámaras, y las bombillas de *flash* que sobraron, y los carretes de película sin usar. Subimos al avión y ocupamos nuestros asientos. Faltaban cuatro horas para Kiev. Capa sujetaba la caja de cartón y no se le permitía abrirla. Si se rompían los sellos no pasaría. La pesó en las manos. Dijo con tristeza: «Es ligera. Solo pesa la mitad de lo que debería».

Yo dije: «Quizá han metido piedras en ella; a lo mejor no hay negativos ahí dentro».

Agitó la caja. Dijo: «Suena a películas».

Yo dije: «Podrían ser periódicos viejos».

«Eres un hijo de puta», comentó. Y luego se peleó consigo mismo. Preguntó: «¿Qué querrían sacar? No había nada que pudiese hacer daño».

Sugerí: «A lo mejor no les gustan las fotos de Capa».

El avión sobrevoló las extensas llanuras con sus bosques y campos, y el río plateado retorciéndose y zigzagueando. Hacía un día precioso y la fina neblina azul del otoño se suspendía cerca del suelo. La azafata llevó soda rosa a la tripulación, y volvió y se abrió una botella para ella.

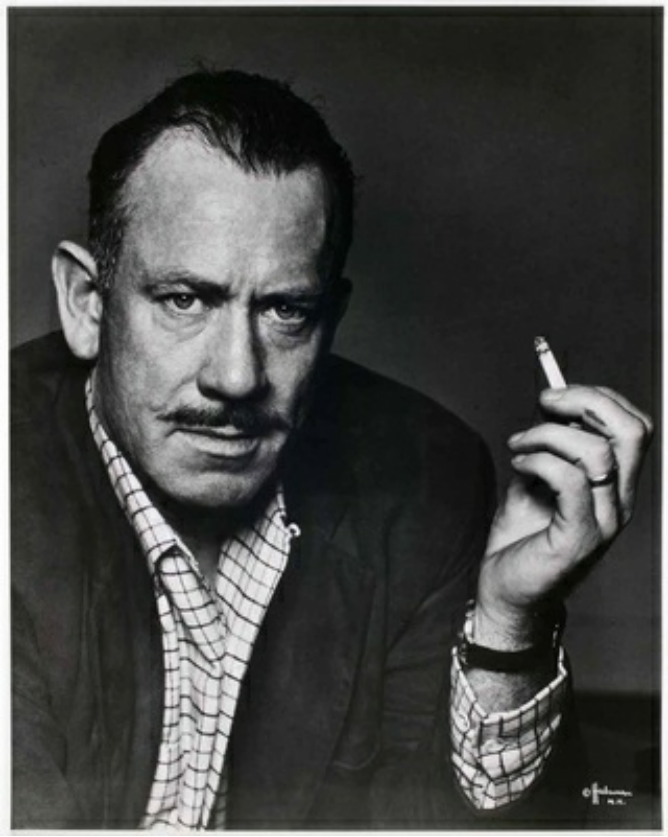
A mediodía nos deslizamos hacia el aeropuerto de Kiev. El hombre de la aduana hizo una inspección somera a nuestro equipaje, pero la caja de película fue cogida al instante. Tenían un mensaje acerca de ella. Un funcionario cortó las cuerdas mientras Capa miraba como un cordero herido. Y entonces todos los funcionarios sonrieron, y nos dieron la mano, y se fueron, y la puerta se cerró, y los motores se pusieron en marcha. Las manos de Capa temblaban al abrir su caja. Parecía

que estaban todas sus películas. Sonrió y echo la cabeza hacia atrás, y ya dormía antes de que el avión despegase. Se habían quedado con algunos negativos, pero no muchos. Habían eliminado las fotos que mostraban demasiada topografía, y la foto a distancia de la muchacha loca de Stalingrado había desaparecido, y las fotos que mostraban a los prisioneros, pero no habían retenido nada que importase desde nuestro punto de vista. Las granjas, y los rostros, los retratos de los rusos, estaban intactos, y eso era lo que habíamos venido a buscar primordialmente.

El avión cruzó la frontera, y a primera hora de la tarde aterrizamos en Praga, y yo tuve que despertar a Capa.

Bueno, eso es todo. Es más o menos a por lo que fuimos. Descubrimos, como habíamos sospechado, que la gente rusa es gente, y, como sucede con otra gente, es muy agradable. Los que conocimos sentían odio hacia la guerra, querían las mismas cosas que todo el mundo: una buena vida, mayor bienestar, seguridad y paz.

Sabemos que este relato no satisfará ni a la izquierda eclesial ni a la derecha reaccionaria. La primera dirá que es anti-ruso, y la segunda dirá que es pro-ruso. Seguramente será superficial, pero ¿de qué otra forma podría ser? No tenemos conclusiones que sacar, salvo que los rusos son como cualquier otro pueblo del mundo. Seguramente los haya malos, pero con mucho la mayoría son muy buenos.



JOHN STEINBECK (Salinas, 1902 - Nueva York, 1968). Narrador y dramaturgo estadounidense, famoso por sus novelas que lo ubican en la primera línea de la corriente naturalista o del realismo social americano, junto a nombres como E. Caldwell y otros. Obtuvo el premio Nobel en 1962.

Estudió en la Universidad de Stanford, pero desde muy temprano tuvo que trabajar duramente como albañil, jornalero rural, agrimensor o empleado de tienda. En la década de 1930 describió la pobreza que acompañó a la Depresión económica y tuvo su primer reconocimiento crítico con la novela *Tortilla Flat*, en 1935.

Su estilo, heredero del naturalismo y próximo al periodismo, se sustenta sin embargo en una gran carga de emotividad en los argumentos y en el simbolismo que trasuntan las situaciones y personajes que crea, como ocurre en sus obras mayores: *De ratones y hombres* (1937), *Las uvas de la ira* (1939) y *Al este del Edén* (1952).

La prosa de Steinbeck tiene un fuerte componente alegórico y espiritual, y se sustenta en la piedad e interés del autor por los desfavorecidos de todo tipo, por lo que una parte de la crítica lo ha acusado de sentimentalismo e incluso de cierto ejercicio didáctico más o menos velado en algunos de sus personajes, sobre todo en las mujeres. Pese a ello, se lo ha clasificado dentro del realismo naturalista marcado por las novelas de T. Dreiser, como *Una tragedia americana*, naturalismo basado en la idea filosófica del determinismo histórico.

Otros le han adjudicado el mote de «novelista proletario» por su interés en las experiencias de las poblaciones de inmigrantes y los problemas de la clase obrera, añadido a su postura socialista o redentora. Por ejemplo, *Las uvas de la ira* ha sido catalogada como la novela más revulsiva de la década de 1930, pues provocó la reacción fervorosa y humanista de un amplio público opuesto a las

clases conservadoras. Las ideas socialistas de Steinbeck estaban no obstante más relacionadas con la emancipación reformista evangélica del siglo XIX que con la literatura marxista; de ahí que su prosa, a pesar de sus mensajes humanistas, no pueda ser identificada con el realismo socialista que ya asomaba en esa época.

# Notas

[1] Entrada perteneciente a *A John Steinbeck Encyclopedia*, Brian Railsback y Michael Meyer (editores), Greenwood editions, 2006. <<

[2] Recientemente publicado en Capitán Swing. <<

[3] «Ella la Loca». *(N. de T)* <<

[4] «Dulce Lana». *(N. de T.)* <<

[5] «Los *Kuervos* del Kremlin». *(N. de T.)* <<

[6] «Las Ratas de Agua de Moscú». *(N. de T.)* <<

[7] Esta expresión es una variación sobre un verso de un poemita escrito por el periodista deportivo Franklin Pierce Adams en 1910. El original es «Tinker to Evers to Chance» y hace referencia a tres jugadores de béisbol de los Chicago Cubs. *(N. de T.)* <<